HQN™

CAFÉ, MAGIA Y DRAGONES



A. T. QURESHI

Portadilla

CAFÉ, MAGIA Y DRAGONES

A.T. QURESHI

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Café, magia y dragones
Título original: The Baby Dragon Cafe
© Aamna Qureshi 2025
© 2025, HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers Limited, UK
© Traductora: María Perea Peña

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta: Dreamstime.com y Shutterstock

I.S.B.N.: 9791370005160

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para Noor, mi ejemplo

Capítulo 1

Saphira Margala casi no había tenido un momento para tomarse un respiro.

El Café del Pequeño Dragón había estado muy concurrido aquel día y eso era algo positivo, aunque le dolieran los pies. Ya estaban en primavera, a finales de marzo. Cada vez iba más gente al pueblo y, durante la hora de comer y por la tarde, paseaba por la calle principal, lo cual contribuía a que hubiese una mayor afluencia de público en la cafetería.

Los días se alargaban y el sol brillaba con fuerza durante más horas, y todos querían sentir el calor. Saphira estaba segura de que, si salía, vería como poco a media docena de dragones volando sobre el valle, disfrutando del buen tiempo después del largo y frío invierno.

Starshine Valley era un refugio para los dragones y sus jinetes. El pequeño pueblo estaba enclavado entre unas montañas cubiertas de nieve y el terreno era perfecto para volar, lo que les brindaba hermosas vistas de bosques, colinas y lagos.

A ella le encantaba observar a los dragones adultos en pleno vuelo. Se quedaba hipnotizada. En aquel preciso instante estaba junto a una de las ventanas, echando un vistazo furtivo a las majestuosas bestias. Eran un poco más grandes que la raza de caballo de mayor tamaño, así que sus siluetas, aunque lejanas, se divisaban con nitidez en el cielo. Eran unas criaturas tan impresionantes… Absolutamente impresionantes.

Ojalá las crías de dragón fueran tan serenas.

Los pequeños monstruos en cuestión llamaron de nuevo su atención. Su cafetería estaba llena de clientes, y algunas de sus crías de dragón estaban a su lado en pequeñas camas, mientras que otras subían de un salto a los árboles para dragones o a los pequeños refugios en forma de cueva que colgaban de las paredes de piedra.

Saphira se sentía orgullosa de ver a las crías de dragón en su cafetería. La había inaugurado hacía seis meses y era la primera en la que se permitía la entrada a los pequeños dragones, para entusiasmo de la gente de Starshine Valley. La mayoría de los establecimientos no admitían mascotas y muchos tenían, incluso, carteles con una advertencia explícita, *NO SE ADMITEN CACHORROS DE DRAGÓN*, en letras grandes y llamativas.

Por desgracia, entendía cada vez mejor el motivo.

Recogió las tazas vacías de una mesa cercana, empujando las sillas de madera, y, de camino a la barra con los platos, pasó junto a un padre barbudo que se estaba tomando un capuchino y a su hija pequeña, que mordisqueaba un pastel de limón y frambuesa. Saphira tuvo cuidado con los pies al pasar junto al cachorro, que estaba jugando con las piernas oscilantes de la niña.

—¡Oh, lo siento! —dijo una joven, que estuvo a punto de toparse con su espalda.

—¡No te preocupes! —respondió ella, haciéndose a un lado.

Pero, mientras se apartaba, chocó accidentalmente con una cría de dragón que dormía en una camita de felpa. El dragón se despertó de golpe, liberando una bocanada de llamas hacia sus piernas.

El fuego le quemó el borde de la falda y a ella se le escapó un grito. El aire se llenó de olor a tela quemada, un olor que se había vuelto muy familiar. Fantástico.

Todos sus vestidos y faldas tenían marcas de quemaduras en los extremos, o marcas de mordeduras, o ambas cosas. Sabía que debería ser práctica y usar pantalones, pero le encantaba llevar una falda bonita. Su amor por lo estético era más grande que su amor por lo práctico, y eso era un verdadero problema.

Sin embargo, cuando miró al culpable, ni siquiera pudo enfadarse. El cachorro la observó con unos ojos muy azules y la inocencia

escrita en su rostro adorable. Ella se arrodilló y le acarició la piel escamosa y él se inclinó felizmente hacia sus caricias.

Las crías de dragón eran tan traviesas como los niños pequeños humanos, pero también igual de preciosas, o más. Ella las adoraba y, por ese motivo, cuando soñaba con abrir su propia cafetería, los pequeños dragones siempre habían formado parte de esa visión. A los veinticinco años, tal vez fuese un poco joven para ser dueña de un negocio, pero estaba haciendo las cosas lo mejor que podía.

Se colocó detrás de la barra y encendió el molinillo de café para preparar los siguientes pedidos. Vertió la bebida fría en una copa de cristal y la caliente en una taza de cerámica decorada con margaritas, luego colocó unos bocadillos en unos platos de acero.

Una vez que estuvo todo listo, lo colocó en una bandeja y avanzó entre mesas y sillas ocupadas con preadolescentes chismosos y parejas amorosas antes de llegar a su destino.

—Tengo un café frío con espuma de azúcar moreno para la señora Cartwright y un café con leche de avena y vainilla para la señora Li —dijo.

Les sirvió las bebidas a las dos ancianas, que estaban cómodamente sentadas en unas butacas, junto a las ventanas abiertas. En su mesa había un jarrón de flores frescas y dos velas encendidas. Después, se inclinó hacia las camitas de los dragones, a los pies de las mujeres, para darles las golosinas a las crías. Uno era de raza ópala, con grandes ojos amarillos y escamas blancas iridiscentes, y el otro era de raza azura, con los ojos azules como el mar profundo y escamas a juego. Cada uno medía aproximadamente treinta centímetros, con unas pequeñas alas.

—Carne seca para el pequeño Thorn y caramelos de jengibre para el bebé Viper —dijo, mientras colocaba los platos de acero frente a ellos.

Acarició a los dragones y ellos ronronearon, complacidos, antes de hincarle el diente a los bocadillos que Saphira preparaba especialmente para sus clientes reptiles.

—Gracias, cariño —dijo la señora Cartwright, con los ojos arrugados detrás de sus anteojos. Dejó a un lado las agujas de tejer para tomar un sorbo de su café helado y canturreó de satisfacción.

—Eres un ángel —agregó la señora Li, haciendo lo mismo.

—Un verdadero ángel.

Ella tuvo un sentimiento de calidez y sonrió.

—¡Avísenme si quieren que les traiga algo más!

—¿Quizá unas muñecas nuevas? —preguntó la señora Li, frotando una de sus arrugadas manos—. Estas siempre me están dando problemas.

—Que sean dos pares, de paso —dijo la señora Cartwright, asintiendo.

—Umm… —murmuró ella, como si estuviera pensándolo—. ¡Voy a revisar la cocina y les digo si es posible! —exclamó, y les guiñó un ojo, ganándose una sonrisa de las ancianas.

En aquel momento, se oyó un gruñido.

Miró hacia abajo y vio que Viper le había arrebatado un trozo de carne seca a Thorn y lo había devorado en dos bocados. Oh, no. A ella se le aceleró el ritmo cardíaco. Al pequeño Thorn no le había gustado nada…

Como era de esperar, Thorn le disparó una llama a Viper, y Viper siseó, preparándose para tomar represalias. Por suerte, la señora Cartwright le hizo rápidamente un sonido de advertencia a su pequeño dragón.

—Shh, Viper, cállate —dijo la señora Cartwright—. Deja de quejarte.

—Thorn —dijo la señora Li, en tono severo—. Pórtate bien.

Las crías se relajaron y ella exhaló un suspiro de alivio. Se sabía que los dragones azura y los dragones ópalo se peleaban; sin embargo, gracias a que sus amazonas eran amigas de toda la vida, Thorn y Viper se veían obligados a llevarse bien, algo de lo que se alegraba.

No podía soportar otro desastre y, menos, tan poco después del último.

Tan solo dos semanas antes había tenido que rehacer la fontanería después de que una cría se entusiasmara demasiado en la bañera y destrozase todas las tuberías al usarlas de mordedores. Ella no había logrado detenerlo a tiempo. Le había costado una buena

cantidad de dinero y no estaba dispuesta a gastar más para reparar los daños si dos dragones pequeños se peleaban.

Sonrió a la señora Cartwright y a la señora Li y volvió a la barra con los ojos bien abiertos para ver si había más señales de problemas. Por suerte, parecía que todos los dragones estaban portándose bien.

Adoraba a los pequeños dragones, aunque fueran como imanes para los problemas. Las crías de dragón no podían dar más que un aleteo hasta que crecían un poco, lo que significaba que, al no poder volar, siempre saltaban y chocaban con las cosas. Tampoco sabían controlar su fuego, lo que significaba que quemaban muebles constantemente.

Por suerte, maduraban después de los dos años y continuaban desarrollándose hasta los cinco, cuando sus jinetes empezaban a montarlos. Hasta entonces, sin embargo, eran un peligro. Podría haber hecho la cafetería a prueba de dragones, usando solo muebles y mesas de acero que estarían a salvo de mordiscos y marcas de quemaduras, pero ¿acaso era divertido aquello? Le había encantado montar y decorar el café para que fuera el epítome de la comodidad. ¡Era su visión de las cosas!

El interior del edificio tenía los techos altos y hermosas paredes de piedra, con grandes ventanas que dejaban entrar la luz natural a raudales. Había cómodos sillones junto a las mesas de la parte delantera, sillas de madera en las mesas del centro del local y, en la parte de atrás, algunos sofás lujosos con cojines blandos y suaves y mantas cálidas.

En una de las paredes de piedra había una gran chimenea de leña que, seguramente, era el único lugar que estaba a salvo de los desastres que causaban las crías de dragón. Al fondo había unas estanterías donde se apilaban todas las novelas favoritas de su abuela y algunas de las suyas. Las lámparas de bombilla proporcionaban un brillo cálido por todo el café, bien complementado por las llamas parpadeantes de las velas con aroma a cítricos.

En las paredes había pinturas al fresco y tallas de madera de estilo mogol, fotografías enmarcadas de obras arquitectónicas

impresionantes y hermosos versos de poesía urdu; aunque ella no hablaba el idioma, había buscado la traducción de los textos antes de comprarlos. Todo aquello eran guiños a su herencia.

A ella no le gustaban los establecimientos con un diseño minimalista y anodino. A pesar de que su cafetería podría considerarse un poco recargada, tenía un ambiente vívido, como un hogar, y eso le encantaba, aunque tuviera que pasar mucho tiempo reorganizando y restaurando los detalles que destrozaban las crías de dragón.

En la parte trasera había un jardín y, en cuanto tuviera el tiempo y el dinero necesarios, quería restaurarlo para contar con más espacio. Hasta ese momento, el local interior era lo suficientemente acogedor y amplio como para albergar a todos sus clientes y a sus dragones.

No era el tipo de cafetería al que uno iba para hacer una entrevista o para tener una reunión, ni siquiera el tipo de cafetería ideal para estudiar o trabajar. Era una cafetería para tomar un café con leche en una primera cita o para quedar con viejos amigos delante de una taza de chai o para leer un libro junto al fuego con una taza de chocolate bien caliente con malvaviscos.

Era un lugar donde la gente conectaba, donde uno se sentía como en casa, donde nadie se sentía solo.

Al mirar a su alrededor, ella se sentía exactamente así. Los pequeños dragones saltaban de rincón en rincón por las paredes de piedra y había un grupo de amigos riéndose con las tazas de café ya vacías. La cafetería estaba llena y el ambiente era muy cálido.

Era un sueño hecho realidad. Ella había trabajado en cafeterías desde que estaba en la escuela secundaria, pero siempre había aspirado a tener la suya. Dibujaba la decoración y hacía los menús en la parte trasera de sus cuadernos, en clase, cuando se suponía que debía prestar atención. Después, aquellos bocetos se habían convertido en realidad.

Ojalá Nani-Ma estuviera allí para verlo.

Su abuela había muerto hacía poco más de un año. Era la única familia que le quedaba, porque no conoció a su padre y su madre murió cuando ella era pequeña. Nani-Ma la crio y Nani-Ma hizo que alcanzara su sueño.

—Tienes que prometerme una cosa —le había implorado su abuela —. Prométeme que harás realidad el café cuando me haya ido.

—Te lo prometo —respondió ella, mientras le apretaba con fuerza la mano a su abuela.

Una semana después, Nani-Ma había muerto y ella se había quedado sola. No sabía cómo cumplir su promesa de hacer realidad su sueño hasta que se enteró de que su abuela le había dejado una gran herencia.

En medio de su dolor, se aferró a su sueño, a la visión que tenía. Vendió su cabaña de las colinas y compró aquel local en Main Street, y comenzó a vivir en el apartamento de un solo dormitorio de la parte de arriba. Estuvo seis meses trabajando incansablemente para darle vida a su café y, por fin, en octubre, lo inauguró.

Seis meses después, a finales de marzo, el negocio iba bien. Las crías de dragón causaban algunos problemas, pero el ayuntamiento le había concedido una pequeña subvención por admitir a los dragones en su establecimiento, lo que era de ayuda.

Tener dragones era caro, más caro, incluso, que tener al mejor de los caballos, y no solo por el mantenimiento. Como los dragones provocaban tantos daños incontrolables e imprevistos en el pueblo, los jinetes tenían que pagar un impuesto especial cuyos ingresos se destinaban a los arreglos.

Como aquella vez en que un dragón granate que estaba aprendiendo a volar se estrelló contra las líneas eléctricas y cortó la electricidad por la noche. O aquella vez que un dragón ópalo y uno azul se pelearon en Main Street y echaron abajo la pérgola. Situaciones como esa.

Por eso, ella recibió una pequeña subvención del ayuntamiento por crear un espacio al que pudieran entrar los dragones. Al principio, pensó que el dinero extra era genial. ¿Por qué los demás establecimientos no admitían a los dragones y cobraban aquella subvención? ¡Qué tontos eran!

Su sentimiento de superioridad desapareció rápidamente al cabo del primer mes, durante el que tuvo que gastar la subvención en reparar casi todos los muebles de la cafetería. Y había tenido que gastar lo mismo cada mes desde la inauguración. El dinero se le

escapaba de las manos antes de que se diera cuenta y tuvo que echar mano de sus ahorros para mantenerse al día con las reparaciones. No había previsto lo rebeldes que serían las crías de dragón y se había quedado sin ahorros. Casi no podía mantenerse a flote. Sin embargo, mientras no volviera a incendiarse nada aquella semana, todo iría bien…

Por desgracia, su optimismo solo duró una hora.

—¡Flare, no! —gritó una niña.

Saphira la miró y vio que estaba persiguiendo a su pequeño dragón. Era la niña que había estado comiendo pastel de limón y frambuesa con Aziz, su padre…

—¿Va todo bien, Aziz? —le preguntó, mientras salía de la barra.

—Hana, tenemos que bajar a Flare —le dijo Aziz a su hija—. Lo siento, Saphira, Flare está un poco hiperactivo, nada más.

Sin embargo, parecía que el cachorro estaba algo más que hiperactivo. Se había subido a la mesa y daba saltos por el aire, intentando volar.

—¡Flare, estate quieto! —gritó Hana, en tono petulante, mientras el dragón aterrizaba en el respaldo de una silla.

El pequeño dragón tenía una mirada traviesa y, antes de que Hana pudiera atraparlo, saltó de la silla de nuevo, tratando de volar. Ella tomó unas calabazas amargas fritas, algo que encantaba a las crías de dragón, y le tendió la mano a Flare. Cuando el animal se acercó, captó el aroma. Se le abrieron mucho los ojos de alegría y saltó hacia ella, pero al ver las calabazas, el pequeño dragón debió de excitarse demasiado. Dio un salto en el aire, revoloteando, y abrió la boca. Ella vio una luz roja en el fondo de su garganta.

Sabía lo que significaba eso.

Sin dudarlo, se agachó y se cubrió la cabeza justo cuando las llamas pasaron por encima de ella. Un momento después, el calor se desvaneció.

Con el corazón acelerado, Saphira se irguió.

El olor a goma quemada y acero caliente se extendió por el aire. Todos se quedaron en silencio y las miradas se dirigieron al desastre. Oh, Dios. Ella se giró lentamente y entonces lo vio.

Su máquina de café expreso. El centro se había deshecho por completo y ella se quedó helada al ver la masa derretida. Le temblaban las manos.

—Oh, no, lo siento mucho —dijo Aziz. Se metió la mano al bolsillo y sacó algo—. Aquí tienes los datos de mi seguro. Estoy convencido de que lo cubrirán —añadió, y le entregó a Saphira una pequeña tarjeta.

Los jinetes estaban acostumbrados a llevar copias de su seguro Drakkon para cubrir los daños que pudiera causar su dragón.

—No te preocupes —respondió Saphira, haciendo todo lo posible por dedicarles a Aziz y a su hija una sonrisa despreocupada y contener las lágrimas—. Gracias.

A lo lejos, oyó a Aziz regañar a su hija mientras salían del café, pero apenas se concentró en eso.

Sabía que el seguro no cubriría semejante gasto. La poliza Drakkon solo cubría hasta cierta cantidad y, además, ella había firmado una exención al inicio de su negocio, aceptando el riesgo que corría al permitir que las crías de dragón entraran a su establecimiento.

El seguro no le había cubierto las tuberías del baño y no cubriría la sustitución de una máquina de café expreso de tres mil dólares.

El pánico se apoderó de ella. ¿Qué iba a hacer? No tenía dinero para comprar una máquina de café nueva, y sin ella, ¿cómo iba a mantener una cafetería? La mayoría de sus ingresos provenían de cafés con leche demasiado caros.

Se le cayeron las lágrimas. Parpadeó para contenerlas y respiró profundamente, tratando de mantener la calma. No iba a derrumbarse así delante de sus clientes.

Tal vez no fuera un desastre, se dijo. Después de todo, su menú era extenso. Seguramente aún podría tener ingresos, ¡incluso sin la máquina de café expreso! Solo serían unas pocas semanas, solo hasta que pudiera ahorrar para comprar otra.

Había algo que sabía con certeza: no iba a rendirse. No podía hacerlo. Había invertido la herencia en aquella cafetería y le había hecho una promesa a Nani-Ma.

—¡No pasa nada! —dijo, en voz bien audible, para todo el café, con su sonrisa más grande y brillante—. ¡Siento el sobresalto! Pero ya saben cómo se ponen las crías de dragón.

Eso provocó algunas risas y, en poco tiempo, todos volvieron a tomar sus bebidas y a charlar.

Durante los siguientes días, Saphira hizo su trabajo como siempre. Preparó bollos y platos pequeños, así como bocadillos para las crías de dragón. Tenía su oferta de tés, negro, verde y de hierbas, y ofrecía otros tipos de preparación para el café: de cafetera italiana, de filtro, café frío… También ofrecía chai, refrescos, cacao y té matcha…, pero no café expreso.

Y, de repente, ¡parecía que todo el mundo quería café expreso!

Después de todo, la especialidad de El Café del Pequeño Dragón era el café tostado por dragones. Los granos de café se tostaban con las llamas de los dragones hasta que desarrollaban perfiles dulces y ricos, llenos de cuerpo y textura.

Como los granos se tostaban durante más tiempo que en los tuestes claros y medios, e incluso que en los oscuros, tenían un sabor especial y delicioso que brillaba en los cafés con leche, que a ella le encantaba preparar con leche de avena para resaltar el sabor a nueces. También era un tipo de tueste excelente para el café frío, pero era demasiado amargo para ella, que prefería que la vida fuera dulce en todos los aspectos.

—Lo siento —le dijo a otro cliente que quería un café con leche—. ¡La nueva máquina de café expreso está en camino! Todo volverá a la normalidad dentro de uno o dos días, solo hay que esperar un poco.

Sin embargo, aquellas palabras eran como ácido en su boca, porque eran una mentira.

Aquella noche, el pánico se apoderó de ella. Dos días después tenía que pagarle la nómina a su ayudante y casi no tenía suficiente dinero en el banco.

Se sentó en su apartamento, asustada, sola como siempre. Por eso le encantaba trabajar en el café y estar rodeada de gente todo el día. Cuando estaba sola, empezaba a darle vueltas a las cosas y entraba en una espiral, como estaba ocurriendo en aquel momento.

Empezó a llorar de ansiedad y las lágrimas se le derramaron por las mejillas. Según Nani-Ma, lloraba con demasiada facilidad.

—Debes amar la vida —le decía su abuela, sujetándole el rostro con las dos manos, mientras le secaba las lágrimas—. Ámala incluso en los momentos en que no tengas suficientes ánimos.

—Lo intento, Nani-Ma —dijo ella. En su apartamento vacío la voz resonó en el silencio.

Intentaba amar la vida, sí, pero era como si la vida no quisiera su amor. ¿Por qué, si no, todo era siempre tan difícil? Quería descansar. Que las cosas fueran fáciles.

Secándose las lágrimas, bajó las escaleras hacia el café que era su sueño. Estaba muy tranquilo, todo vacío y en silencio. Sin la avalancha de clientes se apreciaban mejor todos los detalles que hacían suyo el local, pero la sensación no era la misma.

Una casa vacía no era un hogar, era solo un edificio. Desde las ventanas divisó un Starshine Valley silencioso con todas las tiendas cerradas. Miró el cielo nocturno y las miles de estrellas que brillaban con fuerza. Ellas le daban nombre al pequeño pueblo porque desde allí, entre las montañas, se veían incontables estrellas, y su luz resplandecía sobre el valle constantemente.

Entre las estrellas vio las siluetas de algunos dragones y sus jinetes, que salían a cabalgar, y sintió un anhelo familiar que le dejó un sabor amargo. Siempre había querido tener un dragón, con todas sus fuerzas, pero no pertenecía a ninguna de las familias Drakkon, las que los habían tenido desde generaciones atrás.

Hacía años que había aceptado el hecho de que nunca tendría un dragón. Más o menos, en la época en que se le ocurrió la idea de abrir El Café del Pequeño Dragón, un lugar donde podría estar rodeada de ellos todos los días, aunque ninguno fuera el suyo.

Había hecho realidad aquella idea. Había abierto su café y estaba rodeada de dragones a diario. Todo con la ayuda de Nani-Ma.

Nani-Ma, que se lo había dado todo, y que lo único que quería a cambio era que su nieta hiciera realidad sus sueños.

Miró a su alrededor por la cafetería, observó todos los detalles que había diseñado meticulosamente, cada uno, con su significado, cada pieza, con amor.

Y entonces vio la máquina de café expreso destrozada.

Había hecho realidad sus sueños, sí, pero ¿cómo conservarlos? No tenía ni idea. Por eso, siguió absorta en sus pensamientos… hasta que vio las llamas.

Capítulo 2

Aiden Sterling estaba teniendo un día absolutamente horrible.

Para empeorar las cosas, su teléfono sonó por enésima vez a última hora. Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla un momento y, al ver que era otro de sus primos, rechazó la llamada de inmediato. En aquel instante se estaba perdiendo una cena familiar, que era un ritual bimensual y sagrado para los Sterling, y todos se turnaban para llamarlo.

Todos, salvo la única persona que nunca volvería a hacerlo.

Danny, su hermano menor.

Danny, que estaba muerto.

Y, aunque no quisiera hablar mal del difunto, Danny, la causa de su actual dolor de cabeza. Cuando murió, hacía dos años, los sorprendió a todos al dejarle su huevo de dragón sin eclosionar a él. A pesar de fueran hermanos y solo se llevaran un año de diferencia, u once meses, como le encantaba decir a su madre cuando alguien comentaba que solo se llevaban un año, no podían haber sido más diferentes.

Danny era ruidoso y repelente y se ganaba instantáneamente la adoración de todos dondequiera que fuese. Él, por el contrario, era tranquilo, tímido y torpe. Danny había pasado sus días montado en su dragón, rescatando animales abandonados o perdidos, como quimeras, grifos, fénix y dragones. Él prefería pasar los días en casa, particularmente, en su jardín, donde nadie pudiera molestarlo.

A los veintiocho años, quizá fuera demasiado joven para ser un recluso, pero lo prefería así. Todo era más sencillo en la seguridad de su hogar. Allí sabía exactamente qué hacer, cómo tratar a sus flores, que siempre respondían con amabilidad a sus atenciones. Prefería la compañía de las plantas a la de las personas y, en aquel momento, deseaba estar en su jardín.

En cambio, estaba en el centro del pueblo, persiguiendo a una cría de dragón que había sido incubada hacía solo seis meses por sus padres, en un intento de obligarle a tomar una decisión respecto al huevo de dragón: tenía que entregárselo a su familia o cuidarlo él mismo.

Como el huevo era lo último que le había dejado Danny, se negó a entregar a la cría, motivo por el que estaba corriendo por Main Street en aquel momento.

No había nadie por la calle a aquellas horas de la noche y todas las tiendas estaban cerradas. Sin embargo, al pequeño monstruo le encantaba la fuente del pueblo y él lo había llevado allí con la esperanza de que su comportamiento mejorase.

Sparky había sido una pesadilla todo aquel día y a él se le había agotado la paciencia. Primero, el pequeño dragón lo había tenido despierto toda la noche con sus lamentos, porque le estaban saliendo los dientes. Por la mañana, había mordido la mitad de las flores y había destrozado casi todo el jardín.

Después, la cría de dragón había provocado un desastre en su tranquilo hogar y lo había atacado cada vez que intentaba intervenir. Y, en aquel momento, después de la visita a la fuente, Sparky estaba de mejor ánimo, pero eso solo significaba que seguía corriendo y él tenía que perseguirlo.

Era enloquecedor.

Aiden miró hacia el cielo y frunció el ceño al ver las estrellas resplandecientes. Dondequiera que estuviese Danny, seguro que se estaba riendo. Por décima vez aquel día, se planteó vender a Sparky. Y, por décima vez, su conciencia se lo prohibió.

Sparky era lo único que le había dejado su hermano. Tal vez hubiera sido una broma, ya que Danny sabía que a él nunca le

habían interesado los dragones, pero, de cualquier modo, no iba a deshacerse de su regalo de despedida.

No importaba lo molesto que fuera.

Y allí estaba el pequeño monstruo, saltando de los brazos de Aiden y disparando llamas al cielo.

—¡Sparky, no! —gritó él.

Sintió el calor en la cara y cerró los ojos para protegerse del fuego. Las crías de dragón no podían causar demasiados daños, al contrario que los dragones adultos, que podían derretir la cara de un ser humano, pero eso no significaba que fueran totalmente inofensivos.

Aiden miró a su alrededor para asegurarse de que Sparky no había provocado un desastre. Por suerte, no había sucedido nada malo. Se oyó un ding y, de repente, se abrió una puerta. Él se giró y se dio cuenta de que estaban delante de un establecimiento llamado El Café del Pequeño Dragón.

—¿Va todo bien? —preguntó alguien que salía del edificio.

Su mirada recayó en la que debía de ser la mujer más hermosa que había visto en la vida. De repente, sintió calor por razones completamente diferentes.

La muchacha medía unos treinta centímetros menos que él. Llevaba un jersey demasiado grande y un vestido con marcas de quemaduras en el dobladillo. Su piel era de un color marrón muy cálido. Lucía un *piercing* de oro en la nariz. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido en un moño suelto. Cuando lo miró con sus llamativos ojos marrones, él se quedó prácticamente clavado en el sitio.

Había oído hablar de ella y de su cafetería. Starshine Valley era un pueblo pequeño y, hasta cierto punto, todos se conocían. Aunque él casi nunca salía de casa, oía lo suficiente en las conversaciones de su enorme familia. Su prima, Emmeline, era la proveedora del café para la cafetería, y el hecho de que él no fuera hablador no significaba que fuera un pésimo oyente.

La mujer era una Margala… ¿Cómo se llamaba? De repente, se sintió desesperado por saberlo. Por lo que recordaba, la muchacha era unos años más joven que él y no pertenecía a ninguna de las

familias Drakkon, así que nunca se habían cruzado. A decir verdad, él se cruzaba con muy poca gente.

—Sí-sí, lo siento —respondió, tartamudeando, y salió corriendo detrás de Sparky, que iba directamente hacia la puerta abierta dando saltos de alegría. La hermosa mujer Margala gritó cuando Sparky pasó corriendo junto a sus pies y entró en la cafetería.

—¡Sparky! —gritó él.

Pero el dragón lo ignoró por completo.

—Lo siento mucho —le dijo a la muchacha.

Se preocupó por si se enfadaba, por si él había echado a perder las cosas antes de que se conocieran. Antes, incluso, de saber cómo se llamaba.

Sin embargo, ella le sorprendió, porque se echó a reír y abrió la puerta de par en par para que él pudiera ir corriendo detrás de su cría de dragón. Los brazaletes de oro que llevaba tintinearon. Cuando pasó a su lado, percibió el olor de su perfume: rosas. Se olvidó momentáneamente de su mascota demoníaca e inhaló el dulce aroma.

—¿Quién es este angelito? —preguntó ella, con voz de bebé, mirando a Sparky.

Aiden siempre había pensado que la gente que hablaba con las crías de dragón no estaba en su sano juicio y, si lo hacían con voz de bebé, aún menos, pero era bastante encantador por parte de la muchacha.

Sparky, al parecer, estaba de acuerdo, porque se iluminó.

—¿Tienes hambre? —le preguntó ella, poniéndose en cuclillas. Sparky emitió un ronroneo, un sonido que él nunca había oído por parte del dragón—. ¿Este pequeño y lindo dragoncito tiene hambre?

La muchacha hizo ademán de tomar a Sparky en brazos y él se alarmó.

—¡No, yo no haría eso! —gritó, pero su preocupación fue en vano.

Él habría recibido un gruñido y un mordisco, pero la chica se encontró con un pequeño dragón obediente. Sparky se echó a sus brazos de buena gana, felizmente. Y, en realidad, él no podía reprochárselo.

La joven le hizo cosquillas a Sparky debajo de la barbilla y el dragón cerró los ojos, sonriendo. Vaya. Él nunca había visto a un animal tan bien educado.

—¡Tienes hambre! ¿Quieres un pequeño premio? —preguntó ella, con la voz de bebé. Llevó a Sparky detrás de la barra, tomó un frasco de vidrio enorme lleno de patatas fritas negras y sacó algunas. Parecían trozos de pan *naan* quemado.

Ella se metió una en la boca, lo que a él le pareció una locura, y le dio otra a Sparky, que se volvió loco de alegría y frotó la cabeza contra la tela gruesa de su jersey. Ella miró al pequeño diablo con afecto y el pequeño diablo la correspondió con una mirada de adoración.

¿Cómo lo había hecho? Había conseguido mucho más con la cría de dragón en seis minutos de lo que él había conseguido en seis meses. ¡Había recibido más arañazos, mordeduras y quemaduras de las que podía contar!

—¿Has dicho que se llama Sparky? —preguntó la muchacha, girándose hacia él.

Al estar bajo la mirada de aquellos magníficos ojos oscuros, Aiden se sobresaltó. Empezó a sudar y se le aceleró el corazón. Tardó un momento en recordar que ella le había hecho una pregunta y estaba esperando pacientemente su respuesta.

—Sí, se llama Sparky —contestó, por fin—. Lo siento, de veras.

Necesitaba pensar en algo inteligente que decir más allá de disculparse. Dios, ¿qué le pasaba? Dio un paso hacia ella, tratando de alcanzar a Sparky. El dragón gruñó. Ah, aquel era el animal malcriado que él conocía tan bien.

La muchacha se echó a reír.

—No creo que le caigas muy bien —dijo, sonriéndole.

—Nadie le cae bien —murmuró él, sombríamente, pero ella no lo oyó.

Él carraspeó.

—Te pido disculpas de nuevo. Por cierto, me llamo Aiden. Aiden Sterling.

—Yo, Saphira —respondió ella, y él sintió que le recorría un rayo de placer por el hecho de saber su nombre. Saphira—. Y no te

preocupes, me encantan las crías de dragón. Aunque no había visto a Sparky antes por aquí…

De repente, se quedó en silencio, como si se hubiera dado cuenta de algo. Lo miró y él la vio atar cabos.

—Oh, eres el hermano de Danny —dijo—. Lamento mucho tu pérdida. Es un pésame muy tardío, pero…

Volvió a quedarse callada.

Por lo general, él odiaba que la gente mencionara la muerte de Danny, pero ella lo hizo de una manera empática, con los ojos marrones muy abiertos. A él se le formó un nudo en la garganta.

—Gracias —dijo, y carraspeó—. Te lo agradezco.

En Starshine Valley todo el mundo conocía a Danny hasta cierto punto, y todos sabían cómo había muerto. Ella tenía razón; las condolencias llegaban un poco tarde. Danny había muerto hacía más de dos años, pero él se lo agradecía de igual modo.

Aun así, sintió una oleada de dolor.

—Bueno, no quería molestar —añadió, un momento después, y extendió la mano hacia Sparky.

—No es ninguna molestia —dijo ella, y dio un paso hacia delante para entregarle al pequeño dragón. Sparky estaba muy tranquilo y dejó que Saphira se lo entregara.

Cuando lo hizo, sus manos se rozaron y él notó una corriente eléctrica por el brazo. Se le aceleró el pulso mientras la miraba.

Y Sparky, al darse cuenta de que su situación había cambiado, gruñó y le mordió la mano, claramente disgustado.

—¡Ah! —gritó Aiden, cambiándose a la cría de dragón a la otra mano—. Dios, lo odio.

—Pero ¡si es muy lindo! —exclamó Saphira—. ¿Verdad que sí? —le preguntó a Sparky, entre arrullos, mientras le acariciaba la cabeza.

En cuando ella retiró la mano, Sparky aprovechó la oportunidad para intentar morder a Aiden nuevamente.

—¡Basta! —le regañó él.

Saphira se echó a reír. Tenía un hoyuelo. Y, por algún motivo inexplicable, aquello fue bastante catastrófico para él.

Quería bromear y entablar una conversación con aquella encantadora mujer, pero había tenido un día muy largo, estaba muy

cansado y no sabía qué decir. Por eso, antes de salir de casa, solía preparar lo que iba a decir y ensayaba mentalmente las frases.

Pero Saphira había sido una sorpresa para él.

Si se encontraba en una situación como aquella, por lo general salía corriendo a la menor oportunidad. Sin embargo, aunque le pareciera extraño, aunque se sintiera incómodo e inseguro, en aquel momento no quería irse. Así que se quedó allí plantado, como un idiota.

Saphira lo miró con curiosidad, con los ojos muy abiertos. Había algo muy brillante en ella, muy cálido. Resplandecía como la luz de las estrellas.

Se le había soltado un mechón de pelo. Era una espiral pequeña y perfecta, y él tuvo el deseo de trazarla con el dedo.

De repente, se movió con inquietud, con nerviosismo. Por eso apenas salía de casa. ¡Nunca sabía cómo actuar!

Su mirada se desvió más allá de Saphira y vio lo que parecían restos calcinados de una máquina de café expreso.

—Parece que Sparky no es el único travieso —dijo, señalando el desastre—. ¿Eso lo hizo un dragón?

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, se encogió por dentro. Era una pregunta tonta. ¡Por supuesto que lo había hecho un dragón!

—Ah, sí —respondió ella, suspirando—. Me encanta que el café admita a los pequeños dragones, pero hacen que sea un poco difícil que siga abierto —dijo. Observó la máquina derretida, el desorden que había quedado allí—. Un café que admita crías de dragón es una gran idea, en teoría, pero en la práctica hay demasiadas llamas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, rápidamente, pestañeó.

Aiden se sintió abrumado por la urgencia de hacer algo, pero no sabía qué.

—¿Puedo…, um…, ayudar? —preguntó.

—No, no, ¡no pasa nada! —respondió ella, con una sonrisa forzada —. Quiero decir, sí pasa algo, obviamente, pero está bien. No es que esté bien de verdad, pero lo estará. Creo que lo estará —dijo, y respiró profundamente—. ¡Bueno, te dejo que te vayas!

Lo estaba despidiendo. Y era lógico que lo despidiera. Se sentía tan inútil…

Saphira dio un paso hacia delante y a él se le aceleró el corazón. Por un momento, pensó que iba a tocarlo y dejó de respirar, pero ella solo iba a hacerle a Sparky una última caricia. Después, lo miró con aquellos ojos castaños en los que él podría ahogarse.

—Buenas noches, Aiden —dijo.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Se alejó de ella y se dirigió hacia la puerta. Sin embargo, solo dio dos pasos y se detuvo, porque se le estaba ocurriendo una idea.

—Espera —dijo, mientras se daba la vuelta.

Ella ya estaba subiendo las escaleras, pero se detuvo al oír su voz.

—¿Sparky quiere otra golosina? —preguntó.

Su corazón latía a toda velocidad. Tal vez fuera una mala idea. Tal vez ella no quisiera. Tal vez ni siquiera debiera preguntarlo. Pero antes de pensarlo dos veces, soltó las palabras.

—Sí…, no. Quiero decir… ¿Estarías dispuesta a entrenarlo?

Ella se quedó muy sorprendida y abrió mucho los ojos.

Él ya había buscado entrenadores en varias ocasiones, pero no había tenido suerte. Normalmente, las personas a quienes se les daban bien los dragones tenían uno propio y no querían que lo adiestrara otro, porque podían ser muy difíciles.

Sin embargo, allí estaba Saphira y, que él supiera, la muchacha no tenía dragón.

—Pero tú eres su jinete —dijo. El vínculo jinete-dragón era especial, indestructible. Por ese motivo, los jinetes siempre entrenaban a sus propios dragones.

No obstante, Aiden lo había intentado durante los últimos seis meses y no había logrado ningún progreso. Los Sterling eran una de las familias Drakkon más estimadas a las que alguien podía pertenecer, formada por generaciones de jinetes. Todos los demás miembros de su vasta familia se habían adaptado a sus dragones al instante, pero allí estaba él, luchando y fracasando en el intento.

Quizá Saphira pudiera ayudarlo. Claramente, amaba a los dragones y era buena con ellos y…

—Te pagaré, por supuesto —dijo mientras se acercaba.

Saphira estaba en el tercer escalón y él tuvo que levantar la vista para poder mirarla a los ojos.

—No sé —dijo ella. Después, se quedó callada, pero su mirada se dirigió a la máquina de café expreso.

«Di que sí», canturreaba una voz en su cabeza. «Por favor, di que sí».

Cuanto más lo pensaba, más deseaba que ella aceptara.

—Estoy dispuesto a darte un adelanto. ¿Qué tal dos mil? —le preguntó—. Y, después, ¿te parecería bien quinientos a la semana?

Saphira se quedó boquiabierta.

—Eso es mucho.

—Puedo pagarlo, si eso es lo que te preocupa —dijo él.

—No, no es eso —dijo ella—. Sé quién es tu familia.

Entonces él miró a Sparky y, después, al ver que Saphira bajaba un escalón, se le cortó la respiración. Se habían quedado lo suficientemente cerca como para tocarse.

—Está bien —dijo ella, mirándolo a los ojos—. Trato hecho.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Saphira se despertó un poco antes del amanecer para prepararse para el trabajo. Las pulseras de oro tintineaban en su brazo mientras se ponía un vestido amarillo que le recordaba a las natillas de vainilla.

Le rugió el estómago mientras se trenzaba el pelo hacia atrás, sin apretar. Se preguntó si habría quedado algún bollo de cardamomo del día anterior. Apenas había dormido aquella noche, así que tal vez el desayuno la reanimara. Casi nunca funcionaba al cien por cien antes de tomar su dosis matutina de cafeína.

Justo cuando estaba pensando qué iba a desayunar, sonó el timbre de la puerta de abajo. Salió de su pequeño apartamento y se dirigió a las escaleras que bajaban a la cafetería, preguntándose quién podría estar allí a aquellas horas. No tenía ninguna entrega programada tan temprano. Ni siquiera había salido el sol; el mundo todavía estaba oscuro.

Abrió la puerta lateral y, al encontrarse frente a una figura alta y atractiva, recordó exactamente por qué no había podido dormir la noche anterior.

—¡Aiden! —exclamó, con una voz muy aguda—. ¡Hola!

Se le llenó la mente de imágenes: el café en penumbra, un hombre hermoso, un cachorrito de dragón. Había pensado que, seguramente, aquel encuentro era producto de su imaginación hiperactiva, pero allí estaba Aiden Sterling, frente a ella, con su adorable mascota a cuestas.

—Buenos días —dijo él, con la voz ronca.

Al oír su voz grave, ella tuvo un escalofrío que le recorrió la espalda. Resultaba imposible ignorar lo guapo que era y eso no contribuyó a calmarla. En el pueblo casi todas habían estado enamoradas de él en algún momento, pero todo el mundo sabía que era un recluso que casi nunca se dejaba ver y menos aún desde la muerte de su hermano.

Tenía un estilo sencillo, sin adornos, salvo un sello que llevaba en la mano izquierda y que parecía un emblema familiar, con una piedra negra en el centro, tan oscura como su espeso cabello. En aquel momento tenía barba incipiente, y ella se fijó en sus mejillas angulosas y su mandíbula afilada. Sus ojos también eran oscuros, tanto que era imposible leer en ellos lo que estaba pensando o sintiendo.

Lo miró fijamente. Era tan misterioso y tan increíblemente sexi… Se había dado cuenta la noche anterior, pero lo estaba notando de nuevo, incluso antes de que amaneciera.

Aiden tenía en brazos a un bebé dragón dormido, acurrucado contra su pecho. Saphira estuvo a punto de derretirse al verlo. Sin embargo, antes de que pudiera desmayarse como era debido, una ráfaga de viento sopló hacia Aiden desde atrás y lo empujó hacia adelante. Chocó con ella en la puerta y la luz del interior le iluminó la cara.

Aiden abrió unos ojos como platos.

—Lo siento —dijo.

Ella se echó a reír.

—Esa era mi abuela regañándome por no haberte invitado a pasar antes —respondió ella, y se echó a un lado—. Pasa, pasa.

Saphira cerró la puerta cuando él entró en el local, para que no entrara el frío de la mañana. El café estaba caldeado. Todavía no había llegado el momento de apagar la calefacción por las noches, pero la primavera les llevaría pronto el clima más perfecto: sol, brisa y pétalos de flores ondeando en el viento.

—Voy a traerte algo para él —dijo Saphira, y fue en busca de una pequeña cama para Sparky.

Sparky era un dragón basalta, una raza más grande que las demás, lo que significaba que también era una de las crías de dragón más grandes. Tenía las escamas negras y los ojos, morados. Los dragones basalta eran la raza más cara, debido a que eran muy raros. También se rumoreaba que era la mejor raza para el deporte ilegal de las carreras de dragones, pero ella no sabía mucho de eso, aparte de lo que había oído decir.

Ella no pertenecía a ninguna de las familias Drakkon, por lo que su contacto con los dragones había sido principalmente gracias al café y, en realidad, allí solo veía a los cachorros. Lo más cerca que estaba de ver dragones completamente desarrollados era cuando volaban sobre el valle. Entonces sí podía observarlos desde lejos.

Dejó la camita en el suelo, junto a la barra, y Aiden tendió a Sparky con cuidado. Parecía que estaba estresado. Cuando Sparky estuvo durmiendo tranquilamente en la camita, él exhaló un suspiro de alivio.

—Es temprano. No me extraña que el pequeño todavía esté dormido —dijo ella, y bostezó—. Ojalá pudiera unirme a él.

—A mí me gusta levantarme temprano —respondió Aiden.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Voluntariamente? Si yo no tuviera que despertarme a estas horas intempestivas para preparar el café, dormiría hasta tarde nueve de cada diez veces.

Él frunció los labios. Ella se dio cuenta de que no sonreía fácilmente, lo que habría sido deprimente, ahora que trabajaba para él. Sin embargo, Aiden tenía algo que hacía que se sintiera por completo a gusto.

—Es agradable levantarse antes que los demás —dijo él—. Todo está en calma y en paz. Y es todavía mejor en primavera, cuando los pájaros están en plena época de canto.

—Es muy bonito —dijo ella—. Nunca lo había pensado de esa manera, pero tienes razón: es reconfortante abrir la cafetería por la mañana y estar a solas un rato antes de que llegue todo el mundo y empiecen las prisas del día.

—Hablando de prisa, por eso he venido tan temprano —le dijo él, y se sacó el teléfono del bolsillo del pantalón—. Quería pedirte los

datos bancarios para poder hacerte el primer pago, y quería poder hablar contigo antes de que llegara alguien más.

Ella lo miró con curiosidad.

—No te gusta mucho la gente, ¿verdad? —le preguntó. Casi nunca lo veía por la calle.

Aiden se quedó callado y ella pensó que tal vez no debiera haber dicho eso. No era capaz de entender bien su comportamiento. Él era un poco… gruñón, pero no daba la sensación de que fuera de una manera antagónica, como si estuviera enfadado con ella o con el mundo.

Por desgracia, ella tenía la mala costumbre de pensar lo mejor de las personas, como siempre le decía Nani-Ma.

—Mi niña bobita, enamorándose de los extraños a diestro y siniestro —decía su abuela, en tono afectuoso, moviendo la cabeza.

No siempre era de una manera romántica; simplemente, anhelaba la conexión humana. Y a diario se relacionaba con tanta gente que era fácil alimentar esa adicción. El inconveniente era que, al final del día, después de que todos se hubieran ido, se quedaba sola.

—¿Puedes darme tu información bancaria, por favor? —preguntó Aiden, arrastrando los pies. Hablaba como si hubiera practicado las frases.

—Claro —dijo ella, y recitó con rapidez su número de móvil—. Puedes transferir el dinero aquí —añadió—. Y así también tienes mi número por si alguna vez necesitas enviarme un mensaje.

Saphira se avergonzó por haberle dicho aquella última parte. ¿Era necesario?

Afortunadamente, la expresión de Aiden se suavizó.

—Es bueno saberlo —respondió.

Ella lo observó mientras escribía en su teléfono y, un momento después, oyó el sonido de una notificación.

Al ver la suma, se quedó sorprendida. La noche anterior, él le había dicho que le daría un adelanto de dos mil dólares, pero verlo en su cuenta bancaria le resultó sorprendente.

Todavía no había comenzado a entrenar a Sparky, pero necesitaba desesperadamente el dinero. Lo destinaría de inmediato a comprar

una máquina nueva de café expreso, y eso la dejaba satisfecha y aliviada.

Se sintió culpable por la cantidad que le estaba pagando, pero él debía de estar desesperado, algo que ella no entendía en absoluto. Aiden era un Sterling, pertenecía a una antigua familia Drakkon. Sus antepasados llevaban montando a los dragones desde que los dragones fueron domesticados por primera vez. ¿Por qué iba a necesitar su ayuda?

Miró a Sparky, que todavía estaba dormido en su camita, y tuvo un sentimiento cálido que le hizo olvidar las preguntas.

Deseaba tener un dragón con todas sus fuerzas. Y, aunque Sparky no era suyo y nunca lo sería, quizá aquello fuera lo más cerca que podía estar de poseer uno de aquellos animales.

—¿Te ha llegado la transferencia? —preguntó Aiden.

Saphira parpadeó y volvió a mirarlo. Él la estaba observando de cerca, y a ella se le aceleró el corazón por el hecho de que la hubiera sorprendido divagando.

—Sí-sí, gracias —respondió. Dejó el teléfono a un lado y le sonrió.

Él asintió.

—Muy bien, entonces, me voy —dijo. Giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Ella tuvo la sensación de que se estaba perdiendo algo y se alarmó.

—¡Espera! —exclamó mientras lo perseguía—. ¿Qué quieres decir?

Para entonces, Aiden ya estaba en la puerta del local.

—Has recibido el dinero, ¿no? —preguntó, sin rodeos.

—Sí, pero no…

—Vas a entrenar a Sparky, ¿no? ¿No era ese el acuerdo?

Ella pestañeó con desconcierto. Volvió a mirar al cachorro y luego, de nuevo, a Aiden, que estaba inquieto. ¿Lo habría ofendido? Parecía que estaba incómodo.

—¿Quieres decir que tengo que empezar a entrenarlo ahora mismo? —preguntó, asombrada, y parpadeó—. ¡Pero es que tengo que trabajar!

—Ah.

Él se sonrojó. Por un instante, fue como si se estuviera reprendiendo a sí mismo en silencio, y ella también se incomodó.

Antes se había sentido en sintonía con él, pero parecía que tenían propósitos muy diferentes y ella no disfrutaba en absoluto de esa sensación.

—Sí —dijo, y se mordió el labio—. Supongo que deberíamos ponernos de acuerdo en la logística de todo esto —añadió mientras trataba de recuperar la tranquilidad.

Él asintió.

—Genial. Pero primero, un café.

Regresó al local y fue directamente a la barra. Después de un momento, Aiden la siguió. Saphira sacó café frío del refrigerador. Prefería los cafés con leche, pero había tenido que conformarse con otras bebidas porque ya no contaba con la máquina de café expreso. En su carta también ofrecía otras bebidas como chai con leche, batidos faludá y refrescos de jarabe de Afza.

Aiden llegó a la barra y ella le hizo un gesto para que se sentara. Él se acomodó en uno de los taburetes y, finalmente, quedaron a la altura de los ojos. Ella aprovechó el momento para ver mejor su rostro. Tenía las pestañas largas y unos ojos negros, profundos, en los que quiso sumergirse. El resto de su cara tenía líneas duras, como si hubiera sido tallado en piedra, pero había suavidad alrededor de su boca mientras la observaba servir café.

—¿Qué te apetece? —preguntó ella.

—No, nada, gracias —respondió él. Su expresión se volvió de alarma al ver que ella vertía una gran cantidad de jarabe de vainilla en su café frío.

—Te voy a preparar algo de todas formas, así que es mejor que me lo digas —dijo Saphira, mientras ponía leche de avena en su café y luego lo mezclaba. Cuando tuvo el color correcto, tomó un sorbo. El efecto de la cafeína fue inmediato. Paladeó el sabor dulce y amargo en su boca, canturreando de satisfacción.

—No me gusta el café —dijo él, absolutamente en serio.

A ella se le escapó un jadeo. Un jadeo exagerado, sí, pero él había dicho algo bastante horrible. Ella se agarró el corazón como si le hubieran disparado.

—¡No! —gritó—. Lo siento mucho, pero se acabó. No puedo trabajar para ti. ¿Cómo es posible que no te guste el café? No confío

en la gente a la que no le gusta el café. ¿Qué estás tratando de demostrar? Además, ¿por qué privarte de semejante delicia? ¡No tiene sentido!

—Lo siento, era una broma —dijo él. Frunció los labios y carraspeó —. Aunque, claramente, te la has tomado como algo personal.

¡Oh, así que era un bromista! Ella se sintió feliz, aunque no hubiera captado la broma.

—Uf, qué alivio —dijo—. Bien, volvamos a hablar de nuestro acuerdo.

Entonces Aiden sonrió, lo que para ella fue como una victoria personal. Aún no lo había visto sonreír y, aunque fuera una sonrisa pequeña, era encantadora.

Él se quedó pensando un momento.

—Puedo tomar lo que tú estés tomando —dijo, por fin—. Pero con menos cantidad de azúcar. No sé mucho sobre café.

—¡Pues no te preocupes! Porque yo soy una experta.

Ella le preparó la bebida con una cantidad razonable de jarabe de vainilla y terminó añadiéndole espuma fría. Espolvoreó canela sobre una plantilla de un corazón y, después, le sirvió el café.

Cuando puso la bebida frente a él, se dio cuenta de que el diseño del corazón, con seguridad, era demasiado, y se estremeció por dentro.

—Es mi costumbre —explicó, con las mejillas ardiendo—. Es lo más fácil, y lo he hecho muchas veces, y a todos les gusta, y…

—Es lindo —dijo él, y puso fin a su agobio.

Aiden alzó la mirada desde el corazón hasta ella, y a ella se le aceleró el corazón. No parecía que la considerase una persona extraña. En verdad, no quería que pensara que era rara. A veces, se entusiasmaba demasiado, y él ya había demostrado que era del tipo de hombre fuerte y silencioso.

Pero no parecía que le importara; parecía complacido.

Ella sonrió.

—Bueno, pruébalo —dijo, mirándolo con atención mientras él tomaba un sorbo. Ella observó la larga línea de su garganta moverse mientras él tragaba, distrayéndose un poco.

—Es muy rico —dijo él, como si le hubiera sorprendido—. Nunca había probado esto, pero me gusta.

Saphira aplaudió para sí misma.

—¡Me alegro!

Entonces ella también tomó un sorbo de su café y los dos se quedaron en silencio un momento. Se sorprendió por lo cómoda que se sentía, a pesar de que apenas conocía a Aiden y él tampoco la conocía a ella.

—Bueno, vamos al grano: ¿qué se supone que debo hacer con Sparky todo el día? —preguntó Aiden.

—La cafetería abre de ocho a cinco —dijo ella, después de una pausa—, así que puedo entrenar a Sparky después, cuando sea conveniente para ti.

Aiden lo pensó.

—Pensé que Sparky podría pasar el rato aquí durante el día —dijo —. Ya que tienes las camas y las cuevas, y hay otros cachorros con los que Sparky puede socializar.

—Bueno, si estuviera entrenado, sí, eso no habría sido demasiado difícil —respondió ella, pensándolo—. Pero, como no está entrenado, podría ser difícil. Las tres cosas más importantes para entrenar a un cachorro de dragón son enseñarle a controlar el fuego, enseñarle a socializar y que aprenda a volar.

Como deseaba tanto tener un dragón propio, había adquirido aquellos conocimientos, para poder enriquecer su ensoñación con detalles concretos.

Tuvo un pequeño escalofrío al darse cuenta de que esas mismas ensoñaciones se convertirían en realidad con Sparky.

—Sí, él no sabe ninguna de esas cosas y, realmente, se comporta muy mal —dijo Aiden, gruñendo. Se remangó y le mostró una marca de mordedura que tenía en el antebrazo como prueba de su afirmación.

Ella frunció el ceño. Era una pequeña herida, nada desagradable, pero no le gustó verla. Tuvo que resistirse al impulso de tocarle la piel con un dedo.

Se aclaró la garganta.

—Como no está entrenado, no creo que sea una buena idea dejarlo en el café —dijo, volviendo a concentrarse—. Tendría que vigilarlo constantemente para que no se lastime o se haga daño, ¡es un cachorro!

Era necesario cuidar a los cachorros de dragón tanto como a los bebés humanos, porque eran muy vulnerables a los depredadores, otros animales mágicos por completo desarrollados como las quimeras o los grifos o, incluso, otros dragones. Los dragones adultos sabían cuidarse solos, por eso se les permitía vagar libremente por el entorno protegido de las montañas y colinas que rodeaban el valle.

La cafetería era segura, pero, en el exterior, los jinetes debían tener cuidado también con los cazadores furtivos: había quienes secuestraban dragones y los vendían en el mercado negro al precio más alto. Como los dragones de basalto eran tan raros, Sparky sería aún más codiciado.

Ella había oído decir que aquellos dragones se usaban después para las carreras de dragones. No estaba segura de si el rumor era cierto, pero, cuando se trataba de la seguridad, nunca se era demasiado cauteloso.

—Tienes razón —dijo Aiden, con un suspiro—. Debería haberme dado cuenta. No sé en qué estaba pensando…

Parecía que estaba irritado consigo mismo.

—¿Qué has estado haciendo con Sparky todo este tiempo? —le preguntó ella, captando su atención—. ¿No puedes seguir haciendo eso? Y, por cierto, ¿a qué te dedicas?

No sabía mucho sobre él. En realidad, nadie sabía casi nada. Aiden era una persona muy reservada, pero ella se moría de ganas de saberlo todo en aquel mismo instante. Quería saber quién era.

Trató de convencerse de que era simplemente porque siempre sentía curiosidad por todo y era una persona a la que le gustaba conocer gente. Sin embargo, no podía negar que Aiden tenía algo que le interesaba más de lo normal.

Además, iban a trabajar juntos; sí, probablemente, solo era eso.

—Tengo un estudio de paisajismo —dijo, aunque un poco reacio a hablar de sí mismo—. Diseño jardines.

—¡Ah, genial! ¿Te gusta Bloomsmiths? —le preguntó ella—. Siempre veo su cartel por la ciudad.

Él se rascó la nuca y miró hacia otro lado.

—Eh, sí… En realidad, soy yo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, completamente impresionada—. ¿Eres tú? ¡Adoro tu trabajo! La primavera es mi estación favorita en la ciudad por todas las flores.

Diseñaba las cosas de una manera tan magnífica… Los colores, las formas, la variación de las alturas y los espacios vacíos.

—No es nada —dijo él, avergonzado.

—¡Sí, sí lo es! —respondió ella.

Su trabajo transmitía el cálculo minucioso y la reflexión que había detrás de la vegetación. Era verdaderamente artístico. Gracias a eso, caminar por la ciudad era un placer, era tan bonito como caminar por las calles en pleno invierno mientras caía la nieve. Salvo que aquello no era un fenómeno natural; era él quien lo creaba.

—Tú haces que toda la ciudad sea hermosa. Es asombroso.

Aunque no la miraba a los ojos, ella se daba cuenta de que estaba contento con su efusividad.

—Como es primavera, voy a estar muy ocupado —dijo Aiden, un momento después—. De todos modos, el invierno es una época tranquila para mí. No he tenido mucho que hacer, así que cuidar a Sparky no ha sido ningún problema. Pero ya tengo concertadas visitas para clientes privados y públicos, como el ayuntamiento. Y no puedo llevar a Sparky.

—¿Por qué no? —preguntó, mirando al angelito.

—Porque es un demonio —dijo Aiden, sin rodeos—. Lo echará todo a perder. Por eso es necesario entrenarlo.

—¿Por qué no le pides a tu familia que lo acoja, o algo así? —preguntó ella.

Él dudó.

—Danny me lo dejó —dijo Aiden, en tono tranquilo. Sin embargo, estaba claro que perder a su hermano había sido increíblemente difícil para él—. No soy capaz de entregarle a nadie a Sparky, aunque sea una amenaza.

Saphira tuvo la sensación de que había algo más, alguna otra razón que Aiden no estaba confesando, pero no quería entrometerse.

—¿Hay alguien en quien confíes que pueda cuidar de Sparky durante el día? —le preguntó—. ¿No tienes una hermana?

—Genevieve —respondió Aiden, asintiendo—. Pero es demasiado joven. Solo tiene diecinueve años, está en la universidad y no puede hacerse cargo de tanta responsabilidad.

Ella había visto por la calle a Genevieve. Era amiga de Lavinia que, a su vez, era su compañera de trabajo, su ayudante y su mejor amiga.

Aiden exhaló un suspiro de frustración y Saphira tuvo la sensación de que estaba buscando cualquier forma de deshacerse de Sparky. Pero eso no tenía sentido, porque claramente no quería deshacerse por completo del cachorro de dragón entregándoselo a sus propios familiares, que podían cuidar a Sparky bastante bien. Y, al mismo tiempo, no parecía que le entusiasmara estar con el pequeño dragón; parecía que lo empujaba hacia ella.

Decidió que no iba a pensar demasiado en ello. Necesitaba el dinero y ella sí quería estar con el cachorro.

—Ya pensaré en algo para el día —dijo Aiden, terminando su café —. ¿Puedes entrenar a Sparky durante la noche, cuando hayas cerrado la cafetería? Yo podría dejarlo aquí, si te parece bien.

—Sí, eso suena bien —dijo ella.

Aiden se puso de pie y, justo en ese momento, se oyó un poco de alboroto, porque Sparky se despertó. Miró a su alrededor, observando su entorno hasta que la vio a ella. El cachorro se animó, emocionado.

—¡Sparky, no! —exclamó Aiden, mientras Sparky se subía de un salto a una silla y, después, a la mesa. Al cachorro no le gustó que lo reprendiera y bufó a Aiden. Después, le lanzó un pequeño anillo de humo, que Aiden rechazó con un gesto.

—¿Sabes? Durante el entrenamiento de los cachorros de dragón, el jinete también necesita ser entrenado —dijo Saphira, mientras salía de detrás de la barra. Le dio a Sparky un pequeño bocadillo

que el cachorro comió felizmente—. Es importante para el vínculo entre el jinete y su dragón, algo en lo que ambos deben trabajar.

Aiden no parecía entusiasmado con la perspectiva, lo que a ella le pareció extraño. ¿Por qué no iba a querer vincularse con su dragón?

—No te preocupes por eso —dijo Aiden—. Y gracias por todo.

—De nada —respondió ella. Después de todo, era un acuerdo beneficioso para los dos.

Él parpadeó y ella se distrajo con el aleteo de sus pestañas oscuras. Tuvo ganas de tocar su curva, de sentir el ligero contacto contra la yema del dedo.

Lo miró fijamente a los ojos, preguntándose qué pensamientos habría en aquella hermosa cabeza suya mientras la observaba. Su mirada era abrasadora y ella empezó a sentir un calor que le recorrió la columna vertebral y se extendió por su pecho.

Aiden se quedó callado e inmóvil hasta que se le movió la garganta al tragar. Olía a café; sus labios todavía estaban húmedos. Ella tuvo el impulso de ponerse de puntillas para probarlos. La idea le aceleró el corazón. Se quedó paralizada, en trance…

—Um, ¿hola? —dijo alguien, interrumpiendo el momento.

Ella se giró y vio a una chica en la puerta lateral.

Aiden dio un paso atrás como si se hubiera quemado.

—Adiós —dijo. Agarró a Sparky, que soltó otro bufido, y se marchó a toda prisa.

Saphira se sentía mareada.

En cuanto Aiden se fue, su compañera de trabajo se acercó.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Lavinia Williams, con los ojos y la boca muy abiertos.

—No tengo idea de qué estás hablando —dijo ella, sin mirarla a los ojos, mientras comenzaba a bajar sillas de encima de las mesas. Miró el reloj: ¡solo faltaban veinte minutos para que abriera la cafetería! ¡Quedaba mucho por hacer!

Ojalá se le calmara el ritmo del corazón…

—¿Disculpa? —dijo Lavinia, poniéndose frente a ella.

Lavinia era baja y curvilínea. Tenía el pelo rizado y los ojos grandes, parecidos a los de una cierva. Y, en aquel momento, estaba a punto de echarse a reír a carcajadas.

—¿Puedes dejar de parlotear y ponerte a trabajar, eh? —le dijo ella, apretando los labios.

Siempre tenía ganas de reírse cuando estaba con Lavinia, lo cual era perfecto, ya que se veían mucho.

Lavinia tenía veintidós años y había estado trabajando de ayudante suya en la cafetería desde que la abrió, mientras estaba de año sabático antes de comenzar la carrera de Veterinaria, en otoño. Tenía la gran ambición de cuidar animales mágicos.

—Dejaré de parlotear cuando me digas quién era ese hombre tan guapo y por qué estaba aquí al amanecer, cuando todavía no se ha despertado nadie más —respondió Lavinia—. ¿Se quedó a pasar la noche? Si tienes un juguete secreto del que no me has hablado, ¡voy a dejar el trabajo!

—Dios mío, no —dijo Saphira, con las mejillas ardiendo—. ¡No se quedó a pasar la noche! ¡Dios mío!

—Está bien, pero, entonces, ¿qué estaba haciendo aquí tan temprano? —preguntó Lavinia, mirándola con desconfianza.

—¡Solo estábamos hablando! —exclamó ella, con la voz muy aguda. Luego miró a su amiga con los ojos entornados—. Y ¿qué… te he dicho sobre lo de interrumpir cuando los adultos están hablando?

Era una broma recurrente entre ellas: Lavinia, a los veintidós años, era una niña pequeña, mientras que ella, a los veinticinco, era una persona adulta y madura.

—Sí, sí, los niños no deben interrumpir —dijo Lavinia, inclinando la cabeza—. Disculpa.

—Exacto —dijo ella, y se abanicó con una mano. Lavinia sonrió con picardía—. ¡No me mires así!

—¡Solo estoy esperando que me digas qué está pasando aquí! —respondió Lavinia—. ¿Quién era ese?

—Aiden Sterling —dijo Saphira—. Me va a pagar una suma exorbitante por entrenar a su cachorro de dragón, lo que significa que puedo encargar una nueva máquina de café expreso.

—¿Lo suficientemente exorbitante como para pagar el envío en un día? —preguntó Lavinia. Ella asintió.

—Aaaah. Entonces, solo estabas siendo una astuta mujer de negocios.

—Sí —dijo ella—. Exactamente. Al cien por cien.

—Me encanta. Apoyo totalmente esta decisión —dijo Lavinia—. Y él se lleva puntos extra por ser supersexi.

—Ah… No me había fijado —dijo ella, metiéndose un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Claro, claro…, ¿cómo ibas a fijarte? Si solo lo mirabas a los ojos como si quisieras meterte en ellos.

Ella dio un grito de indignación mientras Lavinia se reía.

—¡No tengo tiempo para esto! ¡Tengo una cafetería que dirigir!

—¡Puedes hacer varias cosas a la vez!

Ambas se echaron a reír. Lavinia y ella se conocían desde hacía años; las dos trabajaban juntas en una tienda de té en las montañas hasta que ella abrió su cafetería y Lavinia la siguió. La tienda de té era más exclusiva, mientras que su cafetería, situada en Main Street, era mucho más hogareña. Y una gran parte de esa intimidad era gracias a Lavinia.

—Bien, ahora tenemos que ponernos a trabajar en serio —dijo Saphira. Una declaración que solía hacer cuando Lavinia y ella se distraían charlando.

Volvieron a preparar el café y ella encargó la máquina de café expreso, eligiendo la entrega más rápida para que llegara al día siguiente por la mañana. Todavía estaban preparándolo todo cuando alguien llamó a la puerta lateral.

—Voy yo —dijo Lavinia.

—Es probable que sea Theo —le dijo ella.

Lavinia abrió la puerta y en el umbral apareció un chico flacucho con una mata de pelo oscuro y ondulado y la piel morena. Llevaba una camisa de franela con las mangas recogidas y tenía una mancha de harina en un brazo.

—Buenos días, señoritas —dijo Theo Noon, que portaba cajas de productos horneados con un olor celestial.

—Buenos días —dijo Lavinia, poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla a Theo. Él era unos treinta centímetros más

alto que ella. Era el ayudante del panadero y había ido a la cafetería para hacer la entrega del pedido a la panadería.

Lavinia tomó algunas de las cajas y le dedicó una sonrisa cariñosa. Theo también era el mejor amigo de la infancia de Lavinia, estrictamente su amigo, como Lavinia siempre decía cuando Saphira le preguntaba si había algo más entre ellos.

—¿Qué tienes hoy para mí? —preguntó Saphira, emocionada por ver lo que había llevado Theo: *croissants*, *muffins*, bollos, galletas… Aunque, en realidad, lo que quería ver era lo que había hecho Theo.

El muchacho todavía era un humilde aprendiz y repartidor en la panadería y aún no se le permitía hacer sus propias cosas. Sin embargo, a Theo le gustaban mucho los postres de fusión del sur de Asia. A ella le encantaba eso y era perfecto para su cafetería. Quería mantener los toques *desi* en su cafetería, sentir que Nani-Ma todavía estaba con ella y aferrarse a su herencia. Así que había llegado a un acuerdo con la panadería para permitir que Theo llevara una receta original propia cada semana como exclusiva para El Café del Pequeño Dragón.

—El especial de hoy es un minipastel *bundt* de *gulab jamun* —dijo Theo abriendo la caja para mostrárselos. Los pasteles de color caramelo tenían un olor divino a cardamomo y azafrán y estaban decorados con glaseado blanco y pétalos de rosa.

—Ooh, me encanta esto —dijo Lavinia, mientras se acercaba a robar uno.

—Gracias, Theo —dijo Saphira—. ¿Puedo invitarte a tomar algo antes de que te vayas?

—Mataría por un café con leche helado —dijo Theo, y miró la máquina de café expreso, que estaba cubierta con un enorme cartel de *NO FUNCIONA*. Oh.

—¡La nueva llegará mañana! —le dijo Saphira.

A él se le iluminó la cara.

—¡Bien! ¡Vamos, equipo! —exclamó.

Chocó las manos con ella y se quedó charlando hasta que la cafetería abrió oficialmente y comenzaron a llegar clientes. En ese momento, Lavinia empezó a tener demasiado trabajo como para entretenerlo, así que se despidió con la mano.

Los clientes habituales también se sintieron aliviados cuando ella les dijo que volverían a tener café expreso al día siguiente. Habían echado de menos sus cafés con leche y capuchinos, pero todo se iba a resolver.

Había llegado demasiado lejos como para darse por vencida. Mientras comía un bocado de tarta *gulab jamun*, pensó en Nani-Ma.

«Haré que te sientas orgullosa», le prometió.

Capítulo 4

Saphira acababa de sentarse, al final de la jornada, cuando vio aparecer una figura junto a la puerta principal. El pulso se le disparó de la manera más ridícula.

Se dio la orden de calmarse delante de su jefe y se levantó para abrir la puerta. Se habían ido ya todos los clientes del café y reinaba la tranquilidad. Incluso Lavinia se había marchado después de ayudarla a cerrar. Cuando se acercó a la puerta, le dolían las piernas por haber estado de pie todo el día, de un lado a otro.

Sin embargo, al abrir, sintió una descarga de energía, como si hubiera bebido un trago de expreso de la máquina que aún no había llegado. Trató de convencerse a sí misma de que era por haber visto al cachorro de dragón y no a su jinete.

—¡Sparky! —exclamó con entusiasmo. El pequeño dragón se animó; también se alegraba de verla y eso hizo que ella se sintiera todavía más feliz.

Sparky se iluminó cuando ella le sonrió.

Aiden miró con incredulidad al cachorro que tenía en brazos.

—Te prometo que hace dos segundos me estaba bufando —dijo, con el ceño fruncido.

Ella reprimió una carcajada.

—Pasa —le dijo, rascando las escamas negras de Sparky.

Entraron y, cuando cerró la puerta, extendió las manos hacia Sparky, preguntándose si el cachorro iría hacia ella.

Sparky saltó a sus brazos con tanta fuerza que a ella le vacilaron los pies. Aiden la agarró con suavidad del codo y ella notó que la recorría una corriente eléctrica.

Sintió que le ardían las mejillas y, sin mirar a Aiden, se concentró en Sparky.

—Hola, mi pequeño *golu-molu*, ¿cómo estás?

Sparky ronroneó, claramente encantado de recibir aquellas muestras de afecto. Saphira se arriesgó a echarle un vistazo a Aiden, que estaba observando la escena con cara de diversión.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Sparky no está acostumbrado a este tipo de trato —respondió Aiden.

—¡Es lo que se merece! Mi pequeño tesoro —dijo ella, con su voz de bebé. De repente, se dio cuenta de que podía ser extraño. Se detuvo y miró a Aiden, pero no parecía que estuviera asustado, solo entretenido.

Todavía no podía descifrar bien su expresión. Aiden era estoico y severo. En realidad, parecía un poco duro porque era muy callado, al contrario que ella. Pero, al mirarlo de cerca, estaba empezando a captar las pequeñas sutilezas de su expresión: una arruga alrededor de los ojos, unas marcas de risa junto a la boca…

Y, por alguna razón, lo estaba mirando muy de cerca.

Bien, no se debía a su gran atractivo, sino a que ella quería ser una buena entrenadora para su cachorro de dragón. Sin embargo, al mismo tiempo, le parecía importante reconocer lo hermoso que era Aiden, porque, guau…

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó, mientras caminaba hacia el fondo del café. Dejó a Sparky en el suelo y él trotó a su lado—. Nos han sobrado pasteles de *gulab jamun*. Theo los trajo esta mañana y siempre hace algunos de más para mí. Sabe cuánto me gustan, en especial con chai.

Aiden frunció el ceño, pero tan rápidamente que ella pensó que se lo había imaginado. Siguió hablando.

—A propósito… Todavía no he tomado el té de la tarde, así que puedo poner la tetera, si quieres.

—Oh, no, gracias —dijo él.

Entonces ella se dio cuenta de que no la había seguido al interior de la cafetería. Seguía junto a la puerta. Volvió sobre sus pasos con los ojos entrecerrados. Aiden la miró con incomodidad y carraspeó.

—Bueno, pues te dejo con Sparky, entonces —dijo. Se dio vuelta, pero, cuando estaba a punto de dar un paso atrás, hacia la calle, ella lo agarró del brazo.

—¡Espera!

Él le miró la mano, que estaba envolviendo su antebrazo, y algo oscuro brilló en sus ojos. Saphira sintió que le subía un rubor por las mejillas. Cuando le soltó el brazo, sintió el calor de su piel en la palma de la mano.

—¿Dónde vas? —preguntó, con la voz aguda—. ¿No te vas a quedar?

Él se rascó la mandíbula.

—Eh…, no.

Ella se quedó horrorizada. No había forma de entrenar a un cachorro de dragón sin su jinete.

—Pero ¿cómo vais a conectar? —le preguntó—. ¿Cómo se va a forjar el vínculo jinete-dragón?

—Eso no me preocupa —respondió Aiden—. Solo quiero que lo entrenes.

Se estaba comportando de forma tan insensible que ella frunció el ceño. No lo entendía.

—Es tu dragón —le dijo. No le gustaba su propio tono de voz, porque sonaba quejoso y, tal vez, no supiera lo suficiente como para hablar de ello; después de todo, no era de una familia Drakkon. Sin embargo, continuó de todos modos—: Serás su jinete, Aiden. Tenéis que uniros.

Entonces en el semblante de Aiden brilló un destello de intensa emoción. Por un instante, pareció que iba a responder, pero luego se detuvo y respiró profundamente. Se le movió la garganta mientras tragaba saliva y pasó otro momento antes de que hablara.

—No quiero estorbar —dijo.

—¡No vas a estorbar! —exclamó ella, intentando convencerlo—. No tienes que hacer nada, de verdad, puedes limitarte a mirar… por el bien de Sparky.

Miró a Sparky, que estaba a sus pies, frotando la mejilla contra su pierna y rozándole ligeramente la piel con las escamas del rostro. La miró con sus grandes ojos morados y a ella se le encogió el corazón de cariño.

Ella mataría por tener un bebé dragón; sin embargo, no parecía que Aiden comprendiera el honor y el privilegio que eso suponía. Por mucho que fuera ella quien lo entrenara, Sparky era suyo, siempre le pertenecería a Aiden y Aiden siempre le pertenecería a Sparky. Pero él no estaba interesado en proteger aquel vínculo sagrado.

¡Aiden iba a abandonar a Sparky!

—Sparky no me va a echar de menos —dijo Aiden.

Ciertamente, no parecía que Sparky fuera a echar de menos a Aiden, pero ella, sí. La idea la sorprendió. Llevaba todo el día esperándolo para pasar un rato con él. Quería conocerlo. El deseo era como una semilla profundamente enterrada en la tierra de su corazón.

¡Y ahora él se iba!

—¿De verdad no te vas a quedar? —le preguntó, de nuevo.

No se le ocurría nada inteligente que decir, alguna razón para tentarlo. Lo único que tenía era la verdad: incredulidad y decepción.

Pero ¿por qué iba a importarle a él? No la conocía y no había motivos para que tuviera en cuenta las emociones de una extraña.

Sin embargo, cuando volvió a mirarla, a ella se le cortó la respiración. El calor la recorrió mientras le sostenía la mirada.

Por un momento, pareció que estaba indeciso. Dio un paso hacia delante y ella percibió el olor de su colonia, un rico aroma a musgo mezclado con menta.

—Lo siento, Saphira —dijo, en voz baja. Se le tensó el músculo de la mandíbula y el timbre grave de su voz reverberó a través de ella —. Tengo que irme.

Le tocó la mano y se dio la vuelta para irse. Mientras lo veía alejarse, ella sintió un hormigueo en la piel debido al contacto. Sintió aquel toque ligero como una pluma por todo su cuerpo. Ojalá él se diera la vuelta, ojalá se quedara.

Pero se fue.

Capítulo 5

Aiden salió de la cafetería. Aunque ya era primavera, las noches seguían siendo frías. Tuvo un escalofrío que le recorrió la espalda y se dijo a sí mismo que era por la temperatura y no por el sentimiento de culpabilidad que le roía las entrañas.

Inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró. Contempló las estrellas que salpicaban el cielo aterciopelado. Su brillo le hizo pensar en el brillo de los ojos de Saphira, en cómo se había iluminado cuando le abrió la puerta. Bueno…, estaba seguro de que ella se había puesto tan contenta por el hecho de ver a Sparky, no a él, pero aunque su luz, tan intensa como el sol, no estuviera dirigida a él, todavía podía sentir el calor de sus rayos.

Al recordar cómo se había atenuado aquella luz de su rostro cuando él le había dicho que se iba, se sintió aún más culpable. Estuvo a punto de darse la vuelta, pero siguió avanzando, caminando por Main Street, hacia las colinas donde estaba su pequeña cabaña, su hogar.

Cuanto menos se implicara, mejor. Por un lado, él solo sería un obstáculo, porque a Sparky ni siquiera le agradaba. No quería que Saphira viera lo desesperanzado que estaba con su propio dragón, mientras que, para ella, su trato con Sparky era algo tan natural.

En cuanto al vínculo jinete-dragón, sabía que Saphira tenía razón. Era importante. Pero también sabía que no podía vincularse con Sparky por lo que significaría. Jugueteó con el sello de su mano

izquierda. Tenía una piedra de basalto oscuro en el centro, junto con el escudo de la familia Sterling.

Si se unía a Sparky, tendría que montarlo una vez que Sparky madurara. Los dragones se deprimían si sus jinetes los descuidaban, especialmente los jóvenes. Los dragones cuyos jinetes habían fallecido, generalmente, se unían a otro miembro de la familia, mientras que los mayores se contentaban con retirarse.

Un dragón joven como Sparky necesitaría a su jinete. Si bien montar dragones era una práctica hermosa y armoniosa, algunas familias no se conformaban simplemente con montar, sino que se dedicaban a las carreras, algo que durante mucho tiempo había sido un deporte prohibido debido al peligro que representaba tanto para los dragones como para sus jinetes.

Por desgracia, los Sterling fueron los precursores de las carreras de dragones. Era un secreto a voces en el valle que cada Sterling recibía su propio huevo de dragón a los veintiún años, entrenaba al cachorro y luego se metía en las carreras. Él nunca había querido hacerlo, por eso no le habían dado un huevo de dragón, pero su hermano, sí.

Danny era un campeón de carreras, un verdadero honor para el apellido Sterling.

Él nunca lo había entendido: ¿cómo podía participar Danny en algo tan peligroso? ¿Solo por diversión?

—Si sabes volar, no es peligroso —respondía Danny, siempre que él protestaba.

Lo decía con su expresión característica: los ojos oscuros, brillantes, el cabello siempre despeinado por el viento y una sonrisa burlona. Danny había perfeccionado la actitud despreocupada.

Siempre estuvo lleno de vida, y amaba sobre todo la emoción de las carreras de dragones, algo con lo que él nunca fue capaz de identificarse. No lo aprobaba.

A Danny siempre le gustó el peligro, y eso fue su final. No murió durante una carrera, sino mientras formaba parte de una misión para rescatar un nido de quimeras de un incendio forestal.

Pero él no era tan valiente como su hermano. Sabía que, si se vinculaba a Sparky, se vería presionado a participar en las carreras

que eran el orgullo y la alegría de su familia, y no tendría la fuerza necesaria para negarse. No sin Danny. Alguien tenía que defender el buen nombre de los Sterling.

Su hermana menor todavía era demasiado joven para tener un dragón, pero él haría lo que fuera necesario para asegurarse de que Ginny nunca participara en las carreras.

Así pues, solo quedaba él…

Cuando Danny murió y él descubrió que le había dejado un huevo de su propio dragón, un gran basalto llamado Cinder, que había fallecido junto a su dueño, él no tuvo la intención de hacer eclosionar aquel huevo. Tampoco tenía intenciones de entregar al cachorro, porque era lo único que le quedaba de su hermano. Se conformaba con no hacer nada. No estaba en especial concentrado en el huevo de dragón y su futuro cuando su único hermano y a la vez su mejor amigo acababa de morir.

Estaba demasiado triste como para hacer algo, y eso no importaba. Los huevos de dragón se conservaban perfectamente aunque no se incubaran de inmediato, pero era necesario cuidarlos para que no se dañaran, tarea que él había dejado en manos de sus padres y su extenso equipo de cuidadores de dragones.

Las familias Drakkon siempre guardaban numerosos huevos de dragón en sus reservas para que cada miembro de la familia pudiera tener su propio dragón al cumplir veintiún años. Genevieve todavía tenía diecinueve, pero, cuando cumpliera la mayoría de edad, elegiría uno para incubarlo. Él nunca eligió un huevo y no tenía intención de hacerlo. Su familia había intentado convencerlo muchas veces de que cambiara de opinión, pero no lo consiguieron, ni siquiera cuando Danny dejó uno específicamente para él hacía más de dos años.

Sin embargo, hacía seis meses, recibió una llamada en la que le informaron de que su huevo de dragón había eclosionado y era hora de decidir. Él se enfadó, pero sus padres le dijeron con mucha amabilidad que el huevo había eclosionado solo, algo que, aparentemente, ocurría de vez en cuando. Él no sabía lo suficiente sobre la tradición de los dragones como para cuestionar su afirmación, pero sospechaba que se habían entrometido un poco en

el asunto, como hacían los padres autoritarios, para obligarle a tomar una decisión.

Tenía que entregar el cachorro a la familia o entrenarlo él mismo.

Lo que estaba claro era que no iba a renunciar al dragón, así que los sorprendió a todos al decir que iba a criarlo él mismo. Esa decisión había sido su propio infierno personal aquellos últimos meses.

Hasta que conoció a Saphira, un faro en la oscuridad. Tenía la sensación de que, con Saphira en su vida, todo saldría bien.

Siempre y cuando se mantuviera concentrado en lo importante: Sparky. Si Saphira se encargaba de entrenarlo, Sparky estaría bien y, lo más importante, estaría a salvo, lejos de los Sterling, lejos de las carreras. Por ese motivo, él debía mantenerse al margen. Era lo mejor para todos.

Necesitaba que Sparky estuviera bien, aunque no quisiera demasiado al pequeño monstruo. Sparky era lo único que le quedaba de Danny y por eso no se lo había entregado a ninguno de sus familiares. Sparky era el huevo del dragón de Danny, Cinder, y Danny amaba profundamente a Cinder. La pareja tenía uno de los vínculos más fuertes entre jinete y dragón que él hubiera visto nunca.

No iba a permitir que el cachorro terminara atrapado en el peligroso mundo de las carreras.

Sparky estaba en buenas manos con Saphira. Mientras se dirigía a casa, recordó que ella había cubierto a Sparky de besos y recordó lo cariñosa e inteligente que era. La admiraba por todo eso.

Estaba tan acostumbrado a cerrarse a todo que le resultaba chocante ver a alguien tan abierto, tan libre. Conseguiría incluso que un hombre como él quisiera quedarse por si se iluminaba con un poco de su luz.

Había estado a punto de quedarse cuando ella se lo había pedido mirándolo con sus enormes ojos marrones, pero tenía que ser firme. Las carreras eran peligrosas porque los dragones se emocionaban demasiado y se volvían sedientos de sangre. La carrera generalmente terminaba con algún jinete y algún dragón herido, si

no muerto. Por eso era ilegal. Pero, por supuesto, las familias Drakkon tenían sus intereses particulares bien protegidos.

De repente, se sobresaltó al darse cuenta de que estaba frente a la puerta de su casa. A veces se ensimismaba tanto que se olvidaba de todo lo demás. Por lo general, disfrutaba del camino sinuoso que conducía a su cabaña, contemplando las hojas de los árboles, los brotes que pronto florecerían. Pero aquel día no se había fijado en nada.

Sacó las llaves y entró en su casa. Percibió el olor a menta. Tenía un montón de aquellas plantas por todas las habitaciones; el té de menta le calmaba mucho. Aiden no era un gran consumidor de café, por eso se había sorprendido aquella mañana al disfrutar con el brebaje que le había preparado Saphira. Se preguntó si habría sido el café, o solo ella, lo que le había atraído tanto.

Dejó las llaves en la consola de la entrada y encendió las luces. A él le gustaba mantener su vivienda limpia, por eso estaba decorada con los muebles necesarios y algunas plantas en macetas.

Había un poco de desorden en la mesa del comedor, cortesía de Sparky aquella mañana, porque al cachorro no le había gustado marcharse de la cafetería de Saphira y regresar a casa con él. Sparky había lanzado el correo de un lado a otro. En aquel momento, él recogió los sobres desperdigados y los colocó en una pila ordenada sobre la mesa.

Miró a su alrededor con un suspiro. Su casa estaba tranquila y eso era algo extraño. Apenas había tenido un momento de paz desde el nacimiento de Sparky. Decidió disfrutar del momento; fue a la cocina y sacó los ingredientes para prepararse la cena.

Cocinó en paz. Preparó un plato de pollo y arroz que no había hecho desde hacía mucho tiempo. Con Sparky saltando de un extremo de la casa al otro, él se había resignado a hacer comidas rápidas y a comer aún más rápido, antes de que el cachorro causara algún daño grave.

Cuando terminó de cocinar, Aiden se sentó y comió. Mientras, miró a su alrededor por su pequeña casa y tuvo una sensación extraña en el pecho. Llevaba mucho tiempo esperando poder disfrutar de algo así, pero en cambio se sentía… solo.

Y, cuando se sentía solo, echaba de menos a su hermano. Era como un dolor de muelas que uno podía ignorar todo el día cuando estaba fuera de su hogar, hablando y riendo, pero que dolía aún más en cuanto llegaba la hora de acostarse. Entonces, de repente, el dolor aumentaba en el silencio.

Cada vez que echaba de menos a Danny, siempre se sentía culpable por todas las veces que se había irritado o impacientado con su hermano. Danny siempre estaba hiperactivo, un poco parecido a Sparky y, a veces, o tal vez la mayor parte del tiempo, él solo quería un poco de paz y tranquilidad. No salir a vivir una gran aventura con Danny, solo quería quedarse en casa.

Y ahora que Danny se había ido, él recordaba todas las ocasiones en las que podría haber dicho que sí y haber pasado tiempo con su hermano. Su mejor amigo.

Quizá debería quedarse en la cafetería cuando Saphira entrenase a Sparky.

Por lo general, no le gustaba estar rodeado de gente, especialmente de gente nueva, pero ella tenía algo inexplicable. Lo miraba con tal curiosidad que, seguramente, podría verlo y entenderlo si se lo permitía.

No tenía que formar el vínculo con Sparky… Sparky estaría a salvo. ¡Podía limitarse a observar! De todos modos, estaba más interesado en la entrenadora que en el dragón.

Alguien llamó al timbre e interrumpió sus pensamientos. Le dio un vuelco el corazón y se llevó una mano al pecho. ¿Era ella? ¿La había invocado?

Se levantó y fue directo a la puerta, con el corazón acelerado. Pero, cuando abrió, vio a otra persona completamente distinta.

Era su prima, Emmeline.

—Oh —dijo, con desánimo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hola —dijo ella, y le dio un beso en la mejilla, ignorando su mal humor.

Entró en la casa envuelta en una nube de perfume y sus tacones repiquetearon en el suelo. Él cerró la puerta mientras ella se quitaba el abrigo. Llevaba un vestido de seda de aspecto caro.

Se había hecho la raya del ojo con kohl y llevaba los labios pintados de un rojo intenso. A simple vista, parecía como si acabara de regresar de una fiesta deslumbrante, pero él la conocía lo suficiente como para saber que aquel atuendo era el de un día normal para ella.

Emmeline colgó su abrigo y se volvió hacia él con una sonrisa resplandeciente.

—Vaya, ¡también es genial verte a ti! Estoy bien, gracias por preguntar. Sí, por supuesto que cenaré algo, ¡qué amable eres! ¿Qué has preparado?

Emmeline fue a la mesa y se sentó en la silla de Aiden. Se echó la larga melena negra hacia atrás y comenzó a comer de su plato, que estaba casi intacto. Él se había ensimismado demasiado en sus pensamientos como para concentrarse en comer.

Se sirvió otro plato y se sentó con Emmeline en la mesa. En realidad, ninguno de los dos estaba realmente molesto con el otro; estaban acostumbrados a su forma de ser.

Además, él no tenía amigos. Nunca los necesitó porque siempre tuvo a Danny. No obstante, Emmy era la única de entre sus numerosos primos con la que tenía una relación cercana.

—Ooh, está riquísimo —dijo Emmeline. Luego, miró a su alrededor —. ¿Dónde está Spark? ¿Dormido?

—No.

—Bueeeno —dijo Emmeline, e hizo una pausa, agitando el tenedor —. ¿Dónde está? ¿Qué está pasando? No has respondido a las llamadas de nadie, así que me han enviado para que te vigile, ya que soy tu prima favorita y todo eso.

—No se lo digas a Oliver —dijo él, haciendo referencia a uno de sus primos.

Emmeline puso los ojos en blanco y pinchó un trozo de pollo.

—Ollie sabe cuál es su lugar. Y si no lo sabe, me aseguraré de recordárselo.

Eso le hizo sonreír un poco. A pesar de ser un año más joven que él, Emmeline era increíblemente decidida y mandona.

—Volvamos a lo importante: ¿dónde está Sparkito?

—Con una entrenadora —respondió Aiden—. Hoy es su primer día.

Emmeline se quedó muy intrigada

—¿Una entrenadora? Esto es muy interesante.

—Sí.

Su prima lo miró con desaprobación.

—Las respuestas monosilábicas no son suficientes. Necesito detalles —dijo.

Así pues, él le contó lo que había ocurrido la noche anterior. Que, al ver que Saphira era tan buena con Sparky y que, claramente, a la muchacha le hacía falta el dinero extra, y a él, la ayuda extra, le había pedido que entrenara a Sparky porque esa parecía la solución más sencilla para todos los problemas.

A él no le parecía nada extraño aquel arreglo, pero Emmeline reaccionó con tanto entusiasmo que le preocupó. Su prima estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó él, y frunció el ceño—. Por favor, para.

—Adoro a Saphira —dijo ella, ignorando su petición—. Yo soy su proveedora de café, pero, por supuesto, tú ya lo sabes.

—Sí.

—Ella es taaaaan dulce, agradable y linda… —prosiguió Emmeline, y le lanzó una mirada elocuente que él ignoró—. Realmente, es una experta con las crías de dragón. La he visto en la cafetería y es increíble. ¡Es tan paciente, amable y alegre! No te lo esperarías, porque ha pasado por muchas cosas y ahora lo está haciendo todo sola.

—Ah.

¿Por qué cosas había pasado? ¿Por qué estaba sola? Estaba desesperado por obtener más información, pero no quería que se le notara. Emmeline nunca dejaría de ser una amenaza al respecto.

—¿No tiene familia cerca? —preguntó.

Él no estaba al día con la vida de la gente del pueblo. Casi no estaba al día con las situaciones de su familia.

—No —respondió Emmeline, tomando un sorbo de agua—. La crio su abuela, que falleció hace poco. Era la única familia que tenía, creo. Saphira invirtió la herencia en la cafetería.

—¿Sois muy amigas? —preguntó él.

Emmeline era como una mariposa social, amiga de todos, pero no muy amiga de nadie, salvo con la gente de la familia.

—Bueno, me cae mucho mejor que el resto de la gente del pueblo —respondió su prima, después de pensarlo un momento—. Y es la única persona que sabe hacer un buen té, así que puedo ir a la cafetería cada pocos días a tomarme una taza.

Lo cual significaba que sí eran amigas; si a Emmeline no le cayera bien Saphira, no sería cliente habitual de la cafetería.

—Cuando empecé a trabajar con ella, me propuse hacer una investigación exhaustiva de sus antecedentes y conocer los detalles —continuó Emmeline—, pero lo de la herencia me lo contó ella misma. Básicamente, todo el mundo lo sabe. También se nota en la decoración de la cafetería. Los detalles son un homenaje a su abuela. Fíjate la próxima vez que vayas. Incluso algunas de las recetas, como el *karak chai* y el té de Cachemira, son de su Nani-Ma.

—Ya me he fijado —protestó Aiden.

Aunque, a decir verdad, le había prestado más atención a ella que al café. Emmeline le lanzó una mirada de picardía, como si le hubiera leído la mente. Él la fulminó con la mirada. La cafetería era una extensión de Saphira; sería mejor que lo recordara la próxima vez que fuera de visita. No era de extrañar que estuviera tan decidida a conseguir que el establecimiento tuviera éxito.

—¿Qué pasa con sus padres? —preguntó Aiden.

Emmeline encogió un hombro.

—No estoy segura de lo que pasó con el padre; creo que nunca fue parte de su vida.

—¿Y su madre?

Emmeline abrió mucho los ojos.

—Ahí es donde se pone realmente interesante. Su madre murió durante una carrera.

—Mierda —susurró Aiden.

Los accidentes mortales eran tan comunes en las carreras que, aunque hubiera oído hablar alguna vez de la muerte de la madre de Saphira, su nombre habría sido uno de muchos.

—Sí —respondió Emmeline, sentándose y soplando sus mejillas—. Su madre consiguió el dragón de un cazador furtivo, y ya sabes

cómo son esas cosas.

La gente que no formaba parte de las familias Drakkon tenía dificultades para adquirir dragones porque eran muy caros. Y no se trataba solo de dinero: los dragones eran muy exclusivos. Incluso con dinero, eran difíciles de conseguir, por lo que aquellos que estaban interesados recurrían al mercado negro.

—¿De qué raza era? —preguntó Aiden.

—Opala —respondió Emmeline.

Aiden se alegró de que no fuera un basalto. Los Sterling eran la familia Drakkon que estaba a cargo de la raza basalta. Los ópalos eran administrados por los Cartwright, y él sabía que, aunque la madre de Saphira hubiera tenido el dinero, los Cartwright no se lo habrían vendido. Eran muy selectivos con respecto a quién dejaban entrar en su pequeño club Drakkon.

Los dragones que provenían del mercado negro eran aún más difíciles de domesticar porque, la mayoría de las veces, habían sido secuestrados y mantenidos en malas condiciones hasta que el cazador furtivo los domaba y los convertía en aptos para la venta. Cuando un dragón y su jinete no estaban debidamente unidos, la carrera nunca iba bien. Eso era lo que debía de haberle ocurrido a la madre de Saphira.

—Ya sabes lo que dicen todos sobre los jinetes que no son Drakkon —continuó Emmeline, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Sí, lo sabía, y no era nada agradable. La mayor parte de lo que se decía tenía sus raíces en el esnobismo y el clasismo, porque los jinetes que no eran Drakkon no eran jinetes ancestrales, pero, por desgracia, también se decían algunas verdades. Los jinetes no Drakkon, que no habían nacido y crecido rodeados de dragones y no contaban con el conocimiento transmitido de generación en generación para guiarlos, no montaban tan bien como los Drakkon. En otro caso, eso no tendría importancia. Sin embargo, en las carreras, donde incluso los jinetes expertos corrían peligro, no tener la técnica adecuada podía ser mortal.

Aquella cultura se alimentaba a sí misma. Las familias Drakkon tenían el dinero, el poder y la fama, por lo que algunos que no

pertenecían a aquel círculo pensaban que, si conseguían destacar en las carreras, obtendrían el mismo respeto y conseguirían la misma posición social. Por eso lo intentaban. Quizá la madre de Saphira lo intentara también por ese motivo. Sin embargo, casi nunca tenía consecuencias positivas, solo servía para reafirmar a los Drakkon en su creencia de que eran superiores a los demás y tenían más derechos.

—Es un asunto muy desagradable —dijo Aiden, frunciendo el ceño. Siempre había odiado las carreras de dragones, pero la idea de que hubieran causado un daño semejante a Saphira, en un aspecto tan personal, hizo que las odiara de una manera completamente nueva que no podía expresar con palabras.

—Estoy de acuerdo en que es horrible —dijo Emmeline, encogiéndose de hombros—. Pero así es, ¿qué podemos hacer al respecto?

Él sintió una gran preocupación.

—¿Saphira sabe lo de su madre? —preguntó.

Emmeline negó con la cabeza.

—No lo creo. Ya sabes que los chismorreos sobre las carreras tienden a mantenerse en secreto, como las carreras en sí.

Aiden soltó una maldición en voz baja. Tenía que impedir que Saphira supiera la verdad. Aquel conocimiento solo serviría para hacerle daño. Y también tenía que mantenerse alejado de ella.

Las carreras de dragones fueron la causa de la muerte de la madre de Saphira y, si Saphira descubría que su familia estaba involucrada en ese mismo negocio, no iba a ponerse nada contenta. Lo último que quería era que ella lo odiara. Además, de todos modos, aquel era el plan original: mantenerse alejado de ella.

Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan sumamente decepcionado?

Capítulo 6

Saphira ya llevaba dos semanas entrenando a Sparky y pensaba que lo estaba haciendo bastante bien. Pasó la primera semana familiarizándose con el cachorro, haciendo que se sintiera seguro y cómodo con ella antes de comenzar con el entrenamiento adecuado.

Entrenar a un dragón era bastante delicado, porque había que hacerlo mientras el dragón todavía era un cachorro. Cuando crecían eran demasiado caóticos y difíciles de controlar y se negaban a aprender nada. Así pues, los primeros días eran cruciales.

Había logrado que Sparky no fuera tan hiperactivo, que estuviera un poco más tranquilo. Ya no necesitaba saltar continuamente de un lado a otro ni morder cosas, ni estar siempre moviéndose. Pasó mucho tiempo jugando con él, recompensando las muestras de buen comportamiento con golosinas, y parecía que Sparky estaba respondiendo bien a sus órdenes.

También había intentado que el pequeño dragón se calmara un poco con Aiden, para que no gruñera ni mordiera tanto cada vez que él venía a recogerlo, pero eso era difícil, ya que Aiden todavía se negaba a asistir al entrenamiento con Sparky.

La noche anterior, él la había felicitado por los avances. Cuando fue a recoger a Sparky, el cachorro fue al encuentro de su dueño por voluntad propia, sin silbidos ni miradas de disgusto, sin rasguños ni mordiscos.

Aiden vaciló, esperando que algo saliera mal, pero ella le lanzó a Sparky una severa mirada de advertencia y el cachorro se sentó

tranquilamente junto a la pierna de Aiden. Ella dio un suspiro de alivio y él se quedó impresionado.

—Has domesticado al pequeño monstruo —dijo Aiden.

Sparky siguió portándose bien y ella se sintió orgullosa.

—¡Mi pequeño *goglu* es tan bueno! —exclamó ella, y lo acarició. Le rascó las escamas negras por debajo de la barbilla y Sparky ronroneó.

—¿Estás segura? —preguntó Aiden—. Tal vez solo esté cansado.

—No, no está cansado. ¡Es bueno de verdad! —dijo ella, indignada en nombre de Sparky.

—¿No debería intentar provocarlo, solo para estar seguros? —preguntó Aiden, con los ojos oscuros brillantes de diversión.

—¡No! —exclamó ella, y le agarró la mano antes de que pudiera pinchar al dragón.

Aiden se detuvo a mitad del movimiento. Ella se dio cuenta, demasiado tarde, de que él le estaba tomando el pelo. Aiden tenía una vaga sonrisa.

Hasta que bajó la mirada hacia sus manos y vio la de ella sobre la suya. A ella le dio un vuelco el estómago, porque había seguido su mirada y había visto su mano cubriendo la de él, y el pulgar presionado sobre su muñeca. Una mano que se veía tan pequeña en comparación con la de Aiden…

Y luego, él se apartó.

Su pulso tardó un rato en recuperar el ritmo normal después de que Aiden se fuera.

Hubo breves momentos como aquel a lo largo de la semana, que la dejaron con ganas de más, pero él solo permanecía un momento en la cafetería. A ella le molestaba que nunca se quedara. Era un gruñón y un aburrido.

Todo eso hizo que fuera aún más cariñosa con Sparky, para que el cachorro no notara que su jinete ni siquiera se molestaba en quedarse al entrenamiento y, mucho menos, en establecer un vínculo con su dragón.

De manera egoísta, Saphira disfrutaba del hecho de tener a Sparky para ella sola. Se estaba divirtiendo mucho con él. Aunque terminaba agotada por las noches, era realmente emocionante y

encantador tener cerca a Sparky. Era un cachorrito vivaz. Y, durante un rato, podía fingir que tenía un dragón.

O lo entrenaba en la cafetería después de cerrar o salían a pasear, y Sparky iba revoloteando y saltando a su lado. A Sparky le gustaba ella y, claramente, estaba haciendo todo lo posible para ser un buen dragón. Antes de empezar el entrenamiento de Sparky, ella pasaba las tardes en su tranquila cafetería o en el apartamento. Se había acostumbrado al silencio desde que Nani-Ma falleció, pero Sparky les había devuelto la vida a ambos lugares. Era agradable no estar sola.

Quizá, demasiado agradable, pensó, y eso la preocupaba. Tal vez se estuviera encariñando demasiado. Tal vez necesitara una segunda opinión.

Aquella mañana, terminó de poner las mesas, tomó su refresco de lichi y fresa y fue a buscar a Lavinia.

Su compañera de trabajo y mejor amiga estaba en la cocina, preparando algunas verduras para los sándwiches del día. La cocina estaba en la parte de atrás y era un espacio pequeño, pero suficiente para satisfacer las necesidades de los clientes del café. Allí se ofrecían comidas sencillas que se preparaban rápidamente, sin necesidad de guisar u hornear.

—Lavinia —dijo Saphira, tomando un sorbo de su bebida. Después, se la ofreció a su amiga para que la probara. Lavinia tomó un sorbo sin usar las manos, ya que estaba ocupada cortando un tomate.

—Está muy rico —dijo Lavinia. Aquel día hacía sol y calor y la bebida era refrescante. Lavinia tenía su propia versión del refresco, aunque ligeramente modificada con albahaca, en el mostrador—. ¿Qué pasa?

—¿Crees que me estoy encariñando demasiado con Sparky? —preguntó Saphira, mientras se apoyaba en el mostrador.

Lavinia lo pensó y dejó las rodajas de tomate a un lado.

—Bueno, han pasado dos semanas, ¿no? ¿Hasta qué punto estás encariñada?

—Moriría por él —dijo ella bromeando, aunque solo en parte. Siempre sentía las cosas muy intensamente, algo por lo que Nani-Ma se reía y se lamentaba al mismo tiempo.

—Um… Bueno… —dijo Lavinia—. Entonces, sí, tal vez eso sea un poco extremo

Ella gimió y se tapó la cara con las manos.

—¡Es que es tan precioso! Y siempre he querido un bebé dragón, tú lo sabes.

Lavinia dejó a un lado las últimas rodajas de tomate.

—Sí, pero no es tuyo, lo recuerdas, ¿verdad?

Fue a lavarse las manos y ella la siguió. Se sentía un poco deprimida.

—No estoy tratando de ser mala, solo de darte una dosis de realidad —añadió Lavinia.

—Uf, ya lo sé —respondió ella—. ¡Pero el verdadero jinete de Sparky nunca está aquí! ¿Qué otra opción tengo?

Antes de que Lavinia pudiera responder, alguien llamó a la puerta lateral. Ambas miraron el reloj.

—Debe de ser Theo —dijo Saphira, mientras iba a abrir al panadero.

Lavinia tomó su refresco del mostrador y salió de la cocina detrás de ella. Ella le abrió la puerta lateral a Theo y sintió una cálida brisa.

—Buenos días, señoritas —dijo él, con una sonrisa.

—Buenos días, Theo —dijeron ellas, a coro.

Saphira tomó algunas de las cajas mientras Lavinia cerraba la puerta. Los bollos olían celestialmente, y ella se calmó con el aroma de la masa y el azúcar. Entre Theo y ella pusieron las cajas en la barra para colocar los bollos en la vitrina. Los bollos y panecillos sobrantes irían a la cocina hasta que fuera el momento de reponer.

Después de haber dejado las cajas, Theo le dio un abrazo de costado a Lavinia y luego se acercó a darle un beso en la mejilla a Saphira.

—¿Cuál es el especial de hoy? —preguntó ella, con impaciencia.

Theo abrió una de las cajas para mostrarle unos vasitos de pastel con leche.

—*Ras malai* tres leches —dijo él—. Es una versión del postre normal con sabor a cardamomo y rosa.

—¡Ooh, delicioso! —exclamó Lavinia, y tomó uno de los chupitos.

—¡Oye! —protestó Theo.

—¡Control de calidad, obvio! —respondió Lavinia. Tomó tres cucharitas y se las pasó a Theo y a ella. Todos probaron un bocado. El pastel frío era particularmente refrescante aquella mañana calurosa.

—Divino —dijo ella.

—En serio, muy bueno —estuvo de acuerdo Lavinia, canturreando de alegría.

Theo se sonrojó y se miró los zapatos con timidez. Saphira se preguntó si sería por el cumplido o por Lavinia.

—Volviendo a lo que estabas diciendo… —dijo ella, pero se distrajo con otro bocado del postre—. Theo, esto es demasiado bueno. ¡Me los voy a comer todos yo sola!

Él sonrió, complacido. Lavinia puso los ojos en blanco.

—No lo halagues demasiado —dijo—. Un cumplido es más que suficiente.

Lavinia tenía que ser la mejor amiga y la más molesta, ya que Theo y ella se conocían desde que eran pequeños.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Theo.

—De Sparky y de su jinete sexi —dijo Lavinia, riéndose.

Saphira hizo un gesto de indignación.

—¡No recuerdo haber dicho ni una sola vez que el jinete de Sparky es sexi!

—No era necesario —replicó Lavinia—. Lo insinuaban tus suspiros soñadores y el aleteo de tus pestañas —dijo, y se apretó el pecho con las manos, pestañeando como si fuera a darle un ataque.

—¡Yo no suspiro soñadoramente ni muevo las pestañas! —protestó Saphira—. ¡Eso es una calumnia!

Theo se echó a reír.

—¡Ay, además, se está sonrojando!

Él le dio un pellizquito en la mejilla y ella lo apartó de un manotazo, tratando de mirarlo con enfado, aunque solo consiguió que Lavinia y él se rieran aún más.

—¡Saphira está enamorada! —canturreó Lavinia, y Theo se unió a ella—. ¡Saphira está enamorada! ¡Saphira está enamorada!

—Niños, por favor, compórtense —les dijo ella, y les quitó el pastel —. Ya es suficiente azúcar por hoy.

Para entonces, ya se sentía bastante avergonzada, pero no tenía importancia; después de todo, eran Lavinia y Theo.

—Está bien, pero, en serio —dijo Lavinia, volviéndose hacia Theo para ponerle al día—: Saph está preocupada porque se está encariñando demasiado con Sparky-Poo.

—¿Qué te parece a ti? —preguntó Saphira.

Theo lo pensó un segundo, mientras tomaba un sorbo del refresco de Lavinia.

—Querer demasiado nunca es algo malo —dijo, encogiéndose de hombros, como si fuera así de simple. Y tal vez lo fuera.

—Ay —exclamó Saphira, y lo abrazó con fuerza.

Él emitió un sonido de ahogo para hacerle saber que lo estaba asfixiando.

—Bueno, salvo que, en este momento, no puedo respirar.

Ella lo soltó y se echaron a reír.

—Bien, ahora tengo que irme, antes de poner a prueba la paciencia de Suki —dijo Theo, refiriéndose a su jefa.

Tomó un último sorbo del refresco de Lavinia, y ella lo acompañó a la salida. Mientras Saphira llenaba la vitrina con la bollería, escuchó a Theo y a Lavinia charlando durante unos diez minutos junto a la puerta, despidiéndose.

Cuando el reloj se acercaba a las ocho en punto, fue a la puerta principal y cambió el cartel de la puerta a ABIERTO. Casi de inmediato, empezaron a llegar los clientes en busca de su dosis de café matutina. Saphira se puso detrás de la barra, manejando su nueva y hermosa máquina de café expreso, que era perfecta.

Las cosas iban bien. Aquel día, un poco más tarde, Saphira vio a una nueva pareja en la cafetería. Había visto al adolescente con sus padres, pero aquel día había ido con una chica. Además, llevaba a un cachorro de dragón, que debía de ser de algún miembro de su familia, ya que era demasiado joven para tener el suyo. Estaba intentando impresionar a la muchacha, y parecía que estaba funcionando.

La cría de dragón, un granate de escamas rojas, descansaba plácidamente en su camita, bebiendo un poco de jugo de *karela* de un tazón que le había llevado Saphira. A los dragones les

encantaban los sabores amargos y picantes, y el granate estaba contento en su camita.

A Saphira le encantaba observar a la gente de su cafetería, sus relaciones, su humanidad. Era un día ajetreado, pero, aun así, captó los detalles: un marido limpiando la crema de la barbilla de su esposa; una madre compartiendo un panecillo con su hija; unos amigos riéndose tanto que tenían los ojos llenos de lágrimas; un anciano leyendo solo, tranquilo y contento.

Al ver aquellas pequeñas escenas, a ella se le hinchó el pecho de adoración. Ojalá pudiera darles un gran abrazo a todos.

Como hacía calor, sirvió mucho más té helado y refrescos que los días anteriores, pero las ancianas aún querían sus bebidas calientes y a ella siempre le encantaba preparar una nueva tetera de té *karak*. Les sirvió a los cachorros de dragón sus pequeñas delicias, ganándose un cariñoso chamuscado en el bajo de la falda, algo que se había convertido en parte de su estilo.

Aiden le pagaba al final de cada semana, lo cual era bueno porque podía usar el dinero para hacer pequeñas reparaciones aquí y allá. Sabía que necesitaba sentarse y hacer algún tipo de planificación financiera para optimizar sus fondos, en lugar de estar constantemente apagando pequeños incendios, pero no tenía tiempo ni espacio mental para abordar un proyecto así.

Odiaba las matemáticas. ¿Por qué no podía administrar su pequeña y linda cafetería sin tener que hacer ningún cálculo? Era injusto.

Theo se había ofrecido a ayudarla con los números porque se había licenciado en empresariales, pero ella se negó a aceptar su ayuda porque él ya estaba muy ocupado con la panadería y no podía permitirse pagarle por un trabajo tan arduo.

Estaba agradecida por la exorbitante cantidad de dinero que le estaba pagando Aiden, aunque también estaba un poco molesta porque solo lo veía un minuto cuando dejaba a Sparky en la cafetería y otro minuto cuando lo recogía.

Ella siempre le preguntaba si se quedaba y él siempre decía que no, pero de un modo extraño, como si quisiera quedarse pero dijera que no por una razón incomprensible.

No lo conocía lo suficiente como para preguntar, pero le irritaba que no hiciera el más mínimo esfuerzo por vincularse con Sparky. Y, tal vez, también estaba un poco molesta porque parecía que Aiden tampoco quería tener nada que ver con ella.

Mientras limpiaba la barra, pensó que no podía ser sano que alguien estuviera tan solo, tan aislado.

Un cliente se acercó a la barra a pedir, y ella salió de su ensimismamiento y parpadeó al ver al atractivo extraño.

No era uno de los clientes habituales; debía de ser del pueblo de al lado. En Starshine Valley había varios pueblos, cada uno con su propia criatura mágica: dragones, quimeras, grifos y fénix. Aquel hombre era muy atractivo, y muchos de los clientes de la cafetería giraron la cabeza para mirarlo mientras se acercaba al mostrador.

La gente tan atractiva siempre la estresaba un poco. El chico era alto, de piel morena oscura y cabello negro brillante. Tenía un rostro bien afeitado, una mandíbula letal y los pómulos altos, y sus ojos eran de un marrón profundo y rico, enmarcados por largas pestañas. Llevaba un traje completamente negro, sin corbata, y tenía anillos en casi todos los dedos de las manos.

—Qué cafetería más bonita tienes —dijo él, sonriéndole—. Un café con leche para llevar, por favor.

—Gracias —dijo ella—. Ahora mismo te pongo el café.

Él pagó, se apartó un poco y se quedó mientras ella preparaba la bebida. Lo miró y él le lanzó una sonrisa encantadora.

—He oído que tu café tostado de dragón es excelente.

—Oh, gracias —dijo ella, con una gran sonrisa.

Terminó su café y lo sirvió en una taza para llevar, pero él no hizo ademán de tomarla del mostrador.

—¿De dónde sacas tu café? —preguntó él, y apoyó los codos en el mostrador con una sonrisita—. Déjame adivinar, ¿Inferno?

Era el nombre de la empresa de café tostado por dragones de Emmeline Sterling.

—Sí, ese es —respondió ella, sin saber por qué le estaba haciendo preguntas cuando, obviamente, ya sabía la respuesta.

La especialidad de El Café del Pequeño Dragón, después de todo, era el café tostado por dragones. Como los granos se tostaban

durante más tiempo que los tuestes claros, medios e incluso oscuros, los granos tenían un sabor especial.

La pequeña empresa tostadora de café de Emmeline Sterling estaba prosperando últimamente; era la proveedora de la mitad de las cafeterías del pueblo.

—¿Qué pasaría si te dijera que puedo conseguirte un café que tuviera un tueste aún mejor? —preguntó, con los ojos brillantes—. No tan oscuro como el café tostado por dragones, pero con un sabor más intenso.

—Um…

Sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó. En ella se leía *TEMPEST* y, debajo, *Luke Hayward*.

—Soy dueño de una empresa de café tostado por quimeras —le dijo.

Así pues, debía de ser de Bayview, donde vivían todas las quimeras y las familias propietarias.

—Estamos empezando, así que estoy seguro de que puedo conseguirte un contrato mejor que el que tienes ahora.

—Oh, está bien, gracias —dijo Saphira, devolviéndole la tarjeta—. Estoy muy contenta con Inferno, pero te agradezco la oferta.

Luke sonrió y volvió a entregarle la tarjeta.

—Por si cambias de opinión —le dijo.

Tomó su bebida, le guiñó un ojo y siguió su camino. Ella lo observó hasta que llegó a la puerta, justo cuando entraba alguien.

Era Emmeline Sterling y, en cuanto vio a Luke, le espetó algo. Saphira no oía lo que decían, pero se dio cuenta de que Emmeline estaba enfadada, mientras que Luke estaba relajado, divirtiéndose. Tomó un largo sorbo de su bebida sin dejar de mirar a Emmeline por encima de la taza.

Luego se fue y Emmeline se dirigió al mostrador, repiqueteando con los tacones furiosamente en el suelo. Cuando llegó a la barra, estaba sin aliento y le temblaba el ojo izquierdo detrás del khol.

—¿Va todo bien? —le preguntó Saphira. Le extrañaba ver a Emmeline tan alterada, cuando siempre estaba tranquila.

Vestía con elegancia, llevaba unos tacones altos y los labios, perfectamente maquillados. Era una hermosa modelo. Saphira

llevaba trabajando con ella desde que abrió la cafetería, pero la conocía desde un poco antes, del pueblo.

—Uf, qué imbécil —resopló Emmeline.

A pesar de que tenía una personalidad llamativa que podía resultar intimidante, Emmeline siempre había sido amigable y amable con ella. En realidad, Emmeline era sociable con casi todo el mundo, pero Saphira sabía que ella le caía bien de verdad, que eran amigas.

—Le dije que te era leal —dijo Saphira, levantando las manos en señal de defensa—. Así que no te preocupes, no te va a robar mi negocio.

—No me preocupo, nena, sé que nunca actuarías a mis espaldas de esa manera —dijo Emmeline—. Y también sé que no eres tan tonta como para hacer negocios con él. Lo que me molesta es su actitud, su falta de principios.

Emmeline arrugó la nariz, donde tenía un elaborado *piercing*. Era algo que solo a Emmeline podía quedarle bien. Saphira se conformaba con un *piercing* muy sencillo en la nariz.

—¡Qué audacia la suya al aparecer aquí! ¡Es una provocación intencionada!

—Entonces, supongo que ya os conocíais —dijo Saphira. Le divertía ligeramente ver a Emmeline tan irritada.

Emmeline emitió un sonido de disgusto.

—Conocerse es un poco exagerado. Odiarse sería más exacto.

—Está bien, vamos a respirar profundamente —dijo Saphira, obligando a Emmeline a respirar con ella.

Inhalaron y luego exhalaron un largo suspiro. Después, Saphira se puso a preparar la bebida favorita de Emmeline, un *karak chai* fuerte. Junto a la taza, le dio uno de los vasitos del pastel de leche que les había llevado Theo. Eso calmó un poco a Emmeline.

—Bueno, ¿qué tal va el entrenamiento de Sparky? —preguntó Emmeline, volviendo a ser ella misma. Incluso parecía un poco… risueña—. Aiden me contó sobre vuestro pequeño acuerdo.

Hubo un brillo en sus ojos, pero Saphira no lo entendió, así que no le preguntó nada.

—Va bien —dijo, sonriendo al pensar en el cachorro—. Sparky es tan adorable… Lo adoro.

—¿A que sí? Yo también adoro a ese pequeño monstruo.

—¡No es un monstruo! —protestó Saphira—. ¡Es un ángel!

Emmeline se echó a reír.

—Lo siento, lo siento, es que Aiden siempre lo llama así.

La sonrisa de Saphira se apagó un poco y Emmeline arqueó una ceja con curiosidad.

Saphira suspiró.

—Tu primo se niega a asistir a ninguna sesión de entrenamiento. ¿Es que no quiere vincularse con Sparky? Es extraño.

Emmeline se quedó pensativa y tomó un sorbo de su chai.

Saphira continuó:

—¡Sparky lo está haciendo muy bien! Solo quiero que Aiden vea eso, y no entiendo por qué no le importa.

Se mordisqueó el labio inferior. ¿Y si Aiden se mantenía alejado porque no confiaba en que ella estuviera haciendo un buen trabajo? ¿Y no quería verla siendo un desastre y haciendo el ridículo? Era una idea un poco descabellada, pero ya no sabía qué pensar para tratar de comprender el comportamiento distante de Aiden.

—Un consejo sobre mi primo —dijo Emmeline—. Lo quiero muchísimo, pero a veces es imposible con él. Es muy cerrado. Y eso empeoró desde la muerte de Danny. Desde hace dos años es como si se hubiera convertido en un cofre del tesoro cerrado, por buscar una metáfora.

—Lo entiendo —dijo ella.

Realmente, lo entendía. Después de perder a Nani-Ma, ella también quería aislarse del mundo, desaparecer.

—Pero no es bueno estar tan aislado. Yo intento que se quede, pero no quiere. Tal vez me odie.

Emmeline frunció los labios.

—No creo que te odie, porque, entonces, nunca se le habría ocurrido la idea de que entrenaras a Sparky. Aunque no lo demuestre, quiere mucho a Sparky y no se lo confiaría a cualquiera.

—Ah —murmuró ella, y sintió un calor en las mejillas.

—Sí —dijo Emmeline, con un brillo de curiosidad en los ojos—. ¿Sabes? En realidad, me sorprendí al enterarme de que te había contratado para entrenar a Sparky. Fue un movimiento poco común por su parte.

—Bueno, claramente, le venía bien la ayuda —dijo Saphira.

—Supongo —dijo Emmeline, pensativa—. Pero nunca había visto que mi primo aceptara la ayuda tan fácilmente…

—Bueno, tal vez vio que yo también necesitaba ayuda —argumentó Saphira—. Mi máquina de café expreso estaba destrozada y no puedo llevar una cafetería sin máquina de café…

Emmeline sonrió.

—Tampoco había visto nunca que mi primo fuera tan altruista.

Saphira no sabía cómo responder a eso, pero se le había acelerado el corazón por algún extraño motivo.

—Es un poco reservado…

—Hoy está en los jardines públicos de Starshine, perdido entre los arbustos —dijo Emmeline, mientras tomaba un bocado de su pastel.

—¿Y dónde está Sparky? —preguntó Saphira.

—Probablemente, lo estén cuidando contra su voluntad —respondió Emmeline.

Los espacios públicos de la ciudad, como los jardines, casi siempre tenían una zona de cuidado para cachorros de dragón. Y, al igual que los niños pequeños, los dragones no querían estar allí.

Saphira miró debajo del mostrador y tomó su bolso.

—¡Lavinia! —exclamó.

Lavinia se asomó por la puerta de la cocina, donde estaba tomando un descanso.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes cerrar por mí? —le preguntó Saphira. Solo quedaba media hora para que cerrara la cafetería.

—Por supuesto, pero ¿dónde vas? —preguntó Lavinia, arqueando una ceja con curiosidad.

Salió de la cocina y miró de cerca a Saphira.

—Voy a demostrarle a Aiden lo que se está perdiendo por no estar en los entrenamientos de Sparky —dijo Saphira, levantando la barbilla.

Parecía mucho más segura de lo que se sentía, pero era hora de tomar cartas en el asunto. Sparky necesitaba a Aiden.

—Oooh, me encanta esto —dijo Lavinia, con cara de satisfacción, por razones que Saphira no pudo descifrar.

—A mí también —agregó Emmeline, igualmente complacida.

Saphira respiró profundamente, salió de detrás del mostrador y se dirigió a la puerta. Se arriesgó a mirar hacia atrás por encima del hombro y vio a Emmeline y Lavinia susurrando y riéndose. Entrecerró los ojos y las miró, y ellas la saludaron con sonrisas inocentes. No tenía tiempo para averiguar de qué se reían.

—Emmy, ¿sabes en qué parte de los jardines está? —preguntó.

—¡Creo que en la rosaleda! —respondió Emmeline.

—¡Gracias!

Enderezó la espalda y se armó de valor. Era una mujer con una misión.

Capítulo 7

Saphira salió del café y se dirigió a la calle principal. Era un día soleado, el cielo tenía un tono azul perfecto y el césped de la acera estaba muy verde. La lluvia de las últimas noches había dado sus frutos y la escena era idílica.

La temperatura era templada como una caricia: un hermoso día de primavera con una brisa suave, un tiempo con el que daban ganas de estar siempre al aire libre. Pensó en el jardín descuidado que había detrás de la cafetería. Al principio, había soñado con convertirlo en un área de juegos para los cachorros de dragón, para que disfrutaran del buen tiempo. Por desgracia, no había tenido la oportunidad de hacerlo ni tampoco tenía el dinero.

Caminó tranquilamente por Main Street. Pasó por delante de la tienda de cerámica donde impartían clases de alfarería. Luego pasó por la panadería Rolling Pin. Dentro, Theo estaba reponiendo el contenido del refrigerador. Cuando la vio, dio un golpecito al reloj inexistente que llevaba en la muñeca e hizo como si llorara. Saphira se echó a reír y saludó con la mano mientras caminaba.

Los dragones volaban en lo alto del cielo y sus escamas de color blanco, negro, rojo y azul brillaban como si fueran joyas bajo la luz del sol. Los dragones disfrutaban de las colinas que rodeaban el valle, mientras que las quimeras preferían estar junto al lago, los grifos vivían en los bosques densos y los fénix construían sus nidos en lo alto de las montañas.

Si bien el valle de Starshine era bastante grande, estaba dividido en pequeñas secciones para atender al animal mágico que habitara esa área. Cada parte se convertía en un pueblecito acogedor. Los dragones eran el animal mágico más común y, por ese motivo, la calle principal que atravesaba el valle era la más grande, mientras que los Pinos, donde vivían los grifos, y las Alturas, donde vivían los fénix, eran divisiones más pequeñas.

Saphira pasó por el Hospital de Animales, donde Lavinia esperaba trabajar de veterinaria algún día, por el único restaurante agradable del pueblo, la papelería, la floristería, la pizzería, el teatro… Por todos los lugares pintorescos donde con facilidad uno podía encontrarse con varios conocidos.

A ella le encantaba el valle de Starshine y, sobre todo, le encantaba Main Street. No podía imaginarse viviendo en otro lugar.

Mientras caminaba lentamente, una mujer unos años mayor que ella pasó a su lado con un cachorro de dragón azura a cuestas. Saphira miró hacia atrás y vio que se dirigía a El Café del Pequeño Dragón, y se llevó una enorme alegría.

Quería tanto su cafetería… Lo único que le hacía falta era descubrir cómo podía convertirla en un éxito duradero. Que Aiden le pagara era maravilloso, pero tenía la sensación de que lo que realmente necesitaba era pagar la última parte de la hipoteca del café, algo que pensaba que ya habría conseguido a esas alturas.

Las cuotas mensuales agotaban automáticamente la mayor parte de su dinero, pero, si lo pagaba todo de una sola vez, sería una gran ayuda y, además, ella sería la dueña de la cafetería. De esa manera, no sentiría angustia constante por la necesidad de ahorrar para solucionar cualquier otro problema creado por un cachorro de dragón. Podría guardar dinero y tenerlo ahorrado. Nani-Ma también querría que tuviera una situación económica estable y segura.

Uf, pero no quería pensar en las finanzas en aquel momento, bajo el sol. Nunca le gustaron las matemáticas y, lamentablemente, había tenido que hacer demasiada contabilidad como propietaria de una pequeña empresa durante los últimos seis meses.

Por suerte, justo en ese momento llegó a los Jardines Públicos Starshine, que eran muy hermosos. Vio el pequeño cartel de la

empresa de Aiden, The Bloomsmiths, y sonrió. Poder reconocer el trabajo de Aiden por todo aquel pueblo que amaba era algo especial.

Se dirigió al edificio principal, donde había folletos informativos sobre la historia de los jardines y mapas de las diferentes áreas. Rápidamente, encontró el área de cuidado de los pequeños dragones.

Había cinco crías de dragón detrás de una cerca en una pequeña zona de juegos, causando estragos, mientras que su cuidador estaba sentado en un escritorio con un ordenador. Los cachorros tenían un comportamiento caótico. Estaban jugando y peleándose entre ellos. Distinguió las escamas negras de Sparky de inmediato.

Cuando él la vio, abrió los ojos morados de par en par y se le iluminó la carita. Salió disparado hacia la cerca, chillando. Con una sonrisa, Saphira se agachó y lo acarició a través de la cerca, y Sparky ronroneó.

—He venido a recoger a Sparky —dijo Saphira, poniéndose de pie para hablar con el adolescente que estaba a cargo de los cachorros, llamado Thomas, según decía la etiqueta que llevaba al cuello. Como el área de guardería estaba dentro del edificio principal, las crías de dragón no corrían el riesgo de caer en manos de los cazadores furtivos, de ahí que estuvieran vigilados por un adolescente.

—Señora, necesito ver su identificación, si es tan amable —dijo Thomas, parpadeando nerviosamente.

—Aquí tiene —dijo Saphira, sacando su carnet de identidad del bolso.

Se lo mostró al muchacho, y él hizo la búsqueda en el ordenador. Se le abrieron mucho los ojos; de repente, parecía que estaba muy estresado.

—Lo siento, pero no es usted su dueña —dijo Thomas, como si estuviera a punto de llorar—. Son realmente estrictos con ese tipo de cosas, así que no puedo dejar que se lleve a Sparky. Lo siento, por favor, no se enfade conmigo.

—Oh, Dios, lo siento, también tengo la identificación Drakkon —explicó Saphira, rápidamente, para calmar la preocupación de Thomas.

Tenía una identificación Drakkon por cortesía de Aiden, que había firmado un formulario para demostrar que Saphira era la cuidadora de Sparky. Eso le permitía llevar libremente a Sparky a otros sitios sin la compañía de su dueño. No estaba acostumbrada a tener que mostrarla en ningún lado, así que, cuando Thomas le había pedido una identificación, había pensado que bastaría con su carnet de identidad.

Por lo general, los dragones no iban a ningún lado con extraños, pero la identificación Drakkon era para protegerse de los cazadores furtivos. Su identificación era plateada, temporal. Las identificaciones permanentes eran doradas y constituían todo un símbolo de clase.

Ella sacó su tarjeta plateada y se la mostró a Thomas. La identificación indicaba con claridad su información y la de Sparky.

El chico exhaló un largo suspiro de alivio.

—Está bien, ufff, gracias a Dios —dijo, secándose la frente—. Por un segundo, he pensado que era una cazadora furtiva que estaba tratando de engañarme.

Thomas se rio con nerviosismo y, de repente, ella se sintió insegura.

¿Resultaba tan obvio que no pertenecía a una familia Drakkon? ¿Estaba tan claro para un completo desconocido que ella no tenía un dragón?

Antes de que pudiera pensar si debía o no debía sentirse ofendida, Thomas sacó a Sparky y el cachorro saltó a los brazos de Saphira y le lamió la cara. Todavía era lo suficientemente pequeño como para no lastimarla, pero ella sabía que, a medida que creciera, tendría que disuadirlo de saltar a sus brazos o la derribaría con su peso y su fuerza.

—Hola, cariño, yo también estoy feliz de verte —dijo, riéndose. Olvidó todo lo demás cuando dejó a Sparky en el suelo y le dio un premio de su bolso.

Después, se dirigió a la rosaleda con Sparky trotando felizmente a su lado.

Había estado en los jardines muchas veces para disfrutar de su belleza, por lo que conocía bien el lugar. Cuando iban acercándose a

la rosaleda, a ella se le aceleró el pulso. Estaba nerviosa. Respiró profundamente, se agachó y le rascó la barbilla a Sparky.

—Vamos a enseñarle a Aiden cuánto has aprendido, ¿de acuerdo? —le dijo, en voz baja. No tenía idea de si Sparky entendía o no, pero el cachorro la miró con sus grandes ojos morados, escuchando sus palabras.

Bajaron unas escaleras cubiertas de glicinias y hiedra. Recorrieron el paseo de las lilas, que olía de maravilla, hasta que llegaron al jardín geométrico de rosas, que estaba salpicado de flores blancas, rosas y rojas.

En medio de los rosales, vio una figura alta y se quedó parada en el borde del jardín un momento, sin que Aiden se diera cuenta, observándolo. A su alrededor, todo era hermoso, y él era un elemento clave de aquella belleza.

Aprovechó el momento para apreciar lo guapo que era. Aiden siempre tenía mucha prisa cuando dejaba y recogía a Sparky, así que apenas lo había visto de cerca durante las últimas dos semanas.

Estaba de rodillas en la tierra, trabajando duro, con una camiseta. Sus brazos le llamaron la atención; solo lo había visto con manga larga, por lo que parecía prácticamente desvestido.

Saphira miró sus manos mientras trabajaba, los dedos largos y elegantes, las venas de sus antebrazos, la forma de sus bíceps. El calor la recorrió y tuvo la absurda necesidad de morderlo.

Tenía que dejar de mirarlo con lujuria. Él estaba en paz mientras trabajaba, muy tranquilo, como si, realmente, disfrutara de ello. Su lenguaje corporal irradiaba serenidad.

Sparky le empujó la pierna con la cabeza, mirándola, y ella respiró profundamente.

—Vamos a mostrarle a Aiden lo buen chico que eres —le dijo, acariciándole la cabeza. Sparky le lamió los dedos y luego trotó hacia adelante.

Cuando se acercaron, Aiden miró hacia arriba; la sorpresa se reflejó en su rostro al verla, seguida rápidamente por… ¿deleite? Sí, deleite. Se sorprendió gratamente al verla. Por alguna razón, eso la puso todavía más nerviosa. Sin embargo, se recordó que era una mujer con una misión.

—Hola —dijo, mientras él se ponía de pie.

Aiden notó que el cachorro estaba a su lado y se puso tenso.

—¿Qué está haciendo Sparky aquí? —preguntó—. Lo dejé dentro.

Saphira frunció el ceño con un sentimiento de protección hacia Sparky. El cachorro se dio cuenta de que Aiden no estaba demasiado entusiasmado de verlo allí. Sparky estaba medio escondido detrás de su pierna, agarrándole el tobillo con una pata.

—Quería mostrarte cómo estamos progresando —dijo Saphira, manteniendo su tono brillante y optimista. Se volvió hacia Sparky y le sonrió tranquilizadoramente—. Sparky, saluda a Aiden.

Sparky dudó, pero ella asintió. Sparky soltó su tobillo y fue con un trotecillo hacia Aiden, que se estaba preparando para que algo saliera mal. Pero Sparky se acercó a Aiden y frotó la nariz contra su pierna.

—Sí, he notado que se comporta mucho mejor —dijo Aiden, aunque todavía estaba estresado.

—Tómalo en brazos —le dijo ella.

Sparky estaba esperando.

—Me va a morder —respondió Aiden, de forma automática.

Saphira frunció el ceño.

—No debería. Hemos estado trabajando en eso. ¿Cuándo fue la última vez que te mordió?

Aiden lo pensó.

—En realidad, no lo recuerdo.

Ella se irritó. Por un lado, había estado trabajando diligentemente para entrenar a Sparky, y Aiden ni siquiera se había percatado, y, por otro, a Aiden ni siquiera le importaba lo suficiente Sparky como para intentar ser cariñoso con él y, mucho menos, establecer un vínculo con el cachorro.

¿Cómo era posible que no quisiera tomar a Sparky en brazos cada vez que tenía un momento? A ella le encantaba estar con el pequeño dragón, sosteniéndolo en sus brazos, acariciándole la carita, manteniéndolo siempre lo más cerca posible.

Aiden debió de darse cuenta de que ella estaba molesta, porque se agachó y tomó en brazos a Sparky. El cachorro se puso un poco gruñón por un momento, pero se acordó de que ella lo estaba

observando y la miró por encima del hombro. Ella le lanzó una mirada severa y Sparky permaneció calmado a regañadientes.

—Impresionante —dijo Aiden, con una pequeña sonrisa—. Estás haciendo un trabajo increíble.

El elogio le agradó. Si bien podía irritarse con facilidad, también lo superaba rápidamente, algo que siempre hacía que Nani-Ma moviera la cabeza de lado a lado.

—¿Dónde está tu *nakhre*, niña? ¡Se supone que debes hacerle pasar un mal rato a la gente, en especial a los chicos!

Pero ella era demasiado bondadosa para eso.

Él bajó a Sparky al suelo.

—Está bien, ahora mira esto —dijo ella, y se volvió hacia Sparky—. Sparky, siéntate.

El cachorro obedeció y se sentó.

—¡Buen chico! —exclamó Saphira, y le rascó la barbilla.

—Ya no es tan hiperactivo —dijo Aiden—. Bien hecho.

—Quería mostrarte cómo nos llevamos —dijo ella, mirándolo—. Ya que nunca estás presente durante el entrenamiento —añadió, en un tono mordaz.

Por un segundo, pareció que él quería decir algo, pero luego lo pensó mejor y no lo hizo.

En vez de eso, Aiden miró a su alrededor.

—¿Quieres ver en qué hemos estado trabajando?

—¡Oh, sí! Pero ¿no hay problema? Quiero decir, como estás trabajando…

—No pasa nada —respondió él, agitando una mano—. Tengo a otro equipo trabajando junto al estanque, pero prácticamente hemos terminado por hoy en esta sección. Ya envié a todos los demás a casa, y yo estaba trabajando un poco y perdí la noción del tiempo.

—Entiendo el motivo —dijo ella, mirando a su alrededor—. Esto es precioso.

Él sonrió. Parecía que le hacía feliz que a ella le gustara un lugar que, claramente, él adoraba.

—¿Vamos? —le preguntó Aiden.

Ella asintió.

—Sparky, vamos.

Saphira se puso a caminar junto a Aiden y Sparky fue detrás de ellos.

Capítulo 8

A Aiden le resultó chocante ver a Saphira en los jardines. Estaba acostumbrado a verla en el café, o a imaginársela, a altas horas de la noche, y allí estaba, como recién salida de sus sueños, y nada menos que en uno de sus lugares favoritos.

Al mismo tiempo, era como si ella perteneciese exactamente a aquel lugar: el sol iluminaba su piel morena, una suave brisa jugueteaba con su cabello ondulado y estaba rodeada de flores que combinaban con su vestido.

Él no era un artista, en absoluto, pero sentía el deseo de pintar aquella imagen, aunque solo fuera para capturar su belleza, para inmortalizarla y que el mundo pudiera apreciarla.

—Entonces, ¿en qué has estado trabajando? —le preguntó Saphira, sacándolo de sus pensamientos.

Él carraspeó y se pasó una mano por el pelo.

—Hemos estado limpiando los parterres —dijo Aiden, señalando las formas limpias.

Saphira se quedó pensativa.

—¿Qué es eso? —preguntó.

A veces, él olvidaba que no todos conocían la jerga de jardinería.

—Lo siento, son esas formas geométricas. Están formadas por parterres de plantas y setos bajos —explicó—, que luego están separados y conectados por el camino, así que puedes pasear y verlos.

—Oooh, qué bonito. La formalidad de los setos hace que me sienta como si estuviera en *Orgullo y prejuicio*.

—Sí, son el tipo de cosas que a menudo encontrarías en una gran finca. En cada parterre hay una especie particular de rosa —dijo él, señalando los rosales—. Así que aquí tenemos rosas antiguas, que son flores dobles con una fragancia muy fuerte, pero solo florecen una vez a principios de temporada, a diferencia de las rosas modernas.

Cuando llegaron a la sección de rosas modernas, señaló de nuevo las plantas.

—Estas son las que probablemente encontrarás en todas partes. Se obtuvieron a partir de 1867 y florecen continuamente. Además, el tamaño de las flores es más grande y duran más tiempo en el florero. La desventaja es que no tienen una fragancia tan fuerte y son un poco menos resistentes a las enfermedades que las rosas antiguas.

Continuaron paseando y él le señaló la siguiente sección de rosas, que eran todas de color rosa.

—Y estos son los rosales silvestres que, normalmente, tienen cinco pétalos y cuyas flores siempre son rosas. De hecho, es muy raro encontrar una rosa silvestre roja o blanca.

En aquel momento, se detuvo. De repente, se había sentido cohibido. ¿Estaba siendo un bobo? Debía de estar aburriéndola con sus conocimientos superfluos de botánica. Se quedó callado, con incomodidad.

En silencio, se reprendió a sí mismo. Sabía que a las chicas les encantaban las flores, pero eso no significaba que les encantaran todos los datos sobre ellas. Los miembros de su familia siempre se burlaban de él por su obsesión. «¡Las chicas quieren flores, no una lección de historia!», bromeaba Emmeline.

¡Pero era tan fascinante!

—Lo siento —dijo, frotándose la nuca—. No quiero aburrirte.

—¡No! —exclamó ella, con los ojos muy abiertos—. No me aburres. ¡Creo que es genial!

Él no era de los que se desmayaba, pero, si lo fuera, seguramente se habría desmayado en aquel momento. Miró un rosal y sus ojos se

posaron de inmediato en una rosa perfecta, de pétalos exuberantes y brillantes. La tomó, con cuidado de no pincharse, y se la entregó.

—Gracias —dijo ella, tomándola y llevándosela a la nariz.

Aiden la miró mientras inhalaba la fragancia, observando cómo se expandía su pecho y luego se desinflaba con una gran exhalación. El calor lo recorrió.

«Deja de ser raro», se recordó a sí mismo, desviando la mirada.

—¿Cuál es tu flor favorita? —le preguntó—. ¿Es la rosa?

Ella sonrió.

—¡Oh, eso es fácil! Y no, no es la rosa. En realidad, no estoy segura de cómo se llama en inglés, pero a Nani-Ma y a mí nos encantan los árboles de amaltas.

Él no había oído hablar de aquel árbol.

—¿Cómo son?

—Por lo general, florecen a finales de junio y tienen unos hermosos pétalos amarillos que caen de ramas delgadas.

—¡Oh! El árbol de la lluvia dorada.

Los ojos de Saphira se iluminaron de emoción.

—¿Así es como se llama?

Él asintió, y ella dijo:

—Tiene sentido… Me encantan. No hay muchos en el valle de Starshine, pero había algunos árboles al lado de nuestra antigua casa, en las colinas.

Su sonrisa aumentó al recordarlo, y le apareció un hoyuelo en la mejilla. Él tuvo que resistir el impulso de presionar con el dedo justo allí.

—¿Y la tuya, cuál es? —preguntó Saphira, agitando la rosa hacia él.

Con Saphira sujetando el tallo, habría sido muy fácil que la rosa fuera su flor favorita. Pero, por lo general, era una pregunta difícil para él, ya que cada flor tenía su propia belleza, su propio propósito.

—Ah, eso es como preguntarle a un padre quién es su hijo favorito —dijo.

Saphira se echó a reír.

—Los padres, claramente, tienen hijos favoritos. Tuve suerte de ser hija única, pero apuesto a que los tuyos tienen un favorito.

—Oh, claramente —respondió Aiden—. Ginny. Ella es la princesa favorita de todos. También la tratan como tal.

—Como debe ser —coincidió Saphira.

—Como debe ser —convino Aiden.

Siguieron caminando hacia otra parte de los jardines. Era hermoso estar allí con ella, tan hermoso que había podido olvidar por qué debía mantenerse alejado de Sparky y de ella.

Aunque se había sentido orgulloso al ver lo bien educado que era Sparky. Apreciaba todo el trabajo que había hecho Saphira para que Sparky fuera así.

Aun así, no deberían estar allí. Él no quería acercarse a ninguno de los dos. Cuanto más lejos se mantuviera, más seguro estarían Sparky y Saphira. A ella le dolería saber que su familia participaba en las carreras que fueron la causa de la muerte de su madre, y él quería protegerla.

Por desgracia, era tan bonita que él no tenía la fuerza necesaria para decirle que se fuera. Quería pasar tiempo con ella. Por lo general, no quería que nadie lo viera porque sabía que no lo entenderían, pero era distinto con respecto a Saphira: tenía un deseo sobrenatural de que lo conociera, de que lo viera.

Quizás debería dejar que se acercara a él.

Miró a Sparky, que se había portado bien todo el tiempo, saltando junto a ellos. El cachorro apenas le prestaba atención a Aiden; su atención estaba centrada en Saphira.

—Comprendo perfectamente por qué has perdido la noción del tiempo —dijo ella—. Transmite tanta paz…

—La jardinería es un trabajo duro, pero siempre es satisfactorio —explicó Aiden.

—Sí, lo entiendo. Ocurre lo mismo con la cafetería. Las horas pasan volando y, aunque al final estoy exhausta, también es gratificante. Me encanta ver el local lleno de gente.

Siguieron charlando, caminando por los jardines, y el tiempo pasó con rapidez. Sin que él se diera cuenta, el sol comenzó a ponerse y el cielo se tiñó de un resplandor rosa y dorado.

—Mira —señaló Saphira, con suavidad. Había inclinado la cabeza hacia atrás para mirar el cielo y tenía los ojos muy abiertos—.

¿Cómo puede estar triste alguien cuando el cielo es rosa?

Tenía una expresión de asombro en el semblante y una sonrisa en los labios, y, mientras la miraba, él solo podía preguntarse: «¿Cómo puede estar triste alguien cuando está junto a ti?».

Saphira se volvió para mirarlo y él se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta. Se avergonzó, pero no parecía que la hubiera ofendido con sus empalagosas palabras.

Dio un paso hacia ella y, mientras lo hacía, sus manos se rozaron. A Saphira se le entrecortó la respiración. Todavía sostenía la rosa en la mano, pero movió los dedos y él notó un roce, ligero como una pluma, en los nudillos. El deseo se apoderó de él.

Entonces el tallo de la rosa se movió y a ella se le escapó un pequeño grito, porque se pinchó con una espina.

—¿Estás bien? —preguntó él, rápidamente, y le tomó la mano para inspeccionarla.

A Saphira le salió una gota de sangre roja de la piel y, al verlo, por puro instinto, él se llevó el dedo a la boca y le succionó la herida.

El suave jadeo de Saphira hizo que volviera de golpe a la realidad, pero estaba petrificado con su dedo en la boca, con la sal de su sangre en la lengua.

La sangre corría a toda velocidad por su cuerpo y su corazón latía y le golpeaba dolorosamente el pecho. Saphira tenía los ojos muy abiertos y oscurecidos.

Se le contrajo el pecho al sentir en la yema de los dedos que a ella también se le aceleraba el pulso. A Saphira se le separaron los labios, y su respiración se volvió superficial.

Unas campanas de alarma resonaron por su mente, porque se sintió obligado a hacer algo increíblemente estúpido como besarle la palma de la mano.

Antes de que pudiera decidirse, Saphira miró hacia el suelo. Parpadeó, dio un paso atrás y apartó la mano de la de él.

—¿Dónde está Sparky? —preguntó, con la voz aguda.

Aiden miró a su alrededor; Sparky no estaba por ningún lado. Le invadió una potente mezcla de emociones: ansiedad, preocupación y culpabilidad.

Tuvo la sensación de que a Sparky no le había gustado que él estuviera captando la atención de Saphira. No debería haberla distraído; los dos deberían haberse concentrado en Sparky.

—No teníais que haber venido —dijo. Todo aquello era una mala idea, aunque aún sentía su dedo contra sus labios y sabía que nunca olvidaría aquella sensación.

La expresión de Saphira se llenó de dolor. Se alejó de él.

—¿Dónde está? —preguntó, con la voz quebrada, mientras miraba a su alrededor.

Él también lo buscó. Su miedo era cada vez mayor. Los jardines estaban abiertos al público y cualquiera podría encontrar a un cachorro de dragón extraviado y llevárselo.

Al pensarlo, se le revolvió el estómago, y buscó con más ahínco. Pasó a la siguiente sección, y a la siguiente, donde había un arbusto de dalias color púrpura. . . o lo que quedaba de él.

—¡Sparky! —gritó Saphira, corriendo detrás de él.

Sparky se había comido la mayoría de las flores y había arrancado el arbusto.

Se le hizo un nudo en el estómago mientras miraba la destrucción. Todo era culpa suya. No debería haber permitido que Sparky anduviera suelto por allí. Por suerte, el dragón no había destruido ninguna de las preciadas colecciones de los jardines, pero, aun así, aquello nunca tendría que haber sucedido.

Había perdido la cabeza con Saphira.

—¡Sparky, eres muy malo! —gritó, mientras sacaba al dragón del arbusto. Sparky abrió los ojos de par en par—. No puedes irte solo así como así. ¡Muy mal!

Entonces Sparky bajó la cabecita y encogió los hombros. Con un pequeño sollozo, se alejó, algo que los dragones solo hacían cuando estaban demasiado desanimados como para rebotar o saltar como de costumbre.

Él se arrepintió al instante. No debería haberle gritado al pequeño. Pero… Sparky tenía que saber que no podía ir solo por ahí. ¡No era seguro!

—¿Qué te pasa ?—preguntó Saphira, poniéndose frente a él. Estaba lívida, y él se asustó. Siempre la había visto luminosa como la

luz del sol, pero, en aquel momento, era como una tormenta.

—¡Ha cometido un error! —exclamó Saphira—. ¿Cómo puedes gritarle? ¡Es un bebé! ¡Y ahora está hundido!

—Yo…

—Él solo quiere que le prestes atención —continuó Saphira—. Es tu cachorro de dragón.

—Nunca lo quise —dijo Aiden, con voz suave.

Nunca había pensado que podía suceder algo así y, por eso, nunca se había preparado. No sabía cómo funcionaban aquellas cosas; para Saphira, todo aquello era natural, pero no para él.

Al oír sus palabras, Saphira se enfadó aún más.

—Eres tan desagradecido… —dijo, en tono de decepción—. Si no lo quieres, dáselo a alguien que sí lo quiera.

Eso era lo que él pensaba que estaba haciendo al pedirle a Saphira que entrenara a Sparky, darles tiempo ininterrumpido para que formaran un vínculo. Antes de que pudiera decirlo, Saphira se acercó a Sparky, lo tomó en brazos y le dio un beso para consolarlo.

Él se sintió fatal, tan mal que no podía moverse. Tenía miedo de vomitar. Sin embargo, después de que Saphira se fuera, se dio cuenta de que no debería haber permitido que se marchara cuando todavía estaba tan enfadada con él.

La siguió, pero, cuando logró salir de los jardines, hacía mucho que ella se había ido.

Se le formó un nudo en la garganta y se sentó en la acera para recuperar el aliento. De repente, tuvo la sensación de que Danny estaría terriblemente decepcionado con él. No estaba haciendo lo correcto con Sparky. Lo estaba echando todo a perder.

Sabía que tenía buenas intenciones, pero lo que no siempre sabía era cómo llevar a cabo esas intenciones. Todo tenía sentido en su cabeza, pero no siempre se traducía de ese modo en el mundo real.

Sin embargo, sí sabía lo suficiente como para darse cuenta de que le debía una disculpa a Saphira.

Capítulo 9

Saphira regresó a la cafetería hecha un mar de lágrimas, con Sparky en brazos. El cachorro se movía con inquietud. Ella lo dejó en el suelo y, con las manos temblorosas, rebuscó las llaves en su bolso.

Pero, al ver a Sparky con la cabeza agachada, se le rompió el corazón de nuevo. Volvió a tomarlo en brazos y le dio un beso.

Decidió ir al jardín de la parte trasera de la cafetería. Estaba lleno de cosas y desordenado, pero no le importaba. Se sentó entre los arbustos crecidos y las malas hierbas, escondiéndose entre la vegetación mientras sollozaba.

¡Estaba llorando como una Magdalena y ni siquiera sabía por qué!

El rato que había pasado con Aiden había sido muy agradable. Había sido muy bonito pasear con él, hablando y disfrutando de la belleza de los jardines. Incluso habían tenido un momento acalorado e intenso… Dios, había estado a punto de desmayarse cuando él le succionó la sangre del dedo. La sensación había recorrido todo su cuerpo como una corriente eléctrica, y era algo que estaba deseando sentir de nuevo.

Después, de repente, sintió pánico al no ver a Sparky y tuvo los peores pensamientos: que los cazadores furtivos lo robaban y se llevaban muy lejos a su pequeño bebé, o que Sparky se perdía y se caía a un estanque y se ahogaba; aunque, técnicamente, los dragones sabían nadar, ella no podía pensar de forma lógica. ¡Solo con un miedo que la dejaba sin aliento!

Cuando Aiden encontró a Sparky, sintió un enorme alivio, hasta que él comenzó a gritarle a Sparky. ¡Gritarle a un bebé! ¿Quién hacía eso?

¿Acaso Aiden no sabía lo especial y maravilloso que era Sparky? Se limitaba a dar por sentado al cachorro. Si Sparky fuera suyo, ella nunca haría algo así.

Ojalá estuviera allí Nani-Ma. Su abuela, por supuesto, se burlaría de ella por ser tan llorona, pero también le daría un buen abrazo.

Sparky se subió a su regazo y se acercó para lamerle las lágrimas de las mejillas.

—Lo siento, Spark. No sé por qué estoy llorando tanto —le dijo ella, e intentó sonreír. Sparky ya no estaba tan molesto. Estaba más preocupado por ella.

A ella se le encogió el corazón. Adoraba a aquel pequeño dragón. Él se acurrucó en su regazo.

Se había hecho un poco más grande en las dos semanas que llevaban entrenando. Los cambios eran pequeños, pero ella los notaba al abrazarlo. No quería que Sparky creciera; entonces, ella ya no sería parte de su vida.

Sparky levantó la vista y, al verla aún disgustada, se sentó y frotó la nariz contra su pecho, ejerciendo presión sobre su corazón, como si quisiera hacerle saber que él estaba allí. Entonces la miró de nuevo a la espera de su reacción, con sus grandes ojos morados, y ella rompió a llorar otra vez porque ¡Sparky era un ángel!

Preocupado, Sparky le puso las patas en la cara para obligarla a que dejara de llorar y ella lo abrazó con fuerza. Estaba echando de menos desesperadamente a Nani-Ma. Su abuela sabía dar abrazos legendarios. Sus abrazos podían solucionar cualquier cosa.

Hubo un ruido. Saphira se volvió y vio a Aiden entrando por la puerta del jardín, que estaba entreabierta.

—Disculpa —dijo él—. Dejaste la puerta abierta…

Ella se secó la cara y apartó la mirada. Era cierto, había dejado la puerta abierta, pero le daba vergüenza llorar por algo tan insignificante y, todavía más, que él la hubiera sorprendido.

—Lo siento, Saphira —dijo Aiden, colocándose frente a ella.

A ella le sorprendió verlo allí, porque no creía que a él le hubiera importado lo suficiente como para disculparse, pero allí estaba, con cara de arrepentimiento, a la luz de las estrellas.

—No debería haber tratado así a Sparky.

—No, no deberías haberlo hecho —dijo ella.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Aiden.

Saphira se volvió hacia Sparky, que estaba observando la conversación con calma, sin molestarse por la presencia de Aiden. Bueno, pues si Sparky no le guardaba rencor…

—Está bien —aceptó, con un suspiro.

Solo había un poco de espacio en la parte donde estaba sentada; el resto estaba cubierto de maleza y ramas. Se hizo a un lado para dejarle sitio y él se sentó a su lado. Sus hombros se tocaron.

—De verdad, lo siento —dijo él, con suavidad.

Entonces le golpeó el hombro a propósito, y ella lo miró.

—Me asusté y reaccioné mal, y no debería haberlo hecho.

Eso le ocurría a veces a la gente y cada uno manejaba sus emociones de manera diferente.

—Lo haré mejor —añadió él—. Lo prometo.

Saphira no sabía si debía creerle, pero quería hacerlo.

—A partir de ahora, me quedaré durante las sesiones de entrenamiento —dijo Aiden—. Sé que es importante.

—¿De verdad? —preguntó ella, complacida. Después dijo—: De acuerdo, estás perdonado.

Él se sorprendió.

—Pensé que estarías más tiempo enfadada —dijo—. En realidad, me lo merezco. He sido horrible.

Saphira se encogió de hombros.

—La vida es demasiado corta para estar enfadada.

Él se quedó asombrado, boquiabierto. De repente, ella sintió timidez y levantó una mano para meterse un mechón de pelo detrás de la oreja. Mientras lo hacía, sus brazaletes tintinearon. Aiden le miró la muñeca.

—Siempre los llevas —dijo.

Se había fijado. Era un detalle pequeño, pero ella se alegró de que prestara atención.

Aiden tocó los brazaletes y, al hacerlo, le rozó el antebrazo con los dedos. Ella tuvo un escalofrío; sin embargo, la noche era demasiado cálida como para convencerse de que era por la temperatura.

—Eran de Nani-Ma —dijo—. En realidad, solo las mujeres casadas pueden usar así el oro, pero no me importa —explicó, y pasó un dedo por los brazaletes, haciendo que tintinearan—. Era un juego de seis, pero mi madre vendió dos de ellos.

Su madre no siempre tomaba las decisiones más acertadas, pero ella no podía guardarle rencor a alguien a quien no había conocido. Esperaba volver a tener seis brazaletes algún día, cuando tuviera el dinero para comprarlos, por supuesto.

—Son bonitos —dijo él, con una voz suave—. Tú eres bonita.

Su mirada penetrante la abrasó. A Saphira le ardieron las mejillas cuando un placer cálido y poderoso se instaló en su pecho al oír sus palabras. Antes de que pudiera pensar en cómo responder, por el jardín sopló una ráfaga de viento que lanzó un montón de hojas hacia sus caras.

Cuando cesó la ventolera, ella vio la expresión de horror de Aiden mientras observaba el estado del jardín, que estaba desordenado y cubierto de maleza. Era todo un contraste con la pulcra rosaleda que le había mostrado él aquella tarde.

—Lo sé, lo sé, ¡no lo digas! —le suplicó.

—Es solo que… —murmuró Aiden, pero se quedó sin palabras. Frunció el ceño mientras miraba a su alrededor, hasta que sus ojos se posaron en ella de nuevo. Frunció los labios. Antes de que ella pudiera preguntar, él le quitó una hoja del pelo.

—Oh, Dios —se lamentó. Al segundo, se echó a reír—. ¿Sabes? Quería convertir este lugar en una zona de estar para los clientes. Tenía todas esas ideas…

—Deberías hacerlo —dijo él—. Sería maravilloso.

Saphira suspiró.

—¡Ojalá tuviera tiempo! O el dinero. O la energía necesaria…

Él se quedó callado, pensando.

—Bueno, yo podría trabajar en tu jardín cuando no tenga otros trabajos que hacer. Así, Sparky podría pasar el rato aquí también durante el día…

Ella sintió un inmenso placer.

—¡Oh, sí, está bien! —exclamó ella, con una enorme sonrisa—. ¡Eso sería maravilloso! Así, cuando tenga tiempo libre durante el día en la cafetería, puedo pasar más tiempo con Sparky.

Aunque era ella quien había instado a Aiden a formar un vínculo con Sparky y apreciaba aquel esfuerzo por su parte, tampoco quería quedarse fuera. Pero, si estuvieran en el jardín, para ella sería fácil aparecer y seguir incluida.

—Sé que es importante que Sparky y yo nos unamos —dijo Aiden, aunque parecía que dudaba al respecto.

—Parece que tienes miedo —señaló Saphira, mirándolo con curiosidad—. ¿Por qué?

Aiden reflexionó sobre su pregunta.

—No sé si puedo contarte esto —dijo, por fin—. Es una especie de secreto de las familias Drakkon.

Entonces, por un momento, Saphira se sintió como una completa intrusa. Aunque hubieran crecido y vivido siempre en el mismo pueblo, ella recordó que vivían en dos lugares completamente diferentes, que él pertenecía a una familia Drakkon y ella, no. Se sintió inferior sin poder evitarlo, con su ordinaria vida, carente de secretos que debiera salvaguardar.

—Seguramente, habrás escuchado rumores sobre las carreras de dragones —prosiguió Aiden, y ella se sintió intrigada de inmediato. A ella le encantaba conocer un buen secreto, porque hacía que se sintiera como si formase parte del club.

—Más o menos —respondió ella—. Aunque no tanto. Sé que es algo que ocurre, pero más allá de eso…

—Sucede, y mi familia está… un poco… En realidad, están involucrados en ello.

—Pero ¿no es ilegal?

—Sí, pero, como cualquier otra actividad ilegal, genera mucho dinero, por lo que la gente que está en el poder hace la vista gorda. Sobre todo, porque los involucrados son los miembros del Consejo de los Dragones.

—Oh.

El Consejo de los Dragones era una institución del gobierno que se encargaba de supervisar todos los asuntos relacionados con los dragones, como los impuestos, seguros, estipendios y otros asuntos similares de las familias Drakkon.

—¿Y qué tiene que ver eso con Sparky?

Aiden tragó saliva.

—Como he dicho, a mi familia le gustan mucho las carreras. Los Sterling han estado ganando carreras durante décadas. A mí nunca me ha interesado, así que nunca me impliqué en eso, pero Danny solía competir para defender nuestro apellido. Después de su muerte… Bueno, mi padre quiere que alguien se haga cargo de mantener el buen nombre de la familia.

Ella estaba empezando a entender un poco todo aquello.

—¿Tienes miedo de que te presionen si formas un vínculo con Sparky?

Aiden asintió. Aunque estaba estresado, pareció que se le relajaba un poco la expresión al ver que ella entendía lo que le estaba explicando.

—Cuando Danny dejó el huevo para mí, yo ni siquiera tenía intención de incubarlo, así que nunca me vería en esa situación.

Aunque ella entendía sus miedos, pensó que tener un huevo de dragón y no tener la intención de eclosionarlo era una verdadera locura. Era todo un privilegio que él, aparentemente, no era capaz de reconocer, lo cual era incomprensible para alguien como ella. Era algo por lo que la gente mataría; de hecho, los cazadores furtivos lo hacían, como era bien sabido. Sin embargo, Aiden lo veía como algo casi inconveniente en su vida.

—Entonces, ¿por qué cambiaste de opinión? —le preguntó—. Quiero decir, con respecto a incubar el huevo.

—Mi familia puede ser un poco autoritaria e intrusiva —dijo Aiden. Suspiró y se pasó una mano por la cara—. No fui yo quien cambió de opinión. Todavía no tengo del todo claro cómo eclosionó el huevo, pero sospecho que fueron mis padres quienes se entrometieron. Entonces tuve un cachorro de dragón y pensé que, si tú entrenabas a Sparky y yo me mantenía alejado, sería más seguro.

Claramente, Aiden desdeñaba las carreras de dragones, y ella se alegraba, porque nunca podría aprobar el hecho de poner dragones en peligro a cambio de una descarga de adrenalina.

—¿Y por qué has cambiado ahora de opinión acerca de mantenerte alejado? —le preguntó.

—Vi lo enfadada que estabas —respondió él, en voz baja, mirándola con intensidad—. No podía soportarlo, así que pensé que sería mejor decir la verdad.

—Oh —murmuró ella, con un pestañeo de asombro. Así que sí le importaba.

—Hay otra razón por la que pensé que era mejor mantenerme alejado —añadió él. Se quedó callado un segundo, como si se sintiera inseguro. Después, continuó—: No sé si me corresponde a mí decírtelo, o quizá ya lo sepas, pero también dudaba en pasar tiempo contigo porque… Bueno… Pensé que me odiarías si llegabas a descubrirlo.

—¿Descubrir qué?

Aiden tragó saliva.

—Saphira, tu madre murió mientras participaba en una carrera con un dragón que compró a unos cazadores furtivos.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —preguntó.

—Lamento haber sacado el tema, pero no quiero tener ningún secreto para ti —dijo él, en tono de tristeza.

Su madre había muerto cuando ella era muy pequeña, así que el dolor de perderla había desaparecido hacía mucho tiempo. Ella no se quedó del todo sorprendida por la información, pero, aun así, estaba ansiosa por saber más. Nani-Ma siempre había eludido aquel tema, pero ella había deducido que se trataba de malas decisiones por parte de su madre, de una situación que podría haberse evitado. El hecho de descubrir que había muerto participando en una carrera de dragones llenaba un espacio en blanco y le daba sentido a todo.

—No sabía exactamente cómo murió, pero mi abuela me dijo que mi madre hizo amistad con la gente equivocada, lo que la llevó a la muerte —le dijo a Aiden, después de un momento.

Nani-Ma siempre decía que su madre se había descarriado por su amor por los dragones, pero ella no quería decirle eso a Aiden. Tenía miedo de que pensara que de tal palo, tal astilla y, además, sabía que ella no sería tan imprudente como su madre. Amaba demasiado a los dragones. Entrenar a un cachorro de dragón era diferente a adquirir un dragón en el mercado negro y participar en carreras peligrosas.

—Una vez más, lamento haber sacado el tema —dijo Aiden, con expresión de culpabilidad y de preocupación—. Me enteré hace poco y no sabía si tú lo sabías y no quería saber algo que tú no supieras —explicó, y tragó saliva—. ¿Estás bien?

Saphira pensó un momento antes de responder. Ella agradecía que Aiden no quisiera ocultarle ningún secreto. Y, en realidad, aquello había sucedido hacía mucho tiempo.

—Sí, estoy bien —dijo, asintiendo—. Me sorprende que mi abuela o alguna otra persona del pueblo no me lo dijera nunca.

—Este tipo de chismes tienden a permanecer dentro de los círculos Drakkon —le dijo Aiden. Al oír aquello, se sintió extraña. Todas aquellas personas sabían cómo había muerto su madre y ella, no.

¿Se estaban riendo de ella a sus espaldas por ser hija de una mujer que trató de conseguir algo que no era suyo? Las familias Drakkon era muy clasistas. Se sintió humillada, aunque no tuviera motivos para sentirse así.

De repente, entendió por qué Nani-Ma nunca se lo había contado. Era una manera vergonzosa de morir, posiblemente una de las formas más degradantes de morir en Starshine Valley.

Las familias Drakkon se creían con derecho a poseer los dragones como si ellos o su sangre tuvieran algo especial. Desdeñaban a los jinetes de dragones cazados furtivamente, pensando que esos jinetes no podrían manejar al animal, y su madre, básicamente, había confirmado todas esas opiniones elitistas. Al pensarlo, ella sintió una gran vergüenza.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Aiden, con suavidad. La estaba mirando con intensidad. Sin embargo, aunque aquel fuera un tema difícil, a ella no le costaba hablar con él.

—Estaba pensando en mi abuela —respondió Saphira, aclarándose la garganta—. Mantuvo ese secreto durante muchos años para protegerme.

Agradecía que Nani-Ma no le hubiera hecho partícipe de todos los terribles detalles, pero se alegraba de que Aiden se lo hubiera dicho en aquel momento.

—Gracias por contármelo —le dijo.

Él tenía cara de preocupación, y ella le dedicó una sonrisa.

—No te odio. La muerte de mi madre seguramente fue causada por sus propios actos. No tuvo nada que ver contigo.

Él exhaló un largo suspiro.

—Y en cuanto a tu preocupación por Sparky… Me parece lógico, pero, al tratar de protegerlo, le estás haciendo daño. Él quiere vincularse contigo. Así que tal vez las carreras sean algo por lo que preocuparse más tarde…

—Tienes razón —dijo él, y se frotó la nuca—. A veces tengo demasiadas cosas en la cabeza y todo se enreda y me pongo raro. Te pido disculpas de nuevo.

Aiden volvió a suspirar y a ella le pareció entrañable lo genuino que era. Al principio, se sentía nerviosa con él porque era tan rico y tan guapo que quizá la encontrara extraña, pero allí estaba, disculpándose por ser raro él mismo.

—No me pidas perdón solo a mí, porque a mí no me gritaste —le dijo, y se giró hacia Sparky, que había estado revolcándose en la broza, comiendo hierba y entreteniéndose. Aiden silbó y Sparky miró hacia arriba.

—Sparky, ven aquí —dijo Aiden.

Pero el cachorro le lanzó una mirada socarrona y, después, lo ignoró por completo.

—Hay que añadir un poco de azúcar —le aconsejó Saphira.

—Esto es ridículo —murmuró Aiden, pero, aun así, se puso de pie y se acercó al dragón—. Hola, Sparky —dijo, con la voz de un bebé, lo cual la deleitó. Normalmente hablaba muy en serio.

Y a Sparky le apaciguó aquel esfuerzo. Se animó y dio un salto para encontrarse con Aiden, que se agachó.

—Lo siento, pequeño —dijo Aiden, rascándole la barbilla.

Sparky respondió lamiéndole la mano. Todo fue perdonado y olvidado.

Aiden se volvió hacia ella, orgulloso y asombrado al mismo tiempo.

—Lo de la voz de bebé es una locura, pero ha funcionado.

—¡Exactamente!

Ella se levantó y se puso junto a él. Aiden miró a su alrededor, observando el jardín lleno de broza, y abrió unos ojos como platos.

—Parece que tengo mucho trabajo por delante —dijo.

—Tú fuiste quien se ofreció —dijo ella—. Ahora ya no puedes echarte atrás.

—Ni se me ocurriría —dijo él, y sonrió—. Es un espacio agradable. Quedará muy bonito cuando esté limpio.

Caminó hacia un lado del edificio, hacia una parte donde crecía una enredadera agarrada a la piedra. Miró más de cerca y tocó las hojas muertas.

—Es una buganvilla —le dijo—. La raíz todavía está viva, así que crecerá de nuevo después de unos cuantos cuidados.

—¡Oh, me encantan las buganvillas! La floración rosa es muy bonita.

En aquel momento, Sparky se dio cuenta de que Aiden y ella habían cruzado el jardín delante de él. Dio un gruñido y salió corriendo para alcanzarlos. Puso una pata alrededor de su pierna y miró a Aiden con expectación, como si no entendiera por qué estaba todavía allí, acaparando toda su atención.

—¿Sabes? No creo creo que yo le caiga muy bien —dijo Aiden, mirándolos a los dos.

Los cachorros de dragón eran volubles, pero todo iba a salir bien.

—No te preocupes —le aseguró ella, riendo—. Podemos manejarlo.

Además, ¿cuánto trabajo más podía dar un cachorrito de dragón?

Capítulo 10

Aparentemente, un cachorro de dragón podía dar mucho trabajo.

Al día siguiente, Aiden fue a trabajar al jardín al mediodía y Sparky se pasó el rato con él mientras Saphira trabajaba en la cafetería. No tuvo mucho tiempo para hablar con ellos durante el día; apenas tuvo un minuto para darle un bocadillo a Sparky y un té chai de avena a Aiden. En realidad, quería que él probara todo lo que había en su carta.

Después de terminar la jornada laboral y de arreglarse un poco, salió al patio para estar con ellos. Sparky se puso a saltar de alegría al darse cuenta de que era hora de que ella le dedicara toda su atención. Sin embargo, su euforia duró solamente unos instantes, mientras miraba a Aiden como si esperara que se fuera.

Cuando Aiden decidió no irse, Sparky dejó de saltar y comenzó a bufar.

—Se ha portado bien todo el día —dijo él, moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras Sparky le golpeaba con una pata—. No sé por qué se ha enfadado ahora.

—Creo que le gusta tenerme para él solo —dijo ella, con el ceño fruncido.

—No puedo reprochárselo —dijo Aiden, mirándola con los ojos brillantes. Ella se ruborizó. Se le escapó una risita. Entonces Sparky gruñó, se colocó entre ellos de un salto y le tocó el estómago a Saphira con las zarpas.

—Uf —resopló ella, y centró su atención en Sparky, que estaba haciendo pucheros. Ella también le hizo un puchero.

—Por favor, Sparkito, ¿puedes portarte bien? ¿Por favor, Sparky?

Sparky se calmó.

—Buen chico —le dijo ella. Le dio un beso y él se bajó.

Alzó la vista y encontró a Aiden observando la escena con una expresión de afecto. Se mordió el labio y miró hacia otro lado. Después, dio una vuelta por el jardín y vio que Aiden había adelantado mucho trabajo. Había limpiado la mayor parte de las ramas y ya estaba arrancando malas hierbas.

—¿Podría ayudarte? —le preguntó—. Enseñaré a Sparky también.

—Claro —dijo él, encogiéndose de hombros. Se volvió hacia Sparky y adoptó su mejor voz para cachorrito de dragón—. Oye, Sparky, ¿quieres ayudarme?

—¡Mira, así! —le dijo Saphira, mientras iba hacia los arbustos y empezaba a arrancar malas hierbas.

Sparky estaba intrigado por la tarea y se acercó trotando. Aunque ella estaba cansada, sintió una energía renovada al pensar en que iba a pasar un rato con Aiden y el cachorrito.

Mientras Aiden y ella estaban quitando la maleza, Sparky se colocó entre los dos, agarró una mala hierba con la boca y tiró. Cuando la sacó de la tierra, ella le aplaudió.

—¡Buen chico! —exclamó ella—. ¡Eres tan bueno!

Miró a Aiden para indicarle que la imitara.

—Muy bien —le dijo Aiden al cachorro, aunque con mucho menos entusiasmo. Aun así, ella se dio cuenta de que él lo estaba intentando, aunque aquello le pareciera ridículo.

El cachorro se animó, complacido por los elogios, y empezó a arrancar malas hierbas. Los tres trabajaron juntos bajo el sol, con una suave brisa.

Los pájaros cantaban en los árboles. Ella sonrió para sí misma con un sentimiento de calidez en el corazón.

Era una escena muy acogedora y pronto empezó a divertirse. Sparky lo estaba haciendo bien y parecía que a Aiden le hacía muy feliz dedicarse a las labores de la jardinería. Ella entendió el motivo por el que era algo tan calmante para él. Tocar la tierra, sentir la

hierba y las hojas, estar en contacto con los elementos de la naturaleza, todo eso proporcionaba una base sólida.

Hasta que una hierba en particular le hizo pasar un mal rato. No importaba cuánto tirara, no conseguía arrancarla. Aiden la vio luchando y se acercó a ella.

—Espera, déjame —dijo, poniendo su mano sobre la de ella, con la intención de ayudar.

A ella se le aceleró el pulso al sentir su palma encallecida sobre los nudillos. Él se había sentado muy cerca de ella y, prácticamente, la estaba rodeando con un brazo. Sintió la calidez de su cuerpo y la fuerza de sus músculos mientras se flexionaban con los movimientos.

Giró la cabeza para mirarlo y la mirada se le deslizó hasta su boca. Vio que su garganta se movía mientras él tragaba. La tensión flotaba entre ellos como una neblina.

El deseo se acumuló en su vientre. La sangre le golpeaba en los oídos. Tenía el corazón acelerado. A él se le oscurecieron los ojos, y entrecerró los párpados. Ella contuvo la respiración con un sentimiento de impaciencia, de anhelo.

Hasta que el momento se interrumpió porque Aiden dio un grito de sorpresa.

—¡Ay!

Ambos miraron hacia abajo y descubrieron que Sparky le había mordido la mano. El cachorro les gruñó a los dos. Ella se encogió. Vaya. Verdaderamente, a Sparky no le gustaba nada que le prestara demasiada atención a Aiden.

Le tomó la mano y descubrió que estaba sangrando. Frunció el ceño.

—Sparky, has sido muy malo —le dijo al cachorro, regañándolo.

El pequeño dragón se sintió traicionado y, rápidamente, comenzó a tener una rabieta. Se alejó de ellos corriendo y se escondió entre unas hierbas, lanzando pequeños fuegos hacia el cielo.

Aiden y ella intercambiaron una mirada cautelosa.

—Tengo un botiquín de primeros auxilios en la cafetería —dijo Saphira, mirando de nuevo la pequeña marca de mordisco que él tenía en el dedo.

—No pasa nada —dijo Aiden—. De verdad.

—Espera un segundo.

Ella regresó un momento después con una toallita húmeda y unas gasas. Le limpió la sangre y, suavemente, le puso un vendaje alrededor del dedo.

—Gracias —dijo él, con la voz enronquecida, mientras la miraba fijamente con sus ojos oscuros. Cerró la mano alrededor de la de ella y se la apretó, y ella sintió una opresión en el pecho y un temblor en las rodillas.

—De nada —respondió, y también le apretó la mano, deteniéndose un momento. Después, se levantó para darle un premio a Sparky, pero el cachorro estaba enfadado con ella.

Sparky la miró con el ceño fruncido y, cuando ella trató de acercarse a él, lanzó un mordisco al aire y gruñó. A ella se le escapó un chillido mientras daba un salto hacia atrás.

Quizás mañana estaría de mejor humor…

Sparky no fue el único cachorro de dragón malhumorado con el que tuvo que enfrentarse. Al día siguiente, en la cafetería, Saphira tuvo que recoger los añicos de un jarrón de flores que tiró uno de los pequeños dragones. Los dragones eran extremadamente curiosos e hiperactivos, como la mayoría de los niños traviesos.

Afortunadamente, todo iba bien en el café aquellas últimas semanas, sobre todo después de que llegara la máquina de café expreso. Pero la falta de espacio en el local, claramente, era un problema y era también la causa de los daños más habituales. Los dragones necesitaban espacio abierto para saltar y jugar libremente, y ella estaba empezando a darse cuenta de que, tal vez, una cafetería no fuera el mejor lugar para eso.

Sin embargo, Aiden estaba trabajando en el jardín, y eso podría ser de gran ayuda, podría ser la solución a su problema. Cuando tuvo un momento libre, fue a ver cómo estaban Sparky y él. Se detuvo delante del espejo del pasillo que conducía a la puerta trasera para ponerse brillo de labios.

Lavinia eligió exactamente ese momento para darse cuenta. Era como si hubiera estado buscándola.

—¿Dónde vas emperifollada? —le preguntó.

Ella se ruborizó.

—No estoy emperifollada —protestó—. Y solo voy al jardín.

Lavinia se quedó sorprendida.

—¿Por qué? Está hecho un desastre total.

—Ah, ¿no te lo he contado? —preguntó ella—. Aiden está arreglándolo. De hecho, voy a ayudarle a limpiarlo un poco.

Ella sabía a ciencia cierta que no le había mencionado nada de aquello a Lavinia.

—Oooooh —canturreó Lavinia, muy complacida con aquella información—. No, no me lo habías dicho, pequeña mentirosilla.

—¡No tiene nada de engañoso! —respondió ella, a la defensiva.

—Mmmmm. ¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esto?

—¡Solo desde ayer!

—Entonces, podías habérmelo contado ayer, o esta mañana…

Lavinia tenía razón. Era su mejor amiga, aunque fuese más joven que ella. Llevaban años trabajando juntas y, como se veían todos los días, estaban acostumbradas a ponerse al día rápidamente sobre cada detalle de sus vidas.

Saphira había sido quien había revisado las solicitudes de ingreso para la escuela de Veterinaria de Lavinia. Lavinia había sido una de las personas que habían estado a su lado cuando Nani-Ma había fallecido. Siempre se apoyaban la una a la otra y, por todo eso, era difícil ocultarle algo.

Ella ya le había contado a Lavinia que su madre había muerto mientras participaba en una carrera de dragones, pero no le había dicho que Aiden iba a arreglar el jardín.

Pero ¿por qué le estaba ocultando eso a Lavinia?

Parecía que su amiga se preguntaba lo mismo, porque estaba mirándola con expectación. Sin embargo, ella no dijo nada. Sabía que Lavinia iba a tomarle el pelo incesantemente.

—Ahora entiendo lo del brillo de labios —dijo Lavinia, con una sonrisa malvada.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

—Sí, claro —dijo Lavinia. La rodeó con un brazo e hizo sonidos de besos.

—Por favor. Tu cerebro ni siquiera está completamente desarrollado —le dijo ella, y la apartó, aunque no pudo evitar reírse también.

—No, pero, de veras, esto es realmente genial —dijo Lavinia, ya en serio—. Podríamos usar el jardín para tener sitios adicionales, tal y como estaba planeado originalmente, sobre todo ahora que ha empezado el buen tiempo.

—Exactamente lo que estaba pensando —dijo ella—. ¿Lo ves? Estoy tomando decisiones comerciales muy astutas.

—¡Sí, señora! ¡Ella es toda una jefa y una persona de verdad multitarea!

Saphira se echó a reír a carcajadas.

—Eres lo peor —le dijo, en broma.

—No, la mejor.

Era cierto. Realmente, Lavinia era la mejor.

—¡Y, además, Aiden también está tomando parte en el entrenamiento de Sparky! —añadió ella.

—¡Sí, eso es genial! ¿Cómo lo lograste?

—Parece que la familia de Aiden está muy involucrada en las carreras de dragones —explicó Saphira. Después, se sintió culpable por revelar tal información, pero, en realidad, era más bien un secreto a voces—. Por eso, él tenía miedo de que, si se vinculaba a Sparky, lo presionaran para que participara en las carreras, porque eso pondría a Sparky en peligro. Pero le dije que no se preocupara por eso ahora, ya que es más importante para él vincularse con Sparky.

—Oooh. Sí, sé un poco sobre la competitividad de los Sterling en las carreras por Ginny —dijo Lavinia, haciendo referencia a la hermana menor de Aiden, Genevieve, que era buena amiga suya.

—De todos modos, ¿por qué me estabas buscando? —preguntó Saphira.

—Ah, sí —dijo Lavinia, y parpadeó, un poco vacilante—. En realidad, sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Saphira.

—Solicité una beca en el Hospital Veterinario para adquirir experiencia antes de comenzar la escuela, en otoño, y acabo de enterarme de que me han aceptado —dijo Lavinia. Sin embargo, en lugar de estar emocionada, parecía que estaba preocupada—. ¿Crees que podrás perdonarme?

—¡Dios mío, sí, por supuesto! ¡Enhorabuena! ¡Es maravilloso, Lav! —exclamó ella, mientras le daba un abrazo—. No te preocupes por el café en absoluto, en serio. Lo resolveré. Lógicamente, tenías que pedir esa beca. ¡Estoy muy feliz por ti!

Lavinia hizo una señal de alivio y sonrió.

—Está bien, uf. No quería dejarte colgada, pero es una gran oportunidad, por eso estaba estresada.

—No tenías ninguna razón en absoluto para estar estresada, cariño.

—Son solo tres veces por semana —añadió Lavinia—. Así que todavía estaré aquí los otros cuatro días.

—¿Estás segura de que no te cansarás demasiado? —le preguntó ella, con preocupación.

—Pareces Theo —respondió Lavinia—. Él siempre está diciendo que trabajo demasiado.

Ella sonrió con afecto.

—Estoy segura de que solo está preocupado por ti, como yo.

—¡No pasa nada! Quiero decir, claro que estaré cansada, pero tengo que ahorrar. La facultad de Veterinaria no es barata. Pero una vez que sea veterinaria, seré rica y podré descansar.

—¡Pues no te olvides de mí! Quiero ir de vacaciones a tu isla privada.

—Por supuesto. Voy a tener dos. Una para mí y otra para mis conocidos.

—¡Acabas de herirme! ¿Solo soy una conocida?

Lavinia se echó a reír.

—Está bien —dijo—. Ahora, vete antes que desaparezca todo tu brillo de labios. Yo te sustituyo aquí.

Saphira le lanzó un beso a Lavinia y salió. Saludó a Aiden, que estaba trabajando para acabar con el desorden mientras Sparky se entretenía a su lado. Cuando la vio, el cachorro saltó hacia ella con

alegría. Ella estuvo jugando con él durante unos minutos hasta que tuvo que regresar a la cafetería.

Después de cerrar salió al jardín otra vez. Entonces Sparky comenzó a comportarse mal. Ella le sacó un premio que él se comió felizmente, pero, de nuevo, parecía que estaba esperando a que Aiden se fuera ahora que ya era de noche y ella ya estaba allí.

—Olvídalo, amigo —le dijo Aiden—. Me voy a quedar.

Sparky gruñó, pero ella le dio unos cuantos besos para apaciguarlo.

—¿Va a ayudarme Sparky? —le preguntó ella—. ¿Puedes recoger estas ramas?

Le hizo una demostración recogiendo ramas sueltas y apilándolas para despejar el área. Sparky se puso a la tarea. Se atascó unas cuantas veces con la faena antes de comprender lo que tenía que hacer. Cuando llevó con éxito una rama a la pila, ella le acarició la cabeza.

—Muy bien —le dijo.

Sparky ronroneó, complacido, mientras Aiden observaba la escena.

—Lo estás haciendo muy bien con él —le dijo, mientras se acercaba a ella.

Tenía las mejillas sonrojadas del sol y las puntas del pelo rizadas por el sudor.

Ella le sonrió. El espacio entre ellos se redujo. Se atrajeron como imanes sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello.

Él olía a musgo y menta, y ella inspiró con avidez su fragancia mientras miraba fijamente sus ojos infinitos en busca de estrellas, como si fuera la hora más oscura de la noche. Aiden sonrió al darse cuenta de cómo lo estaba mirando, pero estaba tan fascinado como ella. Cuando le miró los labios, le temblaron los párpados.

Ella oyó el sonido de la respiración agitada de Aiden o, quizá, de su propia respiración, a medida que se acercaban más el uno al otro. Él apartó los ojos de su boca para encontrarse con su mirada.

—Tienes… —dijo, con la voz enronquecida, mientras levantaba una mano.

Le rozó la mejilla con el pulgar, y ella notó una sacudida de placer y de deseo. La tensión era muy intensa y sintió un calor que hervía a fuego lento en su vientre.

Con el corazón acelerado, se preguntó si en realidad había algo allí o si, simplemente, él necesitaba una excusa para tocarla. De cualquier manera, no iba a quejarse.

Él no apartó la mano de su rostro, y ella se sintió como si brillara, como si fuera a despegar del suelo y a convertirse en una estrella.

Entonces Sparky le mordisqueó el bajo del vestido y tiró de la tela.

—¡Sparky! —exclamó ella, y miró hacia abajo.

El cachorro estaba entre las piernas de los dos, claramente muy molesto.

—Sparky, basta —le dijo Aiden.

Sparky gruñó y volvió a mordisquearle el vestido. En aquella ocasión, tiró con fuerza y, antes de que ella pudiera detenerlo, le rasgó el vestido y le hizo una abertura a lo largo de sus muslos.

Y, justo en aquel momento, sopló una ráfaga de viento que levantó la tela y expuso completamente sus piernas.

Aiden se quedó mirando con la boca abierta. Se le contrajo un músculo de la mandíbula y se le enrojecieron las mejillas.

A ella se le escapó un grito y trató de cubrirse las piernas, llena de vergüenza. Aiden miró hacia arriba, hacia las nubes, con el deseo reflejado en el rostro.

El viento amainó y ella soltó la tela rasgada. Entonces empezó a reírse. Ya no sentía vergüenza, solo le divertía lo que había sucedido. Aiden la miró y también se echó a reír. Tenía una risa profunda y rica, y a ella le encantaba su sonido.

Tomó en brazos a Sparky.

—Eres una pequeña amenaza —le dijo, sin dejar de sonreír.

Sparky respondió enfurruñándose.

—Ay, ¿estás enfadado porque no te estábamos prestando atención? —le preguntó ella, con su voz de bebé—. ¿Es eso todo? ¿Está enfadado Sparky?

El bebé dragón intentó seguir enfurruñado, pero su risa debía de ser contagiosa, porque, un momento después, Sparky se calmó y se acurrucó contra su pecho.

Ella le besó la carita. Sparky era travieso, pero era su pequeño pastelito. Ya lo quería como si fuera suyo, como si le perteneciera a ella y ella le perteneciera a él.

Entonces levantó la vista, y su mirada se encontró con la de Aiden. El pecho se le llenó con la misma emoción fuerte que sentía por Sparky, pero por Aiden. Era como un dolor. Pensó que la sensación pasaría, que era solo por el momento, pero no fue así.

El sentimiento arraigó profundamente dentro de ella.

Capítulo 11

Durante los siguientes días, Aiden siguió trabajando en el jardín de Saphira, y Sparky siguió siendo una pequeña amenaza, aunque cada vez un poco menos. A medida que el trabajo se hizo habitual, Sparky, a regañadientes, se dio cuenta de que él estaba allí para quedarse.

Sparky se mostraba sorprendentemente posesivo con Saphira, y él ni siquiera podía reprochárselo al cachorro. Y, sí, estaba dispuesto a luchar contra un cachorro de dragón por el afecto de la mujer, y, no, no estaba orgulloso de ello, pero tampoco iba a rendirse.

Ni siquiera podía enfadarse con Sparky por haber sido un pequeño demonio el otro día, cuando rasgó el vestido de Saphira. Recordaba las piernas desnudas de Saphira mucho más de lo que debería.

La deseaba muchísimo.

Al día siguiente llovía a cántaros. Era uno de aquellos chaparrones propios de la primavera, por lo que resultaba imposible trabajar en los jardines. Por lo general, los días como aquel los pasaba en su cabaña, leyendo o haciendo la limpieza mientras escuchaba un pódcast. Sin embargo, aquel día agarró su impermeable y se preparó para salir en plena tormenta.

Se metió a Sparky en la chaqueta para que no se mojara y fue a El Café del Pequeño Dragón. Cuando llegó, todavía quedaba bastante gente calentándose las manos con las tazas de sus bebidas humeantes.

Saphira, que estaba detrás de la barra, se llevó una grata sorpresa al verlos y saludó con la mano. Él se quitó la capucha y le devolvió el saludo. Le caían gotas de agua por un lado de la cara. Se pasó una mano por el cabello, que también se le había mojado ligeramente a pesar de la capucha.

Por lo general, entraba directamente al jardín desde la calle, por la verja, y Saphira salía de la cafetería por la puerta trasera cuando tenía un momento libre. Él prefería evitar a la gente, pero Sparky necesitaba aprender a estar cerca de otras personas y de otros cachorros de dragón.

Cuando llegó a la barra, Saphira estaba terminando de preparar un café con leche. Le gustaba verla trabajar, ver lo concentrada que estaba y, también, la facilidad con la que se movía, como si lo hubiera hecho un millón veces. Lo cual, probablemente, era cierto. Saphira tenía seguridad y era muy competente, y todo eso la hacía terriblemente atractiva para él.

—Lavinia, llévale esto a Amalia —dijo Saphira.

—Ahora mismo, jefa —respondió Lavinia, y se fue.

Saphira se concentró en él.

—Pensaba que hoy te quedarías en casa por la lluvia —le dijo.

El sonido de su voz hizo que se le acelerara el pulso. Le encantaba volver a oír su voz después de estar un tiempo separados. Era como oír los primeros acordes de su canción favorita.

—Hola, cariño —le dijo ella a Sparky, y le acarició la cabeza. El cachorro ronroneó.

—Bueno, he pensado que Sparky necesita aprender a estar con otras personas —dijo él—. No puede estar siempre solo con nosotros dos.

Aunque eso fuera lo que él prefería, y Sparky, también.

Los cachorros de dragón odiaban estar confinados, se volvían incluso más traviesos, pero en el café había un ambiente muy armonioso. Todo el mundo estaba cómodo, como en casa. Saphira había hecho un trabajo excepcional al crear aquel espacio tan acogedor.

Entonces él se fijó en los detalles con más atención: la carta, con productos y bebidas cuidadosamente seleccionados, y la decoración,

que ella había diseñado específicamente para aquel local. La cafetería le parecía más encantadora una vez que había percibido la cálida presencia de Saphira en todos los rincones y las grietas.

—¡Bien pensado! —exclamó ella—. Y sé que Sparky se portará bien, ¿a que sí? —le preguntó Saphira al pequeño dragón, con una sonrisa espléndida.

Sparky le respondió con un ronroneo.

Saphira se volvió hacia él.

—Bueno, ¿y qué te te apetecería tomar?

—Umm, buena pregunta —respondió él. No tenía idea—. ¿Qué me recomendarías?

Saphira sonrió.

—¡Oh, me encanta que la gente me pregunte eso! —exclamó. Después, se puso seria—. ¿Quieres algo de temporada o algo clásico? ¿O algo nuevo?

Él lo pensó.

—¿Quizá algo nuevo?

Saphira dio un gritito de alegría al oírlo.

—Está bien, un segundo —respondió.

Después, le dio a Sparky un pequeño premio y se puso a trabajar en la máquina de café expreso. Al cabo de unos instantes le entregó una taza que parecía un café con leche, pero que tenía un matiz verdoso.

Sin embargo, él no iba a cuestionarla. Ella lo miro con expectación, y él contuvo la respiración y dio un pequeño sorbo, preparándose para descubrir que el tinte verde significaba que la leche se había cortado o que el café estaba plagado de hongos. Pero se llevó una gran sorpresa al notar que sabía perfectamente bien. De hecho, tenía un sabor a nuez y estaba bastante bueno.

—Está bien —le dijo—. ¿Qué es?

—Un capuchino elaborado con leche de pistacho.

—¿Ah, sí? Nunca había oído hablar de eso.

—¡Es una novedad! Lo aprendí en una conferencia para propietarios de cafeterías. De hecho, eres la primera persona a quien se lo preparo.

Él dio otro sorbo.

—Me gusta.

Ella sonrió de satisfacción. Él sabía que, aunque el café hubiera sido malo, aunque la leche estuviera caducada, aunque la bebida hubiera estado envenenada, él habría pensado que era maravilloso solo por verla sonreír.

Él volvió a pensar en esos momentos en el jardín, los que había reproducido una y otra vez en su mente, como si fuera una escena de su película favorita. Su mano sobre la de ella arrancando maleza, la sensación firme de sus nudillos en la palma. Sus manos cepillando la tierra suave. La ráfaga de viento que le había levantado la falda, la visión de sus piernas desnudas.

Solo con recordarlo, se le aceleraba el pulso.

Parecía que Saphira también estaba absorta en sus pensamientos. Los dos estaban apoyados en la barra, uno frente al otro, e iban acercándose sin darse cuenta. Hasta que intervino Lavinia.

—¡Hola! ¡Tenemos clientes!

Él se atragantó con el café y retrocedió con la cara enrojecida. Lavinia esbozó una sonrisita. Él la conocía un poco porque era amiga de Genevieve.

Sabía que, probablemente, debería intentar charlar con ella, ya que también era amiga de Saphira, pero se limitó a mirarla sin decir nada. Lavinia lo miró con cara de diversión y se metió en la cocina.

—No muerde, ¿sabes? —dijo Saphira, con suavidad, y él se sintió como un idiota.

Saphira debía de pensar que había sido muy grosero con su amiga. Tomó nota de que debía hacerlo mejor.

—Lo siento, ahora ya te dejo en paz —farfulló. Dejó a Sparky en el suelo y tomó su bebida—. Estaré sentado allí.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Te vas a quedar? Pensé que odiabas estar rodeado de gente.

—Sí, pero este lugar es increíble —dijo él, mirando a su alrededor —. Incluso a mí me dan ganas de quedarme, y todo es gracias a ti.

Ella se sonrojó y él sintió un gran placer. Le encantaba hacerle cumplidos.

Se alejó de la barra y se sentó en una mesa al lado de la pared, ayudando a Sparky a saltar a un rincón para que se sentara como un

príncipe en su altísima torre. Después, mientras le daba sorbos a su café, miró a su alrededor.

Se alegró de que no hubiera tanta gente como de costumbre y de que, seguramente, la lluvia hubiera apagado un poco el humor de todo el mundo, porque, de ese modo, no le resultaba tan abrumador estar rodeado de gente.

Se acercó a las estanterías y leyó los títulos. Tomó un libro desgastado; si lo habían leído hasta el punto de que se deteriorara así, debía de ser muy bueno. Se sentó en la mesa y lo hojeó. Era un ejemplar de *El castillo ambulante*, con las páginas amarillentas. Al abrirlo, vio que había un nombre escrito junto a un año.

Aquel libro era de Saphira cuando tenía unos doce años. Tocó con un dedo, con reverencia, las palabras de aquella reliquia de su pasado. Cada conocimiento que adquiría sobre ella era como un tesoro. Le encantaba conocerla.

Por eso, mientras leía, estuvo mirándola disimuladamente. Se fijó en cómo acariciaba a los dragones cuando pasaba por las mesas, en cómo sonreía a cada cliente, en cómo charlaba amablemente con todos. Era tan vivaz, tan alegre… Estaba radiante.

A medida que avanzaba la tarde y se acercaba la hora de cerrar, se fijó con más atención y se dio cuenta de que estaba cansada. Hubo algún momento de tranquilidad en el que Saphira aprovechó para recuperar el aliento o para tomar un sorbo de té chai helado con leche.

Su forma de recogerse el pelo con una horquilla, los pequeños mechones que iban soltándosele poco a poco… El sonido de su falda al moverse… El movimiento de sus labios mientras canturreaba para sí misma… Él podría verla existir durante horas y horas.

Y era tan bonita… Él nunca había visto a nadie tan hermoso. La caída de su cabello castaño, su hoyuelo increíblemente precioso, sus labios perfectos que siempre estaban a una fracción de segundo de la sonrisa.

La forma de su cuerpo. Quería acariciarla por todas partes. Le picaban las manos del impulso.

Aparte de comérsela con los ojos, algo que tenía que dejar de hacer, también notó que ella estaba feliz moviéndose por su

cafetería, como si realmente disfrutara de todo aquello. Tenía una expresión y una mirada de serenidad.

A él le encantaba que fuera feliz con lo que hacía, aunque sabía que, a veces, le producía estrés y la agotaba. Le hacía muy feliz que ella tuviera en su vida algo que amaba, algo que le apasionaba.

Había visto a demasiados miembros de su familia haciendo cosas sin ningún motivo, viviendo una vida insatisfecha u odiando su trabajo. Al principio, nadie entendía por qué él estaba perdiendo el tiempo con la jardinería, y menos que quisiera convertirlo en negocio.

Pensaron que era una estupidez. Le dijeron que solo podía ser un *hobby*, no algo serio ni rentable. Sin embargo, era lo que él amaba y sabía que quería dedicarse a ello.

Danny fue el primero en apoyarle. Su hermano hizo que todos los demás se callaran y lo apoyaran también. Fue una gran ayuda, sobre todo porque él mismo no era capaz de expresar que la jardinería era su pasión.

Entonces todo el mundo lo dejó en paz y, cuando las cosas empezaron a irle bien, Danny tuvo la inmensa satisfacción de decirles a los demás: «¡Ya os lo dije!». Iba por ahí soltándoselo a todo el mundo, desplegando la parte de su personalidad más adorablemente desagradable.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarlo. Le dolía mucho, pero de una buena manera. Había sido muy afortunado de tener a Danny como hermano, de que Danny lo hubiera querido.

Aunque hacía mucho tiempo que se le había terminado la bebida, se quedó hasta que los últimos clientes se fueron y llegó el momento de cerrar.

Mientras Saphira empezaba a limpiar, Lavinia se acercó a su mesa con una bayeta, probablemente con la intención de despedirlo y ponerse manos a la obra para echar el cierre.

Él intentó sonreírle de una manera agradable, pero solo consiguió esbozar una mueca, porque Lavinia abrió mucho los ojos en señal de alarma.

Él carraspeó.

—Puedo ayudar a Saphira a limpiar —dijo, señalando la bayeta de Lavinia—. Así, tú podrías salir temprano.

Lavinia lo pensó.

—Te iba a echar, pero esa también es una buena idea —respondió, al final, y le dio la bayeta con una sonrisa.

—Por cierto, ha sido un placer conocerte —le dijo él—. He oído hablar mucho sobre ti a Saphira.

Lavinia se puso contenta.

—Es un placer conocerte a ti también —respondió la muchacha—. Yo también he oído hablar mucho de ti.

Lavinia fue a buscar su bolso y a hablar con Saphira. Al despedirse, le dijo algo a su amiga y las dos se volvieran a mirarlo. Esperaba que Lavinia le hubiera dicho que él era amable y no un grosero. Fuera lo que fuese, parecía que Saphira se puso contenta. Le dio a Lavinia un abrazo y, después, Lavinia se marchó, riéndose con suavidad.

Aiden no entendía de qué tenía que reírse, pero hacía mucho tiempo que había dejado de tratar de entender por qué las mujeres eran como eran.

Se encogió de hombros y empezó a limpiar las mesas y a colocar las sillas. Sparky ya estaba dormido, así que pudo ordenar y limpiar sin ningún problema.

Saphira se acercó a él con una bayeta.

—¿Ves? Te dije que no muerde —le dijo Saphira, con una sonrisa.

Él sonrió también y continuó limpiando una mesa. Cuando Saphira comenzó a limpiar la mesa que estaba a su lado, él hizo una pausa y la miró.

—Yo lo hago —le dijo, tratando de quitarle la bayeta—. Tú deberías sentarte. Has estado de pie durante horas.

—Estoy bien —respondió Saphira, pero se dio cuenta de que estaba cansada.

Él le puso las manos en los hombros y la dirigió hacia la butaca junto a la que estaba durmiendo Sparky. La empujó suavemente hacia abajo y la obligó a sentarse.

—En realidad, yo… —dijo ella.

Pero él le puso el dedo índice en los labios para silenciarla y ella se quedó callada.

En el tranquilo café, él terminó de limpiar. Cada vez que Saphira intentaba levantarse, él movía la cabeza con severidad y ella volvía a sentarse. Él le preguntó qué había que hacer y dónde estaban las cosas, y únicamente se abstuvo de protestar al ver que ella se levantaba cuando ya había sacado la basura y todo el trabajo estaba hecho.

—Gracias —dijo ella—. En realidad, no era necesario.

—Quería hacerlo —respondió él. Le gustaba ayudarla. Ella le dedicó una sonrisa y, como siempre, a él le sorprendió, no importaba lo fácil y frecuentemente que ella sonriera. El pecho se le apretó de ternura.

—Además, hay otra razón por la que quería quedarme —dijo. Y aunque normalmente habría ensayado aquello de antemano, descubrió que no tenía la necesidad de practicar qué decirle a Saphira. Ya, no—. Esta noche no puedo quedarme al entrenamiento. Tengo una cena familiar. Me salté la última y no puedo hacerlo otra vez. Es algo que ocurre cada dos semanas en la familia Sterling.

—¡Eso es muy divertido! —exclamó ella, aunque «diversión» no era exactamente la primera palabra que él hubiera usado—. Está bien, puedo entrenar a Sparky yo sola.

—Estaba pensando en llevarme a Sparky —dijo Aiden—. Para que pueda vincularse con los otros basaltas. Y he pensado que a ti te vendría bien tener una noche libre.

—Oh —murmuró ella. Parecía decepcionada, algo que él no se esperaba. Había pensado que se alegraría de tener un descanso aquella noche. Se sintió inseguro.

¿Acaso iba a echar de menos a Sparky? ¿Eso era todo? Por su forma de mirar al cachorro de dragón, que seguía dormido, él asumió que aquel era el motivo. ¿Debería pedirle que lo acompañara?

Él no quería, porque su familia era bastante complicada y, seguramente, ella no querría tener aquel dolor de cabeza.

Sin embargo, por la forma de vacilar de Saphira… ¿Estaría esperando a que él la invitara? Se frotó la nuca con inseguridad. Era

imposible saber lo que quería la gente. Él estaba mejorando respecto a Saphira, pero, aun así, no siempre lo sabía con exactitud.

—Um, eh… ¿Quizá querrías venir conmigo? —le preguntó—. Quiero decir que… Estoy seguro de que no quieres, pero por si acaso…

—¡Sí! Me encantaría —dijo ella.

Ah. Él se sorprendió con su reacción, pero se alegró de que lo acompañara. Siempre le complacía estar más tiempo con ella. Sin embargo, rápidamente, el deleite se vio eclipsado por el estrés. Tendría que enviarle un mensaje a Emmeline para asegurarse de que todos se comportarían bien.

—¿A qué hora? —le preguntó ella.

—¿Puedo volver a recogerte dentro de una hora?

—Perfecto.

—¡Hasta luego, entonces!

Saphira le acarició la cabeza a Sparky justo cuando el cachorro se despertaba de la siesta. Después, empezó a subir las escaleras, seguramente para prepararse.

Él salió de la cafetería y sacó su teléfono mientras Sparky trotaba a su lado de camino a casa. Llamó a Genevieve.

—¿Hola? —dijo ella, al contestar. Tenía un tono de alarma.

—Hola, Ginny —respondió él. Entendía por qué estaba alarmada, porque él llamaba muy pocas veces.

—¿Por qué me llamas? —le preguntó su hermana—. ¿No has oído hablar de lo que es enviar un mensaje de texto, viejo?

—Una conversación telefónica es más directa —dijo él. Prácticamente, pudo ver a Ginny poner los ojos en blanco—. Te llamo porque esta noche voy a llevar a una amiga a cenar.

—Bueno. ¿Por qué me cuentas esto? Estoy en medio de una pedicura, ya sabes, y no me gusta que mi tiempo personal sea interrumpido por razones intrascendentes.

—Solo te estoy informando para que no te sorprendas cuando me veas aparecer con ella y montes algún tipo de escena.

—¿Ah, sí? —preguntó Genevieve con deleite—. ¿Desde cuándo tienes novia?

—Esto es lo que quería decir con lo de montar una escena. No es mi novia. Por favor, sé razonable, Genevieve.

—Entonces, ¿cómo se llama tu novia? —preguntó su hermana, implacablemente.

—Saphira. ¡Y no es mi novia! Solo es una amiga.

—Ya, claro. La última vez que tuviste una amiga estabas en primaria.

—Eso no es cierto. El vapor del esmalte de uñas se te está subiendo a la cabeza.

Seguramente, lo que había dicho su hermana era cierto. Con seis años tuvo una compañera de clase que había sido su amor platónico durante todo el año. La niña llevaba dos colas de caballo perfectas y él la había seguido por el patio del recreo durante una semana, en primavera, hasta que ella le tiró un puñado de barro a la cara y le dijo que se mantuviera alejado. Él frunció el ceño al recordarlo.

—Eso fue antes de que tú hubieras nacido. ¿Y cómo lo sabes, de todos modos?

—Me lo contó Danny —respondió Ginny.

Aiden miró al cielo con el ceño fruncido. Le pareció que veía a las nubes reorganizándose para crear la sonrisa de Danny.

—Por favor, no seas insoportable con esto —le pidió a Genevieve.

Su hermana se hizo la ofendida.

—No sé a qué te refieres. ¡Nunca he sido insoportable! ¡Ni un solo día de mi vida! Qué grosero por tu parte decir eso. Les voy a decir a mamá y a papá que vas a llevar a tu novia a la cena y que te vas a casar con ella.

—Ginny, no seas mala conmigo. ¿Alguna vez te he hecho pasar yo un momento difícil?

Entonces ella se indignó.

—¡Les has hecho pasar un momento difícil a todos los chicos con los que yo he salido!

—Eso no es cierto.

De nuevo, absolutamente cierto. Era el pasatiempo favorito de Danny y el suyo. Otra cosa más por la que echaba de menos a su hermano.

—Es cierto y tú lo sabes.

—Tal vez lo que pasa es que necesitas tener mejor gusto con los chicos —replicó él.

Él ni siquiera lo decía por ser un idiota al respecto. El gusto de Genevieve en cuestión de chicos era objetivamente horrible, algo en lo que toda la familia estaba de acuerdo.

—Eso no es lo importante. Y si sigues siendo grosero…

Ginny se calló, porque no tenía necesidad de completar la amenaza.

Era la princesa de la familia, la más joven de todos los primos, la más mimada y querida. No era conveniente enemistarse con ella si uno deseaba sobrevivir a la familia Sterling.

—Convenceré a los cuidadores para que te dejen dar un segundo paseo mañana, ¿de acuerdo? —le ofreció él, para apaciguarla.

Genevieve hizo una pausa. A ella le encantaba montar a los dragones, pero estaba obligada a concentrarse en los estudios y por eso solo le permitían montar una vez al día.

—¿Sin vigilancia?

Todavía era demasiado joven para montar sin acompañante. Solo los jinetes que ya estaban vinculados a sus dragones podían hacerlo por cuestiones de seguridad.

Él se pellizcó el puente de la nariz. Ginny era una amenaza.

—Sí, sin vigilancia.

Pero solo a un kilómetro y medio de casa. Era una distancia muy pequeña para un dragón, pero él no se lo mencionó para que no protestara. Les explicaría esa condición a los cuidadores de los dragones más tarde.

—Perfecto. Entonces seré muy amable con tu amiga Saphira y me aseguraré de que mamá y papá también lo sean.

—Gracias.

—Te quiero, adiós —dijo su hermana. Después, colgó el teléfono, y él se pasó una mano por la cara mientras movía la cabeza.

Quería muchísimo a su hermana pequeña, pero ella le daba problemas.

Cuando llegó a su cabaña, bañó a Sparky, que se había mojado por el camino. Por suerte, al cachorro no le importaban los baños, o eso sería otra tribulación más. Después, se duchó y se vistió. Sacó

su coche del garaje, un automóvil elegante que le habían regalado sus padres, insistiendo en que debería quedárselo si no aceptaba un dragón. Fue hasta el café de Saphira y aparcó delante.

Una vez allí, sacó a Sparky de su asiento de seguridad para dragones, porque al cachorro no le gustaba estar sentado en el coche, y caminó hasta el jardín con él.

Miró el reloj; aún faltaban diez minutos. Se paseó de un sitio a otro con inquietud. Respiró hondo y se arremangó, contento de poder dejar ya la chaqueta en el coche.

Tomó un par de tijeras, aunque seguramente iba a mancharse la ropa trabajando en el jardín y su familia era muy exigente en ese sentido. Él prefería vestirse de manera informal, pero la cena familiar siempre era elegante, por lo que se ponía traje, aunque sin corbata.

Agarró las tijeras y se dirigió a un lugar cubierto de maleza y arbustos. Empezó a podar. Aquella actividad, junto al olor de la tierra y la suave brisa del atardecer, sirvió para calmarlo. Sparky saltó para atrapar los pedazos de vegetación que volaban por el aire, jugando con ellos mientras caían.

Entonces se abrió la puerta y él se giró. Allí estaba ella.

Se le cortó la respiración. Saphira se había puesto un vestido de seda y llevaba el pelo suelto y ondulado, enmarcando su rostro. Como la primera noche que se conocieron, él tuvo el impulso de pasar el dedo por los rizos, pero se había quedado paralizado en el sitio y no podía hacer otra cosa que mirarla.

Saphira era tan tan hermosa…

Se había quedado tan anonadado que no se dio cuenta de que las tijeras se le resbalaban de los dedos. Cuando se le cayeron, el mango aterrizó directamente en su zapato y a él se le escapó una maldición al notar el dolor.

—Dios mío, ¿estás bien? —le preguntó Saphira, que se acercó corriendo.

—Sí, estoy bien —le espetó él. Su dignidad, sin embargo, no, pero no tenía suficientes neuronas en funcionamiento para pensar en eso al verla así…

—¿Qué tal voy? —le preguntó ella, mordisqueándose el labio—. ¿Me he arreglado demasiado?

—No, estás… perfecta.

Era la única palabra adecuada, pero, aun así, no era suficiente.

—Perfecta —repitió él.

El vestido tenía unos tirantes muy finos, pero ella llevaba un chal sobre los hombros para protegerse del frío nocturno. Mientras caminaban hacia su coche, el chal se deslizó un poco hacia abajo y reveló la curva de sus hombros. A él se le aceleró el pulso violentamente al ver su piel desnuda, y se le quedó la mente en blanco mientras lo inundaba una oleada de deseo.

Apretó los puños a los costados del cuerpo, tratando de relajar la tensión. Anhelaba tocarla.

Le abrió la puerta del coche y ella se sentó en el asiento del pasajero, sonriéndole. Antes de que pudiera abrir la puerta trasera para Sparky, el cachorro subió de un salto al regazo de Saphira. A ella se le escapó un grito.

—Sparky —dijo él, pero Saphira se echó a reír.

—No pasa nada —dijo, mientras Sparky se ponía cómodo. Ella rodeó al cachorrito con un brazo.

Él se sentó detrás del volante y puso el coche en marcha.

Rara vez tenía motivos para conducir. Como vivía tan cerca de Main Street, normalmente iba a todas partes andando. Sin embargo, la finca familiar estaba arriba, en las colinas, y era necesario ir en coche. Por supuesto, estaba situada para llegar sobre un dragón, por lo que, con seguridad, sería una ventaja que Sparky madurara.

Mientras conducía, miró de reojo a Saphira.

Sparky se había incorporado sobre las patas traseras y se había apoyado contra la ventana abierta. Se estaba tragando todo el viento porque llevaba la boca abierta. Saphira lo observaba con cariño y le sonreía. A ella le revolvía el pelo la brisa.

Llegaron a la puerta de la finca en un abrir y cerrar de ojos. Él marcó el código de seguridad para abrir la verja y entró. De repente, sintió una gran ansiedad. Ojalá pudiera quedarse en una pequeña burbuja, solo con Saphira y Sparky.

Ojalá pudieran vivir en su propio mundo y no interactuar con nadie. Su familia era obstinada y ruidosa. ¿Y si Saphira se asustaba?

Cuando aparcaron el coche, no parecía que ella estuviera muy preocupada. La jefa de los establos los saludó y se llevó a Sparky para que estuviera con los otros dragones. Sparky la acompañó alegremente; el cachorro sabía que allí estaría bien atendido.

Saphira lo vio alejarse con cara de preocupación.

—Los dragones están alojados al otro lado de la propiedad —le explicó él a Saphira, mientras caminaban hacia la puerta principal—. Lo van a cuidar muy bien, así que no hay necesidad de preocuparse.

—Ah, bien.

Ella dio un suspiro y le sonrió. Aiden se dio cuenta de que se había puesto tacones, porque su rostro estaba mucho más cerca del de él…, tentadoramente cerca. Podría robarle un beso con tanta facilidad…

Saphira miró a su alrededor y él movió la cabeza, tratando de quitarse de la cabeza los pensamientos relacionados con sus labios.

—Nunca he estado en casa de una familia Drakkon —dijo ella—. No sabía que sería así de grande.

En aquel momento, ella debía de sentirse abrumada mientras asimilaba el tamaño de la finca que, en apariencia, era interminable.

—Realmente, no tenías por qué venir —dijo Aiden.

Ella se apagó.

—¿No querías que viniera?

Él abrió unos ojos como platos.

—¡No, no es eso! ¡Por supuesto que sí! Me encanta estar contigo. Pero mi familia es… demasiado.

—Pero… eso es maravilloso.

—¿De verdad?

—Sí.

Ella arrugó la nariz hacia él, como si fuera un bobo.

—Yo no tengo a nadie.

Él tuvo ganas de darse un golpe a sí mismo. Dios, era un insensible.

—Bueno, vamos.

Saphira llamó al timbre y él oyó el sonido. Un momento después, la puerta se abrió y entraron.

De inmediato fueron bombardeados por el ruido. Los niños de sus primos mayores se perseguían por el salón, que estaba bien iluminado, mientras los adultos mantenían conversaciones ruidosas y animadas en varios sofás y sillones. Una doncella de la familia apareció para tomar su chaqueta y el chal de Saphira.

Él se sintió agobiado al estar de nuevo en el ambiente habitual de los Sterling, pero cuando Saphira agitó la melena hacia atrás y sus brazaletes tintinearon, se centró de nuevo.

—¡Ha llegado Aiden! —exclamó Genevieve, al verlos en la puerta principal.

Se recogió el final del vestido y se acercó saltando, dejando al descubierto sus pies descalzos. Tenía diecinueve años, pero parecía aún más joven, con el pelo oscuro liso y recogido detrás de las orejas.

Se detuvo frente a ellos y miró a su hermano con expectación. Él se acordó de los buenos modales.

—Saphira, esta es mi hermana, Genevieve —dijo, presentándolas —. Ginny, ella es Saphira.

—Es un placer conocerte —dijo Saphira, mientras Ginny y ella se abrazaban y se besaban en las mejillas.

—Recuerda lo que acordamos… —le dijo él a su hermana. Sin embargo, Genevieve tenía un brillo travieso en los ojos, algo que solo presagiaba problemas. A él se le encogió el estómago.

—¡Y ha venido con una acompañante! —anunció en voz alta Genevieve.

La casa quedó en silencio. Todos se centraron en él…, que era, precisamente, lo que no quería. Miró a Ginny fijamente, pero ella le sonrió dulcemente, y él sabía que le resultaba imposible estar enfadado con su hermanita mucho tiempo. Así pues, le revolvió el pelo para alborotárselo a propósito, y ella le apartó la mano de un manotazo.

Saphira y él entraron en el salón. Tuvieron que detenerse cada cinco segundos por diferentes familiares que querían saludar, hasta que llegaron junto a la madre de Aiden, Cecilia, que se adelantó hacia ellos envuelta en una nube de perfume.

—¡Aiden, cariño! —exclamó, acercándose a besarle la mejilla.

Su madre era una mujer alta. Tenía el pelo oscuro y llevaba un recogido elegante.

—Mamá, ella es Saphira —dijo Aiden—. Saphira, esta es mi madre, Cecilia.

—¡Es un placer conocerte! —exclamó Cecilia, apretándole las manos a Saphira. Después, se volvió hacia Aiden—. Ginny mencionó que ibas a traer a una amiga, ¡pero no nos lo creímos! Cariño, deberías habérmelo dicho. Habríamos preparado algo especial para tu invitada.

—Oh, es muy amable —dijo Saphira—. Estoy muy contenta de haber venido. Gracias por recibirme en su casa.

Luego vino el padre de Aiden, Edmund. Él le estrechó la mano. Aunque Edmund siempre fue un poco formal y retraído, era afectuoso.

—Encantado de conocerte —le dijo a Saphira.

—¿Conocemos a tu familia? —preguntó Cecilia. Aiden se encogió.

—No lo creo —respondió Saphira, después de un momento—. Me crio mi abuela, y ella falleció el año pasado.

Antes de que él pudiera cambiar de tema de conversación, Emmeline se acercó con sus altos tacones para abrazar a Saphira, que dio un suspiro de alivio.

—Uf, una cara amiga —susurró Saphira.

—Saphira dirige el café —les dijo Emmeline a Cecilia y Edmund—. ¡Ella fue la primera clienta que tuve con Inferno!

—¡Oh, qué maravilloso! —dijo Cecilia, aplaudiendo.

Él se dio cuenta de que a sus padres les había agradado la información.

Genevieve se había marchado a la otra habitación, pero, cuando oyó aquello, se reunió con ellos.

—¡Ah, eres la jefa de Lavinia! —dijo Genevieve.

—Sí —respondió Saphira, y sonrió cálidamente.

—He visto tu cafetería, es un sitio encantador —añadió Edmund con una sonrisa, asintiendo.

—¡Qué lugar tan magnífico! —exclamó Cecilia.

Parecía que Saphira estaba satisfecha por la interacción, y él se sintió aliviado.

Pasaron a la sala de estar, donde Cecilia dio un grito para captar la atención de todo el mundo, y fue presentándole a varios tíos y tías y primos e hijos. Había mucha gente, mucho caos. Un momento después, él alejó a Saphira de su madre, susurrándole una disculpa al oído, pero Saphira hizo un gesto negativo con una mirada de alegría.

Antes de que pudiera decir algo, intervino su primo menor, Oliver, que se acercó con sus ojos enormes. Aunque ya tenía más de veinte años, Ollie tenía cara de un preadolescente.

—Hola, soy Oliver —dijo, tomando la mano de Saphira para besarle el dorso.

—Hola —respondió ella, con una risita.

Él entrecerró los ojos. El niño se iba a desmayar.

—¿Has venido con este tipo? —le preguntó Oliver a Saphira, señalándolo a él con el pulgar. Parecía que a Saphira le divertía—. Es uno de nuestros familiares más aburridos. Si quieres divertirte, quédate conmigo.

Él se enfadó. ¿Por qué estaba su primo intentando coquetear con la chica que él había llevado a la cena?

—¿No tienes nada que hacer, Oliver? —le preguntó.

—No precisamente —dijo su primo, con una sonrisa—. ¿No deberíamos sentarnos y charlar?

Antes de que él pudiera responder exactamente lo que Oliver debía hacer, su abuelo los llamó.

—¡Quizá más tarde! —respondió Saphira, con amabilidad.

Aiden frunció el ceño hacia Oliver y se fue con Saphira a ver a su abuelo, que estaba vestido con un traje elegante, sentado en uno de los sofás, sujetando un bastón con ambas manos.

—Hola, abuelo —le dijo Aiden.

—¿Quién es esta querida niña que has traído? —preguntó su abuelo, frunciendo las cejas blancas como la nieve—. ¿Y por qué no me la habéis presentado primero?

—Lo siento, abuelo —respondió él, tímidamente.

—Estoy muy contenta de conocerlo —dijo Saphira, mientras su abuelo daba unas palmaditas en el sofá, a su lado.

Saphira se sentó y, cuando Aiden intentó sentarse al otro lado, el abuelo lo espantó con el bastón. Él frunció el ceño. ¡Todos intentaban robársela!

—¿Por qué no puedo sentarme con vosotros también? —preguntó.

Su abuelo chasqueó la lengua.

—¿Qué son esos modales, muchacho? ¡Tráele una bebida a la chica!

—Está bien… Vuelvo enseguida.

Fue a la cocina a buscar dos vasos y allí fue interceptado por Emmeline, que tenía una gran sonrisa.

—Sabía que te gustaba.

Él sabía que donde había un familiar insoportable, seguramente habría otro. Y como si fuera una señal, Ginny entró a la cocina justo a tiempo para oír el comentario de Emmy.

Su hermana jadeó.

—¡Dios mío, mi hermano mayor está enamorado!

—Os estoy ignorando a las dos, gracias.

Quizá llevar a Saphira aquella noche hubiera sido mala idea, pensó. Sin embargo, cuando volvió a la sala, encontró a Saphira riéndose con su abuelo. Ella encajaba perfectamente. Todos la amaron de inmediato, lo cual no le sorprendió lo más mínimo. Saphira iluminó la habitación al instante, fue valiente y amable con todos a pesar de todo. Se sentía bien allí, con ella a su lado. Dios mío, tal vez tuviera razón: Saphira le gustaba.

No obstante, no se lo podía permitir. Era demasiado complicado. Sparky estaba en medio de la situación. Saphira y él tenían una relación profesional, eso no podía olvidarlo.

Le entregó a Saphira un spritz de pomelo y romero y se sentó con su abuelo y con ella, mientras su abuelo le contaba algunas historias de juventud sobre sus dragones. Un rato después, todos se levantaron para ir al comedor.

—¿Vamos? —le preguntó Aiden.

—Claro —respondió ella, con una sonrisa.

La mesa del comedor era muy larga y estaba decorada con velas y flores, cada puesto estaba meticulosamente colocado con una vajilla lujosa y cubiertos brillantes.

—Vaya —dijo Saphira—. Esto es maravilloso.

Su madre siempre se excedía en aquellas cenas, aunque solo fueran para su familia. Él miró a Saphira. Parecía que se había puesto nerviosa.

—Lo siento de nuevo si esto es demasiado —le dijo.

Acercó una silla para ella al lado de su lugar habitual. Ella se sentó y movió la cabeza.

—¡No te preocupes! Ha sido divertido.

En aquel momento, Oliver entró en el comedor y se acercó.

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó, señalando el asiento de Aiden.

Él se quedó perplejo y se enfadó.

—No —le dijo a su primo.

—Ollie, lárgate mientras todavía puedas hacerlo, chico —le dijo Emmeline, desde el otro lado de la habitación.

Oliver se escabulló.

—¿Cuántos años tiene, de todos modos? —preguntó Saphira, divertida.

—Veintiuno —respondió Aiden.

Ella se echó a reír.

—¡No es verdad! ¡No puede tener más de quince años!

—Bueno, se comporta como si los tuviera —se quejó Aiden, irritado porque Ollie hubiera intentado coquetear con Saphira.

Sin embargo, a Saphira le parecía hilarante. Se estaba riendo tanto que él también comenzó a sonreír. Le encantaba su risa, sonaba como las campanas. Él siguió sonriendo mientras ella se recuperaba, pero luego Saphira se volvió hacia Oliver de nuevo y le dio otro ataque de risa. Se tapó la boca.

—Lo siento mucho —dijo, y él también se rio.

Era así de fácil ser feliz con ella, tan fácil como respirar.

Y Aiden sabía que amaba a su familia, aunque a veces fueran demasiado intensos. De repente, al recordar que Saphira no tenía a nadie, sintió tristeza por ella. Se prometió que estaría a su lado para ayudarla como pudiera.

Sirvieron la cena con los múltiples platos habituales: ostras, bacalao, pasta con trufa, pato, etcétera. A él le resultaba un poco

sofocante, pero estaba acostumbrado a la extravagancia. Él disfrutaba más de las cosas sencillas, con las cuales era mucho más difícil equivocarse. Parecía que Saphira estaba un poco estresada con toda la fanfarria. Lo miraba para seguir lo que él estuviera haciendo.

Le pidió disculpas de nuevo, pero ella le golpeó suavemente la rodilla con la suya.

—No te disculpes —le dijo, en voz baja, cuando parecía que nadie más estaba mirando—. Es divertido. No para todos los días, pero bueno…

—Este es su día a día —dijo él—. Es aún más formal cuando organizan cenas con amigos y ni siquiera te imaginas cómo son para el Consejo de los Dragones.

—¿Tu familia es parte del Consejo? —preguntó Saphira, comiendo un poco de su pasta con trufa—. Lo siento, probablemente debería saberlo…

—No, no te preocupes. Sí, mi padre está en el Consejo, es el representante de los basaltos. Hay un representante por cada una de las cuatro razas de dragones.

—¿Eso significa que eres el siguiente heredero al trono? —bromeó Saphira.

—Eh… Un poco, sí. No es que quiera serlo, pero…

Saphira abrió unos ojos como platos.

—¿Hay un trono de verdad? ¡Yo lo decía en broma!

Genevieve, que estaba sentada al otro lado de Saphira, dijo con desdén:

—No es un trono en el sentido literal de la palabra, pero un asiento en el Consejo es básicamente eso. Es todo muy arcaico.

—Dios mío. ¿Qué pasó con la democracia? —preguntó Saphira.

—Supuestamente es una democracia —respondió Genevieve—, pero, en la práctica, permanece dentro de las mismas familias. Un viejo sistema bien amañado.

—Bueno, no se quedará con los Sterling después de papá, ya que yo no quiero involucrarme en todo eso —dijo él.

La política era demasiado. No era para él. Él era feliz en su jardín, lejos de todo eso. Le gustaba esconderse en su propio mundo. Miró

a Saphira, preguntándose si ella se escondería con él.

—¿Y qué pasa contigo? —le preguntó Saphira a Ginny, con curiosidad.

—Por desgracia, es tan misógino como arcaico —dijo su hermana, poniendo los ojos en blanco.

Siguieron comiendo y, para cuando llegaron los postres, él estaba cansado y quería volver a casa. Danny y él se llevaban un año y Danny siempre había sido el hablador. Él nunca había adquirido el hábito de relacionarse tanto. Ya había socializado más que suficiente aquel día, sobre todo porque había pasado bastante tiempo en la cafetería. Estaría feliz si no tuviera que ver a nadie más durante la siguiente semana, excepto a Saphira, obviamente.

Estaba contento, al menos, de que su familia la hubiera acogido bien y la hubiera incluido en sus conversaciones. También le habían preguntado por su trabajo. Cuando él tenía poco más de veinte años y llevaba a casa a alguna chica con la que estuviera saliendo, en esas raras ocasiones, sus padres le hacían un interrogatorio a la muchacha, preguntándole cómo era su familia, de dónde era ella, si montaba dragones y de qué raza era su dragón.

Por suerte, hacía mucho tiempo que no salía con nadie, así que, probablemente, sus padres estaban contentos de que hubiera llevado a alguien a casa.

¡Aunque ellos no estaban saliendo! Entonces, por supuesto, no era lo mismo. Su relación con Saphira era estrictamente profesional.

De repente, se dio cuenta de que todos lo estaban mirando. Una de sus tías le había hecho una pregunta y él no la había oído.

—Tu tía estaba preguntando cómo está Sparky —susurró Saphira.

—A Sparky le está yendo bien —dijo él.

Todos estaban escuchando la respuesta.

—Estoy segura de que gran parte del mérito es de Saphira —bromeó Emmeline.

—Él nunca fue un experto en dragones —le dijo uno de sus primos a Saphira.

—Bueno, Aiden es realmente… —comenzó a decir Saphira, pero, rápidamente, su voz se perdió entre las de su familia, porque todos empezaron a hablar casi a la vez.

—¡Le tomó mucho tiempo aprender a montar!

—E incluso entonces era un desastre, ¿no te acuerdas?

—No es de extrañar que Aiden necesite una entrenadora para su bebé dragón.

—Es bueno que lo estés ayudando, Saphira, ¿o quién sabe cómo terminaría Sparky?

Todas eran declaraciones verdaderas, pero él se enfureció con todos y se sintió avergonzado.

Saphira frunció el ceño.

—Él es de verdad maravilloso con Sparky —dijo, pero nadie le estaba prestando atención.

Todo fue una charla vana y, pronto, el tema de conversación. Sin embargo, él no podía dejar de pensar en lo que habían estado diciendo. Se sintió como si no estuviera a la altura.

—Oye —le dijo Saphira, en voz baja, solo para él—. ¿Estás bien?

—Sí, yo solo. . .

Se quedó callado. Era muy difícil expresar lo que estaba sintiendo, muy difícil ser vulnerable.

—Me siento como un fracasado. Nadie más ha tenido problemas con sus cachorros de dragón.

—No eres un fracasado —dijo Saphira y, con solo oírlo de sus labios, él lo creyó—. ¡Lo estás haciendo muy bien!

Él le tomó la mano bajo la mesa.

—Estamos haciendo esto juntos —añadió Saphira.

Ella le apretó la mano y él sintió que se le quitaba un peso de los hombros. Le pareció que podía alejarse flotando, pero el punto de contacto entre ellos lo estaba anclando al suelo, exactamente donde él quería estar: sentado a su lado.

La luz de las velas le iluminaba la cara a Saphira. Su carmín estaba desgastado, pero aún quedaba una mancha rosa, del mismo tono que sus mejillas, que estaban sonrosadas de tanto reír. De repente, sintió en el pecho una opresión que no podía explicar.

Sin embargo, mientras sostenía su mano, lo único que sabía era que quería aferrarse a ella, no dejar nunca que se marchara.

Capítulo 12

La cena en casa de los Sterling fue todo un acontecimiento. Al principio, Saphira se había sentido un poco fuera de lugar en la mesa, sin saber cómo actuar, cuál era la etiqueta correcta para la ocasión. Sin embargo, miró a Aiden y fue muy fácil sentir que estaba en su sitio. Él era una presencia firme y sólida a su lado.

Ella se había sentido un poco abrumada por su familia, pero, aun así, todos eran encantadores. Genevieve era adorable y Saphira ya sentía afecto por Emmeline. El abuelo de Aiden era muy divertido, Ollie era divertidísimo, los padres de Aiden eran muy amables y todos los demás también parecían geniales.

Aunque ella se había dado cuenta de que Aiden adoraba a su familia, también notó que estaba deseando irse a casa. Así pues, después de la cena, cuando todos los demás se estaban acomodando para seguir charlando mientras tomaban té verde, ella le preguntó a Aiden si no le importaría llevarla a casa, ya que tenía que levantarse temprano para abrir la cafetería.

—Por supuesto —respondió él, con un suspiro de alivio.

Ella sonrió y él debió de sospechar que había hecho la petición por su bien, porque Aiden entrecerró los ojos.

—Gracias, Saphira.

Ella tuvo un escalofrío por la espalda. Había algo tan íntimo en el hecho de que él dijera su nombre… Era como si apreciara su sabor en la boca. Ella se preguntó qué más podría saborear si tuviera la oportunidad…

¡Pero no debía tener aquellos pensamientos mientras estaba rodeada por su familia!

Se despidieron de todos. Él la envolvió en su chal y posó las manos en sus hombros. Ella sintió sus palmas encallecidas a través de la tela y anheló sentir sus manos en la piel desnuda. Todos habían estado actuando como si Aiden y ella estuvieran saliendo juntos y, aunque ella sabía que no era así, de todos modos anhelaba lo que podía ocurrir al final de una cita.

Salieron de la gran casa y él dio un largo suspiro. Ella miró su rostro iluminado por la luna y se fijó en las sombras que proyectaba su mandíbula a lo largo de su garganta. Todavía no quería irse a casa. Quería que la noche durara un poco más.

—Voy a avisar a los cuidadores para que traigan a Sparky —dijo Aiden.

—Ah, pero, antes, ¿puedes enseñarme el jardín? —preguntó Saphira—. Quiero ver los dragones.

—Por supuesto —dijo, ofreciéndole el brazo.

Ella lo tomó y él la guio por la finca. Saphira se quedó asombrada al ver lo grandiosa que era la mansión. Los jardines, que ocupaban la ladera de la colina, eran hermosos y estaban muy cuidados, pero lo que ella quería ver en realidad eran los dragones.

Cuando llegaron a los establos, se quedó con la boca abierta. En primer lugar, los establos eran enormes, el doble del tamaño de lo que se esperaba. En segundo lugar, nunca había visto tantos dragones juntos en su vida. Algunos estaban descansando dentro de los establos, mientras que otros jugaban por el campo, y algunos otros volaban.

Todos eran de raza basalta, con las escamas negras como la noche y muy brillantes, y los ojos de un hermoso color púrpura. Y eran impresionantes.

La raza basalta era la raza de dragón más prestigiosa. Eso significaba que los Sterling estaban entre las familias Drakkon más poderosas y ricas, si no la más poderosa, ya que el padre de Aiden estaba en el Consejo de los Dragones.

De repente, se sintió insegura y fuera de lugar. Aquel era un mundo por completo diferente al que estaba acostumbrada, y Aiden

había nacido y crecido en él.

No se trataba solo de la riqueza de la que disfrutaba su familia, sino de un privilegio generacional, del poder y los dragones, cosas que no se podían cuantificar, cosas que ella nunca entendería ni de las que formaría parte hiciera lo que hiciera.

Saphira miró a los mozos de cuadra que atendían a los dragones. Aunque trabajaban con los dragones, eran sirvientes. Básicamente, ella también era una empleada, aunque fuera en su cafetería.

Esos dragones nunca serían suyos. Ella no estaba al mismo nivel que estas familias Drakkon, como Aiden, y nunca podría estarlo.

Sus pensamientos se interrumpieron con la llegada de un cuidador, que les llevaba a Sparky dormido en brazos. Se puso contenta de verlo y sintió agradecimiento hacia el cuidador por llevárselo a Aiden y a ella.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó él, ofreciéndole su mano.

Saphira recordó que, cuando ella había tratado de alcanzarlo por debajo de la mesa, él también había tratado de alcanzarla a ella. La había agarrado con fuerza y ella se había sentido como si estuviera anclada. Todo el ruido que había a su alrededor se había atenuado y solo estaban ellos.

Saphira le tomó la mano y sonrió.

—Vamos.

Fueron hasta el coche de Aiden y el cuidador depositó a Sparky en el asiento trasero.

Aiden la llevó a casa, deambulando con lentitud a través de las colinas. Ella fue mirando por la ventanilla, disfrutando de lo hermoso que era todo, a pesar de que también fuera abrumador.

Todos habían sido tan amables… Cuando entró por primera vez y vio lo elegante que era su casa, temió que no le dieran su aprobación, pero el miedo se había disipado fácilmente en los primeros momentos.

Encajar en su familia había sido fácil, sencillo. Había demasiadas personas en la mesa como para seguirles la pista, pero a ella le había encantado ver a Aiden con su familia. Aunque estuviera un poco fuera de su elemento, se sentía cómodo con ellos. Y, en aquel instante, parecía que también estaba cómodo con ella.

Ella estaba prestando mucha atención a los pequeños cambios de su forma de comportarse, como, por ejemplo, cuándo estaba más ansioso o cuándo estaba más relajado.

Lo había estado observando toda la noche, fijándose en los momentos en los que parecía demasiado estimulado y en los que parecía más tranquilo. Disfrutaba observándolo. Incluso ahora, mientras conducía, sus ojos se desviaban hacia él. Aiden se había quitado la chaqueta y se había remangado, y se veían las fuertes líneas de sus antebrazos.

Llevaba una mano en el volante mientras que la otra descansaba ligeramente sobre la palanca de cambios. Tenía los dedos largos y elegantes, como los de un pianista o un cirujano. El sello que llevaba en la mano izquierda brillaba a la luz de la luna, la misma luz que iluminaba su rostro con destellos cambiantes mientras pasaban entre los árboles.

Ella comprendía cada vez mejor que Aiden no era un gruñón ni un aburrido, solo era tímido y nervioso. Una persona introvertida y solitaria. No le gustaba estar rodeado de demasiada gente, pero ella sí le gustaba.

O, al menos, eso le parecía. Tal vez fuera solo su optimismo.

Llegaron a su casa y él aparcó frente a la cafetería.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo Aiden, desabrochándose el cinturón.

—Gracias.

Salieron del coche y Aiden lo cerró con llave, porque Sparky todavía estaba dormido en el asiento trasero, aunque no había peligro en ese momento. La calle principal estaba vacía, las tiendas estaban cerradas y todos se habían ido a casa a pasar la noche. La escena parecía una postal o una imagen dentro de una bola de cristal.

Caminaron hacia la puerta lateral y se detuvieron al llegar.

—Gracias por dejarme acompañarte —dijo ella, volviéndose hacia Aiden. Con los tacones, no tenía que levantar tanto la vista y disfrutaba del hecho de estar tan cerca de su rostro, de poder mirar fijamente sus ojos oscuros.

—Gracias por venir —respondió él—. Seguramente tienes un buen dolor de cabeza.

—¡No, me ha encantado! —dijo ella, emocionada. Las lágrimas le picaron los ojos—. Ha sido muy agradable. Ahora yo no tengo nada parecido, así que ha sido… realmente agradable.

—Oye —dijo Aiden, frunciendo el ceño—. Tienes a Sparky y…

Él vaciló y a ella se le detuvo el corazón.

—Y a mí —dijo Aiden, por fin—. Estamos haciendo esto juntos, ¿verdad?

A ella se le alegró el corazón. Sonrió y dio un paso hacia delante para darle un beso en la mejilla.

—Gracias —susurró. El deseo la invadió y se apartó de él para no dejarse llevar.

Pero Aiden se quedó allí. Todavía no se marchaba.

—¿Quieres entrar? —preguntó, ya que ella tampoco quería que se fuera—. ¿No te apetece tomar un poco de té?

Él sonrió como si ella le hubiera leído el pensamiento.

—Sí —respondió—. Déjame ir a buscar a Sparky.

Fue a buscar al cachorro dormido y Saphira abrió la puerta de la cafetería. Entraron y ella encendió una pequeña sección de luces sobre las butacas del salón y la chimenea. Solo estaban ellos tres y se sentía muy bien, aunque Sparky estuviera dormido. Era como si fuesen una pequeña familia.

Pero ese era un pensamiento peligroso y no debía permitírselo. Se preguntó cómo sería crecer en una familia como los Sterling.

—Tienes razón, me duele un poco la cabeza —dijo, con una sonrisa, mientras empezaba a preparar un té verde—. Pero no me molesta.

Una vez estuvo preparado el té y Sparky estuvo acostado en una pequeña cama, Aiden y ella se sentaron en las butacas del salón. Como la cafetería estaba vacía y había llovido aquel día, hacía un poco de frío, así que Aiden encendió rápidamente el fuego. Ella observó cómo se movían los músculos de sus hombros mientras dejaba los leños en el suelo y sus dedos ágiles mientras encendía una cerilla. El tenue resplandor de las llamas parpadeantes calentó el espacio que había entre ellos.

—Mi familia es muy grande, pero era perfecta para alguien como Danny, que siempre estaba haciendo tonterías o jugando —dijo Aiden, y se sentó. Ella le entregó su té—. Tenía muchos primos con los que jugar y tías y tíos para los que actuar. Siempre estaba rodeado de una multitud; odiaba estar solo —prosiguió, y se rio suavemente—. Mientras que yo era todo lo contrario. Siempre me escondía en busca de momentos de paz y tranquilidad.

—Eso es muy diferente de mi crianza —le dijo Saphira, calentándose las manos con la taza de té—. Solo tuve a Nani-Ma; siempre estábamos las dos solas. Yo creo que fue un accidente —dijo en voz baja, y lo pensó un segundo—. No creo que yo estuviera destinada a nacer.

Aiden se ofendió al oír aquello. Se quedó callado un momento, arrugando las cejas, pensativo.

—No eres ningún accidente, Saphira —dijo, en voz baja—. Eres un sueño hecho realidad.

Ella se ruborizó y le sonrió, con la esperanza de que él supiera cuánto apreciaba sus palabras. Siguieron hablando hasta que Saphira terminó su té y dejó su taza en una mesilla. Se sentía muy relajada a pesar de que el día había sido largo. Bostezó y Aiden también dejó su taza y se levantó.

—Deberías descansar un poco —le dijo. Levantó a Sparky con un brazo.

—Probablemente, es una buena idea —dijo ella, a pesar de que adoraba estar cerca de él.

Lo acompañó hasta la puerta, donde se detuvo.

—Puedes venir a la cena familiar cuando quieras —dijo él, aunque parecía que se sentía un poco incómodo al respecto—. No estoy seguro de si lo deseas, pero, si alguna vez lo hicieras, es una invitación abierta.

—Me encantaría —dijo ella, con una gran sonrisa—. Gracias de nuevo.

—Buenas noches, Saphira —dijo él, y se inclinó hacia delante para besarle la mejilla. Sus labios le rozaron la piel y le provocaron un escalofrío por la columna vertebral.

Ella sintió el roce de su barba incipiente en el rostro y se quedó inmóvil un momento, apreciando el contacto. Cerró los ojos, escuchando el sonido de su respiración temblorosa. El corazón le golpeaba con fuerza el pecho, la sangre rugía en los oídos.

Le temblaron las rodillas y se tambaleó. Él posó la mano libre en su cintura para estabilizarla. Su vestido era de seda fina y ella sintió el contacto de sus dedos contra la curva de la cintura. Su cuerpo palpitaba.

Se acercó un paso más, pero Sparky estaba entre ellos, en el otro brazo de Aiden. El cachorro de dragón bufó y abrió los ojos, solo dos rendijas. Estaba irritado porque lo hubieran despertado y los miró fijamente.

El momento se rompió.

Saphira sonrió y dio un paso atrás.

—Buenas noches —susurró.

Él tragó saliva y sus ojos se oscurecieron.

—Buenas noches —respondió, con la voz áspera.

Capítulo 13

Aiden y Saphira siguieron trabajando juntos, entrenando a Sparky por las tardes y arreglando el jardín durante el día. Cada vez que Saphira tenía un minuto libre, se acercaba a ayudar a Aiden con cualquier tarea que él le asignara, pero, durante la última semana, ni siquiera había tenido alguno de esos momentos libres.

La cafetería estaba increíblemente concurrida, abarrotada, lo cual era excelente para el negocio, pero no era lo mejor para su estado físico. Estaba agotada, sobre todo ahora que Lavinia había comenzado su beca.

Saphira había contratado a otro trabajador a tiempo parcial para los días en que Lavinia no pudiera ir a trabajar. Era un estudiante de posgrado un poco lento para aprender cómo funcionaban las cosas.

Y, como no hacía tanto como Lavinia, Saphira tenía que compensar sus tareas además de hacer su propio trabajo.

Por eso, unos días después, al final de la jornada laboral, se movía con tanta lentitud que Lavinia se preocupó.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Siéntate y toma un poco de agua.

—Estoy bien, solo un poco cansada —respondió ella, aunque no protestó por el agua. Siempre se olvidaba de mantenerse hidratada, y tomar un buen vaso era de mucha ayudaba. Se puso de pie otra vez, sonriéndole a Lavinia, que estaba recogiendo platos sucios con más energía de la que Saphira podía reunir.

—Me alegra ver que tienes energía —le dijo.

Lavinia sonrió.

—¡El Hospital de Animales es muy divertido! —exclamó Lavinia—. Es gratificante y no tan cansado como trabajar aquí, así que, sí, tengo un poco más de energía.

Saphira se sintió muy culpable.

—Uf, lo siento, sé que te hago trabajar demasiado duro.

Lavinia agitó una mano.

—No me pidas disculpas, por favor. De todos modos, tú misma trabajas todavía más. ¿Ese chico nuevo va entendiendo las cosas? ¿Cómo se llama? ¿Carl?

—Calahan. Y, más o menos, sí. Por supuesto, no es tan bueno como tú.

Saphira y Lavinia estaban perfectamente sincronizadas porque llevaban muchos años trabajando juntas, así que nadie más podía compararse a la pareja que formaban.

—¿Has pensado en contratar más ayuda? —le preguntó Lavinia, mientras iban a la cocina para preparar un pedido. Saphira tomó un sándwich de pavo frío y lo colocó en un plato.

—No he tenido tiempo de pensar en nada —respondió ella, con un suspiro—. Esto es para la mesa dos.

Despidió a Lavinia con el pedido y se quedó a solas en la cocina un momento para recuperar el aliento. No tenía días libres y estaba haciendo varios trabajos a la vez: era barista, camarera, cocinera y lavaplatos… Sin mencionar que era la dueña del negocio, la gerente y la contable. ¡Había tanto papeleo!

El café estaba generando unos beneficios decentes, y los pagos semanales que le hacía Aiden eran muy útiles, pero necesitaba una solución más estable que la de estar apagando fuegos constantemente. Poder pagar la hipoteca sería de gran ayuda, pero no había pensado más en cómo hacer realidad esa idea. En términos gerenciales, necesitaba elaborar un plan mejor.

Le dolía la cabeza y se frotó las sienes.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó Lavinia, que entró de nuevo a la cocina.

Ella sonrió.

—Sí, sí.

Lavinia frunció el ceño.

—Tal vez deberías contratar más personal.

—Acabo de contratar a Calahan.

—Aparte de un sustituto para mí —dijo Lavinia, con una mirada elocuente.

Saphira suspiró. En un mundo ideal, ella podría ser simplemente la directora del café, dedicarse a supervisar las cosas y delegar las pequeñas tareas cotidianas en otros, pero dudaba en dar aquel salto hasta que las cosas mejoraran definitivamente en la cafetería y estuviera segura de poder conservar a ese personal.

—Además, más empleados también podrían prestarles más atención a los cachorros de dragón —dijo Lavinia—. De esa manera no habría tantos pequeños desastres con los que lidiar.

—Um, sé que tienes razón —dijo ella, mientras seguía a Lavinia fuera de la cocina. Era casi la hora de cerrar, así que quedaban pocas personas en el café—. Tengo que sentarme en algún momento y hacer ese cálculo.

Una perspectiva que temía.

—Sí, tienes que hacerlo —dijo Lavinia, asintiendo—. Te ofrecería ayuda, pero ya sabes que las matemáticas y yo no somos las mejores amigas.

Saphira sonrió. Su mirada se desvió hacia la puerta principal, que acababa de abrirse, justo cuando entraba un chico larguirucho.

—Hablando de mejores amigos… —dijo, y asintió hacia la puerta.

A Lavinia se le iluminó la cara.

—Señoritas —dijo Theo, caminando a grandes zancadas hacia la barra.

—Hola, Theo —dijo ella.

Casi no obtuvo respuesta, porque Lavinia se llevó a Theo y los dos se ensimismaran al instante en su propia conversación. Se habían visto aquella misma mañana, cuando Theo había llevado un pedido de trufas de *falooda*, respecto a las cuales ella era escéptica, pero que, en realidad, estaban muy ricas. Sin embargo, Lavinia y Theo siempre eran así cuando se veían, como si nunca fuera suficiente.

Ella los observó: Theo tomó la bebida de Lavinia de su mano y le dio un sorbo. Al hacerlo, un poco de lápiz labial que había en el borde del vaso le manchó la boca y Lavinia se echó a reír,

inclinándose sobre la barra para limpiarlo. Fue un gesto simple, pero ella hubiera jurado que notó un cambio en el semblante de Lavinia cuando su amiga tocó la boca de Theo y su pulgar se demoró en el punto de contacto.

Sin embargo, el momento pasó en una fracción de segundo, tan rápidamente que ella pensó que podían ser imaginaciones, y la pareja volvió a centrarse en su conversación. Estaban en una longitud de onda por completo diferente, y ella se sentía muy feliz por ellos, aunque verlos le provocara un dolor en el pecho.

Al ver tan claramente lo destinados que estaban el uno al otro, se sentía sola. La imagen de Lavinia y Theo subrayaba que ella no tenía aquello.

Entonces se abrió la puerta principal y captó su atención. Se le aceleró el ritmo cardíaco. Aiden levantó una mano para saludarla con una sonrisa fácil, y eso fue para ella como una victoria personal. Adoraba su sonrisa, le encantaba cómo transformaba todo su rostro y suavizaba sus rasgos duros.

Al verlo, se animó de inmediato. Él tenía aquel efecto en ella cada vez que lo veía. No importaba lo largo que hubiera sido el día o lo agotada que estuviese, siempre recibía una pequeña descarga de energía cada vez que él la saludaba con la mano desde la puerta principal.

Por lo general, Aiden iba directamente al jardín con Sparky cuando llegaba, y ella se reunía con ellos cuando cerraba la cafetería, pero aquel día él se acercó a la barra. Saphira se dio cuenta de que Theo y Lavinia la observaban y los ignoró, incluso mientras se le erizaba la piel.

—Hola —dijo, y se inclinó sobre el mostrador para saludar a Sparky, que estaba junto a las piernas de Aiden.

—Hola —respondió Aiden, con una mirada cálida—. He pensado que hoy podríamos hacer algo un poco diferente.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, con intriga.

—Sí.

Él estaba emocionado. Ella vio que había aparcado su coche delante del local.

—¿Dónde vamos? —preguntó. Por lo general, en el pueblo todo estaba cerca y el coche no era necesario.

—Sorpresa —respondió él.

Entonces ella también se emocionó.

—Está bien, solo dame una media hora para terminar aquí —le dijo.

La cafetería iba a cerrar dentro de unos minutos, pero necesitaría limpiar y ordenar.

—Puedo ayudar —dijo Aiden, justo cuando Sparky se alejaba trotando, en dirección a la puerta principal, con ganas de salir.

—No te preocupes —dijo Saphira, con una risa—. Creo que es mejor que esperes fuera con Spark, antes de que tenga una rabieta.

El cachorro ya no hacía eso tan a menudo últimamente, pero no renunciaba a ello cuando el momento lo requería. El pequeño dragón se estaba portando muy bien durante sus sesiones de entrenamiento, no tenía apenas ataques de ira y se comportaba adecuadamente en general. Ella estaba orgullosa de lo mucho que estaba progresando y, también, de cómo estaba progresando Aiden con él.

—Está bien, nos vemos ahora —dijo Aiden.

Se despidió con la mano y él persiguió a Sparky y lo dejó salir.

Mientras jugaban enfrente, Saphira los observaba con una sensación pegajosa en el pecho. Aiden estaba sonriendo y la luz del sol le calentaba la piel mientras sostenía un palo, haciendo que Sparky saltara más y más alto. Sparky se estaba divirtiendo, porque Aiden le caía mucho mejor y se sentía mucho más cómodo con él. Aiden y Sparky estaban creando un vínculo apropiado.

Al principio, a ella le preocupaba sentirse celosa cuando aquello comenzara a suceder, pero no tenía celos. Le hacía feliz que se estuvieran acercando el uno al otro.

Probablemente, porque quería a Aiden y quería que él fuera feliz.

—Vete —le dijo Lavinia, empujándola por detrás.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Theo y yo podemos cerrar.

—No, no te preocupes, me quedo para el cierre —dijo ella, moviendo la cabeza.

Theo estaba terminando su té chai helado en la barra, pero asintió a lo que había dicho su mejor amiga.

—En serio, vete —dijo Lavinia—. Como mencionaste antes, estoy llena de energía —añadió, y le guiñó un ojo.

—¿Estás segura? —le preguntó ella. Se sentía mal—. Pensaba que ibais a ir a la sesión nocturna del cine del pueblo.

Theo hizo un gesto con la mano y se levantó.

—Tenemos algo de tiempo. Además, parece que te vendría bien un descanso.

Ella quería protestar, pero estaba ansiosa por aceptar la oferta, así que lo hizo.

—Gracias, ángeles. Os lo agradezco —dijo. Le dio un abrazo a Lavinia y le lanzó un beso a Theo—. ¡Las consumiciones son por cuenta de la casa!

—Yo creía que nuestras consumiciones ya eran por cuenta de la casa… —susurró Theo.

Lavinia se echó a reír y le dio un golpe en el brazo. Saphira agarró su bolso y salió. Hacía un hermoso día. Había suaves rayas azules y blancas en el cielo.

—¿Ya terminaste? —preguntó Aiden, mientras Sparky saltaba hacia ella. Ella se echó a reír y tomó a Sparky en brazos.

—Sí. Entonces, ¿cuál es la gran sorpresa?

—Ya lo verás.

Estaba complacido consigo mismo, lo que hizo que Saphira se emocionara aún más. Ni siquiera importaba cuál fuera la sorpresa; estaba feliz de verlo feliz.

Mientras conducían rumbo a las colinas, escucharon música y charlaron sobre cosas al azar, y el tiempo se les escapó. Era extraño pensar que, hacía apenas unos meses, ni siquiera se conocían y, sin embargo, ahora él era una parte muy importante de su vida, como si siempre hubiera estado allí.

Aiden aparcó al borde de un bosque y paró el motor.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella. No conocía aquel lugar.

Él sonrió.

—Vamos —dijo.

Saphira intercambió una mirada con Sparky, pero los dos obedecieron. Salieron del coche y siguieron a Aiden. Atravesaron una pequeña zona arbolada y llegaron a un claro. Allí había piezas de madera podrida colocadas a diferentes distancias, marcadas con pintura roja.

Ella miró a Aiden con curiosidad.

—Sparky puede practicar el lanzamiento de fuego de dragón aquí —dijo Aiden, emocionado—. Mira, he puesto diferentes marcadores para que él apunte.

—¡Oh! —exclamó ella.

Lo entendió todo y sintió un gran placer por la iniciativa que él había tomado, y él también parecía feliz por su alegría.

—Es maravilloso.

—Sé de este lugar porque los atardeceres por aquí son muy hermosos —explicó Aiden. Más allá del claro se divisaba la ondulada tierra verde de las colinas—. El abuelo y yo venimos de caminata por aquí.

—¡Qué bonito! Aunque ese anciano no debería estar haciendo senderismo.

—Bueno, más bien son paseos por la naturaleza —dijo Aiden, y se rio—. Nada demasiado intenso, no te preocupes.

Sparky estaba intrigado por el campo y el entorno, y miraba con curiosidad las estacas pintadas de rojo. Saphira se agachó para ponerse a la altura de los ojos del cachorro con su mejor sonrisa alentadora, aunque ella misma estaba un poco nerviosa.

No había tenido exactamente buenas experiencias con los cachorros de dragón y su fuego, como atestiguaría una máquina de café expreso derretida. Pero estaba segura de que se podía entrenar a Sparky, de que su cachorro no iba a provocar semejante percance.

—Está bien, Sparky, chiquitín, es hora de trabajar con tus llamas —dijo.

Él la miró con sus grandes ojos morados. Observó cómo ella abría bien la boca y tomaba una gran bocanada de aire. Cerró la boca, reteniendo el aire en las mejillas, y sopló lentamente el aire en su cara, con la esperanza de que él entendiera que debía escupir fuego de dragón.

Sparky parpadeó y ella repitió el gesto hasta que lo entendió. Él asintió, inspiró y exhaló una pequeña bola de fuego. Saphira aplaudió.

—¡Buen trabajo!

—Bien, ahora, mira, Sparky —dijo Aiden, colocando un trozo de madera a unos quince centímetros de distancia del cachorro—. Apunta a esto.

Sparky se volvió hacia Saphira. Ella señaló la madera y sopló.

Sparky se colocó en posición, con una expresión decidida en su carita. Inhaló, apuntó y lanzó una bola de fuego directamente a la madera. Dio en el blanco y las llamas prendieron la estaca.

Saphira saltó, ululando, y Aiden aplaudió.

—¡Sí! ¡Buen trabajo! —vitoreó ella.

Sparky sonrió; adoraba que lo elogiaran. Ella abrió los brazos y él corrió hacia su regazo, donde ella le besó la carita. Aiden le acarició las escamas a Sparky, y Sparky cerró los ojos, contento.

—Muy bien, ahora, sigamos —dijo Aiden.

Continuaron con una práctica similar por todo el claro, apuntando cada vez a un blanco más lejano. Así, Sparky podría aumentar lentamente su fuego.

El cachorro lo hizo bien después de unos cuantos intentos y, al final, acertó en todas las marcas con una precisión perfecta. Todos trabajaron juntos. Ella se quedó al lado de Sparky, alentándolo, mientras que Aiden permanecía junto a las marcas, animando al pequeño dragón. Después de que Sparky acertara en uno de los blancos, Aiden apagaba el fuego.

A Sparky le sorprendían sus propias capacidades y parecía que se sentía satisfecho de su propia fuerza, lo que le proporcionaba aún más energía. Corría hasta la siguiente marca antes de que la inicial se apagara, apuntando sin el estímulo de Saphira.

Lo que fue bueno, al final, porque ella estaba agotada. Estaba mareada y tenía la vista nublada. Tal vez estuviera afectándola el calor; el cielo estaba despejado y hacía mucho sol. Solo necesitaba un momento para descansar, eso era todo.

—Aiden, ¿por qué no vienes a estar con Sparky para que puedas practicar también cómo darle órdenes? —sugirió, tratando de

mantener su tono de voz normal.

No quería que Aiden notara que no se sentía bien, porque él querría parar el entrenamiento y Sparky estaba progresando maravillosamente. No quería acabar con el impulso del dragón ni disminuir su energía.

Aiden se acercó a Sparky.

—Está bien, Spark, apunta allí.

Sparky miró a Saphira y ella asintió. El cachorro se volvió hacia Aiden.

—Justo ahí —le indicó Aiden. Sin embargo, no tenía la suficiente seguridad.

Sparky inhaló, como si quisiera echar llamas, pero exhaló el aire sin fuego, y se puso a revolcarse sobre la espalda en la hierba.

—Vamos, Sparky —le regañó Aiden.

Cuando vio que Aiden estaba molesto por su desobediencia, Sparky trotó a su alrededor deliberadamente. A ella le dio la sensación de que el dragón estaba siendo desobediente a propósito para molestar a Aiden, lo cual era bastante divertido. Ella contuvo la risa, pero Sparky lo vio; el cachorro disparó pequeñas bolas de fuego al aire, lejos del objetivo.

Aiden frunció el ceño, y ella se dio cuenta de que necesitaba ponerse seria para poder enseñarle al pequeño dragón, no ser su cómplice.

—Aiden, sé firme —le dijo—. Él te hará caso.

—Sparky, regresa aquí ahora mismo —dijo Aiden, en un tono severo.

Sparky miró a Saphira, pero ella frunció el ceño para hacerle saber que desobedecer a Aiden ya no era divertido. Entonces Sparky asintió y regresó al lado de Aiden.

—Bien. Ahora, apunta.

Sparky escuchó y apuntó al objetivo. Su fuego acertó en el centro de un trozo de madera cuadrado y la madera estalló en llamas.

—¡Sí! ¡Buen trabajo! —vitoreó Saphira.

—Bien hecho —dijo Aiden, acariciándole la cabeza a Sparky.

Aiden y Sparky continuaron con la práctica de lanzamiento de llamas mientras ella empeoraba. Dejó de prestar atención porque

sentía la cabeza pesada y le dolía el estómago. Necesitaba acostarse y acurrucarse, y recordó que no había comido nada en todo el día; no había tenido tiempo.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de que la cabeza dejara de darle vueltas. Terminarían pronto el entrenamiento y, entonces, comería. No quería estropear el tiempo que Aiden y Sparky pasaban juntos; realmente, lo estaban haciendo muy bien.

Hasta que abrió los ojos y vio que Sparky se estaba dejando llevar, que el entusiasmo se estaba convirtiendo en hiperactividad. Aiden fue a poner más estacas mientras Sparky lanzaba ráfagas de fuego al aire. Las llamas le iluminaban los ojos morados.

—Sparky —murmuró Saphira, intentando advertirle que parara, pero su voz era demasiado débil. Sparky no estaba prestando atención; siguió jugando con su fuego, divirtiéndose con la luz brillante, sin mirar hacia dónde disparaba.

El cachorro no se dio cuenta de que su siguiente ráfaga de fuego se dirigía directamente a la espalda de Aiden.

—¡Aiden! —gritó Saphira, y echó a correr hacia él—. ¡Cuidado!

Lo empujó fuera del camino. Sintió un dolor ardiente y luego todo se volvió oscuro.

Capítulo 14

Aiden estaba colocando otra marca cuando, de repente, oyó la voz de Saphira. Lo siguiente que notó fue que lo habían empujado. Tropezó y, al girarse, vio llamas y a Saphira cayendo al suelo.

—¡Saphira! —gritó, con pánico.

Cayó de rodillas a su lado, dándole la vuelta con cuidado para que quedara acostada. Tenía una quemadura en el brazo. La piel estaba roja y llena de ampollas.

A él se le encogió el estómago y se le nubló la visión, mientras el dolor le atravesaba el pecho. Sparky saltó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué has hecho? —le gritó Aiden.

Sparky intentó acercarse a ella, pero Aiden levantó una mano.

—No. Aléjate.

Con un gruñido, Sparky se alejó por el claro y destrozó un trozo de madera con las patas. Él no tenía tiempo de preocuparse por la rabieta del cachorro. Fue corriendo al coche a buscar el botiquín de primeros auxilios que guardaba allí. En el interior encontró un ungüento para quemaduras de dragón.

Regresó rápidamente al claro, levantó con cuidado a Saphira y la colocó sobre su regazo para aplicarle el ungüento en el brazo. Le untó la pomada generosamente y, al cabo de unos instantes, la piel roja ya tenía mejor aspecto. Sin embargo, ¿por qué estaba inconsciente?

Puso dos dedos en el pulso de su garganta. Era débil.

El pánico se apoderó de él. La zarandeó por los hombros, intentando despertarla, pero ella no hizo ningún movimiento. La emoción lo abrumó tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas. Comenzó a llorar, ahuecando el rostro de Saphira, con su cuerpo apoyado contra el de ella.

—Por favor, abre los ojos —susurró. No sabía qué había sucedido. Lo único que sabía era que no podía perderla. ¿Qué sentido tendría nada si la perdía?

Entonces Sparky se acercó y golpeó con la cabeza contra el brazo de Aiden. Él miró al cachorro, que estaba muy preocupado. Sparky le lamió la mano a Aiden para consolarlo.

—Lamento haberme enfadado —susurró él—. Me asusté mucho. Sé que dije que iba a mejorar, y lo estoy intentando, te lo prometo.

Sparky se acurrucó contra el costado de Aiden para hacerle saber que todo estaba perdonado. Luego se subió al regazo de Saphira y frotó la nariz contra su rostro. Después de un momento, Saphira gimió.

Aiden se dio cuenta de que su corazón comenzaba a latir de nuevo. Lentamente, Saphira abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, tratando de incorporarse.

Él la ayudó sujetándole la mano.

—¿Estás bien? —preguntó—. Te golpeó el fuego del dragón y te desmayaste.

—Oh, Dios —musitó ella, y abrió los ojos de par en par al recordarlo—. Estaba tan cansada…, y creo que olvidé comer hoy… y anoche…

—Saphira, no puedes hacer eso —le dijo él, molesto—. Tienes que cuidarte.

Todavía estaba tambaleándose por haberla visto inconsciente. Se sentía como si él mismo fuera a vomitar.

—Lo sé, tienes razón —dijo ella.

Se miró la quemadura y se encogió. Sparky lo notó y dio un bufido. Antes de que ninguno de los dos supiera lo que estaba pasando, el cachorro le limpió el brazo con las patas, frotando el ungüento.

—¡Ay! —gritó Saphira, mientras las patas de Sparky le arañaban la piel quemada.

—¡Sparky! —espetó Aiden—. ¡Para!

Fue a levantar a Sparky y alejarlo, pero ella dijo:

—Espera un segundo…

Después de quitarle el ungüento, Sparky comenzó a lamer la quemadura y ella dio un largo suspiro de alivio.

—Está ayudando —dijo, mirando a Aiden—. Sabes que la saliva de dragón cura las quemaduras de dragón.

En particular, la saliva de un dragón a su propio jinete. Él recordaba vagamente haber aprendido aquello en algún momento, pero lo había olvidado por completo en la intensidad del instante.

No era de extrañar que Sparky hubiera tenido un berrinche cuando él le había dicho que se fuera.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Sparky se dio la vuelta y le lanzó una mirada furiosa. Aiden le devolvió una mirada tímida. Saphira se incorporó por completo, sin soltarle la mano.

—Siento haberme desmayado —dijo.

—No te disculpes —le dijo él—. Ahora necesitas descansar. Ya hemos entrenado suficiente por hoy. Te voy a llevar a casa.

Ella asintió y él la ayudó a ponerse en pie.

Pero, entonces, a ella se le ocurrió una idea.

—Pero ¡tú querías ver la puesta de sol! —exclamó.

Él frunció el ceño.

—No me preocupa la puesta de sol —dijo él, entre dientes—. Estoy preocupado por ti.

—Oh.

Ella dejó de protestar y él la llevó a casa, agarrando el volante con fuerza. Cuando llegaron, aparcó y la ayudó a entrar, con Sparky trotando detrás de ellos.

—De verdad, estoy bien —insistió Saphira mientras abría la puerta principal—. Puedes irte, estoy segura de que tienes cosas que hacer.

Aiden le puso un dedo en los labios para acallarla. Ella no estaba bien y él no se iría hasta que fuera otra vez la imagen de la salud.

Saphira juntó los labios para reprimir una sonrisa. Subió las escaleras y lo dejó entrar a su apartamento. Era pequeño y

acogedor, muy propio de ella. Él percibió un aroma a rosas e inhaló profundamente, y tuvo la sensación onírica de estar entre sus brazos. Con la mano en su codo, la ayudó a sentarse en el sofá, que era de un color verde brillante y estaba decorado con cojines florales.

Aiden le colocó uno de los cojines detrás de la cabeza y le hizo un gesto para que se recostara. Le levantó las piernas, le quitó los zapatos, agarró una manta y la extendió sobre su cuerpo, arropándola. Ella se acomodó, con una sonrisa.

—Qué fácil sería acostumbrarse a esto —dijo, complacida.

En su opinión, ella debería acostumbrarse a ese tipo de trato. Era muy poco comparado con lo que él haría por ella si fuera suya.

Pero aquel era un pensamiento peligroso y se lo quitó de la cabeza.

Ahora que ella estaba cómoda, él se sintió mejor. Se alegró de verla relajarse, hasta que recordó que ella había dicho que no había comido nada. Él no confiaba en que ella pudiera alimentarse sola, así que fue a la cocina, que estaba al otro lado de la habitación.

—Te voy a preparar algo —dijo—. Tú quédate quieta unos minutos.

Ella abrió la boca para protestar, pero él la miró severamente y ella cerró la boca.

—Está bien.

Él le dio un vaso de agua y luego regresó a la cocina para ver qué podía hacer. Encontró algunos ingredientes, y en su cabeza empezó a tomar forma una receta. Sin embargo, ella debió de creer que estaba perdido al ver su cara pensativa, porque comenzó a levantarse.

—No, no, quédate ahí —le dijo Aiden, alzando una mano.

Miró a Sparky, que estaba acostado sobre las baldosas de la cocina.

—Spark, ve a asegurarte de que Saphira no se levante —le ordenó.

Sparky se animó, se acercó a Saphira y saltó sobre su regazo.

—¡Uf! —exclamó Saphira, mientras Sparky se ponía cómodo. Ya no había forma de levantarse.

En la cocina, Aiden empezó a hervir media bolsa de pasta.

—¡El queso está en el cajón! —dijo Saphira.

Él se rio entre dientes.

—Oído cocina.

Ella le dedicó una sonrisa de culpabilidad, con las mejillas sonrojadas.

—¿Dónde están tus verduras? —preguntó él, buscando en el refrigerador. Había un pepino medio mohoso que tiró rápidamente.

—Tengo patatas en la alacena —dijo ella.

—Me refiero a las verduras de verdad. Ya sabes, las que tienen valor nutricional.

—Um… —murmuró ella, y se echó a reír—. Bueno, en realidad, no necesito verduras.

—Claaro, claaro…

Por suerte, él encontró un paquete de guisantes y zanahorias congelados en el congelador, y los echó a la salsa para engañarla.

Generalmente, a él no le gustaban los lugares nuevos, pero su apartamento sí le gustaba. Debía de ser porque ella le gustaba mucho.

Y eso era algo que ya no podía ignorar más. Al verla herida se había sentido como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. El recuerdo de su cuerpo inerte era doloroso, y eso le daba a entender lo mucho que le importaba Saphira.

Se quitó de la cabeza aquella imagen agonizante y se concentró en el presente.

La miró; ella estaba en el sofá, acariciando a Sparky, hablándole con su voz de bebé. A él le dolió el pecho de cariño.

Nunca se le habían dado bien las relaciones, por eso llevaba soltero más tiempo del que le gustaría admitir. Y esa era también la razón por la que necesitaba avanzar despacio y con cuidado. No quería lastimarla por nada del mundo y, además, no podía olvidar que tenía que ser extremadamente cuidadoso, porque Sparky estaba involucrado.

El cachorro adoraba a Saphira, por lo que él necesitaba asegurarse de que su comportamiento no pusiera en peligro la relación del pequeño dragón con ella.

Probablemente, lo más prudente era mantenerse alejado por completo, pero en aquel momento la vio sonreír y supo que eso sería imposible.

Capítulo 15

Saphira estaba cómodamente acostada en el sofá, envuelta en una manta, con Sparky en el regazo, viendo a Aiden cocinar en su cocina. Había empezado a llover y se oía el repiqueteo de las gotas de agua contra las ventanas. El suave sonido se mezclaba con los ruidos que hacía Aiden cortando y revolviendo.

Al principio, le había resultado extraño tomárselo con calma mientras él estaba allí, trabajando solo. Ella estaba acostumbrada a hacerlo todo por sí misma, pero había un verdadero placer en dejar que él la cuidara, en permitirse apoyarse en él. En permitirse relajarse, por fin.

Y ya no quería levantarse. Se sentía como si estuviera pegada a su sofá y más con el peso de Sparky en su regazo. El cachorro estaba igualmente cómodo, sin ningún plan de moverse. Se acurrucó contra su cuerpo mientras ella le acariciaba distraídamente la cabeza.

La quemadura le había dolido mucho al principio, pero ahora estaba prácticamente curada. La saliva de dragón funcionó de verdad, y la velocidad con la que se había curado era especialmente maravillosa porque significaba que Sparky y ella estaban unidos. De lo contrario, el cuidado de su herida no habría funcionado tan bien.

El vínculo entre un dragón y su jinete ayudaba a la curación y, aunque ella no era su jinete, seguía estando muy cerca de él. Saphira adoraba a Sparky. Era su pequeño bebé, a pesar de que se hubiera vuelto más grande y más pesado.

Miró a Aiden, que seguía en la cocina. Se había remangado y estaba cortando una cebolla. Mientras lo hacía, se le flexionaban los músculos de los antebrazos. Tenía el corazón reblandecido y un dolor en el pecho.

Él le gustaba de verdad, no podía negarlo. Lavinia tenía razón cuando lo había dicho hacía varias semanas: ella estaba enamorada.

Sin embargo, tenía que ser sensata. No podía ser imprudente al desear algo que quizá no funcionara. Si él no sentía lo mismo, las cosas se volverían incómodas entre los dos y ella no podía poner en peligro su acuerdo.

Por un lado, todavía necesitaba el dinero que Aiden le estaba pagando por entrenar a Sparky y, por otro, más importante aún, no quería perder a Sparky. Tampoco quería perder a Aiden, pero ese era un asunto por completo diferente.

Tenía que ser sabia, pero ¿qué chica había sido alguna vez inteligente con un hombre hermoso?

¡Y menos con uno que cocinaba!

Aiden llevó dos platos al sofá y se sentó al lado de sus piernas. Sparky se colocó entre ellos mientras comían; la comida estaba deliciosa. Era un plato de pasta con mucho menos queso del que ella solía ponerle, pero estaba bueno.

—Aiden, gracias —le dijo.

—De nada —respondió él—. Podría haber hecho algo más elaborado, pero esto es rápido, y tú no tienes exactamente una cocina muy extensa.

Ella se echó a reír.

—No cocino mucho. Desayuno y como en la cafetería y, cuando llega la hora de la cena, lo que menos me apetece es prepararme algo para comer, así que, normalmente, como cualquier cosa. A veces hiervo un puñado de pasta y le echo un poco de queso frío por encima y me voy a dormir.

Él abrió los ojos de par en par con una expresión de horror.

—Eso no es saludable. Al menos, cómete una ensalada. Sabes que puedes comprar esos paquetes de lechugas variadas ya cortadas y lavadas. ¡Ni siquiera tienes que hacer nada! Ábrelo y cómelo. Cubrirá tu ingesta diaria de verduras.

Ella hizo una mueca.

—Como patatas, ¡eso cuenta!

—No cuenta en absoluto.

—Supongo que esto significa que te gusta cocinar —dijo ella.

—Sí —respondió él—. Es satisfactorio reunir los ingredientes y preparar un plato. En la jardinería hay mucha más planificación y esperar el resultado requiere paciencia, pero con la cocina, obtienes un resultado inmediato. Y es delicioso.

—Me encanta la buena comida. Creo que nunca me metí en la cocina porque era Nani-Ma la que preparaba la comida, y ella hacía los mejores platos del mundo.

Saphira sonrió con cariño al acordarse de su abuela y, de repente, recordó algo.

—De hecho, cada primavera preparaba un plato de curry de cordero con capullos de flores. No recuerdo cómo se llama, pero era mi plato favorito. No lo he comido desde que ella murió.

Él se quedó pensativo. Después, siguieron comiendo, hablando de cosas intrascendentes. Ella se sintió mucho mejor, con más energía. Cuando terminó de comer, él tomó los platos y los llevó a la cocina. Ahora que estaba más relajado, miró a su alrededor y observó los detalles de su casa.

Ella se sentía cohibida por su apartamento; era un poco caótico y de estilo antiguo, porque había conservado todas las decoraciones de Nani-Ma y las había colocado, incluso después de vender su antigua casa y mudarse al apartamento que había sobre la cafetería.

Nani-Ma tenía muchas obras de arte y artefactos mongoles de estilo antiguo, pero Aiden lo estaba mirando todo con interés, asimilándolo en silencio. Caminó por el apartamento y se detuvo frente a una pintura enmarcada. Sonrió.

—¿Tú hiciste esto? —le preguntó, mirándola.

—Culpable —dijo ella.

Empujó a Sparky para que se bajara de su regazo, se levantó y se puso a su lado. Sparky se acercó y se colocó entre Aiden y ella mientras ambos miraban el dibujo. Lo había hecho cuando era pequeño. Era un autorretrato que la mostraba sobre un dragón; siempre había amado a los dragones.

Nani-Ma lo había enmarcado y Saphira lo colgó, no porque fuera un mérito debido a sus inexistentes habilidades artísticas, sino porque hacía que se sintiera como si su abuela todavía estuviera allí, animándola, diciéndole que ningún sueño era demasiado grande. En un mundo donde los dragones volaban por el aire, nada estaba demasiado lejos de su alcance.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y pestañeó para disiparlas.

—¿Hiciste esto también? —preguntó Aiden, moviéndose un poco. Ella se movió con él, como si estuvieran en una galería de arte. Al lado del dibujo del dragón había otra obra de arte enmarcada, aunque Saphira había hecho aquella una década después de la pieza inicial.

—Sí —dijo Saphira.

Era el dibujo de un local, con *El Café del Pequeño Dragón* escrito en grandes letras de imprenta en la fachada. El edificio era muy diferente de su cafetería actual, pero la idea, el nombre ya estaban allí.

—Lo hice cuando era adolescente —explicó—. Fue unos meses después de empezar a trabajar en mi primera cafetería, y fue la primera vez que se me ocurrió la idea de tener un establecimiento propio.

Aiden giró la cabeza hacia ella con cara de asombro.

—Saphira, has convertido tu sueño en realidad —dijo—. Estoy muy orgulloso de ti, y espero que tú también estés orgullosa de ti misma.

Ella se ruborizó.

—Supongo que he estado tan ocupada con todo que todavía no he tenido la oportunidad de sentirme orgullosa —dijo.

Él volvió el cuerpo completamente hacia ella.

—Bueno, entonces, aprovecha este momento y siéntete orgullosa por todo lo que has logrado. Aunque la cafetería no avanzara más, aunque se derrumbara y fracasara, tú has llegado hasta aquí. Lo has conseguido.

—No lo había pensado de esa manera.

Saphira había estado tan ocupada intentando que todo saliera bien que ni siquiera se había detenido a ver hasta dónde había

llegado. En aquel momento, al mirar el dibujo que había hecho hacía una década, se dio cuenta de que él tenía razón.

—¡Sí, lo he conseguido!

Había hecho realidad su sueño. Había convertido en realidad aquel dibujo, aquella visión.

A veces, se movía tan rápidamente que se olvidaba de tomarse un segundo para respirar, y le agradecía a Aiden que se lo hubiera recordado. Lo necesitaba.

—Ojalá estuviera aquí Nani-Ma para verlo —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

Miró a Aiden y, luego, a Sparky. Nani-Ma los habría adorado, sobre todo a Aiden. Saphira podía imaginarse su encuentro con absoluta claridad, y la imagen era como una lanza atravesándole el pecho, porque sabía que nunca iba a suceder.

—Lo siento —dijo él.

—Gracias —respondió ella, y se sentó de nuevo. Él se sentó a su lado y ella dio un largo suspiro—. Ha pasado más de un año, pero todavía duele. Estoy segura de que lo entiendes.

Él asintió.

—Aunque Danny y yo estábamos muy unidos, en realidad no nos veíamos todos los días. A veces él se ausentaba por trabajo durante una semana, así que, al principio, pude engañarme a mí mismo pensando que volvería a verlo pronto, que en realidad no se había ido para siempre.

—Yo también hacía eso, al principio —le dijo ella, mientras se colocaba un cojín en el regazo—. Olvidaba que ella ya no estaba aquí, así que a veces ocurrían cosas y pensaba: «Oh, a Nani-Ma le encantará enterarse de esto», y levantaba el teléfono para llamarla. Luego recordaba que se había ido, que no podía llamarla. Y la pérdida me golpeaba de nuevo.

—Luego, lentamente, empiezas a funcionar con el dolor y te acostumbras a él —dijo Aiden, con voz suave. Suspiró—. No sé qué es peor: el dolor o acostumbrarse a él.

—Al principio, me dolía demasiado pensar en ella y hablar de ella, así que intentaba no hacerlo, y luego me sentía mal, como si la estuviera olvidando —dijo Saphira, jugueteando con el borde del

cojín—. Pero ahora lo peor del dolor ha pasado y me encanta recordarla, de verdad.

—Yo siento lo mismo —dijo—. Ahora que lo peor del dolor ha pasado, siempre estoy pensando en Danny, sabiendo que se reiría mucho de alguna cosa, o escuchando su respuesta inteligente.

—¡Yo también escucho la voz de Nani-Ma! —exclamó Saphira, sonriendo—. Sobre todo, en la cafetería, me siento conectada con ella, ya que gracias a ella pude lograr ese sueño. Nani-Ma hizo que le prometiera que montaría el café; por eso quiero que tenga éxito, para poder mantener esa conexión con ella. En cierto modo, es como convertir todo el dolor en amor, y puedo mantener vivo su legado a través de la cafetería.

—Eso es maravilloso —dijo Aiden—. Creo que puedo entenderlo un poco, y creo que entiendo por qué Danny me dejó un huevo de dragón. Es como si quisiera asegurarse de que yo tuviera un pedazo de él, incluso después de que se fuera —explicó—. Quiero hacer lo correcto por mi hermano, y creo que ahora puedo hacerlo. Me siento conectado con Sparky, más aún ahora que estamos creando un vínculo, y todo es gracias a ti, Saphira.

—Oh, yo no estoy haciendo mucho —dijo ella, avergonzada.

—Sí, sí lo estás haciendo —dijo él, y siguió explicándose—: Me enfadé muchísimo con mis padres cuando hicieron eclosionar el huevo porque no quería lidiar con eso, pero, ahora, entiendo por qué lo hicieron y lo desagradecido que estaba siendo. Tú me ayudaste a darme cuenta de que, aunque mi familia es un poco dominante e intrusiva, tienen buenas intenciones, son buenas personas.

—Me gusta eso —dijo ella—. Aunque a veces parezcan una carga, son una bendición.

Su gran familia. Era algo que ella no tenía, pero se había sentido parte de esa familia al ir a cenar con él.

—Sí, es cierto —dijo Aiden. Miró el reloj y se puso de pie—. Se está haciendo tarde. Deberías tomarte el día libre mañana para seguir descansando. No podemos permitir que te agotes. ¿Y qué tal tienes el brazo?

Le tomó la mano y la levantó para ver el área afectada. La mayor parte de la quemadura ya estaba curada.

—Está bien —le dijo ella, mientras se levantaba también—. Ya casi no me duele.

—Bien —dijo él—. Pero, aun así, deberías descansar mañana.

—No puedo tomarme tiempo libre —respondió ella—. Estaría demasiado estresada como para relajarme.

Él frunció el ceño.

—Deberías contratar más empleados.

—Lo sé —respondió ella, y caminó con él hacia la puerta—. Contraté a una persona para cubrir a Lavinia, pero tal vez me ponga en contacto con otras personas a las que entrevisté para contratar a otra.

Tendría que hacer cuentas para saber si podía permitírselo, pero, tal vez, era hora de priorizar algo así.

—Sí, estaría bien. No deberías hacerlo todo tú misma, ya sabes.

—Estoy empezando a darme cuenta —dijo ella, y sonrió—. Gracias de nuevo por tu ayuda, y por la cena, y por estar aquí. Por todo.

—Estoy feliz de hacerlo —respondió él, con una expresión tierna. Se volvió hacia Sparky—. Vamos, amigo.

Sparky se acercó y dio un salto para lamerle la cara a Saphira como despedida.

—Estoy feliz de que seamos amigos —dijo ella. Después, vaciló.

No quería dar por sentada una relación más profunda de la que había, pero, si él pensaba en ella solo como amiga y como alguien que estaba entrenando a su cachorro de dragón, entonces, seguramente, no la miraría de la manera en que lo hacía, ¿verdad?

—Somos amigos, ¿no? —preguntó.

Por un momento, ella pensó que había dicho algo incorrecto, porque él se quedó decepcionado. Pero luego, Aiden tragó saliva y respondió.

—Sí —dijo, con la voz ronca—. Amigos.

Ella exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno, gracias de nuevo —dijo, y se acercó a abrazarlo para despedirse. Se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

Él le rodeó el torso y ella sintió sus brazos fuertes y firmes, y sus cuerpos quedaron pegados uno al otro. Una corriente eléctrica pasó

por su espalda y le provocó un estremecimiento. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía.

Él emitió un sonido ahogado y la acercó aún más. Sus manos le presionaron su piel con un contacto abrasador. A ella se le cortó la respiración mientras el calor se extendía por todo su ser. Inhaló el dulce aroma de menta de su piel y sintió el cuerpo dolorido.

Aiden comenzó a respirar de manera superficial. Ella se apartó y miró su rostro, sus ojos, que eran dos pozos oscuros. Él miró su boca y se le separaron los labios. A ella se le aceleró el pulso.

Por un momento, pensó que Aiden iba a besarla, y se inclinó hacia delante, pero él apretó la mandíbula y susurró un adiós.

Capítulo 16

Saphira se tomó con calma el entrenamiento de Sparky durante los siguientes días para recuperar fuerzas. Cada vez que Aiden iba a la cafetería, le llevaba algún tipo de refrigerio saludable, como nueces, fruta o dátiles.

Parecía que tenía la misión de asegurarse de que alguien la cuidara, aunque tuviera que hacerlo él mismo, lo cual era en realidad dulce. Ella había estado sola desde que murió Nani-Ma y sabía que era fuerte, que podía soportarlo, ser una mujer independiente y dueña de un negocio, pero también era bueno tener a alguien en quien apoyarse.

Entrevistó y contrató a dos empleados más, un lavaplatos y un cocinero, y eso fue una gran ayuda; nunca se habría imaginado que iba a tener varios empleados. Había descubierto cómo conseguir que su plan funcionara financieramente, aunque eso significaba retrasar el pago del resto de la hipoteca, algo que había sido su plan original.

Estaba un poco decepcionada por tener que posponerlo, porque sabía que pagarla le facilitaría la vida a largo plazo, pero realmente ya no era posible seguir trabajando sin ayuda. Nunca en la vida se había desmayado, y era aterrador que se hubiera esforzado tanto.

No iba a repetir ese error, y los dos nuevos miembros del personal la ayudaron maravillosamente con eso. Con su llegada a la cafetería, ella sentía que tenía energía y tiempo libre.

En aquel momento tenía un rato para sí misma en el café. El lavaplatos y el cocinero estaban en la cocina, y Calahan estaba en la

máquina de café expreso, preparando las bebidas. Tenía la piel oscura y el cabello corto y muy rizado, y estaba en la escuela de posgrado estudiando Folclore y Mitología y especializándose en la docencia.

Ya tenía la suficiente práctica con las bebidas como para preparar las consumiciones, y era un buen tipo. Ella había dudado a la hora de contratar a personas nuevas y dejarlas entrar en la cómoda burbuja que Lavinia y ella habían creado en su café, pero Calahan era amable y tenía una buena disposición, aunque fuese un poco callado.

Como tenía un momento libre, salió por la puerta lateral en dirección al jardín. Cuando abrió la puerta, oyó que la llamaban desde el interior del café.

—¡Saphira, espera! —exclamó Theo, mientras se acercaba.

Ella se detuvo en la entrada. Aiden estaba trabajando en el jardín y se quedó mirándola.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Theo.

Parecía que estaba preocupado; se pasó una mano por el pelo.

—Me temo que Lavinia está trabajando demasiado —dijo.

«Oh», pensó Saphira. «Un mejor amigo que se preocupa mucho. Qué bombón».

—No te preocupes —le dijo, para tranquilizarlo—. He contratado a más personal y el otro empleado a tiempo parcial está mucho más adaptado ahora, así que los turnos de Lavinia no van a ser tan agotadores. Además, le he asignado menos turnos. Acabo de terminar el horario de la próxima semana, así que Lavinia podrá concentrarse más en el Hospital de Animales.

—Uf —murmuró Theo, con alivio—. Está bien, perfecto, esa es una gran noticia.

Saphira sonrió y le apretó el brazo. De repente, Aiden estaba allí, a su lado. Miró fijamente a Theo, fulminándolo con los ojos, con una expresión malhumorada.

—Hola —le gritó a Theo.

—Hola, hombre —dijo Theo, con su sonrisa de niño.

Le tendió una mano, y Aiden la miró un momento con los ojos entrecerrados. Luego se la estrechó. Y debió de hacerlo con

demasiado fuerza, porque Theo dio un grito de sorpresa.

Entonces Sparky apareció al otro lado de Saphira y también le gruñó a Theo. Saphira estaba confundida y preocupada. ¿Qué les había pasado a aquellos dos?

—Saphira, quiero enseñarte una cosa —dijo Aiden, tratando de llamar su atención.

—Bueno, yo ya me iba —dijo Theo, retirando la mano y flexionando los dedos. Miró a Aiden de una forma extraña—. Adiós, Saphira.

Saphira se acercó y le dio un rápido abrazo. Sparky le tiró del bajo de la falda, tratando de apartarla, y ella se echó a reír.

—Ya voy, ya voy —dijo—. Adiós, Theo.

Se despidió de su amigo con la mano y él se marchó. Cuando ella se giró, se dio cuenta de que Aiden estaba echando humo.

—Por aquí —le dijo él, llevándola a la parte del jardín que estaba al lado del edificio.

Ella vio unas hileras ordenadas de tierra con pequeñas plantas verdes.

—Es un huerto de verduras y hierbas aromáticas —le explicó Aiden.

—¡Ah!

—Reducirá tus gastos en alimentos y también sabrá más fresco —dijo él, sonriéndole cuando ella se giró para mirarlo. La luz del sol le iluminaba la piel, y ella sintió una oleada de cariño por él—. Y de esta manera puedes comer más verduras. Ahora no tienes excusa.

—Me encanta —dijo ella, radiante.

Sparky trotó por el césped. Estaban a finales de mayo y todo estaba verde y exuberante gracias a toda la lluvia del mes anterior. El jardín ya estaba casi limpio y Aiden había plantado arbustos de flores para embellecerlo.

—Gracias, de verdad. Gracias —le dijo ella.

Él sonrió, complacido. Pero, luego, se le oscureció la expresión.

—¿Quién era ese? —preguntó, frunciendo el ceño.

—¿No conocías a Theo? —le preguntó ella, sorprendida.

—No.

Juraría que los había presentado en algún momento, ya que Theo siempre entraba y salía, pero tal vez no lo hubiera hecho.

—Theo es el mejor amigo de Lavinia —le dijo—. Le tengo mucho cariño.

Aiden frunció el ceño.

—Como a un hermano menor —añadió ella, y la expresión de Aiden cambió de inmediato.

—¡Oh!

Saphira reprimió una carcajada. ¿Se había puesto celoso? ¿De Theo? También se había puesto de mal humor cuando su primo Oliver, que era un niño, había intentado pasar el rato con ella en la cena de su familia, así que, tal vez…

Saphira se puso contenta con la idea. Además, se había reído con Sparky, que había intentado alejarla de Theo en nombre de Aiden cuando se dio cuenta del descontento de su jinete. Sus muchachos posesivos.

Miró a Sparky, que estaba mucho más feliz una vez que se habían quedado solos los tres de nuevo. Estaba dando vueltas por la hierba, lanzando pequeñas bolas de fuego por el aire. Ahora estaba bien adaptado, bien entrenado; no se alejaba y no causaba demasiado caos, lo cual era muy conveniente para Aiden mientras trabajaba.

Pero eso también significaba que había llegado la hora de pasar a la siguiente fase del entrenamiento de Sparky: la socialización. Necesitaba aprender a ser bueno con otras personas también, algo en lo que no tenía práctica, teniendo en cuenta su comportamiento hacia Theo.

El pequeño dragón también tenía que aprender a interactuar con otros dragones. Los dragones tenían su propia forma de comunicarse y vincularse entre sí, y Sparky debía aprender a sentirse cómodo con los de su propia especie, no solo con los humanos. Y no solo con los dragones basalta de su familia, con los que se relacionaba en la finca de los Sterling, sino con todos los dragones.

Saphira se lo consultó a Aiden, y él se rascó la mejilla, pensándolo.

—Tienes toda la razón —dijo él—. Así que, sea cual sea la mejor manera de proceder, estoy dispuesto.

—El café no está demasiado lleno ahora —respondió Saphira—. ¿Quizá sea un buen momento para comenzar?

Aiden asintió. Tomó a Sparky en brazos y la siguió al interior de la cafetería.

—Tal vez puedas conseguir una mesa en el centro —le sugirió ella.

Había algunas mesas ocupadas por cachorros de dragón y sus jinetes, y una libre en el centro. Aiden asintió y fue a dejar a Sparky en el suelo, pero el dragón dio un pequeño gruñido. Le gustaba que lo tuvieran en brazos.

—Creo que está acostumbrado a estar en el café cuando está vacío —dijo Aiden. Por lo general, ellos estaban allí cuando ya se habían ido todos, por la noche—. No creo que le guste que haya toda esta gente en lo que él imagina que es su espacio.

—Lo has tenido dentro algunas veces —dijo Saphira.

—Pero, normalmente, se queda en un pequeño rincón o en una de las camitas —respondió Aiden. Frunció el ceño—. Eso no es bueno. No quiero que sea solitario como yo, quiero que sea valiente como tú.

—Ay.

Ella no sabía qué más podía decir, pero la conmovió que él la viera de esa manera. A pesar de las protestas del cachorro, Aiden dejó a Sparky en el suelo y caminó hacia la mesa que estaba libre, haciendo un gesto para que Sparky lo siguiera. El pequeño dragón se quedó clavado en el sitio y comenzó a gemir. Los dragones no lloraban, pero sí gemían si estaban gravemente heridos. De lo contrario, simplemente se ponían inquietos y se rascaban la cara, que era lo que estaba haciendo Sparky en aquel momento.

—Shh, Sparky, no —le dijo Aiden, en tono severo.

Normalmente era suficiente con eso, pero, aquel día, Sparky estaba de mal humor. El tono fuerte de Aiden hizo que se enfadara todavía más, y se rascó la cara con más agresividad, gruñendo.

—Oh, está bien, cariño —dijo Saphira, en un tono persuasivo.

Se agachó y tomó a Sparky en brazos para tranquilizarlo mientras caminaba hacia Aiden. De repente, sintió que la gente se giraba para

mirarla y se dio cuenta de lo extraño que podría parecer. Por lo general, solo los jinetes entrenaban a sus dragones, pero no era raro que una pareja entrenara a un dragón. Sin embargo, Aiden y ella no eran una pareja. La mirada de todos hizo que fuera muy consciente de ello y se sintió cohibida y nerviosa.

—Toma —le dijo a Aiden, entregándole a Sparky, y carraspeó—. Necesito ir a revisar… la cocina.

—Está bien, trabajaré en Sparky mientras tanto —dijo Aiden, que no había notado la atención que había recibido ella.

Saphira fue a la cocina con la sensación de que la gente la miraba mientras caminaba. Sabía que se estaban preguntando qué estaba haciendo con Sparky y con Aiden. Por qué Aiden le habría pedido a alguien como ella que le ayudara a entrenar a su dragón, cuando ni siquiera pertenecía a una familia Drakkon.

En la cocina, Saphira contuvo el aliento. Tal vez fuera un poco sensible a las percepciones que los demás tenían de ella, pero era difícil no serlo, sobre todo si muchas de aquellas personas sabían que su madre había muerto participando en una carrera con un dragón cazado furtivamente.

Lo gracioso era que, después de estar entrenando a Sparky, ella entendía a su madre más que nunca: el deseo desesperado de estar cerca de los dragones la había llevado a adquirir uno en el mercado negro, con tal de tener un dragón que fuera suyo.

Al ver a Sparky con ella, ¿pensaría la gente que era como su madre, que estaba metiéndose en un lugar al que no pertenecía y nunca pertenecería?

Intentó apartarse aquellos pensamientos de la cabeza antes de entrar en una espiral. Recordó que Aiden le había dicho que quería que Sparky fuera valiente, como ella.

Así pues, reunió valor y salió de nuevo, manteniendo la espalda erguida. Aiden estaba en la misma mesa, en medio del local, sentado con Sparky a sus pies. Había otros cachorros que también estaban a los pies de sus jinetes, pero Sparky no interactuaba con ellos. Tenía mucha timidez y estaba intentando esconderse detrás de las piernas de Aiden.

El cachorro buscó a Saphira con la mirada y, cuando la vio, ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Sabía que Sparky iba a animarse poco a poco. No obstante, era difícil para él socializar de esa forma, y ella se dio cuenta de que Aiden tampoco estaba muy dispuesto a hacerlo. Por lo general, los dragones se relacionaban con otros dragones con los que ya estaban familiarizados, algo que ocurría normalmente cuando los jinetes ya eran amigos. Sin embargo, no parecía que Aiden tuviera ningún amigo de ese tipo.

Ojalá hubiera una manera más fácil para que los cachorros de dragón se mezclaran. Cuando Saphira recogió a Sparky del área de cuidado en los jardines públicos de Starshine, parecía que estaba bien con los otros cachorros, porque todos habían estado jugando juntos.

¡Oh! Se dio cuenta de algo. Debería hacer un área para que los pequeños dragones jugaran; tal vez el jardín sería bueno para eso. Podría convertirlo en un corral para los cachorritos.

Saphira estaba contenta con la idea; se la sugeriría a Aiden más tarde. En ese momento, vio que Aiden estaba intentando convencer a Sparky para que se relacionara con los otros, para que no solo se quedara a sus pies.

Aiden quería que Sparky fuera amigable, pero él no era la persona más amigable del mundo, y ella lo miró con diversión un momento antes de intervenir. En cuanto se acercó, Sparky saltó y revoloteó a sus brazos.

Ella lo sostuvo, aunque ya estaba un poco grande para eso. Como tenía al nuevo cocinero y al chico para lavar los platos, y Calahan se ocupaba de las bebidas, no tenía mucho que hacer, solo servir las consumiciones.

Así que sostuvo a Sparky con un brazo y entregó los cafés y los tés con la otra mano. Apuntó un pedido de un café con leche de almendras y lo llevó a una mesa, donde estaba sentada una de sus clientas habituales con su cachorro de dragón.

—Sparky, saluda a Rex —le dijo Saphira, dejándolo en el suelo.

Rex era un dragón granate de ojos rojos. Ambos se miraron: Rex, con curiosidad y Sparky, con timidez. Ella empujó a Sparky hacia adelante con el pie y él olfateó a Rex con algo menos de vacilación.

—Disfruta de tu café con leche, Mari —le dijo Saphira a la clienta, con una sonrisa. Luego, se alejó con Sparky pegado a sus pies.

Entre pedidos, Saphira paseó a Sparky por el local, presentándoselo a los otros cachorros.

Lentamente, Sparky comenzó a animarse. Saphira miró a Aiden y le hizo un gesto con los pulgares hacia arriba, con entusiasmo. Él le devolvió el gesto con cara de alivio por no estar en su posición. Se había cambiado de mesa y estaba en una esquina, prácticamente escondido, con una taza de manzanilla.

Todo transcurrió sin problemas. Saphira estaba feliz de tener a Sparky a su lado. Hasta que fue a presentárselo a la señora Cartwright, que estaba allí con su cachorro de dragón ópalo, Thorn. La señora Cartwright miró a Saphira con curiosidad.

—¿Qué estás haciendo con este pequeño ángel? —le preguntó, mientras acariciaba a Sparky—. No puede pertenecerte.

Su tono de voz hizo que ella se sintiera extraña.

—Um, no, lo estoy entrenando para la familia Sterling —respondió, tragándose el nudo que tenía en la garganta. La señora Cartwright hizo una mueca de desconcierto. Ella también se quedó confundida.

Ella sabía que le caía bien a la señora Cartwright, pero, tal vez, solo le caía bien mientras supiera cuál era su lugar. Y desfilar por la cafetería con un cachorro de dragón propio, evidentemente, no era su lugar.

—Pero ¿por qué te lo han pedido? —preguntó la señora Cartwright, parpadeando.

Ella se ruborizó.

—No lo sé —respondió. Después, sonrió forzadamente y dijo—: De todos modos, ¡que disfrute!

Entonces se alejó. Sparky la acompañó con un trotecillo. Mientras caminaba por el local, tuvo la sensación de que los otros clientes se preguntaban lo mismo; sus miradas de interrogación la alteraron. El café era pequeño y casi todos habrían oído la conversación.

Gracias a Dios, Aiden no la había oído, ya que estaba en la esquina opuesta. No quería que él también dudara de su credibilidad.

Pero ¿cuáles eran sus credenciales, exactamente? Ella no pertenecía a ninguna familia Drakkon. Era extraño que Aiden le hubiera pedido que entrenara a Sparky. No era una tarea para ella.

Sparky debió de presentir que algo no iba bien, porque le tocó la pierna con la pata. Cuando ella miró hacia abajo, él levantó las patas delanteras para que ella lo tomara en brazos. Ella lo hizo y él le lamió la cara, acariciándole el cuello, hasta que ella sonrió.

A partir de ese momento, ella intentó ignorar las miradas y los pequeños comentarios lo mejor que pudo, concentrándose en lo más importante, Sparky.

Siguió intentando ayudar al pequeño dragón a socializar. Aiden la ayudaba cuando podía.

Hubo algunos pequeños contratiempos, cuando Sparky trató de robarle la comida a otro cachorro, o empezó a gruñir, o le lanzó humo a otro dragón; pero, después de unos días de práctica, Sparky mejoró. Solo se trataba de la exposición repetida a otros dragones.

Lavinia ya no estaba tanto en el café debido a sus turnos en el Hospital de Animales, pero cuando estaba allí, se pasaba todo el tiempo riéndose, pellizcándole el costado a Saphira y haciendo alguna que otra mueca de beso cuando Aiden se daba la vuelta.

Detrás de la barra, ella también le pellizcó el costado a Lavinia, y Lavinia dio un grito.

—¡Ay!

—Deja de hacer el tonto —le dijo ella.

—¡Ni siquiera he dicho nada! —protestó Lavinia.

—No es necesario, lo veo en tu cara.

—Si estás viendo algo en mi cara, no es culpa mía.

—¡Claro que sí! Sabes que por eso no te lo dije… —murmuró ella, y se quedó callada, porque quería disfrutar atormentando a Lavinia.

La recompensa valió la pena. Lavinia abrió los ojos de par en par.

—¿Decirme qué?

—Nada.

—Saphira —dijo Lavinia. La agarró de los hombros y la zarandeó —. ¡Dímelo!

—Um, lo pensaré.

—Por favor.

Lavinia agarró a Saphira del brazo y se la llevó a la trastienda. Saphira se rio de la expresión desesperada que tenía su amiga.

—Bueno, bueno, no te pongas dramática, pero creo que tenías razón.

—A menudo tengo razón, pero ¿sobre qué, en concreto?

—Creo que me gusta… —dijo ella, y se quedó callada, aunque sin querer. No era capaz de decir su nombre. Se tapó la cara con las manos. ¡Dios! ¡Estaba actuando como una preadolescente enamorada!

A Lavinia se le escapó un jadeo. Lo comprendió de inmediato.

—Oh, Dios mío, esto es tan emocionante… Me encanta. Entonces, ¿cuál es el plan?

—¿Plan? —preguntó ella, y miró a su amiga—. ¡No hay ningún plan! ¡Ni siquiera sé si le gusto!

—¿Estás loca? —le preguntó Lavinia, con asombro—. ¡Por supuesto que le gustas!

—Bueno, pues, si le gusto, tendrá que hacer algo al respecto —respondió ella, con más bravuconería de la que sentía.

Lavinia hizo pucheros.

—¡Buuu!

Saphira levantó las manos.

—Lo siento, pero mi feminismo solo llega hasta cierto punto. No voy a ser yo quien dé el primer paso.

—Está bien —concedió Lavinia.

—Está bien.

Ambas se echaron a reír. Ella se sintió mareada. Se tomaron otro momento para dar unos gritos y, después, regresaron a la barra, donde había algunas personas esperando para hacer sus pedidos. Las dos se encargaron de todo, trabajando juntas. Hasta que llegó Aiden y Lavinia desapareció en la cocina, después de guiñarle un ojo a Saphira.

—Hola —le dijo Saphira a Aiden, con el corazón acelerado.

—Hola —respondió él, y le pidió una taza de té verde de jazmín.

Se quedó allí mientras se lo preparaba, inclinado sobre el mostrador. Ella disfrutó de la intimidad y de su cercanía e inhaló el aroma a menta en su piel, tan dulce que tuvo ganas de lamer su cuello y probarlo.

Le entregó el té y le dio a Sparky un bocadillo. Después, cuando vio a Aiden dirigiéndose directamente a la esquina para sentarse en una mesa, sonrió para sí misma. Aunque había estado enseñándole a Sparky habilidades sociales durante los últimos días, pensó que ya era hora de que hiciera lo mismo con Aiden.

Se acercó a su mesa con un vaso para llevar y él levantó la vista, sorprendido.

—¿Me vas a echar? —preguntó, confundido.

Ella sonrió, sacudiendo la cabeza.

—No, tonto —respondió. Vertió su té en el vaso para llevar y luego se lo entregó—. De esta manera te resultará más fácil caminar. También necesitas mejorar a la hora de relacionarte ¿o qué le vas a enseñar a Sparky?

Él dio un largo suspiro.

—Uf, sé que tienes razón —dijo. Se puso de pie y giró los hombros —. Está bien, lo intentaré.

Ella se alegró de que la escuchara tan fácilmente, aunque le estuviera pidiendo que hiciera algo con lo que no se sentía cómodo. Las cosas habían cambiado mucho desde el principio de su asociación, cuando ella le pedía una y otra vez que se quedara al entrenamiento de Sparky y él no lo hacía. Aiden era muy diferente ahora. Ella tenía la sensación de que podía pedirle cualquier cosa y él no se negaría, algo que la complacía enormemente.

—Bien —le dijo. Le apretó el brazo y se retiró a la barra.

Durante el resto del día, Saphira observó a Aiden, que intentaba caminar con Sparky a cuestas. Estaba indeciso e incómodo, pero la mayoría de las personas del café ya lo conocían, así que era solo cuestión de saludar para comenzar una charla informal.

Fue mejorando a medida que pasaban las horas, y ella se dio cuenta de que el hecho de ver a Aiden relacionándose con los demás estaba teniendo un efecto positivo en Sparky. Saphira estaba orgullosa de él.

Después de que todos se fueran, Aiden miró a su alrededor, comprobando que no quedara ningún cliente, y exhaló un gran suspiro.

—Gracias a Dios —dijo, sentándose en la barra. Inclinó la cabeza de manera dramática y Saphira se echó a reír.

—No ha sido tan terrible, ¿no? —preguntó.

—En realidad, sí —respondió él, mirándola—. No me gusta estar rodeado de gente.

—Oh, vamos —dijo ella—. Estás perfectamente bien conmigo.

Él hizo una pausa y la miró con intensidad, casi atravesándola.

Ella notó un cosquilleo en el estómago.

—Tú no eres gente —le dijo él, con la voz entrecortada—. Tú eres… tú.

Capítulo 17

Cuando mayo llegó a su fin, las cosas iban notablemente bien. Sparky ya estaba bien entrenado y no había mucho más que enseñarle, excepto a volar, lo que debería haber hecho feliz a Aiden. Sin embargo, le causó mucho estrés.

El dragón ya estaba aprendiendo por sí mismo a medida que crecía, al igual que los niños pequeños aprendían a ponerse en pie y dar pasos, aunque hubiera tropiezos y caídas. Sparky estaba ansioso por trepar a las cosas y saltar. Revoloteaba un poco más lejos cada vez, pero aún no había hecho su primer vuelo.

Saphira estaba emocionada por la perspectiva, pero él estaba asustado.

Estaban en la cena familiar, a la que también había asistido Saphira. Había vuelto a ir un par de veces desde su primera visita, y a todos les gustaba tenerla cerca. A él, en especial y, quizá, demasiado. Durante la cena, su padre le preguntó cómo le iban las cosas a Sparky.

—Van bien —respondió Aiden, cortando su filete.

—Estupendo. ¿Cuándo vas a ir a Mount Echo? —le preguntó Edmund.

Aiden hizo una pausa, con un nudo en el estómago. Era precisamente la pregunta que temía. Saphira se volvió hacia él, confundida.

Aiden miró a su padre y carraspeó.

—Pronto —dijo, moviéndose con incomodidad. No quería hablar de ello en ese momento, delante de todos.

Por suerte, Emmeline se dio cuenta. Cambió de tema y la conversación siguió adelante. Saphira no le preguntó nada después de la cena, aunque él percibía que quería hacerlo. Y él también quería hablar con ella de aquel tema, pero aún no, porque antes prefería entender exactamente qué era lo que quería decir. A veces, necesitaba aferrarse a sus pensamientos y emociones un rato antes de dejar que salieran al mundo.

Apreciaba que no lo presionara, ni siquiera al día siguiente. Todavía estaba tratando de descubrir cómo hablar con ella sobre eso y tenía mucha ansiedad. Apenas pudo dormir en toda la noche.

Mount Echo era el lugar donde los dragones iban para su primer vuelo. Había una especie de priorato allí, dirigido por aquellos que tenían el conocimiento de los rituales antiguos relacionados con los dragones. El primer vuelo de un dragón requería rituales, costumbres muy importantes. Su madre le llamaba frecuentemente para recordárselo. Él no se lo había contado a su madre, pero no quería hacerlo. Ayudaría a Sparky a volar, sí, pero temía lo que implicaba eso para el futuro de Sparky: los inevitables peligros de las carreras.

Al mismo tiempo, tampoco podía impedir el crecimiento de Sparky.

De ahí el dilema.

La noche siguiente, cuando Aiden se reunió con Saphira en el jardín para el entrenamiento de Sparky, estaba inquieto y distraído. Se sentaron en el césped, a la luz del sol, disfrutando del tiempo cálido.

La idea de Saphira de hacer un corral era brillante y, ahora que el jardín estaba limpio y renovado, él estaba diseñando el espacio para tener diferentes secciones de juego y socialización para los cachorros.

En ese momento, Sparky estaba intentando trepar por la cerca que había instalado a lo largo del perímetro del jardín. Saphira lo persiguió y tiró de él hacia atrás.

—Sparky, no —le ordenó, dándole un trozo de madera para que jugara y se apartara de la cerca. Se dio la vuelta para reunirse con él

en el césped y dijo—: No pensé en esto cuando tuve la idea del corral.

—¿Tal vez necesitemos una cerca más alta? —propuso él, y se quedó pensativo mientras ella se sentaba a su lado—. Pensaré en una solución —dijo, aunque, en aquel momento, no se le ocurría nada debido a la preocupación que experimentaba.

Eso era un síntoma del nivel de tensión que sentía, porque normalmente, cuando estaba cerca de Saphira, solo podía concentrarse en ella.

—Umm…

Ella lo miraba mientras pensaba en algo, jugueteando con las briznas de hierba entre sus dedos. Flexionó las rodillas y las apoyó contra las de él.

—¿Qué pasa? —le preguntó. Ella lo había notado, por supuesto que lo había notado. Siempre le sorprendía descubrir lo bien que podía descifrarlo, pero también se sentía aliviado, como si ya no necesitara fingir, como si pudiera ser él mismo.

Al ver que vacilaba, Saphira ladeó la cabeza.

—Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad? —le dijo, porque sabía que él necesitaba un pequeño empujón para arrancar. La admiraba. Como siempre, en aquel momento estaba radiante sentada a la luz del sol, con su cabello oscuro recogido en una trenza suelta y algunos mechones enmarcando su rostro. Tenía tanta energía positiva… Era increíble.

—¿Cómo estás tan feliz? —le preguntó él, con curiosidad—. No tienes a nadie.

Las palabras se le escaparon sin pensarlo.

El dolor se reflejó en la cara de Saphira y los ojos se le llenaron de lágrimas.

La culpabilidad lo atravesó. Dios, ¡él era lo peor!

—Lo siento, siento haber dicho algo tan terrible —dijo él, haciendo una mueca—. Quería decirlo en el buen sentido, te lo prometo.

—¿Es bueno… que esté sola?

—¡No! Por supuesto que no. Eso está fuera de tu control. Pero me refería a cómo reaccionas a todo eso. Eso sí está bajo tu control, y me sorprende. Cómo eliges ser feliz, a pesar de todo.

Ella reflexionó sobre lo que había dicho. Ya no estaba herida, lo cual fue un alivio.

—Uno de mis poemas favoritos —le explicó— dice que hay que amar la vida, amarla incluso si no tienes el ánimo necesario para ello. Es algo que me decía Nani-Ma, y creo que es verdad. Tienes que tomar la decisión de estar contento.

—Eso es hermoso.

Una vez más, se quedó asombrado. Ella nunca dejaba de sorprenderlo.

Saphira lo miró de una manera peculiar.

—¿Es eso lo que te ha estado molestando últimamente?

—Ah…, no —dijo él, y respiró profundamente—. ¿Te acuerdas de que mi padre mencionó algo sobre Mount Echo en la cena de la otra noche?

—Sí —respondió ella—. Pensé que toda la melancolía de los últimos tiempos tenía algo que ver con eso.

Pero ella no se quejaba, solo bromeaba. Él sonrió.

—Es el lugar al que algunas de las familias Drakkon, las más antiguas, llevan a sus dragones para su primer vuelo —le explicó—. Es una tradición muy antigua.

—Oh, interesante —dijo ella—. ¿Y qué pasa allí?

—Es una especie de monasterio. No sé cómo explicarlo bien, pero es un lugar muy espiritual. Allí viven en clausura y dedican sus vidas a cuidar dragones y aprender sobre ellos. Está dirigido por unos novicios a quienes llamamos *hermana* o *hermano* por respeto a su conocimiento y dedicación.

—Fascinante. Nunca había oído hablar de esto, así que no sabía nada al respecto.

—Es una de esas cosas de las familias Drakkon.

—Oh.

Algo oscuro apareció en su rostro un momento, pero fue tan rápido que él pensó que lo había imaginado.

—Entonces, ¿qué estabas diciendo sobre el primer vuelo del dragón? —preguntó Saphira.

—Sí… Hay un ritual que, supuestamente, ayuda al cachorro de dragón a ser un volador más fuerte, por eso mi padre preguntó

cuándo iríamos al Mount Echo. Mi madre también me llamó para hablar de eso, para recordarme lo importante que es esta etapa de desarrollo para Sparky, y sé que necesito hacerlo por su bien, pero… Bueno, supongo que es una perspectiva desalentadora. No estoy dispuesto a hacerlo y, mucho menos, solo.

—Puedo ir contigo —dijo ella, como si fuera la cosa más simple del mundo.

Él parpadeó, desconcertado. Sus palabras lo llenaron de consuelo.

—Eso sería… perfecto —respondió, mientras su estrés disminuía.

Con Saphira a su lado, pensó que podría hacer cualquier cosa.

—Pero ¿estás segura? —le preguntó—. Sería un viaje de dos días, ya que es un poco difícil llegar al monte.

—Eso estaría muy bien —dijo ella, con alegría—. Ahora tengo más personal y están lo suficientemente entrenados como para delegar en ellos mientras estoy fuera, bajo la supervisión de Lavinia, por supuesto.

Aiden exhaló un suspiro de alivio.

—Está bien. ¡Esto es genial! —dijo, con una sonrisa. Sin embargo, su alegría solo duró un momento. El miedo se apoderó nuevamente de él cuando recordó un detalle clave. Su sonrisa desapareció y ella frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Saphira con preocupación.

—Oh, um… Se me había olvidado, pero… la sabia, Mireya, vive en el Mount Echo y es la persona que está a cargo del ritual. Es muy tradicional —le explicó, y se encogió—. Es muy conservadora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Saphira, frunciendo el ceño.

—En los viejos tiempos, solo las parejas podían criar a un dragón, porque el vínculo es muy sagrado —explicó Aiden.

—Oh —dijo Saphira—. Entonces…, ¿quieres que vaya yo sola?

—No, no, por supuesto que yo quiero ir también, y no te dejaría sola ni me perdería un momento tan importante para Sparky… ¿A menos que tú quieras ir sola?

—¡No! Me encantaría que vinieras. Pensé que tal vez no quieres ir porque parece que estás muy estresado por todo esto, pero hemos entrenado juntos a Sparky, así que por supuesto que los dos deberíamos estar allí.

Ella se echó a reír. También estaba un poco nerviosa.

—Pero ¿cómo lo haremos? ¿Esta dama sabia se ofendería porque no seamos una pareja?

Él se rascó la barba incipiente de la mejilla.

—Sí. No creo que llevara a cabo el ritual, porque lo consideraría una burla hacia el vínculo sagrado.

La expresión de Saphira se apagó. Él tuvo miedo de que se echara atrás, pero tenía razón: estaban entrenando a Sparky juntos, así que era importante que ambos acudieran al ritual. Antes de que ella pudiera decir algo, se le ocurrió una idea loca, pero era tan loca que podría funcionar.

—¿Y si fingimos? —preguntó. Se le aceleró el corazón por el miedo de haber dicho esas palabras en voz alta, pero quería que ella estuviese allí, por Sparky y por ella misma. Se lo merecía.

—¿Fingir qué? —preguntó ella, asombrada—. ¿Como… fingir que estamos casados?

A él le dio vergüenza haberlo sugerido. Ella era la que había dicho que eran amigos, así que tal vez no pensara en él de esa manera, pero él sentía que tenían una conexión especial. Era innegable. Quizá solo necesitaran pasar un tiempo lejos del mundo para ver si era verdad. ¿Qué mejor oportunidad que una pequeña escapada a las montañas?

Aiden ya había estado en Mount Echo y sabía que era un lugar hermoso y sereno. Pero tal vez ella no quisiera eso.

En aquel momento, estaba callada, pensando. Aiden consideró retirar la oferta y actuar como si no hubiera dicho nada, pero entonces vio una expresión decidida en el rostro de Saphira.

—Está bien, sí.

A él se le detuvo el corazón. Quería preguntarle si estaba segura, pero también tenía miedo de que cambiara de opinión.

—¿Crees que es lo mejor? —preguntó con suavidad.

—Sí.

Ella se aclaró la garganta y él notó que tenía las mejillas un poco rosadas.

—Quiero decir… Es por el bien de Sparky, ¿no? Él nos necesita allí a los dos.

—Por supuesto. Absolutamente.

¿Por qué seguía hablando? Decidió cerrar la boca.

—Y si la sabia, Mireya, no va a llevar a cabo el ritual a no ser que estemos casados, no creo que tengamos otra opción —continuó ella.

—Exacto.

Él todavía estaba en estado de *shock*, con la cabeza dando vueltas.

—Lo voy a organizar todo para que podamos ir la semana que viene.

—Me parece bien —dijo ella, asintiendo—. Reservaré los días libres.

Él tuvo ganas de vomitar. Ni siquiera después de despedirse, aquella noche, fue capaz de superar el nerviosismo. Se fue a casa y entró directamente a la cocina, donde estuvo cocinando con estrés durante más de una hora. Preparó sin darse cuenta una cantidad desmesurada de comida con la que no sabía qué iba a hacer.

En plena crisis, llamó a Emmeline y le preguntó si quería ir a cenar a su casa.

—Acabo de hacer un montón de pasta —le dijo a su prima.

—Sí, claro. Estaré allí en diez minutos.

—Perfecto.

Después de colgar, se quedó mirando el teléfono. Invitar a Emmeline era peligroso; ella lo acosaría en cuanto descubriera que estaba sucediendo algo raro. Se paseó de un lado a otro por la sala de estar, arrancando hojas de menta de una planta e inhalando el fresco aroma.

Tomó su teléfono de nuevo y llamó a Genevieve. Sonó dos veces y él pensó que no contestaría, pero sí lo hizo.

—¿Hola?

—¿Qué estás haciendo?

—Los deberes. ¿Por qué?

—Ah. Emmy va a venir a cenar, así que pensé que podrías venir tú también, si quieres. Pero si estás estudiando…

—Oh, Dios mío, sí. Le diré a Em que me recoja. Estaba a punto de tirar el libro a los dragones.

Él sonrió.

—Está bien. Nos vemos pronto, Gin.

—Hasta luego.

Las chicas llegaron poco después en el dragón de Emmeline, Torch. Sparky salió a jugar con el dragón basalto, al que adoraba de sus reuniones en la finca Sterling, y dejó a Aiden con su hermana y su prima. Emmeline y Genevieve eran unas charlatanas más interesadas entre sí que en él, algo a lo que estaba acostumbrado. Simplemente, disfrutaba estando cerca de ellas, escuchando sus historias.

—Estoy tan contenta de que hayas hecho estos planes para la cena… —le dijo Genevieve.

—Cualquier excusa es buena para no estudiar —dijo Emmeline, riéndose.

—No, de verdad. La historia de los dragones es genial, pero mis profesores de este semestre son muy aburridos. Bueno, ¿podemos centrarnos en las cosas importantes?

Se sentaron, cenaron y continuaron charlando, y Aiden se sintió mejor, con menos náuseas. Se relajó, disfrutó de la compañía de las niñas y logró terminar la cena.

Pero cuando se sentó en el sofá y ellas se acomodaron cada una a un lado de él, se dio cuenta de que había caído en una trampa.

—Entonces, ¿qué está pasando? —le preguntó Genevieve, inspeccionando su rostro.

—¿Qué quieres decir? Nada —respondió él, con la voz aguda.

—Oh, vamos —dijo Emmeline, golpeándole el brazo—. Tú cocinas así cuando estás estresado. Así que, claramente, está pasando algo.

—Me apuesto algo a que tiene que ver con Saphira —canturreó Ginny.

Aiden frunció el ceño. Las dos tenían razón, por supuesto, pero eso no significaba que él tuviera que ponerse contento por ello.

—Si quieres saberlo, voy a llevar a Sparky a Mount Echo para su primer vuelo —dijo, irguiéndose en el sitio—. Así que, simplemente, estoy un poco nervioso, ya que es un gran momento y todo eso.

—¡Pero si eso es maravilloso! —exclamó Emmeline, llena de alegría—. No tienes nada de qué preocuparte.

—En serio, estarás genial —afirmó Ginny. Después, se apoyó en el respaldo del sofá, decepcionada por la falta de chismes jugosos—. Eres como un niño grande. No puedo creer que te hayas estresado tanto por eso.

—Es verdad —coincidió Emmy, igualmente decepcionada—. El dragón de Oliver hizo su primer vuelo hace unos meses y, si Ollie ha podido gestionarlo, tú, también.

Él agradeció los votos de confianza.

—Sí, tenéis razón —dijo—. Pero me preocupa que, si Sparky aprende a volar, mi padre intente obligarme a participar en las carreras, ya que no hay nadie más que defienda el nombre de los Sterling.

—Dame unos años, yo lo haré —dijo Ginny, con despreocupación.

Él la miró con mala cara.

—Qué graciosa.

No quería que ella se involucrara en ese asunto tan peligroso y estaba seguro de que su padre sentía lo mismo por su niña.

—No te preocupes por tu padre —dijo Emmeline, retomando el tema de conversación original—. Concéntrate en Sparky.

—Cierto —dijo él. Hizo una pausa, frotándose la nuca—. Hay otra cosa. Saphira va a venir conmigo a Mount Echo.

Emmeline y Genevieve se irguieron y se miraron con incredulidad.

—¿Y qué pasa con Mireya? —preguntó Emmeline—. Ya sabes lo anticuada que es.

—Sí —convino Genevieve—. Ella no va a llevar a cabo el ritual si has estado viviendo en pecado.

Aiden se removió ante las palabras de su hermana menor.

—Por favor, no digas eso —le pidió, aunque no podía negar que, últimamente, sus pensamientos con respecto a Saphira habían sido bastante pecaminosos. Se aclaró la garganta—. Bueno, ese es el quid de la cuestión… Saphira y yo vamos a fingir que estamos casados.

Las chicas se quedaron en un silencio mortal.

—¿De quién fue la idea? —preguntó Genevieve.

—Mía —respondió Aiden.

Genevieve intercambió una larga mirada con Emmeline. Aiden frunció el ceño. Odiaba que hicieran eso porque no estaba al tanto de los ligerísimos cambios de sus expresiones faciales.

—¿Y Saphira aceptó? —le preguntó Emmeline, como si necesitara confirmación.

—Sí.

—Creo que es un… buen plan —dijo Emmeline, eligiendo con cuidado sus palabras.

—Estoy de acuerdo —dijo Genevieve, igualmente cuidadosa con su tono.

Las dos estaban siendo amables a propósito, como si trataran de no asustarlo, y a él no le gustó.

—Sed sinceras —les pidió, con un suspiro.

Ellas dos se miraron y estallaron en carcajadas.

—¡Saphira te gusta de verdad! —gritó Emmeline, agarrándole el brazo.

—Esta es una idea totalmente descabellada, ¿te das cuenta, verdad? —le preguntó Genevieve, agarrándole el otro brazo.

Ambas lo sacudieron al mismo tiempo hasta que le tembló la cabeza. Ah, esas eran las hermanas molestas que conocía y adoraba.

—¡No es para tanto! —protestó Aiden, aunque sí lo era. Movió los brazos para zafarse de ellas.

—¡Es una locura total! —exclamó Emmeline—. ¿Un matrimonio falso? ¿A quién se le ocurre eso?

—Es información secreta —le advirtió Aiden—. No se lo digáis a nadie.

—No, no lo haremos, pero ahora necesito que te pongas serio —le dijo Genevieve—. No puedes comportarte como si no te gustara.

—Es verdad —dijo Emmeline—. Por favor, admítelo.

—¡Está bien! ¡Sí, me gusta mucho! ¡Demándame!

Con aquella muestra de enfado solo consiguió que Emmy y Ginny se pusieran aún más contentas; gritaron y lo golpearon.

—¡Ay! —gritó él.

—Esto es increíble —dijo Genevieve—. Me encanta.

—Van a saltar chispas —dijo Emmy, haciendo un juego de palabras con el nombre de Sparky, que significaba chispeante, y su primer vuelo, que sería un salto.

Ginny y ella se rieron a carcajadas. A él, sin embargo, no le parecía divertido.

—Eres muy graciosa —le dijo a su prima, secamente. Entonces se dio cuenta de la locura que era aquel plan—. Voy a vomitar.

—No seas infantil —le dijo Genevieve, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y si ella no piensa en mí de esa manera? —preguntó él, hundiéndose profundamente en el sofá—. ¿Y qué pasa con las complicaciones con Sparky? Tal vez sea una mala idea…

—Buuu —gritó Emmeline—. No seas cobarde.

—¡Eres un miedoso! —exclamó Genevieve, golpeándole el brazo.

—¡Ay!

—¡Sé valiente! ¡Haz un movimiento!

—¡Sí! ¡Tal vez Saphira esté esperando que tomes la iniciativa!

—¿Sabes? Lavinia estaba diciendo… —comentó Genevieve, pero se quedó callada, sacudiendo la cabeza—. No, no puedo decirlo.

Sin embargo, ya era demasiado tarde: él había entrado en estado de alarma. Se sentó y miró fijamente a su hermana menor.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó. Sabía que Saphira le contaba prácticamente todo a Lavinia—. ¿Era algo sobre mí?

Él estaba sudando y Genevieve se reía.

—Tal vez, sí —dijo su hermana—. Tal vez, no. De cualquier manera, tienes que hacer algo.

Él la miró con los ojos entrecerrados. Sin embargo, tal vez Ginny tuviera razón. Tal vez hubiera llegado la hora de dar un paso.

Capítulo 18

Los planes se concretaron y, antes de que Saphira se diera cuenta, llegó el día del pequeño viaje a las montañas. Estaba emocionada por que Sparky hiciera su primer vuelo y, al mismo tiempo, no podía creer que fuera a fingir que estaba casada con Aiden. Le sorprendía todo lo que estaba sucediendo.

También era la primera vez que Saphira dejaba la cafetería desde que la había abierto. Eso le estaba causando estrés, pero, al mismo tiempo, se sentía orgullosa de sí misma porque la cafetería estaba en una posición que le permitía tomarse días libres.

Sentía muchas emociones diferentes.

La mañana del viaje desayunó en la cafetería con Lavinia, que había llegado temprano para despedirse de ella. Lavinia se haría cargo de todo aquellos dos días, durante su ausencia.

—¿Estás segura de que estarás bien? —le preguntó mientras tomaba un sorbo de té para calmarse.

—¡Sí, absolutamente! —respondió Lavinia—. No te preocupes por nada, ¡te mereces un descanso! ¡Diviértete con esa belleza!

Ella dio un grito. También estaba nerviosa por eso.

—No puedo creer que vayamos a fingir que somos un matrimonio —dijo, mordisqueándose el labio.

—Yo tampoco, pero me encanta —dijo Lavinia, y se echó a reír.

—Estarás bien, no lo pienses demasiado. ¡Sé valiente!

—Ah, está bien, ¡lo intentaré!

Tomó un largo sorbo de su té chai para no echarse a llorar. Y ya no hubo más tiempo para preocuparse, porque Aiden llegó en su coche y lo aparcó enfrente de la cafetería.

Lavinia la acompañó hasta la puerta, donde las recibió Aiden. Él tomó el bolso de viaje de Saphira, y ella abrazó a Lavinia para despedirse.

—Tú puedes con esto —le susurró Lavinia, estrechándola con fuerza.

Ella se apartó y se despidió con la mano.

—Adiós —le dijo Aiden a Lavinia, y ella le dedicó una sonrisa irónica.

—Que te diviertas —canturreó, despidiéndose de él.

Saphira le lanzó una mirada por encima del hombro y luego siguió a Aiden hasta el coche. Sparky estaba en la parte de atrás. El cachorro rebotó en el asiento al verla y ella lo saludó con la mano. Aiden puso su bolso en la parte de atrás y se sentó en el asiento del conductor mientras ella se acomodaba.

—¿Lista? —preguntó.

Ella asintió.

—Lista.

Los llevó hasta un campo donde Emmeline estaba esperando con su dragón hembra, una gran basalto llamada Torch. Aiden ya le había explicado el plan: irían volando hasta Mount Echo en Torch porque no se podía llegar a la cima de la montaña por carretera. Torch conocía a Aiden, así que él podía montar al dragón. Aunque Aiden no tenía un dragón propio, le había asegurado que sabía montar bastante bien, así que estaría en buenas manos. Ella no estaba preocupada; confiaba en él.

Sparky estaba emocionado, aunque, seguramente, el cachorro no tenía idea de lo que estaba sucediendo; estaba contento de emprender algún tipo de aventura.

Cuando llegaron al campo y salieron del coche, Sparky corrió hacia Torch y los dragones se pusieron a jugar. Emmeline se despidió de su dragón posando su frente en la de ella.

Después, le dio un abrazo a Saphira.

—Diviértete —le dijo—. Mount Echo es muy hermoso, así que disfruta del viaje.

—Gracias —respondió Saphira—. Solo estoy preocupada por Sparky; ¡es un momento muy importante para él! Quiero que todo salga bien.

—Y así será —la tranquilizó Emmeline—. Pero ten cuidado: es un poco emotivo. Cuando mi niña hizo su primer vuelo, lloré. Pero recuerda que cada paso tiene su propia belleza.

Si Emmeline había llorado, probablemente ella iba a sollozar.

—Intentaré recordarlo —dijo, y le estrechó las manos a Emmeline —. Gracias, Emmy.

—De nada.

Emmeline le guiñó un ojo y se fue hacia Aiden para quitarle las llaves, puesto que volvería a casa en su coche. Aiden se despidió de su prima, y ella le dijo algo que Saphira no pudo oír, pero que hizo que Aiden enderezara la espalda, como si se estuviera armando de valor. Tal vez necesitara ánimos para enfrentarse a aquel gran momento en la vida de Sparky. A ella no se le ocurría para qué otra cosa podría necesitar que lo animaran.

Emmeline se alejó y Aiden se reunió con ella.

Después, él ató a la silla de montar de Torch sus bolsas de viaje. Torch estaba preparada, sentada, esperando a que montaran.

—¿Lista? —le preguntó Aiden, mirándola.

Aparte de los dragones, estaban solos en el campo, en la mañana silenciosa, y ella se encontraba en un momento a la vez aterradoramente íntimo pero, también, reconfortante, como si no necesitara a nadie más.

—Sí, estoy lista —respondió ella, con una sonrisa.

Él asintió.

—Solo una advertencia previa, por si acaso todo se vuelve una locura cuando lleguemos: el ritual puede parecer un poco intenso, pero todos los dragones lo han pasado, así que no hay nada de qué preocuparse —le explicó.

—De acuerdo.

Aun así, ella seguiría nerviosa por Sparky hasta que su primer vuelo hubiera terminado con éxito.

—¿Vamos? —preguntó Aiden.

Ella asintió y caminaron hacia el dragón. Torch era mucho más grande de cerca y Saphira se sintió un poco nerviosa.

—Ah, y antes de que me olvide —dijo Aiden, metiendo la mano en el bolsillo del pecho de su camisa. Sacó algo y se lo tendió en la palma de la mano. Era una alianza. Solo una simple banda de oro, pero de todos modos…

—Ah —dijo ella, con el corazón encogido.

Tomó la alianza de su palma y le rozó la piel con los dedos. Miró hacia arriba y vio que él apretaba la mandíbula. Aiden carraspeó y observó cómo ella se deslizaba la alianza en el dedo anular de la mano izquierda. Le quedaba perfectamente. Se le cortó el aliento.

Sus ojos se encontraron con una emoción que no podía identificar, pero que, de todos modos, le causó un dolor en el pecho.

—Yo no he traído…

Se quedó callada cuando Aiden le mostró su mano izquierda, donde llevaba una alianza a juego, aunque la suya era de plata en lugar de oro. Era un pequeño detalle y, por supuesto, aquellos anillos eran solo para disimular, pero ella le agradecía que se hubiera dado cuenta de que solo usaba oro y no plata, y que hubiera comprado un anillo en consecuencia. Le quedaba a la perfección en el dedo, como si ese fuera el sitio exacto donde debía estar.

Oh, Dios. Tenía que dominar sus emociones. Todo era una simulación, solo eso.

Pero entonces la mano de Aiden rozó la suya y ambos anillos reflejaron la luz del sol, brillando, y ella vio algo en su rostro que reconoció, porque también lo sentía: anhelo.

¿Era posible que él sintiera lo mismo? El aire era espeso entre ellos, como si algo muy obvio flotara entre ambos pero no podía precisar qué. Tal vez Lavinia tuviera razón, tal vez ella sí necesitaba ser valiente.

—Por aquí —le dijo Aiden, y la guio hacia donde montaría a Torch.

Claramente, Aiden sabía cómo manejar a los dragones; era muy competente. Aiden le entregó a Saphira su chaqueta, que había puesto en la silla. Aunque hacía calor, le había dicho que tomara

ropa de abrigo, ya que en Mount Echo siempre era invierno. Ambos se abrigaron y se prepararon para montar.

—Toma —le dijo Aiden. Había sacado una bufanda de su bolsa de viaje y se la puso alrededor de su cuello. Al hacerlo, le rozó la mandíbula con los dedos, y ella se estremeció.

—Gracias —susurró, inhalando el dulce aroma a musgo y menta de la tela. Eso le calmó los nervios un momento, hasta que se dio cuenta de que tenía que montar al dragón, algo que no había hecho nunca. Se sintió ansiosa.

—Puedes hacerlo —le dijo Aiden, que estaba a su lado para darle instrucciones—. Sujétate aquí, luego da un paso allí con el pie derecho y sube la pierna izquierda.

Ella respiró profundamente y dio un paso con el pie derecho, como le habían indicado Aiden. Se agarró a la silla y fue a pasar por encima el pie izquierdo, pero vaciló, porque el dragón se movió y ella tuvo miedo.

—Estoy aquí —le dijo Aiden, y dio un paso por detrás de ella para ayudarla a montar.

Incluso a través de las capas de ropa, sintió sus manos fuertes en la cintura. Saphira respiró profundamente otra vez y subió el pie izquierdo. Aiden la levantó mientras lo hacía y, con un grito de sorpresa, ella aterrizó directamente sobre la silla, en una posición perfecta. Torch se acomodó y a ella se le escapó un jadeó al notar el movimiento del gran animal.

—Buena chica —dijo Aiden, con una sonrisa.

Ella sintió una descarga de calor al oír sus palabras y enterró la nariz en la bufanda con la esperanza de que él no la viera sonrojarse.

Entonces Aiden subió a la silla y se sentó tras ella. Sus muslos la rodearon por ambos lados y sus brazos rodearon su cuerpo. El deseo se desató en ella al tenerlo tan cerca. Lo sintió en todas partes y el calor se agitó en su vientre.

Él se acomodó detrás de ella en la silla, acercándose aún más.

—¿Estás bien así? —le preguntó, susurrándole al oído.

Ella sintió su cálido aliento contra la piel, y el cuerpo le dolió. Asintió, porque era incapaz de hablar.

—¿Y Sparky? —preguntó, cuando recuperó algunas neuronas.

Aiden señaló hacia abajo y ella vio que Torch había tomado a Sparky con su pata. Sparky estaba emocionado, tenía los ojos morados muy abiertos.

—¿Estás lista? —le preguntó Aiden.

Ella no creía que nunca pudiera estar lista para algo así, pero, al mismo tiempo, llevaba esperándolo toda la vida.

Asintió. Entonces Aiden le dio unos golpes suaves a Torch. Torch se puso de pie y a Saphira le dio un vuelco el estómago. Se aferró a la silla con un grito de sorpresa, agradecida de que Aiden la tuviera entre sus brazos, o tendría miedo de caerse.

—Te tengo —dijo él, en un tono persuasivo.

Ella lo creyó.

De todos modos, la experiencia resultó igualmente aterradora y emocionante cuando Torch empezó a correr y las alas se abrieron por la cima de la colina. Ella no pudo contenerse y gritó, pensando que caerían, pero, por supuesto, no lo hicieron. Torch despegó y volaron. El viento le golpeó la cara y ella cerró los ojos con fuerza, asustada.

Se puso muy tensa y Aiden debió de notarlo.

—Oye, estás perfectamente segura —le dijo—. Abre los ojos.

Ella hizo un gesto negativo. Estaba demasiado asustada.

—¿Confías en mí? —le preguntó él.

Su corazón latía con fuerza. Con lentitud, asintió.

—Saphira, abre los ojos —le dijo él, con firmeza.

Ella reunió todo su coraje y abrió los ojos. De inmediato se le abrió la boca de puro asombro y se quedó sin aliento. Nunca había estado tan alto y, desde allí, podía verlo todo. El agua azul del lago resplandecía bajo la luz del sol. Las colinas onduladas del valle eran de un verde brillante y exuberante. Las montañas estaban cubiertas de nieve que se veía de un blanco puro contra el cielo. Y en medio de todo aquello, su pequeño pueblo.

—¡Aiden! —exclamó, sin saber qué más podía decir.

Estaba sin palabras, así que le agarró el brazo y se lo apretó, y fue como si él entendiera exactamente lo que ella estaba sintiendo,

como si él sintiera el mismo asombro y la misma reverencia. Notó que sonreía contra su cuello y se inclinó hacia su contacto.

Fue asombroso, y todavía mejor con él a su lado. Ella estaba feliz de compartir aquel momento con él, de tenerlo de testigo, de compañero.

A medida que ascendían por el cielo, el aire se volvió más y más frío, pero los brazos de Aiden eran cálidos. Volaron a través de las nubes y todo se volvió brumoso, hasta que emergieron por encima de ellas y se elevaron sobre las blancas formas.

Por fin, divisaron la cima de la montaña. Desde esa distancia, Saphira apreció lo que parecía una pequeña cabaña entre la nieve. Los postes de luz que rodeaban la casa estaban iluminados con fuego puesto que, con toda seguridad, allí arriba no había electricidad.

Torch aterrizó con suavidad y soltó a Sparky que, inmediatamente, se revolcó por la nieve.

Saphira tembló a causa del aire gélido y escondió la nariz en la bufanda. Aiden bajó primero y le tendió una mano, pero, cuando ella fue a mover las piernas, descubrió que le temblaban. Tenía los músculos entumecidos, paralizados.

—Um…, creo que me voy a caer —dijo.

Aiden sonrió.

—No te preocupes, el primer viaje de un jinete puede ser bastante intenso, y hemos recorrido una buena distancia. Ven —le dijo, y puso las manos en posición—. Yo te atrapo.

Ella se puso de pie con las piernas temblorosas, sintiéndose inestable. Mientras pasaba la pierna izquierda sobre la silla, el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor y ella pensó que iba a caer a la nieve, que la gravedad iba a tomar el control.

En cambio, aterrizó perfectamente en los brazos de Aiden y él la agarró con sus manos firmes por la cintura. Ella se aferró a sus hombros mientras él la ayudaba a llegar al suelo, llevándola como si no pesara nada.

Incluso cuando sus pies estaban firmemente plantados en el suelo, ella siguió aferrada a sus hombros, con sus manos en su

cintura. Hacía mucho frío allí arriba, el suelo estaba cubierto por una fina capa de hielo, pero ella se sentía cálida, anclada a él.

Lo miró y se acercó más sin darse cuenta. A él se le oscurecieron los ojos y ella oyó el sonido de su respiración entrecortada. Aiden separó los labios y su boca quedó flotando sobre la de ella.

Hasta que oyeron el crujido del hielo porque se acercaba alguien.

Aiden se giró y apareció una anciana ante ellos. Tenía la piel oscura y el pelo blanco, largo y rizado. Llevaba una túnica gruesa. Parecía un personaje de un cuento de hadas.

—Hermana Mireya —dijo él, e inclinó la cabeza.

Saphira hizo lo mismo.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo Mireya, con una voz aterciopelada y suave, como si fuera a recitar un cuento para dormir.

Cuando Sparky vio que se había acercado alguien nuevo, dejó de jugar en la nieve y se puso entre las piernas de Aiden y ella. Observó a Mireya con aprensión. Saphira se inclinó y le acarició la cabeza para tranquilizarlo.

Mireya captó el movimiento y alzó la vista hacia Saphira. La miró con ojos de halcón. Entonces fue ella quien se puso nerviosa.

—Edmund me avisó de que vendrías —le dijo Mireya a Aiden, sin apartar la mirada de Saphira—. Pero no mencionó que traerías a una acompañante.

Saphira se rio nerviosamente y sintió que Sparky daba un paso frente a ella. El cachorro apenas le llegaba a las rodillas, pero, de todos modos, ella le agradecía que la protegiera.

Aiden abrió la boca para responder, pero Mireya miró a Sparky al notar su comportamiento. Después, sus ojos se dirigieron a la mano de Saphira y se fijaron en la alianza de oro. Sonrió, sorprendida.

—Te felicito, Aiden —dijo—. Nadie me informó de que te habías casado.

—Sí —dijo él, aclarándose la garganta—. Es un inmenso placer presentarte a mi hermosa esposa, Saphira.

Ella sintió un escalofrío al oírle decir la palabra «esposa» en relación a ella.

—Es un honor conocerla —dijo Saphira.

Mireya se quedó pensativa.

—Saphira —repitió—. No te conozco. No eres de los jinetes.

Era un término antiguo para las familias Drakkon, de cuando los únicos jinetes pertenecían a esas familias.

Ella se irritó.

Mireya se volvió hacia Aiden de nuevo, con desconcierto.

—Me sorprende que tus padres hayan permitido un matrimonio así —dijo Mireya arrugando el ceño.

—Al contrario, hermana Mireya, no hay nada sorprendente en ello —respondió Aiden, con naturalidad. Y se volvió hacia Saphira con una mirada cálida—. Y, si hay algo sorprendente en nuestro matrimonio, es que Saphira me haya aceptado, porque mi esposa es muy superior a mí.

De nuevo, aquellas palabras: mi esposa. Ya se estaba acostumbrando a oírlas, lo cual posiblemente fuera una locura por su parte, pero era una chica desquiciada y estaba bien aceptarlo.

La incomodidad e inseguridad que sentía se desvanecieron rápidamente. Aiden tenía confianza en ella y ella casi lo creía…, hasta que se recordó a sí misma que era una farsa.

Aun así, estaba conmovida.

—Um —murmuró Mireya. No parecía del todo convencida, pero no dijo nada más.

Otro cuidador, con una túnica larga y negra, llegó para atender a Torch, y un tercero llegó para llevarse sus bolsas de viaje.

—Por aquí —dijo Mireya, guiándolos hacia la cabaña de piedra.

Era más pequeña de lo que esperaba. Por la forma en que Aiden había descrito el lugar, ella había imaginado que el Mount Echo era enorme, pero se trataba de un pequeño edificio de una sola planta. Siguieron a Mireya al interior, donde hacía mucho más calor que fuera. Había chimeneas encendidas a ambos lados de la casa que, en realidad, era una sola habitación grande con unas escaleras al final.

—Venid —dijo Mireya, dirigiéndose hacia las escaleras. Tal vez hubiera otra habitación en el sótano, pensó Saphira, mientras llegaba a lo alto de los escalones de piedra.

Hasta que miró hacia abajo y se dio cuenta de que había mucho, mucho más que una habitación. Había un complejo entero de varios

pisos construido en la montaña.

—Vaya —susurró, mientras bajaban las escaleras.

No había electricidad, así que todo estaba iluminado con velas, y había docenas de figuras con atuendos similares a los de Mireya.

—Los novicios estudian los textos antiguos —le explicó Mireya a Saphira.

Continuó describiendo diferentes asuntos que se estudiaban en aquellos textos, como el vínculo entre el jinete y el dragón y las propiedades medicinales de varias partes del dragón, como la saliva o las escamas.

El recinto también albergaba a algunos dragones de cada raza para estudiarlos y proteger la continuidad de la especie. El fruto de las investigaciones que se realizaban allí se enseñaba después en universidades como aquella en la que estudiaba Genevieve, donde estaba sacando su título en Historia de los Dragones.

Si bien todo era fascinante, la afluencia de conocimiento hizo que se sintiera un poco abrumada, como si estuviera en un mundo completamente diferente. Aunque interactuaba con dragones a diario, era fácil imaginar que vivía en un mundo normal; sin embargo, allí era evidente que había mucho que desconocía.

Todo aquello era información nueva para ella, pero, por supuesto, Aiden ya la conocía, y eso hizo que ella sintiera que estaban alejados. Sparky no entendía lo que estaba ocurriendo, pero trotó alegremente a su lado, mirando a su alrededor.

Mireya les mostró incluso las cavernas donde se preservaba a los dragones. Había una cavidad para cada una de las cuatro razas y los huevos brillaban como los minerales preciosos de los que tomaban nombre. Las cavidades también estaban recubiertas de aquellos minerales, que resplandecían con la luz suave de la vela que portaba Mireya. Era increíblemente bello y transmitía el sentimiento de lo sagrado.

Para alguien como ella, que siempre había querido aprender más sobre los dragones pero nunca había tenido la oportunidad de hacerlo, era una experiencia genial.

Entonces llegó la hora de que comenzara el ritual.

Mireya los condujo al exterior de uno de los niveles más bajos del complejo. Saphira notó el azote del viento helado en la cara. Aquel espacio estaba vacío y cubierto de hielo. Al mirarlo de cerca, ella se dio cuenta de que era un lago helado.

—Es hora de empezar —anunció Mireya.

Se giró hacia Sparky y extendió los brazos hacia él. El cachorro titubeó un instante, hasta que Mireya canturreó una melodía extranjera que hizo que él se relajara. Entonces Sparky fue hacia ella inmediatamente, lo cual fue extraño para ella. Fue como si lo hubiera hechizado de algún modo.

Mireya siguió canturreando y acariciando a Sparky entre sus brazos mientras lo llevaba hacia el lago. El hielo era muy espeso y no se oyó un solo ruido mientras Mireya caminaba sobre él para llevar a Sparky hacia el centro.

En la superficie del lago había una placa de acero y Mireya se agachó junto a ella. Sparky permaneció calmado mientras la sabia retiraba la placa y dejaba ver un agujero en el hielo. Mireya levantó a Sparky con ambas manos y lo balanceó en el aire.

—¿Qué va a…?

Antes de que ella pudiera terminar la pregunta, Mireya dejó caer a Sparky en el lago y el cachorro desapareció por el agujero. Cuando Sparky todavía no había salido a la superficie, Mireya cubrió el agujero con la placa de acero y lo encerró.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella, presa del pánico.

—No te preocupes —dijo Aiden, aunque le costó un gran esfuerzo pronunciar aquellas palabras, porque tenía la mandíbula apretada—. Esto es parte del ritual.

Ella hizo todo lo posible por dominar su temor mientras Mireya caminaba hacia el borde del lago congelado para reunirse con ellos.

—¿Es seguro que estará bien? —le preguntó a Aiden.

Ella ni siquiera veía la sombra del cuerpo de Sparky debajo del hielo y pensó que iba a darle un ataque cardíaco. Tenía el pecho atenazado por el dolor y la inquietud.

Mireya la miró con el ceño fruncido.

Antes de que Aiden pudiera responder, la anciana dijo:

—Aiden, no deberías haberla traído si no conoce nuestras costumbres. Los forasteros nunca entienden. ¿Seguro que está a la altura?

Ella recibió aquellas palabras como una bofetada en la cara. Se quedó por completo callada.

Aiden se molestó.

—Por supuesto que está a la altura —le espetó a Mireya.

Ella volvió a fijarse en el lago y contuvo la respiración al ver una sombra negra bajo el hielo. Era Sparky, que estaba empujando hacia arriba, contra el hielo, para intentar romperlo.

Ella sintió una punzada de dolor en el corazón. Aiden le había dicho que aquello iba a ser intenso, pero no era lo que se esperaba. Había pasado mucho tiempo y Sparky iba a quedarse sin aire. ¿Y se suponía que ella tenía que quedarse allí plantada, sin hacer nada?

Pero entonces se oyó el crujido del hielo. De repente, la capa se hizo añicos y saltó por los aires una oleada de agua, seguida de unas llamas cuya luz brilló contra el paisaje gélido.

Sparky surgió de un salto, gruñendo, empapado.

Ella exhaló todo el aire que tenía en los pulmones y sintió un gran alivio. Aiden se pasó una mano por la cara, igualmente aliviado.

Dios santo.

Se acercó al borde del lago para ir al encuentro de Sparky, que se lanzó a sus brazos. Ella lo besó y lo abrazó a pesar de que estaba helado y le estaba calando la ropa.

No importaba; su bebé estaba a salvo.

Saphira llevó a Sparky junto a Aiden. Él lo acarició sujetándole la carita con ambas manos.

—Venid —les dijo Mireya—. Es hora de lo siguiente.

—¿Lo siguiente? —le susurró Saphira a Aiden.

Él también tenía una expresión de angustia, pero Mireya ya estaba subiendo por una escalera de caracol al nivel superior.

Ellos la siguieron. El siguiente piso también era exterior, aunque, en aquella ocasión, se trataba de un pasillo estrecho abierto entre las piedras de la montaña. Una vez allí, Mireya se acercó para tomar a Sparky de sus brazos, y ella se puso tensa y se resistió sin darse cuenta. Mireya la miró con severidad.

—Saphira —le dijo Aiden—. Todo está bien.

Ella soltó al cachorro y Mireya se lo llevó hasta el final del corredor, donde lo colocó al borde de la montaña. Detrás de él, no había nada más que nubes y una pendiente muy muy pronunciada. La ansiedad se apoderó de ella.

Mireya regresó junto a ellos, caminando con cuidado, para evitar algo que había en el camino, aunque Saphira no sabía qué era. Sentía mucha angustia, pero no podía hacer nada más que observar a Mireya mientras llegaba a aquel extremo del corredor.

Entonces ella se sacó algo de la túnica. Era una caja de cerillas. Encendió una y la dejó caer. Todo el camino estalló en llamas, incluido el suelo debajo de Sparky. Él gritó y a ella se le escapó un jadeo. Tuvo que taparse la boca con las manos.

Aiden apretó la mandíbula, y ambos vieron con horror que Sparky miraba a su alrededor. Tenía que decidir rápidamente qué hacer, ya que las escamas de dragón solo podían soportar el calor por un tiempo determinado. El bebé dragón tuvo que cruzar el camino en llamas para regresar con ellos porque al otro lado no había nada más que la ladera empinada de la montaña. Con un bufido de decisión, Sparky atravesó las llamas corriendo y salió por su extremo del pasillo. Cuando lo logró, Saphira fue a agarrarlo, pero Aiden la retuvo, sujetándola firmemente del brazo.

—Saphira, no —le dijo, con la voz dolorida—. Te quemarás con sus escamas.

Mireya volvió a mirar a Saphira decepcionada, y Saphira volvió a irritarse, sintiéndose una vez más fuera de lugar.

Cuando Sparky se calmó, Mireya se volvió hacia Aiden.

—Sabes que hay un ritual disponible para aquellos forasteros que se casan con miembros de las familias de jinetes —le dijo—. Para que puedan pertenecer a los Drakkon.

Forastero. Se refería a ella. Saphira tuvo náuseas.

—Ella no es una forastera —dijo Aiden entre dientes—. Es mi esposa.

Le agradecía que la defendiera, pero sus palabras no eran de mucho consuelo porque no eran ciertas.

Mireya no respondió a eso. Simplemente los guio, y ellos la siguieron.

Saphira no podía evitar sentirse molesta, tanto por las palabras de Mireya como por los rituales por los que había pasado Sparky. Todo era demasiado.

Mientras subían otro tramo de escaleras, ella notó que Aiden la estaba mirando. Él frunció el ceño y ella le dedicó una sonrisa, tratando de convencerlo de que estaba bien para que no se preocupara. Sin embargo, él frunció aún más el ceño, como si viera a través de su fachada.

El siguiente tramo de escaleras los llevó al interior del complejo, a lo que parecía un comedor. Había mesas alargadas donde algunos novicios estaban estudiando libros antiguos y tomando tazas de té, mientras que otros comían.

Todos estaban en silencio, y a Saphira le parecieron fríos y cerrados, aunque eso no era sorprendente dado que el lugar parecía un monasterio. Aun así, era desagradable, muy diferente a las comodidades de su cafetería. Allí tampoco había dragones, a excepción de Sparky.

—Sparky lo ha hecho bien —dijo Mireya, guiándolos a una mesa vacía a un lado—. Ahora comerá y luego lo llevaremos a bañarse y a descansar antes de su primer vuelo al amanecer.

Aiden y Saphira se sentaron uno frente al otro. Sparky se sentó al lado de Saphira. Mireya los dejó y, un momento después, un novicio llevó comida para Sparky, que empezó a comer inmediatamente. Parecía que no se había perturbado ante los rituales del hielo y el fuego.

Saphira todavía estaba inquieta y se frotó las sienes.

—Lo siento —le dijo Aiden, frunciendo el ceño—. Sé que ha sido muy intenso.

—Bueno, me lo advertiste —respondió ella, con un suspiro. Aunque no había nada que hubiera podido prepararla para aquella experiencia.

—Al menos lo peor ya pasó —dijo Aiden.

—Al menos —respondió ella.

Saphira acarició a Sparky cuando terminó de comer, y él ronroneó, complacido. Después de que terminara, Mireya apareció de nuevo, en aquella ocasión, para llevar a Sparky a bañarse y luego a descansar. Según ella, era costumbre en ese momento del ritual, y Aiden lo confirmó al ver su expresión vacilante. Aunque ella no quería dejar que se llevaran a Sparky, tampoco quería darle a Mireya más motivos para pensar que no estaba a la altura, así que se quedó callada.

—Adiós, mi ángel —le dijo a Sparky, sosteniéndole la carita—. Te veré por la mañana, pequeñín.

Ella lo besó y él le lamió la mejilla.

Aiden también se despidió, y Sparky le lamió la mano.

Mientras tanto, habían llevado comida para ellos dos. Cuando se sentaron a la mesa y comenzaron a comer, Mireya hizo una pausa.

Miró a Aiden con recelo.

—¿Y cuándo os casasteis? —preguntó.

Ella se sobresaltó. La comida se le quedó atascada en la garganta.

Aiden tragó.

—Este mes —dijo.

Mireya se quedó pensativa.

—No lo parece.

Sin decir una palabra más, se llevó a Sparky. Aiden se quedó angustiado.

—¿Crees que va a cancelar el vuelo de Sparky? —le preguntó Saphira en voz baja.

—No lo sé —dijo Aiden—. Quizá debamos ser más convincentes. ¿Te parece bien que te acaricie?

Ella notó una descarga de calor al pensarlo y se mordió el labio para no responder con demasiado entusiasmo.

—Sí —dijo, después de un instante—. Por supuesto, tenemos que hacer que se lo crea.

—Sí, exacto.

Comieron en silencio, un poco incómodos, hasta que ella sintió que él le empujaba el pie juguetonamente por debajo de la mesa. Sonrió y, cuando él le devolvió la sonrisa, toda la tensión se disipó. Tenían el resto de la velada para ellos dos.

—Sé que ha sido estresante, pero vamos a intentar disfrutar del tiempo que vamos a estar aquí —le dijo Aiden.

—De acuerdo. Me parece un buen plan.

—¿Qué te parece el Mount Echo? —le preguntó él, mirando a su alrededor y hacia arriba.

—Oh, Dios mío. Tengo tantas ideas y pensamientos…

—Quiero oírlos todos.

Estaban charlando mientras comían y, como no había nadie a su alrededor que pudiera oír su conversación, ella podía hablar libremente. Aunque se había sentido lejos de Aiden unos instantes antes, cuando estaban recorriendo el complejo, en aquel momento sintió que él se acercaba de nuevo. Hizo comentarios y reaccionó ante todo lo que ella le decía y le dio más información para complementar los conocimientos que había adquirido.

Cuando terminaron de comer, salieron a una de las terrazas. Estaba casi vacía, solo había un novicio de paso.

Aiden le rozó los nudillos con los suyos y se tomaron de la mano. Ninguno de los dos se soltó, aunque estuvieran solos. Caminaron por la terraza y admiraron las vistas impresionantes. El cielo se había despejado y podían verse los picos de las montañas, que estaban cubiertos de nieve y se recortaban contra el cielo azul.

Estaban muy alto, casi en el cielo, y aquello parecía una locura. Le parecía asombroso que los jinetes de dragones tuvieran acceso a aquel lugar y pudieran disfrutar de aquellas vistas cuando quisieran. Lo único que tenían que hacer era ir a montar en dragón.

Pasó el tiempo y comenzó a ponerse el sol. Alguien salió a encender las farolas del perímetro del complejo y el fuego derramó un resplandor dorado en la noche.

Y entonces sucedió algo verdaderamente mágico: empezó a nevar. Al principio, nevó suavemente, pero luego arreció la tormenta y los copos empezaron a caer con rapidez.

—¡Mira! —exclamó ella, inclinando la cabeza hacia atrás.

Estiró las manos para capturar todos los copos que pudiera y se le derritieron en las palmas. Notó pequeños pinchazos de hielo.

—Vamos, anda —dijo Aiden, tirando de ella hacia la puerta de entrada—. Vamos dentro antes de que te pongas mala.

—¡No! ¡Tenemos que disfrutar de la nieve!

Adoraba que nevara. Él la miró. Estaba temblando de frío.

—Te vas a enfermar —le dijo—. Vamos.

Aiden se giró en dirección a la puerta. Entonces ella lo miró con los ojos entrecerrados, se agachó, hizo una bola de nieve y se la tiró a la espalda. La bola aterrizó sobre su hombro.

Él se volvió hacia ella con una expresión de incredulidad.

—¿Acabas de tirarme una bola de nieve?

Ella alzó la barbilla.

—¿Y qué pasa si lo he hecho?

—Ah, venganza… —dijo él, con una sonrisa.

Se agachó, hizo una bola y se la lanzó. Ella la esquivó agachándose, pero estuvo a punto de darle en la cabeza.

—¡Ja! —exclamó, riéndose.

Hizo otra bola y se la tiró a Aiden, y así empezó toda una batalla de bolas de nieve. Corrieron por la terraza, atacándose y esquivando las bolas, aunque se llevaron algunos golpes. Y se rieron.

Hasta que ella le dio un bolazo en un ojo y él se cayó de espaldas con un grito. A Saphira se le paró el corazón.

—¿Estás bien? —le preguntó, corriendo hacia él. Aiden se estaba agarrando el ojo. Hizo un gesto de dolor y gruñó, y ella se sintió muy culpable.

—Déjame ver…

Le apartó la mano del ojo para inspeccionar el daño, pero él volvió a tapárselo.

—No, me duele —dijo—. Me duele mucho.

—¡Deja que lo vea! —exclamó ella, con preocupación.

Él apartó lentamente la mano y ella se inclinó para mirarle el ojo. Le preocupaba haberle reventado algún vaso sanguíneo. Sin embargo, no parecía que tuviera ninguna lesión.

—Parece que está bien —le dijo.

—Pues no me siento como si estuviera bien —respondió él, haciendo un puchero.

—Toma —dijo ella, y sopló el borde de su bufanda para calentarla. Le sujetó la parte posterior de la cabeza con una mano y, con la otra, le aplicó la tela contra el ojo.

—¿Mejor?

—Mucho mejor —respondió él, relajándose.

Entonces frunció los labios y sonrió. Ella se quedó desconcertada, y él se echó a reír. Lo que la indignó.

—¡Eres lo peor! —exclamó, y lo empujó hacia atrás.

Pero él, sin dejar de reírse, la agarró de las manos y la llevó consigo, y ella aterrizó sobre su cuerpo a horcajadas.

En ese instante se terminó la risa. A él se le oscurecieron los ojos. Se acercó más a ella y ella se inclinó hacia su contacto. Le ardía la piel. El deseo la inundó. Sentía a Aiden a través de las capas de ropa que los separaban. Anhelaba acercarse más y más.

A él se le entrecortó la respiración.

La observó por debajo de sus pestañas oscuras con una mirada abrasadora. Ella se acercó más y emitió un sonido ahogado. Apoyó las manos en su pecho y notó los latidos de su corazón. Él le miró la boca, y a ella se le aceleró el pulso. Los dos estaban inmóviles, como si tuvieran miedo de romper la magia del momento. Ella ya no podía negar lo que sentía y sospechaba que Aiden sentía lo mismo. Él la acercó y sus bocas quedaron una junto a la otra.

—Disculpad —dijo alguien, y Saphira se sobresaltó.

Era Mireya. Ni siquiera la había oído acercarse.

Los dos se levantaron rápidamente.

—Solo quería informaros de que Sparky ya está descansando —les dijo la anciana.

—Gracias —respondió Aiden, y carraspeó.

Entonces Saphira se dio cuenta de algo. Aiden sí había visto acercarse a Mireya por encima de su hombro. ¿Habría sido todo aquello un espectáculo para convencerla de que estaban casados de verdad?

Mireya asintió y se dio la vuelta para irse. Dio unos pasos, pero se giró de nuevo.

—Recomiendo las aguas termales a los jinetes la noche anterior al primer vuelo de su cachorro —les dijo—. Siempre es mejor que los jinetes también estén relajados, o el cachorro de dragón se alimentará de su energía.

—Gracias —dijo Aiden, y Mireya se despidió.

Cuando se fue, él se giró hacia ella y trató de tomarla de la mano. Saphira retrocedió. Se sentía como una boba.
—Ya se ha ido —dijo, en voz baja—. No tienes que fingir más.
Él frunció el ceño con una expresión de dolor y confusión.

Capítulo 19

—¿Quieres irte a las aguas termales? —le preguntó Aiden a Saphira, arrastrando con suavidad los pies por el suelo—. Puedes ir sola, si quieres. Te dejaré en paz.

Ella se había disgustado un momento antes, pero, ahora, estaba indecisa. Sentía muchas emociones, pero lo único que sabía con certeza era que no quería que él se marchara.

—No, ven tú también —le dijo—. Es importante que los dos estemos relajados. Lo ha dicho la propia Mireya.

Él asintió.

—De acuerdo.

—Además, yo no sé dónde están.

Él sonrió ligeramente.

—Vamos.

Las fuentes termales estaban en un nivel inferior. Eran varias piscinas que estaban entre las piedras, y había nubes de vapor flotando sobre la superficie. La neblina era tan espesa que no se podía ver nada, lo cual fue reconfortante para ella. Ninguno de los dos había llevado traje de baño, y ella no estaba dispuesta a bañarse desnuda, pero su ropa interior sería suficiente.

A un lado había una pila de albornoces y toallas dobladas.

—Date la vuelta —le dijo a Aiden.

Él obedeció. Entonces ella se hizo un moño y se desnudó hasta quedar en ropa interior. Aiden seguía de espaldas, completamente inmóvil.

Saphira, temblando, entró rápidamente en una de las piscinas. El agua no era profunda y había rocas que servían de asientos, así que se sentó. El agua le llegaba al cuello. La calidez del manantial fue como un bálsamo después de su pelea de bolas de nieve. Era muy reconfortante.

—Está muy caliente —le dijo a Aiden en voz alta.

Él dio un gruñido. Después, ella empezó a oír que se quitaba la ropa y sintió una opresión en el pecho. Un momento más tarde, él se acercó, entró al agua y se sentó frente a ella. Antes, le había parecido que la piscina tenía un tamaño adecuado, pero ahora le parecía diminuto. Casi no era lo suficientemente grande para los dos.

Saphira tragó saliva y se mordió el labio. Aiden tenía una expresión indescifrable, como si llevara una máscara de piedra. Se miraron sin decir nada, bebiéndose con los ojos el uno al otro.

El espacio se encogió y se hizo aún más íntimo, y ella agradeció que hubiera tanto vapor. Podía esconderse detrás de él. Los ojos de Aiden quemaban y ella tuvo miedo de derretirse dentro del agua.

Él se pasó una mano por la cara y se mojó las pestañas. Después, apoyó los brazos en el borde de la piscina. Ella se quedó mirando hipnotizada los músculos de sus hombros y sus brazos, su piel brillante. Se le aceleró el corazón y ella se apretó la base de la garganta con una mano para tratar de calmar el ritmo cardiaco.

Él siguió sus movimientos con los ojos entrecerrados y tragó saliva. La miró de nuevo a los ojos y ella sintió que el calor se extendía por su cuerpo como si, allá por donde pasaban sus ojos, pasaran también sus manos.

Casi podía sentir sus caricias e imaginarse cómo sería la realidad. Le dolía el cuerpo de deseo. Sin darse cuenta, se acercó más a él hasta que sus rodillas se tocaron. El vapor le calentó la piel, y ella notó que le caían algunos mechones de pelo alrededor de la cara y el cuello.

Él estiró un brazo y ella contuvo la respiración, anhelando que la tocara. Aiden apretó la mandíbula y su mano flotó suavemente entre ellos mientras se acercaba. Trazó con un dedo uno de aquellos mechones que estaba junto a su mejilla. De manera lenta, se lo

enroscó en un dedo y tiró de él ligeramente. Ella sintió aquel delicado tirón hasta que él soltó su pelo. Todo su cuerpo estaba tenso. El aire que había entre ellos estaba lleno de tensión.

Él tenía la respiración entrecortada y ella sintió toda la sangre del cuerpo golpeándole en los oídos.

Entonces, bajo el agua, sintió sus manos. Aiden le rozó las piernas con los dedos. Ella se deslizó hacia delante y él posó las palmas en sus muslos, la agarró y la sentó a horcajadas en su regazo. Sin embargo, en aquella ocasión apenas había capas de ropa entre ellos, y ella pudo sentirlo todo.

Apoyó las manos en su pecho y luego las deslizó hacia arriba, hacia su cuello, y hundió las puntas de los dedos en su pelo. Ambos estaban en silencio, como si pudieran destruir aquel momento con las palabras.

Él le clavó la mirada en los ojos y, con suave precisión, acercó la cabeza hasta que pudo presionarle el cuello con la boca. El contacto le envió llamas por todo el cuerpo. Él le besó el cuello y le raspó la piel con los dientes, y ella inclinó la cabeza hacia atrás, con el cuerpo vibrando de deseo.

Ella se presionó contra él, y a él se le formó un grito en la garganta. Le clavó los dedos en las caderas con desesperación.

Saphira lo deseaba. Lo miró a los ojos y él le devolvió la mirada como si hubiera tenido una revelación…, como si, quizá, la revelación fuera ella.

Y, de repente, ella sintió miedo. Vaciló. Aiden estaba quieto, respirando con dificultad, pero esperó. Se contuvo, aunque ella notaba lo mucho que la deseaba. Se sentía como si estuviera al borde de un acantilado, a punto de caer, y, aunque sabía vagamente que alguien la recogería al fondo, no conseguía reunir el valor necesario para saltar.

Tragó saliva y se apartó de él.

Aiden cerró los ojos y apretó la mandíbula. La soltó, y ella se alejó.

Él se quedó decepcionado, pero no la presionó, y ella se lo agradeció.

—Deberíamos volver —susurró, aunque su cuerpo protestara.

Él asintió.

Ninguno de los dos se movió. Tenían que recuperar el aliento. Saphira intentó que se le calmara el corazón, y él debía de estar haciendo lo mismo.

Por fin, ella salió del agua y se estremeció al sentir el frío. Se secó y se puso un albornoz, y Aiden hizo lo mismo. No se miraron. Ella ya había sentido su cuerpo y eso era suficiente tormento.

Sopló una ráfaga de viento y entraron apresuradamente. Un novicio los acompañó a su dormitorio y, cuando llegaron a la puerta, se dieron cuenta de que iban a compartir habitación, puesto que estaban fingiendo que eran un matrimonio. Y eso significaba que también compartirían la cama.

Oh, no. Aiden apretó los nudillos hasta que se le pusieron blancos.

Ella abrió la puerta, y entraron en una habitación sencilla pero acogedora. Como no había electricidad, estaba iluminada con velas, y el suave brillo de las llamas creaba un ambiente íntimo.

Las velas eran muy románticas y, cuando él cerró la puerta del dormitorio, la cama también se lo pareció. Ella se estremeció de deseo al pensar en todas las posibilidades. Recordó lo que le había preguntado él durante la cena: «¿Puedo acariciarte?».

Entonces le había parecido algo inocente, pero, en aquel momento, la idea de que la acariciara era abrasadora.

Con las mejillas ardiendo, Saphira movió la cabeza y trató de concentrarse. Vio su bolsa de viaje y la tomó. Entró rápidamente al baño y cerró la puerta.

Cuando estuvo a solas, exhaló un largo suspiro y abrió el grifo de agua fría para darse una ducha que mitigara el calor de su cuerpo.

Respiró profundamente y se dio unas palmaditas en las mejillas.

—¡Contrólate! —se dijo a sí misma, entre dientes.

Después de ponerse el pijama, se miró al espejo. Era un pijama sencillo, algo que tal vez le diera vergüenza, pero, con Aiden, no sentía la necesidad de ser otra cosa que ella misma.

Iban a estar bien. Eran dos personas adultas.

Carraspeó, recogió sus cosas y abrió la puerta. Aiden no miró hacia la puerta a propósito, y a ella se le encogió el corazón al darse cuenta de lo incómoda que era la situación.

Ella había provocado aquella incomodidad.

—El baño está libre —dijo, en voz alta.

Aiden asintió. Evitando su mirada, entró al baño y cerró la puerta.

Saphira exhaló un largo suspiro y se dejó caer en la cama, que era deliciosamente blanda. Se metió entre las sábanas y apagó de un soplido la vela que había en su mesilla de noche. Quizá consiguiera quedarse dormida antes de que Aiden saliera del baño y las cosas no serían raras. Ella no quería que las cosas fueran raras.

Entonces él salió del baño con una camiseta y unos pantalones de pijama, y ella tuvo que apartar la mirada debido a la timidez.

Era ridículo. Había tenido novios y había hecho cosas parecidas a aquella, pero, con Aiden, estaba desquiciada.

Aiden apagó las velas de su mesilla sin decir una palabra y se metió entre las sábanas. Le dio la espalda.

Él estaba allí. A Saphira se le aceleró el corazón de nuevo. Estaba por completo despierta y no creía que pudiera conciliar el sueño. Después de unos instantes, reunió valor.

—Aiden —susurró.

No sabía si la estaba oyendo o la estaba ignorando. Frunció el ceño. ¿Ya se había dormido?

Trató de darle un empujoncito con el pie, pero calculó mal la distancia y le dio una patada.

—¡Ay! —exclamó él, sorprendido.

Era la primera vez que hablaba desde que habían salido de las fuentes termales.

—Ah, estás despierto.

—Sí —dijo él, y se giró hacia ella—. ¿Qué pasa?

—No, nada.

Él frunció los labios.

—Entonces, ¿por qué me pateas? —le preguntó, con un brillo de diversión en la mirada.

—Por nada —respondió ella, que también se estaba divirtiendo.

La tensión desapareció y se rieron suavemente. Ella enterró la nariz en la almohada. Aquella situación era tan ridícula y absurda que resultaba cómica.

Él sonrió y ella se sintió aliviada.

Volvían a la normalidad.

—¿Estás nervioso por lo de mañana? —le preguntó.

Él se puso cómodo y metió una mano debajo de la almohada.

—Un poco —dijo—. Pero Sparky lo ha hecho muy bien hoy, así que estoy seguro de que todo va a salir bien.

La habitación estaba casi a oscuras y, por eso, era más fácil no estresarse por tener que compartir la cama con él. Ella se concentró en el sonido de su voz.

—Esas pruebas son una locura —dijo.

—Sí, es verdad. Yo creí que iba a desmayarme —convino él.

—¡No! Estabas guardando la compostura perfectamente. Yo me comporté como una niña pequeña.

—No te preocupes. Yo, por dentro, también. No siempre es fácil demostrar lo que siento, pero eso no significa que no lo sienta.

—Yo nunca he aprendido a disimular lo que siento —reconoció ella.

Él sonrió.

—Ya lo sé. Eso me gusta de ti.

Era agradable charlar así.

—Me siento como si estuviera durmiendo en casa de mi mejor amiga —dijo ella.

Él hizo una pausa mientras pensaba en algo.

—¿Saphira?

—¿Sí?

—Creo que tú eres mi mejor amiga.

Ella sintió felicidad.

—Tú también eres mi mejor amigo —dijo—. Es raro, porque no nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero me siento como si te conociera de siempre.

—Yo siento lo mismo.

—Es como si no hubiera ninguna versión de mí misma antes de conocerte.

A medida que hablaban, se acercaban el uno al otro, hasta que estuvieron al borde de sus respectivas almohadas. Ella notó su calor. Se tomaron de las manos y aquel mero contacto le provocó una sensación de placer. Él le besó la palma de la mano. Ella extendió los

dedos sobre su mejilla y notó la aspereza de su barba. Aquel momento fue muy dulce.

La intimidad de estar juntos en una cama, de aquella manera, le resultaba tan real que parecía que habían estado así un millón de veces y que volverían a estar así un millón de veces más.

Y entonces pensó en qué más cosas podrían hacer mientras estaban juntos en aquella cama, y se le disparó el ritmo cardíaco. Sería tan fácil…

Parecía que estaban corriendo hacia algo inevitable y que no serviría de nada resistirse. Ella quería ceder. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Sin embargo, Aiden no se acercó más. Le sujetó la mano mientras cerraba los ojos.

—Buenas noches, Saphira —le dijo, en un tono suave como una caricia.

Y eso también valía para ella. Se sentía contenta con estar allí, a su lado.

—Buenas noches —respondió.

Capítulo 20

Aiden estaba intentando ser honorable. Por eso, aquella noche, había hecho uso de toda su fuerza de voluntad para no aprovecharse de la situación, a pesar de lo mucho que deseaba besarla, tenderla boca arriba y oír sus jadeos.

Había tardado una eternidad en conseguir relajarse después de haberla abrazado en las aguas termales, pero el hecho de recordar cómo se habían presionado sus cuerpos era una tortura.

Soñó con ella toda la noche, pero eso no era nada nuevo.

Lo que sí era nuevo fue que despertaron con sus cuerpos entrelazados como si, en sueños, ninguno de los dos hubiera tenido sentido común como para mantenerse alejado.

Abrió los ojos. La estaba rodeando con sus brazos, y sus piernas estaban enredadas. La sentía por todas partes.

Ella también se despertó y, cuando se dio cuenta de lo que sucedía, se le cortó la respiración. Sin embargo, no se retiró, no se apartó como había hecho en la piscina.

Saphira lo miró con sus enormes ojos marrones. Lo observó como si estuviera esperando. Él sintió un deseo que lo inundó. Y ya no podía soportarlo más. Se moría de ganas de besarla.

Le metió un mechón de pelo detrás de la oreja y ella se inclinó hacia él, pestañeando.

—No me odies —le dijo él, con la voz ronca—, pero voy a hacer una tontería.

Entonces la besó. Fue un beso suave y dulce. Él sintió un calor que le encendió el cuerpo. Se apartó para ver cuál era su reacción antes de seguir adelante.

Ella estaba reprimiendo una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Todavía estoy esperando a que hagas una tontería.

Él sonrió y ella lo estrechó contra sí y lo besó apasionadamente.

Le dolía el cuerpo. Tomó su rostro con una mano e hizo el beso más profundo mientras ella jadeaba contra su boca. Inclinó el cuerpo y, en un solo movimiento, se sentó y la colocó sobre él. Ella le rodeó la cintura con los muslos, como había hecho en la piscina de aguas termales y, en aquella ocasión, le permitió hacer lo que había ansiado.

La besó con desesperación. Cada uno de sus movimientos estaban cargados de anhelo. Cuando ella se acercó aún más, a él se le disparó el deseo por todo el cuerpo y se le escapó un gemido de la garganta. Deslizó la lengua dentro de su boca y ella le mordisqueó el labio inferior. Él pensó que iba a morir, aunque precisamente en aquel momento había tanto por lo que vivir…

Él movió las manos hacia su pelo y enredó los dedos en sus mechones. Tiró suavemente hacia atrás para que ella inclinara la cabeza y poder besarle la garganta. Saphira emitió un sonido de desesperación cuando él se movió hacia abajo, le besó la clavícula y le lamió la piel. Le agarró la cara y volvió a besarlo, todo dientes y lengua, y deslizó las manos por su cuerpo, deteniéndose en la curva perfecta de su cintura.

Las manos de ella vagaron por su cuerpo hasta que llegaron al bajo de su camiseta. Saphira levantó la tela y él se la sacó por la cabeza, y dejó que sus dedos le abrasaran la piel mientras ella exploraba su torso desnudo. Después, la empujó suavemente y la tendió boca arriba, y cubrió su cuerpo con el de él mientras se besaban y se besaban.

Los dos estaban perdidos en un deseo que los consumía por completo, perdidos en una neblina de labios y piel, cuando, de repente, alguien llamó a la puerta.

Él se detuvo, deseando que solo fuera una imaginación, pero volvieron a llamar.

Con un esfuerzo ímprobo, se levantó para responder.

Era Mireya.

—Es la hora del gran día de Sparky —dijo.

La anciana lo miró y él se dio cuenta de que no llevaba camiseta.

Aiden se escondió como pudo detrás de la puerta entreabierta, con las mejillas ardiendo. Claramente, la anciana se había percatado de lo que estaba sucediendo allí. Pero, al menos, de ese modo su relación con Saphira no parecería sospechosa.

Él carraspeó.

—Gracias —dijo—. Enseguida estaremos allí.

Mireya asintió y él cerró la puerta, volviéndose hacia Saphira. Cuando se miraron, ella se echó a reír. Tenía los labios rosados e hinchados y él volvió a sentir una oleada de deseo.

Se acostó a su lado y ella giró el cuerpo hacia él. Y él le puso una mano en el costado.

—¿Ha sido real? —le preguntó, porque no era capaz de creer lo que había sucedido entre ellos. Necesitaba asegurarse de que no había sido un sueño.

—Dímelo tú —respondió ella, con los ojos castaños muy abiertos.

Él le acarició la curva de la cadera y se deleitó con la suavidad de su piel.

—¿Todavía estamos fingiendo?

—Yo nunca he fingido —replicó él. Le tomó la mano y le besó la muñeca.

Ella sonrió, feliz, aliviada.

—Yo tampoco —dijo, con timidez.

Entonces él la besó de nuevo y sintió su sonrisa hasta que ella se apartó.

—Tenemos que irnos —dijo—. Ya sabes lo gruñón que se pone Sparky si le hacemos esperar.

Aiden gruñó también y se dejó caer en el colchón. Lo único que quería era pasarse todo el día en la cama con ella, pero Saphira tenía razón. Debían marcharse.

—De acuerdo —dijo, con un suspiro, y se levantó.

—Puedes ducharte primero —le dijo ella.

—Lo necesito.

Ella se ruborizó y apartó la mirada.

Aiden notó que el cariño se extendía por su pecho. Ella era tan preciosa… Le dio un beso en la mejilla y fue a prepararse.

Después de que Aiden terminara, Saphira se arregló también, y salieron juntos al encuentro de Mireya y Sparky, que estaban en el nivel más alto del complejo de Mount Echo.

El cachorro de dragón estaba irritado al principio. Tenía el ceño fruncido. Sin embargo, debió de notar que algo era diferente entre ellos, porque, de inmediato, se alegró.

—¿Cómo está mi niño? —le preguntó Saphira, mientras le daba muchos besos—. ¡Lo vas a hacer tan bien! Vas a ser maravilloso.

Ella retrocedió y Aiden acarició a Sparky. Después, apareció un novicio que se llevó al cachorro.

Mireya se quedó rezagada junto a ellos, y los tres observaron al novicio mientras llevaba a Sparky hacia el borde de la montaña, desde donde iban a arrojarlo.

A Aiden se le encogía el estómago con solo pensarlo, y se dio cuenta de que Saphira estaba haciendo respiraciones profundas para intentar relajarse.

—Tenemos que ser valientes —le recordó ella—, o Sparky tendrá miedo.

—Umm…

Él no podía hablar a causa del estrés.

Sparky los miró y Saphira le dedicó una sonrisa de ánimo. Aun así, el cachorro estaba inquieto, y Aiden no podía reprochárselo. Él mismo estaba haciendo muecas de ansiedad hasta que Saphira se volvió hacia él, abrió unos ojos como platos y le dio un codazo en el estómago.

—¡Aiden! ¡Tenemos que ser fuertes! —le dijo.

—Dios, no puedo hacer esto —respondió él, con náuseas.

Había conseguido mantener la compostura durante los rituales del día anterior, pero sabía que en aquel momento se iba a desmoronar.

—Disimula —le ordenó Saphira, y él vio que ella esbozaba una sonrisa forzada.

Él también intentó hacerlo, pero debió de ser un ceño fruncido, porque ella se echó a reír.

—Va a estar bien, ya lo verás —le dijo, tomándolo de la mano. Se la puso sobre el hombro y entrelazó sus dedos con los de él. Él le apretó la mano, relajándose. Y, cuando sonrió de nuevo, fue más fácil.

Los dos saludaron a Sparky con la mano, y el cachorro saltó hacia delante.

—Voy a vomitar —dijo Aiden, cuando Sparky se volvió de espaldas a ellos.

Saphira se echó a reír.

—Yo también estoy preocupada.

Los dos eran padres estresados y era maravilloso compartir aquel momento con ella, saber que sentía exactamente lo mismo que él.

A medida que Sparky se acercaba al borde del acantilado, a ella se le cortó la respiración.

—No puedo mirar —dijo—. Pero tengo que hacerlo. Oh, es terrible.

—Los dragones son criaturas estresantes, pero esperad a tener hijos —les dijo Mireya, en tono de diversión—. Los bebés humanos son mucho más indefensos.

Con aquel comentario, la anciana solo consiguió que él se angustiara aún más, hasta que Saphira sonrió.

—Oh, creo que yo no tendré muchas preocupaciones —dijo—, porque Aiden será un magnífico padre.

A él se le formó un nudo en la garganta al oír sus palabras. Sabía que acababa de besarla por primera vez tan solo una hora antes, pero le resultó increíblemente fácil imaginarse una familia con ella. La atrajo hacia sí y le besó la sien.

Se abrazaron el uno al otro hasta que el novicio llegó al borde de la montaña. Entonces tomó a Sparky, lo alzó por el aire y, sin miramientos, lo arrojó al vacío.

El cachorro desapareció y a Saphira se le escapó un ruido, como si la hubieran golpeado. Aiden se sentía exactamente igual, como si le

hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Solo duró unos segundos, pero fueron los más largos de su vida.

Entonces Sparky se elevó por encima del borde del precipicio y voló. Su silueta negra se recortaba contra el cielo pálido. Tenía las alas muy abiertas.

Levantó la cara hacia el viento mientras planeaba y lo miró todo con sus preciosos ojos violetas llenos de asombro.

Aiden pudo respirar y miró al cielo con los ojos llenos de lágrimas. Pestañeó para poder ver a Saphira. Después se volvió hacia ella. Estaba tan feliz que tuvo la sensación de que podría irse flotando.

Tomó su rostro entre las manos y la besó en los labios, y saboreó su dulzura. Ella canturreó contra su boca, llena de satisfacción.

Se separaron y él apoyó la frente en la de ella.

—Vamos a mirarlo —dijo Saphira, con la voz entrecortada.

Se giraron hacia Sparky y lo miraron con los ojos húmedos. Aiden sintió un dolor en el pecho. Su pequeño bebé estaba creciendo.

Sparky voló hacia ellos y aterrizó sobre sus hombros ronroneando, y los tres se abrazaron. Fue uno de los mejores momentos de la vida de Aiden.

Capítulo 21

Regresaron a casa después de aquel viaje exitoso y Aiden dejó a Saphira en la cafetería sobre las cuatro de la tarde. Aquel día había sido como un torbellino y ella tenía que pellizcarse por los besos de aquella mañana, que habían sido como bucear hasta la superficie del agua y poder tomar aire finalmente, después de contener la respiración durante mucho tiempo.

Tras el primer vuelo de Sparky, su ansiedad se había transformado en orgullo. El cachorro estaba creciendo y eso la entristecía; ojalá pudiera detener el tiempo y abrazarlo con todas sus fuerzas. Sin embargo, al mismo tiempo, amaba aquella realidad.

Aiden aparcó y ella salió del coche. Él salió también y sacó la bolsa de viaje de Saphira del maletero.

—Gracias —dijo ella, tomándola de sus manos.

En cuanto se quedó libre, él le tomó la cara y la besó al mismo tiempo que la atraía hacia sí agarrándola por la cintura. Se apoyó en el coche para que Saphira no tuviera que ponerse de puntillas y ella se colocó entre sus piernas.

Y se besaron en mitad de la calle principal, todo dientes y emoción pura. Él enredó la mano en su pelo y ella sintió un deseo ardiente mientras él abría la boca para profundizar el beso con la lengua.

A ella se le escapó un gemido y después se apartó de él para no dejarse llevar demasiado.

Se cubrió las mejillas con las manos y miró a su alrededor, a la gente que pasaba por allí.

—Dios mío, tenemos que parar —dijo, riéndose—. Hay niños.

—No me importa —dijo él, y la estrechó entre sus brazos para besarla de nuevo.

Ella sonrió contra sus labios y se apartó. Él tenía los ojos oscurecidos y los labios, rojos, y su expresión era de desesperación.

—¡Tengo que irme! —exclamó Saphira, y tomó su bolsa.

Sin embargo, cuando empezaba a andar, él agarró una de las asas y tiró hacia atrás.

Ella dio un grito y, con el impulso, él hizo que girara y la atrapó en sus brazos de nuevo. A Saphira se le escapó una risita. Puso las manos sobre sus omóplatos y notó el movimiento de sus músculos.

Él le besó la mejilla y la soltó.

—Bueno, ya dejo que te vayas —dijo, con una sonrisa.

Ella se apartó y vio que tenía una expresión dulce en la cara, y tuvo una sensación de afecto deliciosa. Le acarició la mejilla y se fijó en que todavía llevaba puesta la alianza.

—Oh, antes de que se me olvide…

Se quitó el anillo y se lo tendió.

—Quédatelo —dijo él.

Ella lo miró con suma atención para ver si estaba bromeando, pero Aiden hablaba en serio.

¡Era absurdo!

—Está bien, vamos a ir más despacio —dijo ella, riéndose.

Sin embargo, se puso seria enseguida, porque se dio cuenta de que seguramente era mejor tomarse aquella sugerencia en serio. Nani-Ma siempre le contaba que su madre se metía en medio de las cosas y se hacía daño. Ella no quería que le sucediera eso, sobre todo porque Sparky estaba involucrado. Tenían que ser cuidadosos.

—Sí, por supuesto —respondió Aiden, carraspeando. Se metió la alianza al bolsillo.

—La primera cita de Sparky para el veterinario es mañana por la mañana —le recordó ella—. Creo que todos necesitamos descansar un poco para eso. Además, yo tengo que supervisar la cafetería.

Él suspiró y posó las manos en su cintura.

—No quiero que te vayas, pero tienes razón. ¿Nos vemos mañana, entonces?

—Mañana.

En aquella ocasión, fue Saphira quien le robó el último beso antes de irse. Cuando iba a llegar a la puerta de la cafetería, se giró para mirarlo por encima del hombro. Él seguía apoyado en el coche, con una mano sobre el corazón. Ella se echó a reír.

Saphira entró en la cafetería casi flotando. Lavinia la estaba mirando desde la barra, boquiabierta. Probablemente, la había visto besarse con Aiden por la cristalera.

Antes de que Lavinia se asustara, ella alzó una mano.

—Primero, cuéntame qué tal ha ido todo —le ordenó—. ¿Ha habido algún problema durante mi ausencia?

—Oh, Dios mío, todo ha ido a la perfección, no hay nada de lo que preocuparse —respondió Lavinia—. Las consumiciones, como de costumbre, y ningún problema.

—De acuerdo, bien, bien —dijo Saphira.

—¡Ahora necesito los detalles! —chilló Lavinia, con los ojos abiertos como platos. Saphira se tapó la cara con las manos—. ¡Espérame en la trastienda mientras le digo a Cal que me sustituya aquí!

Saphira fue a la parte de atrás y Lavinia apareció unos segundos más tarde, con un par de tés helados.

—¡Detalles, ahora! —le ordenó.

Saphira tomó uno de los vasos y se dirigió hacia la puerta del jardín. Salieron y se sentaron en la hierba. Allí, Saphira le contó todo lo que había ocurrido durante las últimas treinta y seis horas, desde que la había visto por la mañana, algo que había sucedido hacía una eternidad.

—Mañana tenemos que ir al veterinario, así que lo mejor será que descanse bien esta noche —dijo Saphira, para terminar. Hablar de todo ello lo convertía en algo muy real, y eso le resultaba abrumador —. Además, necesito asimilarlo todo.

—¿Qué es lo que hay que asimilar? —le preguntó Lavinia—. ¡Es guapísimo! ¡Tú le gustas! ¡No veo dónde está el problema!

—Pues… técnicamente, trabajo para él. Estoy segura de que esto es una infracción en el departamento de recursos humanos.

—Pfff… —dijo Lavinia, y movió una mano con desdén—. ¿A quién le importa eso? Además, no vas a entrenar a Sparky para siempre. No le des tantas vueltas.

—Eso es verdad —dijo ella, aunque era mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Lavinia dio un gritito y Saphira sonrió. Estaba muy contenta.

—No puedo creer lo que ha pasado —dijo, al final, con asombro—. ¿No habrá sido un sueño?

—¡Él tenía manchas de tu carmín en mitad de Main Street, así que, no, no ha sido un sueño!

Saphira inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. No podía parar. Estaba eufórica. Y Lavinia, también.

—Oh, Saph —dijo su amiga, con reverencia—. Nunca te había visto así.

—Nunca me había sentido así —respondió ella—. Oh, Dios, me duele el estómago.

—¡Estás perfectamente! ¡Respira! Solo necesitas un poco de oxígeno.

Saphira inspiró profundamente y se abanicó.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí. Dime cómo va tu beca.

—Estoy aprendiendo muchísimo —dijo Lavinia—. Mañana voy a estar allí cuando llevéis a Sparky.

—¡Oh, qué bien! Así verá una cara amiga. Sé que le estamos haciendo pasar por muchas cosas seguidas.

—No, eso es bueno —dijo Lavinia—. Está creciendo, así que hay que vacunarlo ahora.

—¡No digas que está creciendo! ¡Voy a echarme a llorar!

—¿Cuándo no estás lloriqueando tú? —le preguntó Lavinia.

Saphira estuvo a punto de protestar, pero reconoció la verdad.

—Bien dicho.

En aquel momento, Calahan se asomó por la puerta lateral con una expresión de disculpa.

—Eh… ¿Lavinia? —preguntó con algo de nerviosismo—. Si alguien, teóricamente, intentara hacer espuma con la leche, pero pusiera demasiada leche en la jarra de espumar y, digamos que la leche salpicara por todas partes, ¿cómo limpiaría esa persona el desastre?

Lavinia lo miró con ironía.

—¿Ese alguien eres tú?

—Podría ser.

—¿Y esa situación teórica no es teórica?

Él hizo una pausa. Lavinia lo miró fijamente. Él sonrió de forma encantadora y ella se puso de pie.

—Eres como un salvavidas, Lav —dijo, con cara de agradecimiento eterno.

—Oh, ya lo sé.

Lavinia fue tras él, pero se giró hacia Saphira, que hizo un gesto con la mano porque todavía no quería levantarse.

—Entra tú —le dijo—. Yo voy dentro de un minuto.

Lavinia entró en el local y ella se quedó sentada un poco más en la hierba, admirando el jardín, que estaba casi terminado. Muy pronto también estaría listo el corral para los cachorros de dragón y los clientes podrían sentarse fuera a tomar el sol.

Un rato más tarde, Saphira se levantó y se dispuso a entrar. Cuando llegó a la puerta, oyó la conversación de unas chicas que estaban saliendo de la cafetería por la puerta delantera.

—No puedo creer que Aiden Sterling estuviera besándose con Saphira.

—¡Es verdad! Es increíble.

—¿Crees que están juntos?

—Claro que no. No es posible. Seguramente solo se han enrollado.

—¿En mitad de Main Street? Eso es un desastre.

—Cuéntamelo.

Saphira se sintió como si le hubieran echado un cubo de agua fría. Había reconocido las voces. Eran unas chicas que tenían más o menos su edad, de familias Drakkon, que iban a menudo a la cafetería con sus cachorros de dragón. Ella se quedó sorprendida al oír aquel tono de desprecio. Siempre habían sido muy amables, pero, ahora, hablaban como si las hubiera ofendido personalmente.

No daban crédito a que Aiden la estuviera besando, como si ella hubiera tratado de quedarse con algo que no era suyo y que nunca podría serlo.

Se sintió insegura. En realidad, se quedó hundida. Era parecido a lo que había sucedido en Mount Echo cuando Mireya insistía en que era una forastera, una intrusa.

Movió la cabeza de lado a lado y trató de quitárselo de la cabeza. Seguramente, aquellas chicas tenían celos. Aiden era un chico soltero muy codiciado, después de todo. Los Sterling eran una familia muy importante ¿Era tan increíble que Aiden estuviera interesado en ella?

Lo mejor sería no pensar en ello.

Entró en la cafetería para ayudar con los últimos clientes antes de mandar a casa a Lavinia. Ella se encargó del cierre con Calahan.

Después de que todo estuviera limpio y ordenado, agarró su bolsa de viaje y subió a su apartamento. Se puso el pijama y rebuscó algo de comida. Decidió tomar fresas con chocolate y se las comió mientras preparaba la cita con el veterinario del día siguiente. Era al mediodía y ella tendría que dejar el trabajo durante una hora para poder ir al Hospital de Animales. Como ya había salido durante casi dos días para el viaje a Mount Echo, no quería tomarse otro día libre completo para la cita de Sparky.

Pensó en Aiden. Allí, sola, en su apartamento, se echó a reír. Se desplomó en el sofá y se abrazó a uno de los cojines. Estaba eufórica de nuevo y no iba a permitir que un comentario malintencionado la deprimiera. Recordó cómo se había sentido al besarlo y se tocó los labios con los dedos.

Miró a su alrededor en busca del teléfono y vio que tenía una llamada perdida suya de hacía veinte minutos. Le devolvió la llamada y él contestó después del primer tono.

—Eh, ¿va todo bien? —le preguntó.

—No —respondió él.

Ella se preocupó al instante.

—¿Qué sucede?

—Te echo de menos.

Ella sonrió. Se levantó y fue hacia la cocina. ¡Qué bobo era! ¡Dios santo!

—¡Pero si acabas de verme!

—Nunca podría haber demasiada Saphira —respondió él, con facilidad—. ¿Qué estás haciendo?

—Estaba pensando hacer la cena —dijo ella, mientras abría la nevera e inspeccionaba el contenido—. ¿Y tú?

—Yo ya he preparado algo e iba a comer pronto. ¿Qué vas a hacer?

—Um… Buena pregunta —dijo ella. Sacó unas rebanadas de pan y unas lonchas de pavo—. Me parece que un sándwich.

Puso el altavoz y dejó el teléfono en la mesa, y charlaron mientras ella preparaba el bocadillo.

—¿Vas a comer ahora? —le preguntó él.

—Estaba a punto de sentarme, sí —respondió ella—. ¿Tú ya has acabado?

—No, te estaba esperando —dijo Aiden.

Ella recibió un mensaje y abrió su chat. Se encontró con una foto de su plato, que era un guiso de pollo con verduras al vapor, pero todo estaba intacto. Entonces ella también le envió una foto de su bocadillo.

Comenzaron a comer y a charlar. Ella sabía que, probablemente, debería despedirse y hacer las pequeñas tareas necesarias por su apartamento, pero no quería decirle adiós todavía. No se había cansado de él. Seguramente, nunca se cansaría.

—¿Qué está haciendo Sparky? —preguntó.

—Ser una amenaza —respondió él, y le envió otra foto en la que el cachorro aparecía adorable, como siempre—. Está revoloteando por ahí, tirando cosas.

—Aah, es tan mono… —respondió Saphira—. Se está haciendo demasiado grande, y eso me rompe el corazón.

—Dios, a mí también. En realidad, tendría que dejar de crecer.

—Estoy por completo de acuerdo. Deberíamos elaborar algún plan para que siga siendo siempre así de pequeño.

—Empezaré a investigar.

Siguieron charlando y ella tuvo el teléfono al lado mientras lavaba los platos, deshacía la bolsa de viaje y se preparaba para acostarse. Aiden la estuvo acompañando durante toda la noche.

—Bueno, creo que deberíamos irnos a dormir —dijo Saphira, bostezando, ya tendida en la cama.

Oyó el sonido de unas sábanas y supo que él también se había acostado. Apagó la luz de la mesilla y lo único que quedó fue el brillo de su teléfono móvil y el sonido de la voz de Aiden.

—Buenas noches, Aiden —le dijo.

—Que tengas dulces sueños, Saphira —respondió él, en un tono cálido y suave.

Ella sonrió, colgó y exhaló un largo suspiro. Dio unas cuantas patadas con los pies, de pura alegría.

Estaba deseando verlo al día siguiente, y casi no podía dormir por lo emocionada que estaba.

No sentía aquella efervescencia desde que había abierto la cafetería, cuando se presentaron ante ella un sinfín de posibilidades. Aquello podía salir mal de muchas maneras, pero, del mismo modo, podía salir perfectamente bien.

Al día siguiente, Saphira estaba esperando a Aiden y a Sparky junto al Hospital de Animales. Él iba a llegar un poco tarde, la había avisado por medio de un mensaje de texto, pero estaría allí pronto.

Saphira estaba inquieta. Hasta que lo vio llegar por la calle. Ella se llenó los pulmones de aire y fue a su encuentro. Lo abrazó e inhaló su dulce olor a menta.

—Hola, guapísima —le dijo él, y la besó en el cuello, abrazándola con fuerza.

Cuando Saphira se apartó, él sonrió y la miró con los ojos oscurecidos, ardientes. Ella jugueteó con su pelo mientras él le acariciaba la espalda, y canturreó de felicidad.

—Siento llegar tarde, pero le he dado a Sparky una medicina que el veterinario dijo que había que darle hoy por la mañana y no le ha gustado mucho.

Saphira miró a Sparky, que estaba enfurruñado junto a las piernas de Aiden, rascándose la cara y gruñendo. Tenía una rabieta y estaba bufando.

—Ay, mi niño —dijo Saphira, y lo tomó en brazos. Lo arrulló, pero él siguió disgustado y agitado. Ella le hizo algunos sonidos de cariño para calmarlo.

—¿Entramos? —le preguntó a Aiden, y él iba a responder cuando sonó su teléfono móvil. Él miró la pantalla e hizo un mohín.

—Oh, es mi padre —dijo—. Tengo que responder a la llamada.

—No te preocupes —dijo ella—. Voy entrando yo.

Saphira entró en el hospital con Sparky mientras Aiden respondía a la llamada. Ella entró hacia la recepción y se dirigió a la recepcionista, que estaba ocupada escribiendo algo en el ordenador.

—¡Hola! He venido porque tengo una cita para Sparky.

La recepcionista alzó la mirada y se sobresaltó un poco. Claramente, le sorprendía que ella estuviera allí con un dragón. Saphira se irritó.

Antes de que la recepcionista pudiera decirle nada, entró Aiden y se colocó a su lado.

—Por favor, discúlpame —dijo, y le puso una mano en la espalda —. ¿Lo has registrado ya?

—Un momento —dijo la recepcionista. Hizo algo en su ordenador y después sonrió encantadoramente a Sparky—. Ya está todo listo. Puede pasar a la sala de espera y lo llamarán.

Aiden mantuvo la mano en su espalda mientras caminaban hacia la sala de espera, donde había otros animales pequeños, como cachorros de quimera, de grifo y de fénix. El Hospital de Animales de Main Street era principalmente para cachorros; los veterinarios hacían visitas a domicilio cuando los adultos tenían algún problema, porque se trataba de animales muy grandes que no cabían con facilidad en un edificio pequeño.

Cuando se sentaron, Sparky se bajó de un salto de los brazos de Saphira.

—¡Sparky!

Ella lo persiguió y él le lanzó un gruñido e intentó salir volando. A pesar del entrenamiento, el cachorro no quería estar allí. La medicina que le había dado Aiden aquella mañana era para relajarlo, pero solo había servido para agitarlo.

Ella lo tomó en brazos y él se retorció, e inhaló una bocanada de aire como si fuera a lanzarle una nube de hollín.

Saphira frunció el ceño.

—Sparky, no —le dijo, y él cedió, aunque no estaba nada contento al respecto.

Saphira se sentó de nuevo y suspiró.

—No lo entiendo —le dijo a Aiden—. En Mount Echo se ha portado maravillosamente bien, y eso era mucho peor que unas cuantas inyecciones.

—No te preocupes —dijo Aiden, y le puso una mano en el muslo —. La cita acabará enseguida.

Unos minutos más tarde, Lavinia se asomó a la sala de espera. Cuando los vio, se le iluminó la cara.

—¡Hola, chicos! —exclamó, y se acercó a ellos.

—¡Vaya, qué aspecto más oficial! —le dijo Saphira, que se había quedado impresionada al verla con la bata blanca y un estetoscopio al cuello—. ¡Qué orgullosa estoy de ti!

—Una verdadera profesional —dijo Aiden.

—Gracias, gracias —dijo Lavinia, e hizo una pequeña reverencia, sonriendo—. Por favor, seguidme.

Saphira se puso de pie sin soltar a Sparky para que no volviera a escaparse.

—¿Y cómo está nuestro bebé? —le preguntó Lavinia al cachorro, acariciándolo con las dos manos. Entonces miró a Aiden y a Saphira —. Algunos de los cachorritos intentan escaparse o escupen fuego cuando los van a examinar, pero Sparky es muy bueno.

El cumplido, aunque fuera falso, complació mucho a Sparky, y el dragón se acomodó en brazos de Saphira para disfrutar de las atenciones. Mientras seguían a Lavinia a una de las salas de consulta, él permaneció en calma.

El hecho de que conociera a Lavinia era de ayuda. Aunque protestó un poco en la camilla de la consulta, se portó bien mientras ella le hacía la exploración preliminar y le tomaba las constantes vitales antes de que llegara el veterinario para ponerle las vacunas.

Mientras Lavinia le examinaba la boca a Sparky, Calahan le escribió un mensaje a Saphira para preguntarle dónde estaban

guardadas las servilletas de reposición.

—Vuelvo dentro de un minuto —le susurró Saphira a Aiden. Él asintió y ella salió de la consulta y se alejó un poco por el pasillo para que no la oyeran en la sala y se distrajeran.

Mientras le indicaba a Calahan dónde debía mirar exactamente, vio que el veterinario entraba en la sala donde estaban Sparky, Aiden y Lavinia.

—Cal, aguanta un poco más, ¿de acuerdo? —dijo ella, por teléfono —. Están a punto de ponerle las vacunas a Sparky, así que tengo que irme.

—Oído, jefa.

Ella colgó y volvió a la consulta.

Justo cuando iba a abrir la puerta, pasaba una ayudante por allí, y le preguntó:

—Disculpe, ¿tiene usted que estar aquí?

Ella se detuvo y tuvo un escalofrío.

—Sí…, eh…, mi dragón está en esta consulta.

El ayudante revisó el cuadro de pacientes de la puerta y la miró.

—¿Sterling? ¿Le importaría mostrarme su identificación?

Saphira se quedó sorprendida. Se llevó la mano al costado y se dio cuenta de que no había sacado el bolso, por lo que no tenía su carnet de identidad ni el carné Drakkon.

—Lo siento, no lo tengo aquí —dijo, y el ayudante frunció el ceño. Ella no quería perderse las vacunas de Sparky—. Estaba en la consulta con él, pero he tenido que salir un momento.

—Lo siento, pero somos bastante estrictos con estas cosas —dijo el ayudante, con una cara inexpresiva.

Ella estaba tan avergonzada que no sabía qué hacer ni qué decir. Se quedó paralizada, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos. Parecía que el tiempo se había detenido.

Un segundo después se abrió la puerta y se asomó Aiden.

—Oye, ¿dónde te has ido? —le preguntó, con el ceño fruncido—. Están a punto de ponerle las vacunas a Sparky.

A ella le tembló la barbilla y, al instante, Aiden se puso muy serio.

—¿Qué ocurre? —preguntó, tomándola suavemente de los codos.

—¿Se supone que ella tiene que estar aquí? —le preguntó a Aiden el ayudante.

De repente, él comprendió por qué se había disgustado.

—Sí —respondió con enfado—. Obviamente.

—Oh —dijo el ayudante, y tragó saliva—. Lo siento mucho.

Aiden le puso la mano en la espalda a Saphira y la llevó de nuevo a la consulta, pero antes de entrar, fulminó al ayudante con la mirada.

Saphira no se dio cuenta. Se sentía muy humillada.

—Siento que hayas tenido que soportar eso —le dijo Aiden, en voz baja.

—No es culpa tuya —susurró ella.

Esbozó una sonrisa forzada, pero no engañó a Aiden.

—¿Preparados? —preguntó el veterinario.

Saphira asintió, pero Sparky estaba inquieto en la camilla. Lavinia se acercó a ella.

—Saph, ¿estás bien? —le preguntó—. Sparky está percibiendo tu estado de ánimo, así que intenta poner buena cara, ¿de acuerdo?

Saphira se sintió aún peor. De repente, la sala era demasiado pequeña y a ella le faltaba el aire.

—Eh —le dijo Aiden, y se puso delante de ella hasta que Saphira solo pudo verlo a él. Él posó las manos en sus hombros—. Respira —le dijo, con suavidad.

Tomó su cara con ambas manos y le acarició las mejillas con los dedos pulgares.

—Tienes todo el derecho a estar aquí —le dijo—. Mira. Sparky te está mirando a ti.

Le soltó la cara y se hizo a un lado para que pudiera ver al cachorro, y tenía razón. Sparky la estaba observando atentamente, como si estuviera esperando a que ella le dijera que todo estaba en orden.

Ella respiró con profundidad y le tomó la mano a Aiden. Él entrelazó sus dedos con los de ella y se los apretó con delicadeza, y ella volvió a centrarse… Se calmó.

Le sonrió a Sparky, que, en aquella ocasión, fue real. El cachorro se relajó y dejó de protestar.

—Ya estamos listos —le dijo ella al veterinario.

Él asintió y comenzó a ponerle las inyecciones.

Sparky dio un grito con la primera, pero Aiden le dijo:

—¡Eres muy valiente! ¡Lo estás haciendo muy bien!

Entonces él se dio la vuelta y vio que a Saphira se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Oh, no —dijo, con una sonrisa—. ¡Tú también eres muy valiente y lo estás haciendo muy bien!

Ella hizo un puchero.

—No tiene gracia —gimió, y él le dio un abrazo.

Saphira escondió la nariz en su pecho y él le acarició el pelo.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé.

Ella se retiró con un suave lloriqueo.

—¿Cariño?

—Eres mi cariño —le dijo él, con timidez—. Eres mi amor.

Después, le besó la mejilla.

El veterinario carraspeó y ella sonrió con timidez y volvió a concentrarse en Sparky.

—Ya hemos terminado —dijo, por fin, el veterinario.

Lavinia tomó del armario una golosina para dragones y se la dio a Sparky. Él comenzó a chupetearla inmediatamente, feliz.

—Sparky se ha portado muy bien. Debería descansar hoy y mañana.

—Gracias, doctor —dijo Aiden, estrechándole la mano.

Entonces el veterinario se marchó y Lavinia le dio una piruleta para seres humanos a ella, que era quien realmente la necesitaba. Ella le quitó la envoltura y la chupó. Era dulce y picante a la vez.

—Te has portado muy bien, nena —le dijo Lavinia, y le dio un abrazo—. Nos vemos después.

Saphira y Aiden se despidieron de ella y se volvieron hacia Sparky.

—Mi pequeño *golu-molu* —le dijo Saphira, con dulzura. Lo estrechó contra sí, y Sparky ronroneó—. Lo has hecho muy bien. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—Buen chico —le dijo Aiden, y le rascó la barbilla. Sparky cerró los ojos y se deleitó con las caricias—. ¿Nos vamos?

Saphira asintió. Tomó a Sparky en brazos y él se acurrucó contra ella. Salieron de la consulta y pasaron por delante de la sala de espera de camino a la puerta principal. Ella tuvo la sensación de que todo el mundo la miraba aunque, posiblemente, no fuera cierto. Sin embargo, por su inseguridad, tenía la necesidad de esconderse.

Aiden la acompañó a la cafetería. Se despidieron antes de que ella entrara al local, pero, después de un beso dulce, él se apartó para observar su rostro. Frunció el ceño.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Ella se mordió el labio.

—Vamos, dime qué pasa.

Saphira suspiró. Abrió la boca para responder, pero no dio con las palabras adecuadas. Él le acarició la mejilla y esperó pacientemente a que ordenara sus pensamientos.

—Es que, cuando estamos en nuestra pequeña burbuja, me siento como si no perteneciera a ella —dijo Saphira, finalmente—. Siento que tengo derecho a cuidar a Sparky, como si él también fuera mío, pero a veces, en público, me siento fuera de lugar y eso me crea inseguridad.

—Claro que tienes derecho a cuidar a Sparky —le aseguró Aiden —. Él es tuyo y tienes que estar a su lado. A nuestro lado. ¿De acuerdo?

Ella suspiró de nuevo. Sabía que la opinión de unos cuantos desconocidos no tenía importancia, que lo que importaba de verdad era lo que sentían Aiden y Sparky. Y sabía que ella tenía que estar a su lado. Algunas veces era difícil, Aiden consiguió que se sintiera mejor.

Saphira asintió y esbozó una sonrisa.

—De acuerdo —dijo.

Aiden sonrió también y le dio un beso en la mejilla. Ni aquel día ni al siguiente entrenarían a Sparky, porque el cachorro tenía que descansar y, de todos modos, Aiden tenía que trabajar.

—¿Te puedo llamar luego? —le preguntó.

Ella asintió con una sonrisa.

—Sí.

Él le tomó la barbilla con la mano libre y ella se puso de puntillas para besarlo. Al sentir su ternura, Saphira se derritió. Saboreó el beso, y su cuerpo siguió vibrando incluso después de haberse apartado.

—No olvides —le dijo él, guiñándole el ojo— que eres mi amor.

Capítulo 22

Saphira y Aiden no se vieron durante los dos días siguientes y ella lo echó de menos casi con un dolor físico, aunque hablaron por teléfono varias veces al día. Él estaba ocupado con el trabajo y ella estaba ocupada con la cafetería, y Sparky estaba descansando por los efectos de las vacunas.

A la mañana siguiente, Saphira se despertó un poco antes de lo acostumbrado porque oyó ruido en la calle. Con curiosidad, se levantó, se puso la bata y se calzó y bajó las escaleras. El ruido provenía de la parte de atrás. Abrió la puerta trasera de la cafetería y salió. En cuanto lo hizo, vio el perfil de Aiden y le dio un vuelco el corazón.

Lo observó en silencio mientras él trabajaba. Todo era hermoso aquel día. Soplaba una brisa suave y los pájaros estaban con sus cánticos de primera hora de la mañana. El cielo era de un azul rosado. A lo largo de la pared del edificio, las buganvillas se habían recuperado y habían florecido, y lo llenaban todo de destellos rosados.

Más allá, el jardín estaba… completo. Todo ordenado y dividido en secciones, con setos de varios tamaños para que jugaran los dragones. Había sillas y algunas mesas para que los clientes que lo desearan pudieran sentarse allí mientras sus cachorros jugaban.

Parecía que Aiden había plantado flores blancas por todo el perímetro del jardín. Eran plantas altas, de sesenta a un metro veinte centímetros de altura, más o menos, y tenían flores parecidas

a las de los guisantes, pero en racimos. Sobresalían por encima de las demás plantas.

Aiden terminó de remover la tierra y se puso en pie. Vio a Saphira y se le iluminaron los ojos. Sonrió. En su cara apareció un expresión de alegría tan verdadera que ella se emocionó.

En aquel momento, se sintió amada. Aunque él no la quisiera de verdad, al menos consiguió que se sintiera así con su sonrisa.

Ella se acercó a él.

—¿Qué es esto? —le preguntó, tocando las flores que él acababa de plantar.

—Es índigo silvestre blanco —respondió él.

—Es muy bonito.

—Es una planta fuerte —dijo Aiden—. Tolera suelos arcillosos, la grava, los suelos pobres… Necesita poco riego y puede sobrevivir tanto a la sequía como a las inundaciones. Después del otoño se vuelve inactiva, pero vuelve a florecer a la primavera siguiente.

—Ooh, qué interesante —dijo ella, sonriendo.

Él se quedó callado.

—Sí, lo sé, soy un pesado —dijo, después de un momento, con timidez, frotándose la nuca.

—¡No! Me encantan tus conocimientos de botánica —dijo ella, y miró las flores—. Es una planta bellísima.

—Increíblemente bella —dijo él, pero no estaba mirando las flores, sino a ella.

Saphira se ruborizó. Aiden se giró hacia el índigo blanco y dijo:

—Además, es una planta útil. Mira.

Había muchas abejas alimentándose de la planta y polinizándola. Sparky se había alejado al verlas, con cara de pocos amigos.

—Los cachorros de dragón detestan a las abejas —dijo Saphira.

—Las abejas no les van a molestar y, de este modo, no tienes que preocuparte por si un cachorro te destroza la valla o intenta saltarla —dijo Aiden, orgulloso de sí mismo—. Se quedarán en el cercado de juegos.

—¡Oh, Dios mío, es perfecta! Gracias.

Aiden era muy dulce. Ella se acercó y le besó la mejilla. Le hubiera besado en condiciones, pero pasó una abeja zumbando junto a ellos

y Saphira dio un grito y se ocultó detrás de su espalda.

—No me digas que tú también tienes miedo a las abejas… —dijo Aiden, riéndose.

—¡No, no tengo miedo! Es solo que no me gustan, y odio el zumbido —dijo ella, agarrándose con fuerza a su brazo y asomándose por encima de su hombro.

—No tienes que temerlas, cariño —dijo él—. Mira.

Aiden caminó hacia una de las plantas de índigo y acarició a una abeja que estaba polinizando. Ella se quedó asombrada. Dio un gritito y cerró los ojos.

—Deja que te enseñe —le dijo Aiden, tomándola de la mano.

—¡No, no, no! —gritó Saphira, mientras él tiraba de ella—. ¡Estoy perfectamente sin saberlo!

Sin embargo, le permitió que la llevara hasta las flores. Al ver a una abeja en los pétalos blancos, a Saphira se le aceleró el pulso de miedo, y se preparó mientras Aiden tomaba uno de sus dedos y la acercaba cada vez más al insecto. Cerró los ojos con fuerza.

—Saphira, abre los ojos —le dijo él, suavemente.

Ella obedeció. Aiden acercó su dedo a la abeja e hizo que la acariciara con delicadeza.

La abeja era peluda y se dejaba acariciar. Estaba concentrada en sus asuntos sin que nadie la molestara. Saphira exhaló un suspiro y se quedó sorprendida. Aiden tenía razón, no había nada que temer.

Ella se echó a reír y se sintió orgullosa de sí misma por haber sido tan valiente.

—¡No puedo creer que haya hecho eso! —exclamó, con una sonrisa—. Y todo con tu ayuda.

Aiden se ruborizó y la miró con afecto. Cuando ella iba a besarlo, notó que algo tiraba de su bata. Miró hacia abajo y vio a Sparky, que estaba tratando de alejarla de las plantas y de las abejas. Ella sonrió y lo tomó en brazos. Cada día pesaba más y muy pronto ya no podría levantarlo. Eso también le rompió el corazón, aunque estuviera muy contenta de verlo crecer sano y fuerte.

—No te molestamos más —le dijo Aiden—. Solo quería terminar el cercado de los cachorros para que puedas abrir el jardín a los clientes.

—Por favor, quédate —le dijo Saphira, poniéndole la mano en el brazo. No quería que se fuera—. Todavía queda un buen rato para abrir la cafetería. Dame un minuto.

Ella entró al local, tomó una manta de pícnic y preparó un desayuno rápido: una tetera, tarta de limón del día anterior, unos huevos fritos y tostadas con mantequilla. Cuando todo estuvo listo, salió al jardín de nuevo. Aiden extendió la manta y desayunaron al sol con su pequeño dragón, en un silencio cómodo, mirándose el uno al otro mientras tomaban té.

Sería muy fácil para ella acostumbrarse a que Aiden apareciera temprano todas las mañanas.

Dejó la taza de té y sonrió. Él la miró con ternura y le dio un golpecito en la mejilla.

—Me gusta tu hoyuelo —le dijo, y le acarició la hendidura.

—Pero… si no es nada especial —respondió ella—. Siempre lo ves, porque siempre estoy sonriendo.

—¿Y qué? —preguntó él, arrugando la nariz—. El sol sale todos los días y no por eso es menos bonito.

Ella también arrugó la nariz. Después, se tendió sobre la manta. Él se acostó también y le acarició la cabeza, jugueteó con su pelo y la besó. Poco a poco, Aiden le quitó el albornoz y le acarició los brazos, y posó las palmas en su cintura. Le separó los labios con los suyos y deslizó la lengua en su boca, y ella emitió un sonido suave desde lo más profundo de la garganta. En su vientre se acumuló el calor.

Aiden le sujetó la cintura con suavidad y jugueteó con el bajo de su camisa, hasta que metió las manos por debajo de la tela. Ella sintió que su piel ardía allá por donde él la tocaba. Se tumbó boca arriba y tiró de él para que se tendiera sobre ella, porque había perdido la noción del tiempo y del lugar. Hasta que alguien habló desde la puerta del jardín.

—Disculpad.

Saphira abrió los ojos y Aiden se retiró. Los dos giraron la cabeza y vieron a Theo. Tras él había un montón de cajas de panadería.

Vaya. Estaba allí para la entrega.

—Detesto interrumpir esta escena tan idílica —dijo Theo—, pero llevo esperando cinco minutos y no quiero que se derrita nada.

Saphira se incorporó, suspirando, y apartó suavemente a Aiden. Los dos se pusieron de pie y él le entregó su albornoz. Ella se lo puso.

—Un momento —le dijo a Theo, pero su amigo no le estaba prestando atención. Estaba mirando a Aiden con cautela.

—¿Estáis juntos? —le preguntó.

Saphira se sintió mortificada.

—¡Theo!

—Sí —dijo Aiden, y le puso una mano en la cintura a Saphira.

Ella se giró para mirarlo.

—¿Ah, sí? —le preguntó ella, porque no habían hablado aún de aquello.

—Sí —repitió él, como si fuera obvio.

Ella sonrió.

Theo entrecerró los ojos y miró a Aiden sin dar muestras de sentirse impresionado.

—Pues procura no hacerle daño —le dijo, en un tono amenazador.

—¡Theo!

Sin embargo, a Aiden le divirtió recibir la amenaza de un niño.

Theo frunció el ceño.

—Lo digo en serio.

—Por favor, deja de hacerme pasar vergüenza. Oh, Dios mío —dijo ella, y se giró hacia Aiden—. Lo siento. No le hagas caso.

Aiden se puso serio.

—Yo nunca le haría daño —dijo con sinceridad.

Miró a Theo fijamente y Theo le devolvió la mirada durante unos segundos, sin reaccionar. Hasta que sonrió.

—¡Está bien, genial!

Saphira movió la cabeza y empujó a Theo hacia el interior de la cafetería. Él avanzó, mirando hacia atrás para asegurarse de que ella lo seguía.

—Ya voy —le dijo, y se volvió hacia Aiden—. Debería entrar —se disculpó.

—Claro —respondió él.

—Y siento lo de Theo —añadió, con una mueca de dolor.

—No lo sientas. Yo lo decía en serio: me gustas mucho mucho.

Eso agradó a Saphira.

—Está bien, porque tú también me gustas mucho mucho —dijo con una risita.

Cuando estaba con él perdía la cabeza de deseo, pero, también, se sentía eufórica.

Se puso de puntillas y le dio otro beso. Él caminó hacia delante, empujándola con cuidado, hasta que la aprisionó contra la valla. Hizo que el beso se volviera más profundo y levantó sus manos por encima de su cabeza, sujetándole así las muñecas.

A Saphira le hirvió la sangre con aquel movimiento. Sintió un enorme placer y se colgó de él, anhelando estar cada vez más cerca.

—¡Saphira! —gritó Theo.

Aiden se apartó con la respiración entrecortada.

Se apretaron la frente mientras Saphira recuperaba el aliento.

—¡Ya voy! —gritó.

Capítulo 23

Aunque los momentos que pasaba con Saphira eran como estar en el paraíso, Aiden no podía decir que todos los aspectos de su vida fueran tan felices.

Su padre le había llamado antes de la cita en el veterinario para preguntarle cómo habían ido las cosas en Mount Echo. Aiden le había explicado que todo había ido bien y había colgado enseguida, antes de que su padre pudiera decir mucho más. Sin embargo, él sabía que había una conversación pendiente y que era inevitable.

Una noche, después de cenar, se fueron a pasear por Main Street al atardecer. Las nubes estaban teñidas de naranja y rosa. En esa época del año, había una puesta de sol impresionante casi todos los días, y Aiden estaba asombrado por la belleza del mundo.

Era una tarde calurosa de finales de junio y casi había terminado la primavera. Pronto llegaría el verano; aunque, normalmente, él temía el cambio de las estaciones, ahora lo esperaba con ansia. Quería ver a Saphira en una nueva estación, vivirla con ella. Cada día era una nueva exploración, una nueva maravilla, y estaba dividido entre querer quedarse en aquel momento perfecto para siempre o experimentar lo que vendría después.

Aiden tenía el brazo sobre los hombros de Saphira y sus dedos estaban entrelazados. Ella llevaba una mano en el bolsillo trasero del pantalón de él y, mientras caminaban, no dejaban de chocar el uno con el otro. A él le encantaba estar tan cerca de ella, conectado

perpetuamente, como si fuera una sencilla extensión de ella y ella una extensión de él.

La estrechó contra su pecho y ella se acurrucó. Él inhaló el olor a rosas de su pelo y le dio un beso en la frente.

Aiden estaba contento, pero, también, un poco estresado. Miró a Sparky, que iba volando por delante de ellos. El cachorro siempre estaba volando últimamente. Le encantaba.

—Estoy preocupado —dijo él, y Saphira lo miró—. Ahora que Sparky ha pasado el ritual de su primer vuelo, será un volador cada vez más fuerte. ¿Y si mis padres quieren que compita?

—Tus padres te quieren —le recordó Saphira—. No creo que te presionen. ¿Por qué no hablas de esto con ellos?

Por supuesto, esa era la solución más sencilla.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Vamos, yo sé que sí puedes hacerlo —le dijo ella, dándole ánimos—. No te atribuyes el mérito suficiente.

—¿De verdad? —le preguntó él. No estaba muy seguro de si creer lo que le decía.

—¡Sí! Eres competente y fuerte. Has gestionado tantas cosas que puedes mantener perfectamente una conversación sincera con tus padres. Sé que puedes.

Vaya. Era difícil no creerla. Saphira podía haberle dicho que estaban lloviendo dónuts y él habría salido con una cesta a recoger unos cuantos para ella.

Tal vez tuviese razón. Tal vez pudiera hacerlo.

—Está bien —le dijo—. Lo intentaré.

Al día siguiente, después de terminar el trabajo, Aiden fue a casa de sus padres. Estaba entrando mientras Genevieve salía para ir a clase, y ella tuvo que dar un salto para agarrar a Sparky en el aire y poder darle un beso. Como los niños que acababan de aprender a andar, al pequeño dragón ya no le gustaba que lo tuvieran en brazos. Quería volar.

—Deséame suerte —le dijo a su hermana.

—¿Por qué?

—Tengo que hablar con papá y mamá.

Genevieve hizo un mohín.

—Suerte —le dijo con dramatismo—. La vas a necesitar.

Él puso los ojos en blanco y sonrió. Se alegraba de tener a su hermana en su vida.

—Eh, a ver si vienes a casa a cenar alguna noche —dijo—. Hace tiempo que no estamos juntos.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Qué pasa?

—Nada. Que últimamente estás diferente, nada más.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

—No lo sé. Más… abierto. Feliz.

—Soy feliz, sí —dijo él, pensando en Saphira, en cómo se sentía al besarla.

Debió de ponérsele cara de bobo, porque Ginny se echó a reír.

—Bueno, esta es mi señal para irme —dijo, y se fue hacia los establos con Sparky para entregárselo a los cuidadores.

Aiden irguió los hombros y entró en casa.

Estaba muy nervioso, pero pensó en la confianza que le tenía Saphira y eso le dio fuerzas. Fue a reunirse con sus padres, que estaban en la biblioteca. Su madre estaba revisando el menú para la cena familiar de aquella semana y su padre estaba en el escritorio, haciendo algún trabajo para el Consejo de los Dragones.

Cuando él entró, ambos alzaron la vista y dejaron lo que estaban haciendo para prestarle atención.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó Cecilia.

—Espero que todo vaya bien —dijo Edmund, con cara de preocupación.

—Sí… Bueno, yo…

Se interrumpió para ordenar sus ideas.

—¿Ocurre algo? —preguntó su madre.

Él tuvo náuseas, pero había practicado las frases con Saphira y solo necesitaba hacerlo.

—Sé que las carreras son importantes para vosotros y para los Sterling —dijo—. También sé que, después de Danny, os gustaría que yo defendiera el buen nombre de la familia en las carreras. Pero he venido a deciros que nunca voy a participar en las carreras, ni ahora ni en el futuro. Y tampoco voy a permitir que Sparky participe.

Tragó saliva y añadió:

—Y es mi decisión final.

Le latía el corazón con fuerza por haber pasado por semejante confrontación, pero tenía que ser firme, sobre todo cuando estaba en juego la seguridad de Sparky. Quería mucho al pequeño dragón.

Se preparó para que su padre discutiera con él y su madre tratara de convencerlo de lo contrario, pero sus padres se miraron y Cecilia se echó a reír.

—Dios mío, ¿eso es todo? —preguntó.

—Hijo, puede que seamos viejos, pero no somos tontos —añadió Edmund—. Siempre has dejado bien claro que no estás interesado en las carreras. Por supuesto que no vamos a obligarte a hacer algo por lo que sientes tanto rechazo.

Aiden se quedó desconcertado.

—Pero ¿qué pasa con Sparky? —preguntó.

—Cariño, no pasa nada con Sparky —respondió su madre—. Es tu dragón y tú decides lo que pasa con él.

—Pero… yo creía que vosotros habíais provocado la eclosión del huevo para intentar obligarme a competir.

Sus padres se quedaron sorprendidos al oírlo.

—¿De verdad crees que somos tan manipuladores? —le preguntó Edmund.

—Eh… Bueno, no —respondió él, y su respuesta fue sincera.

Tenía la mala costumbre de pensar demasiado, de darles muchas vueltas a las cosas.

—Puede que nos entrometiéramos un poco con la eclosión del huevo, pero fue por tu bien, cariño —le dijo Cecilia—. Yo tenía la esperanza de que, cuando naciera el dragón, quisieras criarlo tú mismo.

—Teníamos la esperanza de que te ayudara a sentirte conectado con Danny —prosiguió Edmund—. Estuviste triste durante tanto tiempo…

—Ah —dijo Aiden, y pestañeó—. Bueno, pues muchas gracias.

Sus padres se echaron a reír.

—De nada, hijo. ¿Algo más? —preguntó Cecilia.

—Llevé a Saphira a Mount Echo para que presenciara el primer vuelo de Sparky.

—¿Y cómo lo conseguiste? —le preguntó Edmund con curiosidad —. Ya sabes cómo es la hermana Mireya.

—Fingimos que estábamos casados —dijo él, sonrojándose.

Pensaba que iba a llevarse una reprimenda, pero su madre se puso muy contenta.

—Debe de gustarte mucho —dijo Cecilia, con los ojos brillantes.

—Sí.

—Bien. Te mereces un poco de felicidad —dijo Edmund.

—Y a nosotros también nos cae muy bien, hijo —añadió su madre, sonriendo.

Aiden se alegró mucho. Agradeció que sus padres lo apoyaran y les sonrió de un modo que les diera a entender cuánto los quería.

—¿Te quedas a comer? —preguntó Edmund.

—Sí.

Aiden comió con sus padres y, después, se quedó con ellos un rato. Cuando volvió a casa por la noche, se sentía mucho más ligero.

Se alegraba de que Saphira le hubiera dado el consejo de ir a hablar con ellos.

Ella hacía que todo fuera mejor. Cada día estaba más enamorado; se conocían desde hacía solo tres meses, pero él tenía la sensación de que la conocía desde siempre.

Quería organizar una cita especial para ella. Mientras pensaba en qué podían hacer, recordó que Saphira le había dicho algo sobre su flor favorita y comenzó a hacer planes.

Hizo falta un poco de investigación y unas cuantas llamadas de teléfono, pero lo consiguió.

El día de la cita hacía mucho sol. El tiempo era perfecto, aunque un poco caluroso. Aiden fue a recoger a Saphira después del trabajo. Ella se había puesto un vestido de tirantes del color azul de los acianos. Estaba radiante, como siempre; pero, aquel día, más aún. Se había recogido el pelo con un lazo.

—¿Dónde vamos? —le preguntó, mientras se acercaban al coche. Sparky ya estaba sentado en el asiento trasero.

—No puedo decírtelo —respondió él, y le dio un beso antes de abrir la puerta del pasajero—. Es una sorpresa.

—Oooh —canturreó ella, mientras entraba al coche.

Aiden condujo hacia las afueras del pueblo. Durante el trayecto, escucharon música, disfrutaron de las vistas y charlaron un poco. Él estaba muy nervioso. Esperaba que todo lo que había planeado saliera bien. Quería hacerla feliz.

Aparcó en una zona pública y salieron del coche.

—¡Oh, un parque! —exclamó Saphira—. ¡Bien!

Pero esa no era la sorpresa. Aiden la tomó de la mano y, con Sparky volando junto a ellos, la llevó al lugar que había encontrado pocos días antes. En cuanto se acercaron, él oyó su jadeo.

—Oh, Dios mío… ¡Aiden!

Era una fila de amaltas, su árbol favorito. Todos estaban en flor. El suelo estaba lleno de pétalos amarillos.

—¿Y por qué yo no sabía que existía este lugar? —se preguntó ella.

—Yo lo he descubierto hace muy poco —respondió él.

Recorrieron el camino bajo una lluvia de pétalos dorados. Saphira agarró unos cuantos y sonrió.

—Es precioso, de verdad. Gracias por haberme traído aquí.

Saphira lo abrazó y él la estrechó contra su pecho con un sentimiento de ternura.

Aiden se sentía como si estuviera en un sueño. ¿Cómo iba a ser real aquello? ¿Cómo podía ser tan afortunado? Eso le asustaba.

Quería aferrarse a cada momento que pasaba, capturarlos por si acaso no volvían jamás.

Pero, aunque sucediera eso, aunque aquel fuera todo el tiempo que se le había concedido, moriría feliz.

Saphira se alejó un poco, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos.

Sonrió.

—Me encanta —dijo.

Él sabía que la quería. Y, tal vez, si las cosas iban bien, se lo diría aquel mismo día.

Pero aún no. No quería asustarla.

Se sentaron en la hierba, a la sombra de un árbol, y estuvieron riéndose, hablando y besándose hasta que los colores del cielo se intensificaron. Sparky estaba jugando solo, pero, después, se acercó para acurrucarse con ellos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él—. ¿Crees que deberíamos volver a casa a cenar? Te he preparado la cena.

—¡Sí! Me encanta cómo cocinas. Vamos.

Él la llevó de regreso a casa y, cuando entraron, él no encendió todas las luces. Tomó a Sparky en brazos y fue con Saphira hacia la mesa del comedor. En la mesa había un candelabro cónico.

—Bueno, amigo —le susurró a Sparky—. Tal y como lo hemos practicado.

Sparky respiró profundamente y soltó una llama muy controlada. La vela se encendió.

—¡Oh! —exclamó Saphira, con deleite—. ¡Buen trabajo, pequeñín!

Ella acarició a Sparky, que ronroneó de felicidad. Después, se volvió hacia Aiden impresionada. Que un dragón controlara el fuego de esa manera era muy avanzado y, seguramente, había invertido mucho tiempo para entrenar a Sparky para que lograra aquel truco.

—¿Cómo…? —empezó a preguntarle, con asombro.

—He estado entrenando a Sparky por mi cuenta —dijo él.

Él no se lo había contado antes porque quería darle una sorpresa. Saphira se puso de puntillas y lo besó. Él saboreó la dulzura de sus labios y suspiró contra su boca.

Mientras vivía todo aquello, supo que el recuerdo de aquel día sería uno de los capítulos favoritos de su vida.

Entonces alguien llamó a la puerta y los interrumpió. Él frunció el ceño, preguntándose quién podía ser. Abrió la puerta y se encontró con Emmeline y Genevieve.

—¡Hola! —dijo Emmy.

—Hemos venido a cenar —anunció Ginny—. Así que espero que hayas preparado algo rico.

Entraron en casa y se detuvieron al ver a Saphira.

—Ooh, lo siento —dijo Emmeline—. No sabíamos que teníais una cita.

—Sí —dijo Aiden, fulminándolas con la mirada—. Así que, por favor, marchaos.

—Tú eres el que me dijiste que viniera a cenar un día —protestó Genevieve.

—¡Pero no hoy! —exclamó él. Trató de llevarlas hacia la puerta, pero Saphira le puso una mano en el brazo.

—No, por favor, deja que se queden —dijo, sonriendo.

Él la llevó aparte.

—¿Estás segura? Porque puedo echarlas.

—No, me gusta verte con ellas —dijo Saphira, riéndose—. Incluso cuando te acosan las mujeres de tu vida, eres muy paciente.

Él se giró hacia Emmeline y Genevieve.

—Está bien, de acuerdo, podéis quedaros.

—¡Por favor! —exclamó Saphira—. Podemos cenar todos juntos.

—¿Ves? Por eso eres mi favorita —dijo Emmy, y rodeó a Saphira con un brazo.

Ginny la abrazó por el otro lado. Al principio, a él le había molestado que las chicas aparecieran sin previo aviso, pero, al verlas así con Saphira, se sintió muy feliz.

Le encantaba cómo iba integrándose tan fácilmente en su vida, como si hubiera estado siempre destinada a formar parte de ella. Era como si se hubiese pasado la vida guardándole un sitio, incluso cuando aún no sabía quién era y, por fin, estuviera allí.

—Bueno, ¿y qué has preparado? —preguntó Emmeline.

—Me muero de hambre —dijo Ginny.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Saphira, dirigiéndose a la cocina, pero él se detuvo frente a ella y le bloqueó el paso.

—No, no, es una sorpresa. Ve a sentarte —le pidió.

Saphira se encogió de hombros.

—Si insistes…

Aiden se giró hacia Emmeline.

—Emmy, tú si puedes ayudarme.

—De acuerdo, jefe.

Ginny fue a sentarse con Saphira al sofá y Emmeline entró con él en la cocina. Se le iluminó la cara al ver lo que había dentro.

—Oh, Dios mío —dijo, pestañeando. Después, miró a Aiden—. ¿Cómo lo has hecho?

—¿Tiene buena pinta? —le preguntó él, preocupado.

Era un plato llamado *kachnar gosht*. Saphira le había contado una vez que su plato favorito era un curry de cordero con capullos de flores. Él no sabía cómo se llamaba, pero le había hablado sobre ello a la madre de Emmeline y ella había sabido enseguida a qué se refería.

—Tiene un aspecto increíble —dijo Emmeline—. ¿Te lo enseñó mi madre?

Él asintió.

—La vi hacerlo una vez y practiqué con ella, y después he estado practicando yo solo.

Lo había preparado casi todo aquel mismo día, más temprano, y en aquel momento solo necesitaba calentarlo y darle los últimos toques, además de calentar también el pan *naan*.

Emmeline estaba impresionada.

—Le va a encantar —dijo su prima, sonriendo.

Ella calentó el pan *naan* mientras Aiden terminaba de preparar el curry. Después, Emmy se fue con las chicas al sofá y las tres estuvieron charlando y riéndose.

Aiden las miró desde la cocina, disfrutando de aquella vista tan familiar.

Cuando la comida estuvo lista, la puso en la mesa con el pan.

—¡La cena está preparada! —anunció.

Las chicas se acercaron.

—Ummm… ¡Huele increíblemente bien! —exclamó Ginny.

Saphira estaba detrás de ella y, cuando vio la mesa puesta, se le iluminó el semblante. Jadeó y se tapó la boca con la mano. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, Dios, ¿lo he hecho mal? —le preguntó él—. ¿Te he ofendido?

—¡No! —exclamó ella, y se echó a reír—. ¡Está perfecto! Pero ¿cómo…? Esto es… Quiero decir que…

Saphira no encontraba las palabras y tenía la voz entrecortada. Entonces lo miró con los ojos muy brillantes.

—Gracias.

Se sentaron a la mesa y Aiden explicó:

—La receta me la dio la madre de Emmeline. Espero que sea parecido al que tú recuerdas. Seguramente, no será igual que el que hacía tu abuela, pero ojalá se parezca.

Sirvió primero a Saphira y, después, a su prima y a su hermana. Aiden esperó a que Saphira lo probara.

—Oh, Dios mío —dijo ella, poniéndose una mano en el corazón—. Está tan bueno…

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Aiden dio un suspiro y se relajó. Se sirvió también, y todos comieron.

—Siento haberte estropeado la cita, pero esto está delicioso, así que no lo siento tanto —dijo Genevieve.

—Suscribo —dijo Emmeline.

—Bueno, se suponía que era una comida especial solo para Saphira… —dijo Aiden.

—¡No, está bien! —exclamó ella, con una sonrisa—. Yo siempre deseé poder compartir las comidas con una familia grande, porque mi abuela y yo vivíamos solas. Ella me contaba historias de cuando era pequeña y los miembros de su familia discutían por el mejor trozo de carne y se robaban la comida de los platos. La mesa podía llenarse mucho… Y, por fin, sé de qué estaba hablando —les explicó, y suspiró de felicidad—. Así que gracias a todos vosotros.

—Ayyy —dijo Ginny.

—Eso es tan tierno… —convino Emmy.

Aiden se sintió feliz de ver feliz a Saphira. Le apretó la rodilla por debajo de la mesa y ella puso su mano sobre la de él.

Todos comieron y hablaron de cosas intrascendentes. Las chicas contaron historias de cuando él era pequeño para avergonzarlo, y él les rogó que pararan. Entonces Emmeline empezó a quejarse de Luke, que dirigía una empresa de café tostado por quimeras, y

Genevieve empezó a hablar de sus clases en la universidad, donde estaba estudiando Historia de los Dragones.

—Debes de estar deseando tener tu propio dragón —dijo Saphira.

—Sí, estoy impaciente —respondió Ginny.

—¿Qué es lo que más te gusta?

—¡Montar, por supuesto! La parte del cachorro es demasiado caótica para mí.

—¿Cómo? Yo quisiera que Sparky se quedara así de pequeñín para siempre, porque es una monada.

El dragón en cuestión era lo suficientemente mayor como para comer comida de verdad, así que estaba comiendo lo mismo que ellos en su cuenco, en el suelo. Claramente, le estaba gustando.

Cuando terminaron de cenar, Emmeline ayudó a Aiden a limpiar y recoger mientras Genevieve y Saphira jugaban con Sparky.

Y, cuando se estaban preparando para marcharse, Genevieve tomó en brazos a Sparky.

—Me voy a llevar a este pequeñín a casa —dijo—. Quiere ir a dormir con su tía favorita, ¿a que sí?

Sparky aleteó alegremente. Aiden miró a Saphira.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

—Me parece estupendo —dijo ella.

—¿Estás segura de que vas a poder controlarlo? —le preguntó Aiden a Ginny. Ella movió una mano.

—Sí, claro que sí —respondió ella, con facilidad. Aiden también sabía que había muchas personas que podían ayudarla en la casa, si era necesario.

Las chicas se despidieron y se marcharon con el cachorro, y, cuando Aiden cerró por fin la puerta, suspiró.

Se giró, fue hacia Saphira y la besó apasionadamente. Ella gritó de la sorpresa y, después, correspondió a su beso, sonriendo contra su boca.

—Has estado esperando un buen rato para esto, ¿eh?

—Sí —dijo él, con la voz entrecortada—. Creía que no iban a marcharse nunca.

—Bueno, pues ya se han ido —dijo ella, con una sonrisa.

—Gracias a Dios.

Volvió a besarla. Estaba desesperado por ella. La llevó hacia el fondo de la casa, inhalando su olor a rosas. Y, con delicadeza, le desató el lazo con el que se había sujetado el pelo y le soltó la melena. Después, tiró de ella suavemente, hacia atrás, para darle un beso profundo.

Ella volvió a soltar un gritito. A él le latía el corazón con fuerza debido a la necesidad física y a que ya no podía esperar más para decirle ciertas palabras…

Tomó su cara entre las manos y ella abrió los ojos. Tenía las pupilas dilatadas. Él le acarició las mejillas. Saphira sonrió lentamente.

—Saphira —dijo él, con solemnidad—. Ya no deberías tener ninguna duda sobre lo que siento por ti, pero, por si acaso, deja que te lo aclare. Me siento como si toda mi vida hubiera sido un prólogo del momento en que te conocí. Como si la vida real empezara ese día. Te quiero. Te quiero apasionadamente, locamente. Te quiero.

—Aiden… —murmuró ella, con una sonrisa—. Yo también te quiero. Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. No es que estés en mi corazón… Es que eres mi corazón.

Él nunca había creído en la magia. Aunque vivían en un mundo de dragones, quimeras y otros animales míticos, la magia siempre le había parecido algo muy descabellado.

Pero lo que sentía por ella, y lo que ella, de algún modo, sentía por él, era mágico.

Capítulo 24

Saphira se sintió como si flotara. Desde hacía un tiempo sospechaba que se había enamorado de él, que lo quería, pero, cuando Aiden le había dicho aquellas palabras, lo supo con certeza. Era lo más obvio del mundo.

Lo atrajo hacia sí para besarlo y se derritió contra él. A Aiden se le escapó un gruñido mientras sus cuerpos se fundían en uno. Ella lo necesitaba absolutamente, en aquel mismo instante.

Se apartó de él.

—¿Dónde está tu habitación? —le preguntó, sin aliento.

Él le lanzó una mirada abrasadora.

—¿Estás segura? —le preguntó, con la voz enronquecida.

—Sí —dijo ella, y volvió a besarlo.

Él la tomó en brazos. Ella le rodeó la cintura con las piernas y, al sentir su cuerpo, dio un jadeo. Él le mordisqueó los labios e hizo que se le acelerara peligrosamente el pulso.

Se la llevó a su habitación y la depositó con cuidado sobre la cama. Ella se movió con nerviosismo porque su cuerpo no quería estar apartado de Aiden, algo que él remedió de inmediato, besándola. Todos sus besos llenaban el espacio de sonidos de anhelo y necesidad.

—Fuera —dijo ella, señalando la camisa, y él se la quitó con rapidez. Saphira se quedó mirándolo, bebiéndose su imagen. Volvieron a besarse y él la presionó con el cuerpo contra el colchón.

Saphira notó que se le tensaban los músculos del estómago y lo exploró ávidamente.

Él deslizó las manos por debajo de su vestido y movió los dedos por su piel desnuda, y el calor se derramó por todo su ser. Entonces Aiden le subió el vestido y a ella se le escapó un ruido de desesperación. Dejó de besarlo el tiempo estrictamente necesario para quitárselo.

Él, con gestos llenos de reverencia, terminó de quitarle toda la ropa, y sintió una gran impaciencia cuando ella hizo lo mismo.

Volvieron a besarse con la lengua, con los dientes, con la piel, con los nervios. A ella le golpeó la sangre en los oídos, y el pulso se le aceleró de forma dolorosa.

Lo atrajo hacia sí y se sintió como en medio de un sueño cuando Aiden empezó a acariciarla por todas partes. Le ardía la piel a medida que él movía los dedos. Saphira gritó y todo su cuerpo se puso tenso de necesidad.

Cuando, por fin, él se tendió sobre ella, las sensaciones fueron caóticas, deliciosas, perfectas. Ella le clavó las uñas en la espalda y él gimió y la besó con desesperación, con deseo. La fricción que había entre ellos se volvió algo frenético, eléctrico.

Todo lo demás se desvaneció hasta que solo quedaron ellos dos. La sensación de tenerlo dentro de ella. Sus cuerpos, moviéndose juntos. Los latidos de su corazón. Los labios de Aiden. Sus manos. Su piel.

Deseo y deleite. Tanto deleite.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, Saphira se despertó con un agotamiento delicioso. Habían estado despiertos durante horas aquella noche porque no se cansaban el uno del otro, así que, cuando por fin se quedaron dormidos, lo hicieron profundamente.

Ella abrió los ojos y comprobó que Aiden no estaba allí. Se estiró y fue al baño. Al verse en el espejo, intentó no echarse a reír.

Estaba muy despeinada a causa de sus actividades nocturnas y tenía un chupón enorme en el cuello. Volvió a sentir calor al recordarlo todo.

Se lavó y le robó una camisa del armario a Aiden. Tenía detalles florales bordados y le llegaba a la altura de las caderas. Preciosa. Tal vez debiera quedársela.

Se hizo una trenza para arreglarse un poco y, cuando estaba a punto de salir del dormitorio, entró Aiden por otra puerta. Él no llevaba camisa, solo unos calzoncillos tipo bóxer, y portaba una bandeja.

Ella se alegró al verlo todo, tanto su cuerpo como el desayuno, pero él se desilusionó al ver que ya se había despertado.

—¿Qué haces? ¡Vuelve a la cama!

Ella alzó las manos.

—Está bien, está bien.

Saphira volvió a acostarse y fingió que estaba dormida. Notó que el colchón se hundía cuando Aiden se sentó sobre él. Después, él carraspeó.

Ella volvió a abrir los ojos.

—¡Oh, qué bien! ¡El desayuno en la cama! ¡Qué sorpresa!

Él se echó a reír y le dio un pellizquito, y ella gritó.

—No, en serio —le dijo—. Esto es maravilloso.

En la bandeja había un plato lleno de tostadas francesas con sirope de arce, un cuenco de frutas del bosque y un pequeño jarrón de flores. Él ya había puesto una jarra de agua y dos vasos en su mesilla de noche.

—Eres demasiado dulce —le dijo ella, y le dio un beso en la mejilla.

—Para mi niña, solo lo mejor —respondió él, y le sirvió un vaso de agua. Ella tomó un largo trago.

—Lo necesitaba.

Mientras ella bebía, él se fijó en el chupón y en sus ojos apareció un brillo de petulancia.

—Ahora vuelvo —dijo.

Se marchó y volvió un poco después con un pedazo de aloe vera. Cortó un lado para dejar salir el gel y se lo frotó en la garganta. Era frío y calmante.

—Um, es muy agradable.

Le encantaba cómo la cuidaba Aiden.

Tomó el sirope y le puso una buena cantidad a su tostada ante la mirada de Aiden.

—Por favor, come frutas también —le pidió, mientras ella se servía una cucharada de nata.

—Ah, pensaba que eran para ti.

Él se echó a reír.

—Son para los dos. Tienes que alimentarte adecuadamente.

—¡Las tostadas son nutritivas!

Saphira tomó un buen bocado y canturreó.

—¡Qué ricas!

Él le dio frutas, que también eran muy dulces. Desayunaron juntos y sus pies se rozaron por debajo de las sábanas.

Cuando terminaron, Aiden apartó la bandeja y ella se estiró. Tenía el estómago lleno.

—Me alegro muchísimo de tener el día libre hoy —dijo, metiéndose por completo en la cama. Ya había pasado el mediodía y la luz del sol entraba a raudales por la ventana. Bajo su brillo, todo era cálido y dorado.

Saphira se volvió hacia él.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntó.

A él le brillaron los ojos con picardía.

—Tengo unos cuantos planes.

Comenzó el verano. Saphira nunca había sido tan feliz. Aiden y ella pasaban juntos hasta el último momento libre que tenían. Algunas veces, dormían en la cabaña de Aiden y él cocinaba para ella y le hablaba de flores y plantas, se reían y se besaban y se reían un poco más.

Otros días se quedaban en el apartamento, donde él también cocinaba; aunque allí, al menos, ella intentaba ayudar añadiendo ingredientes vitales como el queso, la mantequilla y la nata cuando a él se le olvidaban. A Sparky le encantaba que estuvieran juntos. Se estaba haciendo muy grande y estaba prácticamente adiestrado.

Pero no todo era pasión y diversión. También hacían tareas mundanas. Sin embargo, ¿no era eso el amor? ¿No se trataba de que alguien estuviera a tu lado para compartir tu vida?

Una noche, ella tenía que organizar sus facturas, así que Aiden la ayudó. Se quedó horrorizado por su falta de organización.

—Esto me está estresando —dijo.

Tomó todos los recibos y las facturas y, con el ordenador portátil de Saphira, creó un sistema coherente. Aiden era muy hábil con la contabilidad debido a que también tenía una empresa, y tenía buenos consejos que darle. Ella los aceptó con agradecimiento y los puso en práctica.

—¿Cómo es que eres tan bueno en esto? —le preguntó Saphira, asombrada.

—Me encantan las matemáticas —respondió él. Ella hizo un gesto negativo, pero él continuó—: ¡Las cosas siempre tienen sentido!

Siempre funcionan y tú no tienes que preocuparte ni hacer suposiciones.

—Um… Bueno, supongo que eso es cierto. Pero, para empezar, tienes que saber lo que hay que hacer.

—Sí, pero las reglas se pueden aprender fácilmente —replicó Aiden—. En la vida real, yo siempre necesito preocuparme o preguntarme cosas… Practicar las cosas, pensar demasiado, prepararme demasiado.

—Sí, al principio noté eso en ti —dijo Saphira—. Te ensimismabas mucho, pero creo que ya no es así.

—Eso es porque estoy cómodo contigo —respondió él—. Tú haces que todo sea silencioso, en el mejor sentido de la palabra.

—¿Aunque sea tan ruidosa?

Él se echó a reír.

—Aunque seas tan ruidosa, sí.

Pasaron algunas noches trabajando en la contabilidad, y los cambios que le sugirió Aiden le proporcionaron a Saphira aún más días libres en la cafetería, lo cual era bueno, porque nunca se cansaba de estar con él.

Algunos días comían con Theo y Lavinia. A ella le encantaba ver la facilidad con la que Aiden encajaba en su vida y se relacionaba con la gente a la que ella quería. Tanto a Theo como a Lavinia les caía muy bien Aiden, y todo eso la hacía feliz. Para Saphira significaba mucho que él pasara tiempo con las personas importantes para ella.

Ojalá lo hubiera conocido Nani-Ma. Su abuela lo habría adorado.

Se sentía feliz. No podía creer que aquella fuera su vida, que Aiden fuera suyo. Podía acariciarlo cuando quisiera. A veces, por las mañanas, si se despertaba antes que él, lo observaba mientras dormía, rozaba la curva de sus pestañas oscuras, recorría su nariz y su boca.

Entonces él se despertaba y le besaba los dedos, la palma de la mano, la muñeca. Volvían a dormirse con la mano de Saphira descansando en su mejilla y los dedos de Aiden en el pulso que latía en su muñeca.

Ella siempre había creído en la magia, y lo que sentía por él, lo que él sentía por ella, confirmaba su fe de todos aquellos años,

como si, finalmente, le hubieran dado su recompensa.

Todo era hermoso, perfecto, maravilloso.

Salvo que, algunas veces, cuando salían juntos, Saphira se sentía como si la gente del pueblo la estuviera observando. Estaba cohibida y era muy consciente de los demás. Por eso, a veces oía conversaciones sobre ella.

Al principio, intentó convencerse de que eran imaginaciones suyas, pero era como si tuviera una piedrecita en el zapato y no pudiera sacársela. Su inseguridad iba aumentando y la afectaba cada vez más. No dejaba de pensar en lo que le había ocurrido a su madre y, ahora, podía entender su desesperación. Ella no se imaginaba la vida sin Sparky.

Sin embargo, aunque ella lo hubiera estado entrenando, el dragón no le pertenecía. Ella no era de ninguna de las familias Drakkon, y eso no podía cambiarlo. Era muy sensible a los pequeños comentarios, a las pequeñas miradas, sobre todo ahora que el entrenamiento de su pequeño dragón había terminado prácticamente e iba a perder su vinculación oficial con él.

Su negocio en la cafetería había mejorado mucho, pero cuando terminara definitivamente el entrenamiento ya no recibiría el pago por ello, y estaba muy cerca de pagar el último tramo de la hipoteca. Aiden se había ofrecido a pagarla, pero ella no quería limosna.

Recientemente, él ya le había hecho un regalo muy caro: dos brazaletes de oro idénticos a los del conjunto que le había dejado Nani-Ma. Los adoraba y los usaba todos los días, y sí podía aceptar algo así, pero no podía aceptar que él pagara el resto de su hipoteca. La cafetería era algo que necesitaba completar por su cuenta. Había iniciado aquel sueño con el dinero de Nani-Ma y ella misma debía ser quien lo terminara.

Un día, caminando por Main Street para recoger un helado, oyó mencionar su nombre. Eran unas chicas Drakkon que iban cotilleando sin pensar. Saphira las había visto montando a sus dragones sobre el valle.

Iban hablando de Aiden y de ella con desdén y confusión.

—No puedo creer que estén juntos —dijo una de ellas.

—Incluso que se enrollaran sería difícil de entender, pero ¿que salgan juntos? No tiene sentido.

—Ya lo sé. Ni siquiera es una de nosotras. Es una forastera.

Aquella palabra: forastera. La afectó mucho y, en aquel mismo momento, decidió que era suficiente. Necesitaba demostrar su valía. No podía seguir así.

Recordó lo que había dicho Mireya en Mount Echo: que existía un ritual por el que los forasteros que se casaban con miembros de las familias Drakkon pudieran pertenecer al grupo de jinetes. Tal vez, si ella se sometía al ritual, dejara de sentirse así. Formaría parte de todo ello.

Al amanecer, se despertó y dejó a Aiden dormido.

Capítulo 26

Cuando Aiden se despertó, lo primero que notó fue que Saphira se había ido. No era habitual que ella se levantara antes que él, aunque se despertara primero. Miró a su alrededor, desconcertado, pero ella no estaba allí.

En una o dos ocasiones, cuando ella se había levantado antes, le había dejado una nota, pero aquel día no había ninguna.

Salió del dormitorio de su apartamento y se dirigió al área principal, donde estaba durmiendo Sparky.

—Hola, Spark —le dijo Aiden, mientras lo acariciaba—. ¿Dónde está Saphira?

Sparky pestañeó, sin respuesta. Si ella estuviera en el apartamento, el pequeño dragón le habría indicado dónde, pero ella no estaba allí.

Él sacó su teléfono móvil y la llamó. Lo dejó sonar, pero ella no respondió. Entonces él frunció el ceño con preocupación.

Se cambió rápidamente y bajó a la cafetería con Sparky. Lavinia estaba abriendo el local. Aquel era el día libre de Saphira, pero, tal vez, hubiera alguna emergencia y ella hubiera tenido que hacerse cargo. Sin embargo, tampoco la vio por allí…

—Oye, Lavinia, ¿está Saphira por aquí? —preguntó.

Ella lo miró con extrañeza.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿Por qué? ¿No sabes dónde está?

Aiden hizo un gesto negativo. Estaba empezando a preocuparse de verdad. Aquello no era propio de Saphira.

Pensó en alguien más a quien pudiera preguntarle y se acordó de que Emmeline y Saphira eran amigas.

Marcó el número de su prima, y ella respondió mientras él salía de la cafetería con Sparky, de camino a su cabaña. Tal vez Saphira estuviera allí.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella.

—¿Has visto a Saphira?

—Sí, la dejé hace unas horas.

Él se detuvo en seco.

—¿Dónde la dejaste?

—¿Qué quieres decir? Ha ido a Mount Echo, ¿no lo sabías?

—¿Cómo? —preguntó él, presa del pánico—. ¿Para qué?

—Dijo que quería hablar de una cosa con la hermana Mireya, así que la llevé en Torch.

Él tuvo un mal presentimiento.

—Eh… Necesito que me prestes a Torch —le dijo a su prima, mientras se dirigía a la cabaña para recoger su coche—. Nos vemos en el campo.

—Está bien, Aiden, pero ¿qué está pasando?

—Creo que puede que Saphira tenga problemas. Nos vemos en quince minutos.

Colgó el teléfono. Estaba demasiado estresado como para seguir hablando. Tomó el coche y fue rápidamente al campo. Cuando llegó, Emmeline ya estaba allí. Estaba muy preocupada.

—¿Qué quieres decir con eso de que puede que Saphira tenga problemas? —le preguntó, mientras él se acercaba corriendo.

—Te lo explico luego —dijo Aiden.

Montó en Torch de un movimiento rápido y el dragón tomó a Sparky en su pata. Después, Torch despegó.

Mientras volaban hacia la montaña, Aiden se dio cuenta de por qué, posiblemente, Saphira había ido hasta allí. Él pensaba que el ritual era absurdo porque, por supuesto, Saphira ya formaba parte del mundo de los dragones, pero, tal vez, ella no se sentía así.

Había notado un ligero cambio en su comportamiento y, cuando había hablado con ella al respecto, ella le había contado que a veces se sentía como una impostora por estar con él y con Sparky sin ser de una familia Drakkon. Él le había asegurado que ella estaba en su sitio, por supuesto. Pero quizá no lo hubiera enfatizado lo suficiente…

Él ya iba a darle la sorpresa de que había cambiado la custodia de Sparky para que fuera compartida entre ellos dos. Ella tendría una identificación dorada. Sabía que Saphira se sentía insegura por eso y quería darle la tarjeta para que se sintiera mejor, para que supiera que tenía los mismos derechos sobre Sparky, que nadie podría ocupar su lugar aunque su acuerdo de entrenamiento estuviera llegando a su fin.

Sin embargo, debería haber hecho algo más.

Ojalá no fuera demasiado tarde.

Cuando llegaron a Mount Echo, Aiden desmontó y salió corriendo hacia el complejo en busca de Mireya. Sparky fue volando a su lado. Encontraron a la anciana leyendo en una de las salas más pequeñas. Cuando él entró, apresuradamente, ella alzó la vista con sorpresa.

—¿Dónde está Saphira? —preguntó él, sin aliento.

—No lo entiendo —dijo Mireya, bajando el libro con calma—. ¿No lo sabes?

—Hermana, por favor.

—Se ha ido a convertirse en jinete, aunque no lo sea por linaje.

Aiden apretó los puños y tuvo que controlarse para no golpear algo. Estaba loco de preocupación y no podía quitarse de la cabeza los accidentes más terribles.

—¡No importa que no sea de una familia Drakkon! —gritó.

—Pues parece que a ella sí le importa.

—¿En qué consiste el ritual? ¿Dónde está?

Mireya frunció la frente.

—Lo siento, Aiden, pero no puedo decírtelo.

—Por favor —dijo él, entre dientes.

—No podemos interferir, no podemos perturbar el ritual sagrado —dijo Mireya.

Aquello era ridículo. Él pensó en cómo podría obligarla a que se lo dijera, pero notó que algo le estaba empujando el hombro.

Era Sparky, que trataba de llamar su atención.

—Ahora, no —dijo él, chasqueando la lengua.

Sin embargo, Sparky salió volando de allí y él no tuvo más remedio que seguirlo. Miró con enfado a Mireya y persiguió a su cachorro de dragón.

—¡Sparky! —gritó, mientras corría tras él por los pasillos.

El dragón salió al exterior, pasó por delante de Torch y voló hasta el borde del precipicio de la montaña.

—Por favor, no tenemos tiempo para esto —le dijo Aiden, pasándose las manos por el pelo con desesperación—. Tenemos que encontrar a Saphira.

Sparky miró hacia el borde de la montaña y emitió un sonido. Después, se giró hacia él con los ojos morados muy abiertos, como si quisiera hacerle entender algo a Aiden. Pero él no entendía nada. No podía ver con claridad a causa de la preocupación.

Sparky se movió como si fuera a volar por fuera del precipicio y Aiden extendió la mano para alcanzarlo.

—Sparky, ¿qué estás haciendo? —le preguntó, con exasperación —. Tenemos que encontrar a…

Entonces se quedó callado, porque recordó un dato vital: los dragones podían rastrear a sus jinetes. Así pues, Sparky podía rastrear a Saphira, porque estaba tan unido a ella como a él mismo, si no más.

Al comprenderlo, Aiden exhaló un suspiro de alivio. Sparky estaba esperando. Era un cachorrito, pero muy inteligente.

—Buen chico —dijo Aiden, rascándole la barbilla.

Corrió hacia Torch y Sparky lo siguió. Se pusieron en camino rápidamente. Aunque Sparky era demasiado pequeño para volar solo por las montañas, podía comunicarle a Torch hacia dónde debían ir.

Mientras volaban entre las nubes, él se sentía muy culpable. Debería haber hecho algo más para protegerla de los chismes, o tranquilizarla, o haberle dado antes la identificación de las familias Drakkon, o haber hecho un millón de cosas para que ella no hubiera decidido ponerse en peligro de esa manera.

Hacía mucho frío. Él ni siquiera se había puesto una chaqueta, pero casi no notaba el azote del viento helado en la piel, porque estaba demasiado ocupado buscándola.

Sparky guio a Torch hacia el pico más alto de las montañas. Era un pico blanco, nítido, rodeado de nubes. Mientras volaban hacia él, la temperatura descendió aún más, pero él seguía concentrado en la búsqueda.

Y entonces vio una pequeña mota en la nieve.

—¡Saphira! —gritó.

Pero ella no lo oía. Estaban demasiado lejos.

—¡Torch, más rápido!

Se acercaron y él pudo verla con más claridad. Llevaba una túnica oscura y estaba subiendo por unas escaleras muy empinadas. Sus movimientos eran lentos porque tenía que vencer el empuje del viento y la nieve. La escalera subía en espiral a lo largo de la montaña y conducía a una cueva.

Ella estaba a mitad de camino, pero el tiempo era demasiado malo como para hacer algo así. Era demasiado peligroso.

—¡Saphira! —gritó él, de nuevo, con el corazón en un puño.

Cuanto más se acercaban, mejor se veía que la escalera tenía una inclinación peligrosísima y que transcurría muy cerca del precipicio. La ansiedad le atenazó el estómago y azuzó a Torch para que volara a más velocidad.

En ese instante, sopló una ráfaga de viento y ella resbaló.

Capítulo 27

—El ritual es simple —le había explicado Mireya a Saphira, aquella mañana.

La dejarían en una montaña y ella tendría que subir unos escalones hasta una cueva. En aquella cueva había un dragón custodiando unas piedras preciosas, de entre las cuales debería elegir una. Cuando lo hiciera, el dragón haría una señal hacia Mount Echo y ellos irían a recogerla. ¡Fácil! A menos que el dragón se ofendiera.

Entonces, la asaría a la parrilla.

Pero ella estaba segura de que eso no iba a ocurrir.

Sparky la adoraba, igual que todos los cachorros de dragón que frecuentaban la cafetería. Así pues, aquel ritual sería rápido y fácil.

Por desgracia, no fue tan fácil. A mitad de camino, la ascensión ya se había convertido en una lucha contra los elementos. El pico estaba muy alto, mucho más que Mount Echo, y estaba helado. El viento era muy fuerte y la nieve se arremolinaba en el aire, cortándole la cara con sus pequeños fragmentos de hielo. Se detuvo para esconder la nariz en la bufanda y recuperar el aliento.

Tenía que hacerlo, así que continuó.

Hasta que una ráfaga de viento sopló contra ella y se resbaló.

Se le revolvió el estómago y se le paró el corazón, pero consiguió mantener el equilibrio en el último momento. La nieve cayó por los laterales de los escalones y ella observó cómo desaparecía entre las nubes. Tragó saliva y se presionó el pecho con la mano. Intentó

conservar la calma y reunió valor para seguir adelante, a pesar del miedo que sentía.

Entonces oyó la voz de Aiden.

Ella pestañeó. La voz era muy distante, así que debía de habérselo imaginado.

Pero luego la oyó de nuevo. Miró hacia un lado y lo vio a través de las nubes. Iba montado en Torch, y Sparky estaba en la pata del dragón.

—¡Aiden! —gritó, sorprendida.

—Saphira, Dios mío —dijo él, con la voz entrecortada. Torch se detuvo suspendido junto a los escalones, para que ella estuviera a la altura de Aiden. Él estaba pálido y tenía los ojos muy brillantes—. ¿Estás bien? Por favor, Saphira, vámonos a casa.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y por qué no te has puesto una chaqueta?

—Me vas a matar —dijo él, ignorando sus preguntas—. No tienes por qué hacer esto. No tienes nada que demostrar. Sparky te adora, y él es tan tuyo como mío. Él es quien te ha encontrado, y los dragones solo pueden seguir el rastro de sus jinetes. Él solo ha podido hacerlo porque tú eres suya.

A Aiden se le quebró la voz.

—Saphira, te quiero —le dijo, con los ojos llenos de lágrimas—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella, emocionada.

—Por favor, permíteme que te lleve a casa —le rogó él—. Solo quiero que estés a salvo. Si te sucede algo, yo me moriré.

Ella se sintió muy culpable. No quería ver tan preocupado a Aiden; ese era el motivo por el que no le había dicho lo que iba a hacer. Había pensado que ya estaría de vuelta en casa cuando él se despertara.

—Lo siento, Aiden —le dijo, con un nudo en la garganta—. Pero tengo que hacer esto. Tengo que demostrármelo a mí misma, aparte de a los demás.

Él se hundió. Se quedó pensando algo y ella pensó que iba a discutírselo, que iba a intentar llevársela a casa, pero, al final, Aiden exhaló un suspiro de resignación.

—Está bien —dijo, tragando saliva—. Aunque esto me está matando, si te mantienes tan firme, no te lo voy a impedir.

Ella sintió un gran alivio.

—Gracias.

Esperaba que él volviera a casa, pero él hizo girar a Torch hacia arriba para que volara en paralelo a la escalera.

—Al menos, deja que te cubra la espalda —le pidió—. Si te caes, estaré aquí para recogerte, te lo prometo.

Él se quedó con ella para apoyarla y vigilarla. Ella tuvo una nueva sensación de fuerza.

Así que continuó.

Capítulo 28

Lenta y dolorosamente, Saphira hizo el resto del ascenso. Sin embargo, ya no tenía miedo, porque Aiden estaba a su lado, observándola, y ella sabía que, si resbalaba, él saltaría para atraparla. Por suerte, llegó a la cima sin más complicaciones.

Allí, Aiden aterrizó con Torch y Sparky sobre la nieve y corrió directamente hacia ella. Sparky iba tras él. Antes de que ella pudiera reaccionar, Aiden la tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza. Hundió la nariz en su cuello. Su respiración era irregular. Saphira se dio cuenta de lo asustado que estaba.

—Estoy bien —le dijo, apartándose y tomándole la cara con ambas manos—. Estoy bien.

—¿Has terminado? —preguntó él.

—No, tengo que entrar —respondió Saphira—. Hay un dragón que custodia unas piedras preciosas y tengo que tomar una.

Él la agarró aún con más fuerza y dio un suspiro.

—Sé que puedes hacerlo. Te estaré esperando aquí fuera.

Ella sonrió y lo besó en los labios.

—Buena suerte —le susurró Aiden.

Ella se apartó de sus brazos y notó el aire gélido. Sparky se le acercó y le lamió la cara mientras le rodeaba el cuello con las patitas. Ella lo abrazó con fuerza.

Después, se giró hacia la cueva. Estaba oscura, a pesar de que la entrada era ancha. Desde allí no se veía lo que había dentro, salvo algún destello por acá y por allá. Dio un paso hacia delante, pero, de

repente, tuvo miedo. Tal vez fuera una tontería, pero no podía deshacerse de la inseguridad. Si conseguía la piedra preciosa, la usaría para que todos supieran que estaba en el lugar que le correspondía.

Respiró profundamente y entró en la cueva. La oscuridad la rodeó por completo, pero siguió avanzando hasta que notó un aire cálido en la cara.

Dio un paso para acercarse más y, de repente, la cueva se llenó de luz. Había gemas blancas, negras, rojas y azules incrustadas en las paredes, todas brillantes. Y, en el centro, había un dragón dormido.

Saphira tragó saliva y se acercó. Entonces el dragón se despertó. Ella dio un salto hacia atrás al ver que el animal se levantaba. Era el dragón más grande y más anciano que hubiera visto nunca. Además, era de otra raza distinta a las que pululaban por Starshine Valley. Tenía las escamas verdes y doradas y los ojos, como un caleidoscopio de colores. ¡Nunca había visto a una criatura así! La visión, aunque aterradora, era maravillosa.

El dragón la observó y dio un suave gruñido. Ella tuvo un escalofrío.

Saphira suspiró temblorosamente cuando el animal se le acercó. Tenía la sensación de que no podía arrancar cualquier gema de las paredes. Debía permitir que el dragón la evaluara, que le diera permiso.

Entonces el dragón le rugió en la cara. Su aliento caliente la golpeó y el ruido le destrozó los oídos. Gritó de miedo y cerró los ojos con fuerza, pero se mantuvo firme, quieta.

El dragón se calmó y, cuando ella abrió los ojos, se dio cuenta de que la estaba inspeccionando, olfateándola.

Al cabo de unos instantes, el animal tomó una decisión. Ella se preparó para lo peor, pero él inclinó la cabeza hacia ella. A pesar de que estaba temblando, Saphira alzó una mano y lo acarició. Él ronroneó y se calmó.

Oh, Dios santo.

Ella dio un paso, con cautela, para alejarse de él, pero el dragón no se inmutó. Entonces Saphira fue hacia las paredes de la cueva y

eligió una de las gemas, la que era más hermosa para ella. Era negra y morada, del tamaño de una uña. Después, se dio la vuelta y salió de la cueva. El dragón la siguió y, cuando estuvieron al aire libre, el animal se estiró. Era incluso más grande de lo que le había parecido al principio.

El dragón inclinó la cabeza hacia el cielo y escupió una bocanada de llamas multicolores hacia las nubes. Ella se quedó sin respiración ante aquella hermosa vista, mientras Aiden la rodeaba con los brazos desde atrás. Los dos observaron el fuego, atónitos.

Después, el dragón volvió a entrar en la cueva.

Ella todavía estaba obnubilada. No podía creer que hubiera hecho algo así.

—Saphira —dijo Aiden, sujetando su rostro entre las manos.

Ella miró hacia arriba y se encontró con sus ojos inquisitivos. Abrió la mano y le mostró la gema que había en su palma.

—Soy parte de ello —susurró.

—Siempre has sido parte —dijo él, y la besó.

Ella le devolvió el beso y, después, se echó a reír de felicidad. Aiden se apartó y movió la cabeza.

—Me has quitado varios años de vida, pero no pasa nada —bromeó—. Siempre y cuando te estés riendo…

Ella le dio un empujoncito y él se puso una mano en el corazón y se inclinó hacia delante.

—Dios, ha sido muy estresante —dijo—. Tengo que recuperar el aliento.

—Sinceramente, yo también —respondió ella.

Se quedaron en silencio, respirando bocanadas de aire. Él se estremeció y ella recordó que no llevaba chaqueta.

Se quitó la túnica que le había dado Mireya y se la dio, ya que, de todos modos, ella llevaba un abrigo debajo. Él se la puso. Era quince centímetros más corta de lo que debería, pero le cubría bien el cuerpo.

Se abrazaron para darse calor.

—¿Mejor? —le preguntó Saphira.

—Mucho mejor —respondió él. Con ternura, le dio un beso en la frente.

Un momento después, Sparky se acercó botando para unirse a ellos. Saphira se echó a reír y dejó que el cachorro se metiera entre las piernas de los dos, lo cual les proporcionó más calor todavía.

Sparky había crecido mucho y estaba totalmente adiestrado.

—Supongo que nuestro acuerdo ha terminado —dijo ella, intentando que su tono de voz no fuera demasiado triste, mientras le rascaba la barbilla a Sparky.

—Puede ser, pero mi amor por ti no, Saphira. Eso no tiene final —le dijo Aiden. Se metió la mano al bolsillo y sacó la tarjeta de identificación dorada de las familias Drakkon. A ella se le escapó un jadeo. En la tarjeta se indicaba que tenía la custodia compartida de Sparky. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. Esto es…

—No tienes que darme las gracias —dijo él—. Somos tuyos, Sparky y yo. ¿Qué es una tarjeta cuando tienes nuestros corazones?

Ella sonrió y lo besó. En aquel momento, Torch hizo un ruido. Estaba descontenta por llevar tanto tiempo en un lugar tan frío.

—Deberíamos irnos —dijo ella, riéndose—. O Mireya va a pensar que he hecho trampas.

—Nos vemos en Mount Echo —dijo él, robándole un último beso antes de dirigirse hacia Torch.

Sparky le lamió la mejilla y fue volando junto a Aiden. Montaron en Torch y emprendieron el vuelo.

Saphira exhaló un suspiro y comenzó a bajar las escaleras. Llegó un poco más tarde al lugar donde debía recogerla un novicio, que la llevó de nuevo a Mount Echo. Todavía no creía del todo que hubiera hecho algo así.

Llevaba la gema en la mano. Era una piedra poderosa y brillante. Tal vez hubiera sido una tontería arriesgarse tanto por aquella pequeña piedra, pero quería hacerlo. Se sentía orgullosa de sí misma y muy feliz de que Aiden la hubiera apoyado.

Mireya y él la estaban esperando en Mount Echo. Ella desmontó y fue hacia la anciana, que la encontró a mitad de camino mientras Aiden permanecía atrás.

Abrió la palma de la mano y le mostró la gema a Mireya.

—Bien —dijo la anciana y, por primera vez, sonrió—. Sabía que podías hacerlo.

—¿De verdad? —preguntó Saphira, sorprendida—. Parecía muy disgustada conmigo.

—Tenía fe en que podías hacerlo. Aiden y tú estáis unidos.

—Sí, pero no estamos casados… Estábamos fingiendo.

Mireya sonrió.

—No soy tonta. Sin embargo, tú tienes el espíritu de un verdadero jinete. Sabía que podías completar el ritual y que, casada o no, Aiden y tú tenéis un vínculo muy fuerte, al igual que Sparky y tú. Vosotros tres estáis entrelazados, así que tú perteneces a los dragones.

—¿Y la piedra? ¿La guardo como botín?

—Llévala con orgullo, enséñasela a todos —respondió la anciana —. O, si no la necesitas, puedes vendérnosla. Tienes buen ojo. La piedra que has elegido es rara. Tiene mucho valor.

Sería la piedra perfecta para demostrarle a todo el mundo lo que había hecho aquel día, pero, justo en aquel momento, ella se dio cuenta de que no necesitaba demostrarle nada a nadie. Sabía que Sparky la quería. Sabía que los dragones de la cafetería la adoraban. Había permitido que algunas voces le crearan una inseguridad irracional, pero no iba a permitir que esa inseguridad la guiara.

Miró la gema brillante y pensó en lo que le quedaba por pagar de la hipoteca.

—¿Por cuánto podría vendérsela? —preguntó.

—Al menos, por cuarenta mil dólares.

Saphira pestañeó. Era más que suficiente. La piedra era bellísima, pero no tan importante como su cafetería.

—Perfecto —dijo, y se la entregó a Mireya—. Me gustaría venderla, por favor.

Mireya asintió y se guardó la piedra preciosa en el bolsillo de la túnica.

—Yo me encargaré de transferirte los fondos.

Entonces la anciana se despidió, y ella se volvió hacia Aiden, que estaba observándola. Ella sonrió y él exhaló un suspiro de alivio, con

el rostro iluminado. Él no sabía por qué sonreía, pero le bastaba con verla feliz, y Saphira sonrió aún más al pensarlo.

Ella fue hacia él y lo abrazó, y él sonrió contra su cuello.

—Aiden —dijo—. Vámonos a casa.

Epílogo

Un año después, Aiden volvió a Mount Echo a buscar la pequeña gema que le había causado tanto miedo y angustia, pero que también era una prueba del valor y la fuerza de Saphira. Ella la había entregado para su cafetería y, en aquel momento, él iba a comprársela a Mireya para devolvérsela a Saphira.

Ya tenía la alianza de oro de aquella época en la que estaban fingiendo que eran un matrimonio y los brillantes que rodearían a la piedra central. Sería el anillo de compromiso perfecto.

Estaba impaciente por pasar el resto de su vida con ella.

Agradecimientos

¡*Alhamdulillah* por la publicación de otro libro! Es el quinto, lo cual es muy emocionante. Todo lo que he conseguido o hecho ha sido gracias a las bendiciones de Alá. Gloria a Él, el Exaltado. Si este es el primer libro que lees de toda mi obra, ¡espero que también te interesen los demás!

Estoy muy agradecida por haber publicado este libro, y no habría llegado hasta aquí sin todas las personas maravillosas que me apoyan y forman parte de mi vida. Gracias a mi increíble agente, Emily Keyes, por sus infinitos esfuerzos. Agradezco todo lo que haces. Gracias a mi maravillosa editora, Amy Mae Baxter, que tuvo esta idea, para empezar, y con la que ha sido delicioso trabajar. Gracias a Penny Isaac por hacer un trabajo tan maravilloso en la edición del texto, y a Anne O'Brien por la corrección de pruebas.

¡Gracias a todo el equipo de Avon UK por ser un hogar tan fantástico para mi libro! Gracias a Ellie Game por la portada y el diseño interior. Gracias a Alex Cabal por la ilustración de la portada. Gracias a Emily Hall y a Jessie Whitehead, del departamento de Marketing, por vuestro trabajo en la promoción de mi libro.

Gracias a mi familia: Mama, Baba, Sameer, Zaineb e Ibraheem. Gracias a mis mejores amigas y primas, Hamnah, Umaymah, Noor y Mahum. Gracias a mis mejores amigas: Arusa, Isra, Sara y Justine. ¡Os quiero mucho!

Gracias a mis primeras lectoras, Umamah y Famke, os quiero mucho y no sé qué haría sin vosotras. Gracias a todos los que habéis

hablado de mis libros, se los habéis recomendado a la gente que conocéis y los habéis pedido en vuestras bibliotecas, a los que habéis escrito reseñas y comprado ejemplares. ¡La razón por la que yo puedo escribir libros sois vosotros! Os lo agradezco de corazón.

Por favor, rezad por mí. ¡Hasta la próxima!